

# DIOS SALVE A MI REINA



JAVIER GUERRA ESPINOSA

# **Dios salve a mi Reina**

**JAVIER GUERRA ESPINOSA**

Aunque soy una persona normal, me distingue la incomparable suerte de que la vida me hizo hijo de los mejores padres (Capi y Javier) y padre de los mejores hijos (Claudia y Miquel). Si algo pudiera haber de bueno en estas páginas o en mí, sepan que es gracias a ellos.

*Deus audentes iuvat*

**Capítulo Primero.**

Un compromiso casual asumido bajo el signo de una azarosa, hipotética y

lejana posibilidad que se vio inexplicablemente cumplida fue la primera piedra del edificio que se construyó en el terreno yermo y baldío que era entonces mi vida de paso en tantas cosas. Pero sobretodo en la única para la que lo hubiera sacrificado todo: Ella.

La conocí una tarde de Navidad, sola como yo, patinando en la misma pista de hielo al aire libre que durante años fue instalada en el centro comercial cercano a casa de mis padres. No creo posible que de todos cuantos estábamos allí entonces hubiera uno solo que no la recuerde patinando con su gracia de bailarina balinesa salida de una delicada caja de música, con su prestancia de cisne, deslizándose sutilmente sobre el hielo vidriado por las cuchillas de metal, hurtando el cuerpo a la caída cuando en sus evoluciones ésta parecía consecutiva al giro insólito, confundida entre los niños que la miraban como a una más. A Ella.

No sé aún qué me impulsó a levantarme de la bien dispuesta mesa familiar, de la que todavía no se habían alzado siquiera los manteles de hilo blanco, bordados con retales verdes y rojos y ribetes dorados con Papá Noel a la zaga de un trineo arrastrado por un animoso tiro, sobre los que justo mi madre acababa de depositar la bandeja de orfebrería de hojas de acanto con los licores y el servicio de café, dulces de las clarisas y otros primores que hubieran honrado a Trimarción.

La comida familiar había sido una de tantas que pronto nadie recordaría con precisión, confundiéndola en sus detalles nimios, en sus platos, en las conversaciones de todos contra todos, en otra Navidad probablemente próxima, si entonces fuimos galgos o podencos. Aunque sería cuestión baladí, pues aun para ojos extraños, de los muebles colgaban iguales o parecidos adornos de oropel y fieltro y las guirnaldas de hojas de acebo; cerca de la chimenea se erguía el corpulento y silente árbol navideño como un gigante dormido de pie cuya respiración intermitente se cifraba en una suave y rítmica cadencia de luces cuya intensidad ascendía y descendía alternativamente, cambiando de color en cada sueño; junto al Belén sempiterno del río nevado de harina y alfombrado de musgo en sus riberas, en cuya pradera los pastores y sus recuas avanzaban fuera del alcance de los aún lejanos Reyes de Oriente; la comida de tradición que siempre hacía mamá sólo ese día, y nosotros. Sólo yo supe que sin esfuerzo de la memoria recordaría siempre ese momento, ese

día y esas Navidades por encima de tantas otras tan parecidas entre sí que ni siquiera las fotografías podrían dirimirlas.

Por encima del murmullo festivo de la conversación general familiar escuché con nitidez alzarse una voz indefinible en mí, como un presagio cierto del que no me era posible sustraerme, ni apartar la vista a las imposibles imágenes que desfilaban por encima de todos los objetos del atrezzo navideño. Si hubiera leído aún en letras de fuego palabras que me ordenaran levantarme de la mesa, me hubiera parecido tal vez caso para la duda; pero era todo mucho más claro, pues el mensaje no era un puente entre quien me lo dirigía y yo, ya que al estar notándolo dentro de mí, no había duda de que no podía tratarse de un error de apreciación.

En una familia cuyo destino fue gobernado desde siempre por ilustres prohombres que se vanagloriaban de haber con mano firme, ganado primero la respetabilidad en su lucha contra los escollos de la vida para después encontrar a la mujer modélica en todo y extender los honores del linaje más allá de la linde en que de sus mayores fuera recibido, yo no resistía comparación alguna en ninguno de los puntos, en especial en lo de la mujer modélica. Y como era lugar común en toda reunión familiar que mereciera ese nombre, el orden del día se aprestaba a abrir ese delicado punto de todos contra mí, pues tal vez lo único que no hubiera sido comprendido en los cánones familiares sería que siguiera prefiriendo equivocarme solo y no en pareja, modo adoptado por ellos para fabricar y persistir en sus errores.

Algo debieron ver en mi sonrisa y en mi gesto, que aún sin comprender me supieron en otra parte, muy lejos de allí. Así que apenas les cayó de sorpresa que me enfundara el abrigo azul oscuro de lana con galones de corsario, regalo reciente de mis padres, me alzara las solapas y hundiera mis manos en el forro de nylon de los bolsillos.

“Acabo de recordar que he quedado con Ella”, respondí a las miradas que huérfanas pero deseosas de palabras me preguntaron a dónde iba.

Después de las carcajadas que siguieron a lo que tomaron como una ocurrencia y excusándome lo mejor que pude, me despedí uno a uno de ellos, para asombro de todos, dejándoles en la certeza y razón de que mis rarezas apenas ya les hacían mella aún siendo tan puristas en tal conocimiento sobre mí y en su divisa sagrada de que ningún error debe ser cometido solo.

Mi abuela se inclinó hacia mí y mientras simulaba componerme la ropa y alisarme el pelo, deslizó unos billetes en la palma de la mano con una habilidad de carterista generoso que valía más que el aguinaldo pero no tanto como el beso que me dio en la frente, como si fuera a una guerra de la que nunca fuera a regresar. Casi lloró como una madrina de las de la guerra del África viendo marchar a su ahijado sin saber si la vida le negaría la última súplica de un encuentro ulterior. Y es que mi abuela era probablemente la única que respiraba aliviada viéndome sin novia, pues me suponía en riesgo de tropezar con una arpía que me pondría del derecho y del revés, antes de convertir mi vida en un aquelarre o en una desértica penitencia. Maniqueísmo femenino asentado sin apelación en nuestras vidas.

Tuvo la retranca bastante de preguntarme si llevaba dinero para salir.

-¿O es que ahora sois tan modernos que pagan ellas? Sí tengo, abuela –le dije- ya en el umbral de la puerta. Mi abuela consideraba que el mal de los tiempos modernos sólo podía ser erradicado de raíz si las cosas se hacían bien, o sea, conforme a sus sabias recetas de mujer omnisciente a todo trance. “No me extraña que no te respete –le oí decir alguna vez a muchachas vecinas de casa y puerta- a mí el abuelo –su marido pasó a llamarse así en el imaginario colectivo universal y global aunque sólo lo supiera ella- para que no tuviera que pisar un charco me extendía su chaqueta delante de los pies en la calle”. Y era verdad, como lo era también que su sastre era hombre de fortuna y grandes posibles.

Les dejé en el salón, despidiéndome como los pilotos de buena mar y viento favorable abandonan a su suerte al eterno y díscolo náufrago, con sus chascarrillos de borrachitos felices sin estarlo todavía. En el quicio de la puerta, ya emergiendo, desde las brumas de su bienestar cerca de la chimenea hacia el pálpito del mayor asombro, mis padres, mis abuelos, mis hermanos y mis sobrinos me miraban con la complacencia con que Caravaggio tuvo que mirar a su Santo Tomás cuando hundía el índice en la llaga sagrada.

Mi condición sempiterna y nunca puesta en liza de oveja negra de la familia, que con mis actos yo mismo alentaba sin importarme demasiado, me precedió esa vez con ruido de fama como en pocas ocasiones ante quienes de sobra me vieron esgrimirla como el estigma de la flor de lis. No fue por no estudiar, ni por no tener una vida ordenada y esas cosas que se esperan de alguien, sino

más bien porque mi inclinación hacia las letras y el arte fue vista siempre como un extravío imperdonable en el seno de una familia de prestigiosos científicos. También lo fue por mi incapacidad de mantener una relación de más de veinticuatro horas con una mujer, cuando mis padres llevaban juntos más de treinta años, mi hermano tenía novia desde antes de tener uso de razón –y con aquélla seguía, ayuno de ésta- y mi hermana se había casado –también con un investigador científico- al acabar la carrera de Físicas.

Pero nunca en tantos años había dejado a mi familia en una tarde de Navidad. Y tuve que hacerlo, sin entender yo mismo por qué pero sabiendo que debía ser así.

Días atrás me sorprendí meditando que al licor de esa barrica vieja que era el año que se iba le quedaban unos sorbos y pareciéndome que por algún mal encaje se estaría perdiendo gota a gota, me hice firme propósito de que su fin viniera parejo al de tantos temores y cuidados invisibles como me asediaban. Discurrí confinándolos en una lista cuáles éstos fueran, para enfrentarlos de uno en uno o por junto, para que vivieran ellos o quedara yo en el campo, libre y franco de tales enemigos. No era el menor de ellos el presentimiento aciago que me impedía sencillamente calzarme unos patines por terror a caer hacia atrás y rendir la vida; antes de pertrecharme en mi resolución, si para salvar la vida hubiera tenido que ponerme patines, hubiera preferido perderla de cualquier otra manera. Había sido el primer reto y desafío que me había lanzado, consignándolo con letra firme y segura en el encabezamiento de la lista de miedos insuperables. Estaba dispuesto a hacerle cara a mi primer rival, aunque sin una fecha cierta y fue cuando escuché esa voz como una revelación, cuando lo dejé todo: a mi familia junto a la chimenea y su festiva algarabía navideña, a mis miedos y fui hacia quien me hablaba, sin saber dónde la encontraría.

De camino al ruedo circular y nómada de hielo, para acortar por las riendas el temor que me infundía deslizarme sobre dos delgadas cuchillas tratando de mantener la verticalidad y el gesto sereno, volví mentalmente mis pasos atrás, al momento inmediato anterior, aún sentado en la mesa y meditando sobre el oro en el fondo del río, el núcleo de todas las frases que escuchaba Navidad tras Navidad y en todas las reuniones familiares aun fuera de estas fechas. Me vi entonces como el blanco escogido por toda mi familia, desde siempre, para

contrastarse en mí en las miserias o grandezas de sus vidas; así, quienes habían errado sus pasos en cualquier suerte de la vida, salían reforzados al comprobar con alivio que después de todo, aún tenían margen de error hasta alcanzar los infiernos en los que moraba yo. Me lo decían sin decírmelo, porque yo sabía que no puede existir en la esencia de mi familia nada más imperdonable que equivocarse solo. Tanto es así que el error une como ningún otro elemento a dos personas que suelen andar de tropiezo en tropiezo. Se ofuscaban tratando de comprender cómo no daba de una vez por todas con la buena mujer, cuando yo tenía comprobado de antiguo que era espejismo de mi imaginación y trampa de hombres sabios confinar en las páginas de los libros a las Lauras, Beatrices, Amarilis y otras dulces hierbas y flores de lo quimérico, que a la postre sólo alcanzaban a delimitar qué gran abismo se abre bajo los pies de quien espera encontrarlas. Porque lo más ficticio de todo cuanto había leído hasta entonces —y pocas cosas había hecho fuera de leer— era precisamente que esas mujeres que todo el mundo conocía, describía y hablaba de ellas como si fueran de verdad, pudieran existir fuera de las líneas impresas de los libros.

Yo nunca había patinado y pasé al principio, como un mal borracho, el tiempo entre la barra y el suelo. Cuando el miedo aflojaba su estricto lazo y quien me cercaba con su imperio inflexible era el enfurecimiento contra el mundo por ponerme siempre las cosas difíciles y ya me aprestaba a poner el pie fuera, en el deshielo del firme, me desequilibré en la forma en que más temí siempre, notando que el pie izquierdo se elevaba por el impulso y a pesar del peso considerable de la bota, abriendo los brazos e inclinando la espalda y la cabeza, caí hacia atrás. Mi consternación cesó a la vez que mi descenso, al notar que cuando ya esperaba algún duro elemento oponerse contra el devenir de alguno de mis puntos vitales posteriores, alguien me sujetó con firmeza. Me volví, más aliviado que sorprendido, para darle las gracias y entonces vi la sonrisa más angelical y bella del mundo, en una carita de niña.

Francesca llevaba un suéter rojo de lana con motivos navideños, de esos que antes nos hacían nuestras madres para encontrarnos con más facilidad si nos perdíamos en un parque, pero a la postre, al ir todos igual, la confusión podía ser —era— mayúscula. Después me dijo que el suéter lo había hecho ella. Me lo dijo mientras nos tomábamos un té caliente en el bar que estaba junto a la pista de hielo.



Me di cuenta de que no era una niña porque pidió té, pero su pelo crespo en una trenza africana, sus tejanos con ajustadores y los pies pequeños enfundados en sus botas con forro de pelo color chocolate con suelas amarillas de goma se esforzaban en desmentirlo.

Dominado por el asombro al darme a entender que su voz se parecía demasiado a la que había escuchado poco antes, la que me había despertado de mi letargo existencial en medio de una comida de Navidad, apenas pude balbucear algunas palabras al principio. Pero supuse que para incitar el curso de sus palabras debía bajarme a la realidad. Me dijo que estudiaba Psicología, a caballo entre segundo y tercero y que cuando acabara quería recorrer mundo y hacerse misionera.

Su cabello era rubio como el que describe Apuleyo en la Metamorfosis. Pero a la fuerza había de ser más bello para que Apuleyo no perdiera –tal como fue- la razón; enmarcaba unos ojos verdes que no parecían querer darse a sí mismos más valor ni habilidad que la de mirar, aunque pude calibrar que, de habérselo propuesto matarían sin herir o, visto que después de todo pude volver a casa y aún me sentía los pulsos del corazón, herían sin matar. En todo caso crimen, a diferencia del de Dostoievsky, sin castigo, pues qué Juez sería capaz de no indultarles por inocentes al mirarlos. La sonrisa de Francesca era tal que en sí misma pudiéndolo todo dejaba aún que fuera posible fijarse a ráfagas en su hermoso cabello y bellos ojos, pues por sólo tal sonrisa se habría podido quedar unida la voluntad fundida en uno con ella, como las alas de Icaro se deshicieron al acercarse al Sol. Y era tanta la gracia de su conversación que las palabras eran otras escuchadas de su boca; entre sus manos finas, aristocráticas, cruzadas por las líneas tenues, suaves y de claro azul de las venitas, cualquier objeto se transformaba en reliquia sagrada y digna de estima. Jugueteaba entre sus dedos con una cinta, nerviosamente, que parecía contener escrita en su leyenda los secretos de un mundo. Queriendo ocultar los dientes pues según vi llevaba corrector dental daba esfuerzo a los labios, que le formaban unos hoyuelos en las mejillas en donde creo que me perdí sin haberme sido posible jamás volver del todo en mí ya alguna vez.

Era la primera vez que recordaba mantener una conversación con una chica sin que, ya en los primeros minutos me preguntara lo que inexplicablemente

alguien había olvidado eliminar de todos los manuales y prontuarios de las conversaciones superficiales: si yo tenía novia, como parecía querer saber todo el mundo entonces. No sólo eso: no me preguntaba nada, como si lo supiera todo sobre mí. Y deseé que lo hiciera, que me preguntara eso y cualquier otra cosa, a mí, que nunca he explicado nada de mi vida ni siquiera a mí mismo.

-No sé cómo agradecerte que me hayas salvado la vida antes, cuando iba a desnucarme contra el bordillo de la pista. Leí en un libro que para algunas religiones perteneces para siempre a la persona que te ha salvado la vida.

-Creo que es en “Cuentos de Cantherbury”, pero no tienes que agradecermelo. Podría ocurrir que otro día volvieras a verte en peligro y otra persona te ayudara y así, teniendo una vida pertenecerías a dos o más personas.

-En ese caso, siempre que vaya a patinar te llamaré para deberte sólo a ti mi vida, si me lo permites.

-Ja, ja, ja. Vale. Pero recordarás que en el libro la situación se resuelve de otro modo.

-Está bien, pídemme cualquier cosa.

-Sólo que te comprometas a que si alguna vez te pidiera algo, y sólo sería una vez, me respondas “sí” sin pensarlo.

-Cuenta con el “sí”. Mi torpeza patinando unido a que hayamos leído el mismo libro me ha llevado a dar por primera vez mi palabra a una chica.

-Me gustan las palabras, pero por encima de todas, la palabra.

-¿Escribes?

-No es fácil contestar a eso porque escribir es detener el equilibrio de la confluencia entre lo que se quiere decir y cómo decirlo. Probablemente tantas cosas parezcan difíciles porque constan de dos partes de las que al menos una no sabemos ejecutar adecuadamente. Por eso hay personas que sin haber escrito una sola línea pueden ser escritores y otros, habiendo escrito mucho no pueden merecer el nombre de tales.

-Mi vida a veces parece un mal libro.

-¿En qué sentido?

-Yo sé lo que quiero decir pero no sabría cómo decirlo.

-Es curioso –me respondió Francesca- pues yo creo poseer la habilidad de convertir en palabras cualquier suceso o pensamiento, pero me falta una historia sobre la que hablar.

-A menudo -continuó- tienes la sensación de aparecer en medio de algo o cerca de alguien sin recordar cómo has llegado hasta ahí, como si la memoria te aislara, abandonándote y confinándote a buscar el equilibrio entre descubrir los movimientos previos a la vez que tratas de salir simultáneamente a afianzarte en tu presente. Como en una partida de ajedrez, en que sólo los grandes maestros dan valor a las jugadas que han llevado a la posición en que se juega en ese instante. Sentir es decisivo para alguien que es como tú para integrarte en ese juego que el tiempo te propone. La adivinanza es saber por qué todo esto ocurre y resolverla tratando de comprender el tiempo de un modo no lineal, como una sucesión consecutiva de cosas, porque eso es exactamente lo que te distraería de tu propósito. El tiempo es un factor que siempre se considera en la resolución de cualquier problema pero en realidad salir del laberinto en menos tiempo exige no considerarlo en absoluto. Tú ansías salir del laberinto en el que crees vivir y para eso debes estar alerta a todas las señales.

A tan acertadas razones que iba disponiendo en la conversación no pude oponer sino mi perplejidad por si no sería que yo hubiera alcanzado sin saberlo la condición de la transparencia, que le permitía a ella leer en mí como si fuera un libro abierto. De dirigir su esclarecida capacidad al futuro y no a mi presente y pasado, hubiera podido creer que su certero diagnóstico sobre mí me convertía más que en ese libro escrito, en un papel en blanco en el que Francesca escribía con letra indeleble y de trazos firmes mi propio devenir.

¿Cómo era posible que supiera de mí todo aquello? Por no alentar el curso de la sesión de psicoanálisis opté por tratar de acogerme al ramal más teórico de la conversación.

-¿Entonces, la perfección en la Literatura y en el arte sería la unión de esas dos partes de un todo?

-Creo que no sólo en la Literatura, sino en todo, pues nada a lo que le falte

algo se puede considerar perfecto.

-Lo que es perfecto no se puede separar sin dejar de serlo, como el agua y la sal del mar, que siempre están juntas, pues dejaría de serlo.

-Así es, o la forma y el color de las cosas, en un plano más teórico. Para Aristóteles la perfección estaba en la unión de la potencia y el acto, que debían complementarse en su teoría de modo que todo es movido por otro algo, excepto Dios, que es todo acto.

-Soy más platónico que aristotélico, puede que en un sentido coloquial.

-A mí me parece que Aristóteles era más platónico que el propio Platón.

-No te comprendo.

-Es sencillo: en el mito de Aristófanes, en “El banquete”, Platón estableció que las personas habíamos sido divididas en dos partes, de modo que originariamente y espalda con espalda estaríamos unidos a nuestra otra mitad.

-De ahí supongo la perseverancia romántica en hallar quien nos cubra las espaldas en esta vida, haciéndonos uno en nosotros mismos.

-Exacto. Pues esa idea de Platón, referida a los cuerpos, es desarrollada y elevada más aún por Aristóteles, dividiendo a las almas en la potencia y el acto, que no son más que dos mitades de un todo.

-Así es que, a punto de entregar mi alma al Hades, ¿mi cuerpo ha sido perfecto por un instante, teniéndote a tí a la espalda y siendo por un momento Uno? Si me habías salvado la vida, debo decirte que ahora me privas de la mitad al recordarme que en este inhóspito mundo estás hablando con la mitad de mí.

-Ja, ja, ja.

Yo entonces, además de tratar de superar algunos de mis miedos tradicionales estaba acabando de cerrar los flecos que me quedaban para abrir la editorial y sin pensarlo ni una sola vez le pregunté si quería trabajar conmigo. Le dije que tendría tan poco trabajo que podría engañarme estudiando a hurtadillas la carrera en el despacho y que tendría en mí al tipo más raro que sus conocimientos psicológicos fueran capaces de calibrar. Se rió y le dije que qué haría entonces cuando habláramos del sueldo, pero aceptó muy a su sabor:

-“Algunas vidas están atrapadas en un libro sin escribir, una historia que late

en las galerías del alma humana –dijo- y sólo escribiéndolo es posible cumplirles el destino. Quiero que lo hagamos posible”.

No hablamos de mis miedos, ella tuvo la elegancia de no preguntarme cómo había ido a patinar solo si no sabía siquiera calzarme los patines; tampoco yo le pregunté cómo patinando tan bien había ido a una pista en la que era tan difícil desenvolverse entre niños y sus padres.

Tratamos algunos otros temas y mientras hablaba con ella de cualquier punto, al mirarla perdido en su sonrisa pero encontrando sin embargo en sus observaciones insólitas un acierto y proximidad inesperadas y nunca vistas, me olvidé de todo. La lista de miedos a superar había dejado paso a otra de prodigios inimaginables para mí. Charlamos de muchas cosas que indudablemente serían del mayor interés. Y tal vez recordaría muchas de ellas si no me hubieran apartado de la conversación, arrastrándome, sus incomparables, inquietantes, impresionantes y hechiceros ojos verdes; los reflejos dorados en su cabello rubio; los labios carnosos y algo burlones contra los que apoyaba sus blanquísimos dientes superiores al verse sorprendida por una respuesta que no esperaba de mí. Y es que yo no tenía respuesta para todo lo que tenía delante. Ni siquiera podía entender cómo unas manitas tan finas y pequeñas, ahora exentas de la cárcel de las manoplas, habían tenido fuerza bastante a evitar mi caída al hielo de la pista de patinaje.

Cuando volvimos a la circunferencia con suelo helado ni ese miedo ni ningún otro estaban allí porque Francesca los había puesto en fuga. Recordé, sin acordarme de su nombre, que un novelista ruso había creído ver únicamente en el centro de un salón de baile a una princesa bailando con él, como si nada más pudiera ver ni escuchar a su alrededor. Y esa capacidad de abstracción de la que, saltando por encima de toda ficción y de una vida entera llena de páginas se venía hacia mí, me dijo todo lo que sabios y maestros no hubieran enseñado en Salamanca porque sólo en la punta de los dedos de Francesca estaba.

En tanto que la veía voltearse girando sobre sí, tenerse sobre un pie, deslizarse hacia atrás y adornarse con otras piruetas, me confirmé en mi vocación de editor y me afiancé en que la Literatura ocuparía mis días. Pues si el fin último del lenguaje era dar posesión de un mundo desconocido a quien

no lo vio; y si el objetivo último de la Literatura era sostener un mundo de belleza posible, yo, que tanto me estaba acercando en una sola tarde a quien parecía estar por encima de todas las leyes del lenguaje y la Literatura, nunca encontraría cosa mejor en que ocuparme.

Nos subimos en el mismo autobús para volver a casa, pues ambos vivíamos muy cerca. Quedamos en vernos el lunes en la editorial. Al dejarla en el portal de su casa, me di cuenta de que yo, creyendo pasar por una vida entre el miedo, en realidad acababa de caer cerca del único miedo sobre todos los demás que podría dominarme alguna vez: a no volver a verla, habiéndola visto ya.

Cuando llegué a casa, después de sortear el obstáculo familiar a que me sometió el tribunal parental con sus preguntas, y una vez desprendidos de sus togas para seguir jugando al palé o al bingo, me encerré en mi cuarto. De nuevo en medio de la soledad, una soledad que ya no era doliente como fue siempre, pues ya no era definitiva porque yo no dejaría que volviera, por sus fueros, a serlo, pensé en primer lugar en Francesca y después en sus palabras. Si la madurez es entender que el fin de algunas cosas importantes y de algunas personas únicas no es poseerlas, sino conocer su existencia y su esencia para quedar al abrigo del riesgo de perderlas, esa tarde yo había conocido a quien desde entonces dejaría sin objeto las cartas que yo –mentalmente ya en los últimos años- enviaba a los Reyes Magos, pues ella misma había cumplido lo que yo nunca hubiera podido creer.

Sus palabras resonaron de nuevo en mí, no como las que me movieron a levantarme de la mesa familiar; tampoco como las dijo ella aquella misma tarde. Fue al tomar en mis manos nuevamente los “Cuentos de Canterbury” y releendo el episodio que con ella había rememorado, ver superponerse, oyéndolas al unísono, mi voz en el presente y la suya, acompasándose suave, firme, certera, pareciendo leer los dos a la vez el párrafo del relato en el que la persona que juró hacer cualquier cosa por aquella que le había salvado la vida, durante un año recorrió el mundo por mandado de su bienhechor para conocer qué era común a todas las mujeres que en el mundo fueron, eran y serían. Y la respuesta era: mandar sobre un hombre. Ella misma lo había así formulado al decirme que solamente una vez me pediría algo y que debía decirle en todo caso que sí. Ese compromiso casual, el único compromiso que

de verdad había asumido hasta ese momento, aunque no lo sabía entonces es el que habría de cambiarme la vida.

## **Capítulo Segundo.**

El lunes siguiente ella llegó sin su suéter rojo ni sus patines. En su lugar vestía una sencilla blusa anaranjada con botones en forma de diminutos dátiles, un pantalón de cintura baja y color negro, cruzado en cada uno de los lados por listas verticales verde claro y zapatos unisex. Después de un breve saludo procedió a inspeccionar someramente el despacho, deteniendo su curiosidad en los elementos arquitectónicos modernistas.

“Me gustan los techos y el suelo, pero hay mucha pared”.

Mi cara atónita fue la respuesta que esperaba para continuar:

“Los techos y el suelo no se decoran, por eso aunque ocupan más superficie en nada se distinguen de otros elementos. Techo y suelo en una editorial son la portada y la contraportada de un libro, de una casa o de un despacho; las paredes son las páginas y nadie querría leer un libro con las páginas en blanco, ¿no te parece?”

El martes tomó posesión de la nave, brocha en mano y vestida con un mono tejano de finos tirantes que se apoyaban en una sencilla camiseta blanca. En ese día y en los sucesivos, lo que fue un frío emblema del modernismo catalán, ese piso de trescientos metros de la Pedrera del que nadie entendía cómo podía yo haber conseguido una llave, fue cobrando vida por su mano. Litografías, tapices, cuadros de un carruaje atravesando un puente sobre el Sena al amanecer dirigiéndose al bosque de le Boulogne para cumplir con el deber social de un duelo, tallas de hipogrifos en madera de olivo, diplomas, estanterías, anaqueles y grabados fueron poblando aquel mundo posible.

Ni yo mismo creía cómo había llegado a ocupar aquél despacho; había incurrido en la ingenuidad tan contradictoria de buscar algo céntrico y económico, y a ser posible cerca de casa. Leí un anuncio en La Vanguardia de un despacho en Paseo de Gracia muy grande, elegante y bien situado, por el que pedían 13.000 pesetas al mes. La errata se debía con toda seguridad a que algunas personas seguían hablando en pesetas, pese a que hacía ya bastante que había entrado en vigor el euro. Por un incipiente prurito cívico que nunca pensé que me sería tan altamente recompensado, llamé para observar su error al anunciante, un Señor muy seguro de sí mismo y para mi suerte, muy respetuoso y cumplidor de su palabra. Dijo que él no se equivocaba nunca. Le dije que, en ese caso, me interesaba el despacho. Cuando le llevé el ejemplar del diario en el que figuraba el precio en pesetas, el buen hombre,



para hacer honor a su palabra, dijo que si decía 13.000 pesetas era eso y nada más había que decir. Así fue cómo me establecí como editor, para asombro del mundo, en una situación privilegiada y por un importe ciertamente simbólico.

En mi inexperiencia en casi todo y puestos a no saber, mis conocimientos editoriales ni siquiera alcanzaban a columbrar si las páginas pares se situaban en la derecha o en la izquierda. Aprendimos juntos, gracias sobre todo a la capacidad y voluntad de Francesca. Pero yo aportaba a la sociedad mi suerte proverbial y legendaria, al menos en el terreno laboral y económico.

Mi intención no confesada a mí mismo en una profesión sobre la que no sabía absolutamente nada era aprender de los demás lo que se suponía que yo debía saber: editando a los escritores –pensé– yo podría acabar siendo uno de ellos, leyendo sus libros, tratando con sus agentes, escuchando sus puntos de vista, bebiendo en los mismos bares, pero sin mezclarme en sus extrañezas tales como trabajar de friegaplatos en París o dar la vuelta al mundo sin un euro encima, luchando contra el cambio climático y cosas así. Pero lo cierto es que mi ánimo es tan resuelto en llegar a ver cumplido mi sueño de escribir, habilidad que al presente como es de ver no se cuenta entre mis capacidades, pues encuentro ridícula, adocenada y desordenada toda frase que escribo, que en mi empeño creo que lo obtendré.

Desde el primer día me di cuenta de lo voluntariosa, trabajadora e increíble que es Francesca: se ocupa de todas mis cosas con más esmero y entrega que lo haría con las suyas propias, anteponiéndome a todo y pensando por mí incluso en cosas que yo no hubiera llegado a pensar nunca. Siempre tenía la palabra que me hacía falta escuchar o decir y yo intenté todas las veces ser para ella quien la hiciera sentir segura en un mundo interno que parecía no ser demasiado fácil.

Se ocupaba de que hubiera plantas –y de regarlas–, de que hubiera cuadros para decorar aquel espacio desangelado sin su mano, y hasta de decorar una estantería con un bibelot que trajeron sus padres en un viaje a Nimes en sus bodas de plata.

Aunque bellísima y cautivadora, casi sin pretenderlo como digo, yo la quería sin un trasfondo físico, quería profundamente a la persona, a su alma y a su vida entera, pero nunca por algo que tuviera el tiempo contado, sino muy por

encima de eso. Además, y en eso sí que me di cuenta con mayor frecuencia, ella intentaba aparentar una inteligencia menor de la que poseía porque creía que me ofendería sentirme menos o cohibido ante una mujer como nunca tuve noticia que pudiera haber dos.

Mientras comíamos brevemente en un mediodía cualquiera me dijo que su padre había perdido el trabajo hacía unos meses, por lo que las cosas en su casa no marchaban demasiado bien. Aunque jamás he querido, ni siquiera para mí ni para nadie de mi familia pedir esa clase de favores, llamé a Oscar Ródenas, quien es más que un hermano para mí, para que le diera un buen empleo a su padre en su distribuidora de cavas y se comportó muy bien con él. El hombrecillo me hizo el honor de invitarme a su casa por agradecimiento. Me esperaba junto a su mujer, una señora estupenda que parecía hallarse en posesión de verbalizar el agradecimiento que su marido quería expresar sin saber muy bien cómo. En otra ocasión no hubiera sabido procederme, pero como ni siquiera pensaba demasiado más allá del significado de ese rito que es conocer a la persona de la que más te gustaría saber a través de sus padres, me dejé llevar, tratando de absorber la esencia de Francesca a través de las personas que le eran más próximas.

Una vez en la casa y después de pronunciar las frases y tomar el café que hacían al caso, no supe cómo dar un cauce plausible al deseo que esa tarde me acompañaba entendiéndolo ser posible su cumplimiento, de ver su habitación, su mundo más cercano y privado; ver la ventana por la que se abría su imaginación, el espejo en que quedaba fija su mirada y la cama que le velaba los sueños. Les pedí el favor de que me permitieran observar el paso del cometa Rolsen, pretextando ser un gran aficionado a la astronomía, aduciendo que debía orientarme a sur para verlo, una vez deduje que la habitación de Francesca, en aquel piso reducido sólo podría ser la que estaba en esa dirección, al fondo del pasillo. Dado que el espacio entre la cama y la ventana no permitía estar allí los cuatro, quedé a solas con Francesca simulando mirar por la ventana el cometa para el que había improvisado no sólo el nombre, sino otros detalles que esperaba ninguno de ellos contrastara en algún noticiario.

No sé si me pasó de verdad porque fue como un relámpago: a la zaga de Francesca y al franquear la puerta de su dormitorio, vi unas cuartillas sobre su

escritorio y creí leer rápidamente mi nombre escrito en ellas. Ella, que me precedía, se giró y como para darme mejor vista al cometa, se interpuso entre la mesa del escritorio y yo, cediéndome el paso hacia la ventana y volteando las hojas hacia abajo, ocultándolas bajo una carpeta en una fugaz maniobra. Notaría mi palidez cuando me apoyé en el marco de la ventana de madera y ella rozaba mi brazo con su hombro. Escuchaba su respiración tranquila y confiada. Estaba tan cerca, que si yo me giraba levemente mis mejillas rozarían su cabello rubio; me llegaba un aroma suave y dulce de fresas. Le miré los labios aunque creo que ella no se dio cuenta al principio; tratando de parecer casual, al volver a bajar la mano tras haber señalado en dirección al inexistente cometa, le rocé los dedos y fue entonces cuando noté que la presión sanguínea le coloreó levemente las mejillas y le entrecortó la respiración. Cuando estaba a punto de hundir mis dedos entre sus cabellos dorados escuché los pasos de su madre y llevándomelos a la barbilla simulé desentrañar los entresijos del cielo indescifrable de cometas cuando dije que probablemente la contaminación ocultaba el fenómeno, pues absorbida la esencia durante unos minutos de Francesca en su habitación de niña, con sus fotografías en todas las edades, sobretodo en la más próxima, disfrazada de Hada, de princesa india con una diadema de oropel y plumas y un pequeño lunar pintado en la frente, vestida con un traje estampado azul cielo con flores, siempre con el pelo suelto y el flequillo velándole casi los ojos, soplando las velas de los once años, viéndose sorprendida por la alegría sincera abrazando a sus muñecas... En esos minutos me quedé un poco en la vida que el enamorado debería tener derecho a vivir guiado de la mano de la amada, en un viaje contra el tiempo para saber en qué momento hubiera empezado un amor al que ya de mayores se le fija una fecha cuando en realidad era de mucho antes, de siempre. Sólo entonces supe que querer era la suprema dificultad de la vida, saltar por encima de un tiempo que nunca vivimos antes juntos y que al presente ya nos sorprendía con un miedo irreal, inclasificable, pero tangible aún en su propia y subjetiva inexistencia. Acorté la añagaza para no incomodar a tan buenas personas, que me trataban como a un hijo y es que así podía ser de buena Francesca con unos padres como ellos. La vida en muchos casos es injusta, pero es vida al fin y al cabo. Personas agradecidas y buenas como ellas aguantaban los rigores de la existencia con una sonrisa y a muchos a los que las cosas siempre nos habían ido bien, no habíamos valorado nunca nada y además parecía como si estuviéramos cansados de vivir.

Francesca, en todo, me atalantaba con su enorme poderío de mujer de los pies a la cabeza, pero qué vino iba yo a beberme cuando el miedo a dañarla guardaba tan bien la viña. No se trataba exactamente de un tema de estupidez, en un sentido clásico, sino más bien el miedo a hacer daño a una persona tan importante para mí, visto mi penoso historial con las mujeres.

No tardé mucho en darme cuenta de que Francesca me había enredado con todas sus gracias únicas de mujer. Que me había robado el corazón sí lo sabía desde el primer día. Lo malo es que parecía no querérmelo devolver.

Para no volverme un loco de manual, di en enfrascarme todo lo posible en mis lecturas, pero si leía “Beatriz” la veía a Ella en el Paraíso de Dante; Ella era también la esposa del Cantar de los Cantares; cuando Medea ayudaba a Jasón a encontrar el vellocino de oro no era otra que Francesca; no era Sherezade sino Ella quien leía cada noche de las mil y una los cuentos al sultán Schahriar; contra lo que se pensaba, Werther, Don Quijote y Romeo no amaban a Carlota, Dulcinea ni a Julieta: todas eran Ella.

Pero Ella no era como todas: lo sabía porque en esos años y desde que tuve edad y ocasión para ello, había despertado en cientos de camas de mujeres diferentes y cientos de ellas dormían aún al lado derecho de la mía –yo siempre dormí en el izquierdo- y todas las veces, aún en los primeros instantes de la nebulosa que me envolvía primeramente hasta, con suavidad devolverme imágenes y sentimientos de las horas previas y entregarme a mi estado de conciencia habitual, la entrada en un nuevo día comenzaba con una reconstrucción, apoyado de costado en el lecho, sobre quién era ella y qué había pasado la noche antes; cómo la noche la había llevado allí, o me había llevado allí hasta ella.

Pero antes que todo eso, mi conciencia me recordaba y mi primer pensamiento era para sujetarme a la vida rememorando que éramos tres –Óscar, Andrés y yo los amigos inseparables- y que nunca dejaríamos de serlo.

Mil mañanas de zozobra sucedieron a mil noches aturdido y a pesar de que fueron cientos de mujeres las que aún dormían al romper los primeros albos del día, atigrando su luz entre los resquicios de la persiana los cuerpos desnudos y bellos de ellas, me hubiera sentido en medio de la mayor soledad posible –la del que ni consigo mismo puede encontrarse- de no haber

consagrado todas las veces, gracias a un relámpago recóndito en mi conciencia, mi primer pensamiento del nuevo día a pensar que éramos tres y pese a todo, siempre íbamos a serlo.

Ellas se me aparecen cada noche, de una en una o todas a la vez, entre la vigilia y el sueño, como los muertos visitan la desolación del asesino en la mala hora que nunca se le acaba. Ellas son tan antiguas mías en esa parcela de mi semiinconsciente en la que viven que creo que me acompañarán hasta el final. Y no recuerdo su nombre ni su rostro, más que el de unas pocas. Y su número no decrece, antes aumenta.

Llevo ya tantos años echado a la bribia que ya no sé distinguir si alguna vez fui de otro jaez. Y eso de “la buena mujer, quién la encontraría” no me convence. Yo he conocido entre buenas las mejores, pero el problema lo tengo yo, no ellas. Yo las encuentro, pero no sé qué hacer de ellas. Es cierto que de seguir adelante las cosas hubiera descubierto imperfecciones, que todos las tenemos. Pero chicas buenas, y adornadas por todos los valimientos personales son la inmensa mayoría. Al menos hablo por lo que he conocido. Y me desalienta no haber tenido la capacidad para conectarme a la realidad, con tantas oportunidades como he llegado a tener.

Como el de esta chica de ahora, que duerme a mi lado y que entre sueños me pregunta que por qué me despierto ya. De cuerpo alabastrino, con los botones rosados que culminan sus pechos, apenas cubiertos por la sábana con dibujos de dragones que parecen fieramente infantiles sobre la breve depresión carnal. Ya he olvidado su nombre y sé que ella, su rostro, su cuerpo y su gracia se han desvanecido ya, desde este momento o puede que antes, a la galería de imposibles de la que soy enfervorizado, imprudente e involuntario coleccionista: una pieza más de ese puzzle absurdo, de ese esquiife del navío a la deriva, a veces envarado en la arena y otras haciéndose pedazos entre los escollos; esa esquirla de una jarrón chino hecho añicos en el que aparecían todas ellas.

Aunque siempre me convencía con acendrada fe de que la siguiente sería la última y hubo entre ellas algunas, seguro, entre las mejores, siempre me sentía vacío en sus brazos, extraño en sus alcances, extranjero a sus besos. Y otra nueva mañana, aquella, me renovaba la impresión honda de incredulidad por haberme vuelto a equivocar, a tener que huir como siempre. Dicen que el

mejor escritor algún chafallo hace; yo los hacía todos los días, sin apenas escribir una línea.

Mi psicoanalista dice que mi actitud regresiva se debe a que el miedo insuperable por cuando mi abuela se fue me hace abandonar a todas las mujeres, para no ser yo nunca el abandonado. Brillante punto de vista que puse en cuestión cuando, en medio de una de mis recaídas diarias, aún no sé cómo, acabó durmiendo, como las demás, en el lado derecho de la misma cama en la que esa noche dormí yo. No entendió mi comportamiento, confiada en las terapias de proximidad, y si como profesional no me entendió, como persona me odió al pedirle que se vistiera y se fuera a su casa.

El éxito, y eso lo supe tiempo después, necesita mucho más de lo que imaginamos del fracaso para poder existir. Una de las mayores pobreza de la vida es haber vivido siempre en medio de la riqueza. Por eso, mirando atrás, recuerdo haber maldecido muchas veces mi suerte, y ahora bendigo todas las desgracias que me salieron al paso con tanta frecuencia, pues me mostraron por dónde podía ir y por dónde no, además de enseñarme a valorar la grandeza que me vino más tarde.

No me vanaglorio de haber escuchado mi nombre en los labios de tantas mujeres y mucho menos de no recordar siquiera apenas el de media docena de ellas. Antes al contrario, me ayermo y siento una gran desazón y pobreza por haber dilapidado mi vida en aguas turbias y pantanosas, en vidas que empezaban y acababan en el mismo día, o al siguiente en su mayor parte; en dolores que punzaban sobre la misma herida mucho antes de haberse ésta empezado a cerrar.

Como en muchas obras de Lope de Vega, más de cien en horas veinticuatro pasaron de no haberlas visto nunca a, sucedido lo que suele entre hombre y mujer, no volver a verlas nunca más. Y ni siquiera recordar su nombre o su cara.

Y entonces esa verdad se me hace de cuerpo presente, mucho más que el trazo de vida sobre el lienzo pálido de unas sábanas que envuelven a la mujer. Y voy cargando sobre ellas la responsabilidad de arrancarme del desastre infinito y vuelvo a sentirme como el asesino de una parte, la parte mejor de su inocencia, de su esperar algo mejor.

Sólo recuerdo que la vi en la terraza de un bar, me di cuenta de que no le parecía mal que la mirase, que estudiase sus formas.

-“Tu cuerpo merece ser inmortal, como debe serlo tu alma. Te observo desde hace unos instantes y llenas el vacío como la inspiración colma el mundo sin sentido del genio hasta que ella llega. Juntos podemos ser inmortales, tú saliendo de la paleta y yo llevándote con mi mano a desafiar a los siglos y a todos los eternos femeninos y pintores célebres, fijándote en un lienzo”.

Aunque era una barbaridad, muchas veces me había funcionado. Todas a las que les había dicho esto o algo parecido, entendieron en cuanto cruzaron la puerta de mi casa, tal vez mucho antes, que yo no era pintor. Sin embargo, la de ayer lo creyó –o fingió muy bien creerlo- y me dijo que estaba dispuesta a posar desnuda para mí, pero que quería una participación en las ganancias del cuadro.

Era alsaciana y acababa de llegar a Barcelona. Conectaba bien con la vida bohemia, empezando ya por su forma de vestir, demasiado abrigada tal vez para un invierno de sólo el nombre, con sol bastante para desmentir al calendario y engañar a la piel que se resiste a dorarse más allá de Octubre. Estaba tocada con una chinela redonda y desbordada por su contundente cabellera rubia, con muchos dijes sobre el abrigo verde cuyos faldones angulosos avanzaban y se retraían sobre el tapete de cuadrillos blancos y negros de la falda a la altura de sus muslos convincentes, prometedores y rozando en algunos lances de cuerpo adelante los botines escuetos y negros, con hebillas y tacón de base cuadrangular. Era la hermosa lo bastante como para haber cambiado la historia de la pintura de haber sido contemporánea de Picasso, que sólo la cambió a medias, por faltarle una musa tan de cuerpo entero como ella. Por cierto, y abro un breve pero significativo paréntesis, de Picasso antes habría entendido su pintura que el hecho de que se hubiera enamorado de una bailarina rusa, siendo tan guapas las españolas, como la camarera sonriente y perdida entre las mesas y su bandeja plateada sobre la que refulgía el sol. Cierro paréntesis.

-“Charlotte”.

-“Encantado”.

En ese momento debería haber supuesto que era un nombre más que olvidaría

a la mañana siguiente o mucho antes quizá, pero en mi descargo debo decir que, aunque nadie pueda creerme, yo siempre quise y luché por encontrar a la mujer de mi vida y creí y esperé que fuera cada una de las que me hicieron dar un paso adelante. De buena fe actué siempre, sin jamás acercarme siquiera ni decir nada que pudiera entenderse en más de un solo sentido a una mujer sobre la que no estuviera firmemente convencido de que sería la última, la definitiva y aquella para la que yo había nacido, y ella para mí. Pero claro se vio y enseguida que mis firmezas tenían poca consistencia y ningún fondo, según es de ver en que hubo semanas en que los días se contaron por mujeres, habiendo estado a veces con más de una en menos de horas veinticuatro como ya he dicho.

El sentimiento de incredulidad en haberme equivocado de nuevo, en no poder salir del agujero negro, me desesperó a veces. Pero aprendí a vivir así, en ese constante torbellino de decepciones y altibajos, siempre tratando de mantenerme sobre el alambre. Traté de no salir de casa y de evitar mirar siquiera a ninguna mujer por la calle, a pedirle a mis amigos que dejaran de presentarme a las amigas de sus novias, pero todo era inútil, porque mi ser primigenio ansiaba reparar el mal entregando todo el bien intacto a la que había de merecerlo más que ninguna otra. Y además, yo no podía vivir sin mujeres, no me planteaba que las cosas pudieran ser de diferente manera.

Muchas veces, sin solución de continuidad, me veía reflexionando sobre estas cosas u otras, o contemplando un atardecer y realmente sin saber cómo tenía al lado a una mujer con la que apenas me faltaba hacerle una pregunta definitiva o proponerle que viniera conmigo poniéndole una venda en los ojos. Y ni recordaba cómo había empezado a hablar con ella, las cosas salían y punto, sin planearlas, sin esperarlas. Y sin creerlas, cuando pasaban. Una vez más, volvía a ser contumaz en el error, sin ofrecer la más mínima resistencia a su envolvente capacidad de poner la piedra delante de mi pie nuevamente. Aunque los principios podían ser diferentes entre sí, lo cierto es que todos los finales se parecían demasiado: un sabor amargo y denso, a humedad y decepción, un adiós sin palabras, dándonos la espalda, el silencio como un punto al final de una música delirante.

La francesita me contó que había venido a Barcelona atraída por su fama legendaria de ciudad bohemia y acogedora, pero a la vez práctica y



encaminada a hacerse un nombre y alcanzar la personalidad de provecho que nuestros padres –supongo que los padres franceses también- tanto nos habían encarecido. Estudiaba arte dramático en una escuela del centro y se movía en una moto de potente cilindrada que –supuse- la habría iniciado ya en las emociones fuertes que yo me ofrecería a brindarle pasaran adelante, pero con la moto aparcada en mi garaje. Ésta no hizo remilgos ni afectó prejuicio alguno, sino que apuró lo que quedaba de vino en su copa, dejó un billete de cinco euros al camarero, sin permitirme en modo alguno opción a que yo pagara y me dijo que la llevara a mi estudio.

Por haber estado con tantas mujeres puede que sea que no sólo no conozco bien a una sola, sino que además no sé comportarme, fuera de las situaciones evidentes, con ninguna. No me siento nada orgulloso de que las cosas hayan sido así, me hubiera gustado tener la suerte de Óscar, que tiene a Carrie como el único amor de su vida; no sé si llamar suerte a lo de Andrés, enredado en un amor imposible por Laura. O al menos entender algunas cosas que cualquiera entiende de inmediato. Y la evidente en este momento es que esta chica creía con todas las veras, no sólo que yo era un afamado pintor, sino que quería ya en ese momento patentizar la largura y fineza de mi arte tomando unos primeros bocetos al natural y en mi estudio, de la nueva musa que acababa de conocer.

Fuera o no por las ambigüedades del idioma, a las que algún día explicaré por qué yo achaco casi todos los choques de trenes conocidos, la cuestión es que, ya en mi casa, la moza se me tumbó delante en el sofá y me dijo que cuándo iba a empezar. Aunque me pareció un poco lanzada, como las extranjeras siempre han tenido a fama serlo más que las españolas, yo sin encomendarme a Dios ni a nadie más que a mi propia torpeza, empecé a deshacerme el nudo de los zapatos, a desabotonarme la camisa, me quité el cinturón...

-“Eres auténtico como Toulouse Lautrec, que pintaba en ropa interior” -me dijo-.

Sonreí, y seguí adelante con la desvestida, pero cuando ya fue evidente que pretendía aumentar la apuesta iniciada por Toulouse Lautrec vi que Lotte ponía cara de asombro y a continuación explotó en una risa desternillante.

-“¡O sea que me traes a tu casa para ligar, y no eres pintor!”

-“Lo soy, pero de brocha gorda” – dije, para hacerme el gracioso, sin pensar que las finezas del idioma no son fáciles de captar en sus primeros compases-.

-“Qué raros y alambicados sois los españoles. Si querías traerme a tu casa me lo podías decir y hubiera venido igual...¡Mon Dieu!”

Me ofendió más no saber qué significaba alambicado y que no hiciera al menos un ademán de enfadarse o resistirse, pues se estaba poniendo a la altura de una chica fácil, que el propio equívoco. Y la chica de mi vida podía ser muchas cosas, pero fácil nunca. Eso me hubiera descabalgado en mi orgullo.

-“Quería que vinieras para tomar una copa y hablar”.

-“¿Aquí tomáis las copas en calzoncillos? Ja, ja, ja”.

La situación era meridianamente ridícula y quise volver a ponerme los pantalones. Pero la cremallera se quedó a encasquillada a medio camino y eso, a mi modo de ver, aumentaba exponencialmente el ridículo, pues alargaba innecesariamente la salida a flote, si es que eso hubiera sido posible.

La franchute estuvo muy acertada ofreciéndose a ayudar. Viendo que no era posible ir arriba ni abajo, optamos por acabar de dejar toda la ropa –la suya y la mía- en el suelo y como en casa no tengo pinceles, ni pinturas ni caballete, ni siquiera un lápiz en la oreja, dejamos las sendas lenguas que Dumas y Cervantes - entre muchos otros- habían elevado a lo más excelso, dormidas en sus muy reales academias y nos entregamos el resto de la tarde, a la comprobación de que al arte, mientras haya mujeres como Lotte, le ocurrirá como a Camarón: que nunca morirá.

Aunque la portera de mi escalera me tenía por un dandy o un playboy o algo así, y por eso supongo que llamaba a mi casa las pocas veces que después de las once me había visto entrar solo, supongo que para preguntarme si mandaba algo; y lo creía sobre todo, porque nunca me hubiera dejado que me acercara a su hija, yo por supuesto que no lo era. En realidad, no tenía conciencia de que lo que estaba haciendo fuera caer y volver a levantarme pese a todos mis esfuerzos por hacer las cosas a derechas. Después de cada nuevo fracaso, convertido en antiguo por el inmediato siguiente, trataba de levantarme a mí mismo un muro cada vez más difícil de saltar. Pero era reato en el pecado, y aún no habiendo sido perdonado volvía a caer nuevamente, como la semilla entre las piedras de la parábola.

Así malgastaba mi vida a manos llenas, habiéndolas tan vacías como el corazón; pero yo me hubiera querido morir mil veces antes que hacer el más mínimo daño a ninguna mujer. He vivido por tanto muchas vidas, cientos, no lo sé, vidas que acababan justo al empezar, de creer algo que objetivamente no era posible y dejarlo caer: precipitar en realidad su caída. Pero la mala hora que vivía cada día me pillaba siempre con una chica al lado, después del amor, y todo estaba perdido entonces.

Todo esto lo tuve siempre muy en cuenta para convencerme de que, si sentía algo por Francesca, debía conservarlo sólo para mí y mis adentros, para evitar el riesgo de que me ocurriera con ella como con las demás, pues me aterrorizaba perderla, dejar de verla cada día en el despacho, al que llegaba cada mañana como un viento suave de felicidad y buen presagio.

No en mejores pasos estuve con la Literatura que con las fémimas. A pesar de mi profesión de editor y como dicen que en casa del herrero cuchillo de palo, es cierto que por más que he tratado de imbuirme en los mejores espíritus de la literatura, conversar con los mejores genios de las épocas pasadas, que diría Descartes, y otros tantos esfuerzos y vueltas en el camino, lo cierto es que todo fueron salvadas a cielo abierto, sin la más mínima posibilidad de que yo mismo me creyera que me publicaría a mi mismo una sola línea de lo que pudiera escribir.

En realidad yo fui un asiduo de los libros incluso antes de aprender a leer. Mi padre me cuenta muchas veces que no había otra forma de conseguir que durmiera si no era dejándome en la cuna un libro con el que pudiera acurrucarme y acomodar mis deditos sobre las tapas; un libro me acompañó siempre a todo trance, los he leído a miles: buenos, malos y regulares, pero he hecho mío el espíritu de todos los que viajaron conmigo, me abrieron las puertas de su mundo fantástico y se me entregaron: vi a Juana de Arco no doblar la rodilla ni humillar la vista, aún abrasándose en la hoguera; de Daniel escuché el eco de cuya voz aún resuena en la ballena; a Apuleyo alabando a la hermosa mujer de cabellos dorados; al caballero rindiéndose a la beldad de la Dama de Monserau; a Federico desesperándose, prosternado, ante quien había de ser su madrastra... A tantos y tantos, la mayoría de cuyos nombres ni historias recuerdo, aunque me pertenecen como el opulento desconoce ser suyas unas tierras en las que puede haberse perdido y olvidar el tesoro que él

mismo enterró junto al árbol a cuya sombra acaba de sentarse por parecerle agradable la tarde.

Siempre pensé que debía dedicar mi vida a mi mayor pasión y así lo hice. Hubiera querido —aún lo quiero— ser escritor. Pero eso no es posible, al menos en la acepción de persona que escribe para que otros sientan un deleite o una cierta elevación personal o espiritual o cualquier otro sentimiento distinto del aburrimiento y el hastío, al leerle. Y eso creo que no es posible, al menos por ahora, para mí. Pero si no podía ser fuego quise al menos ser el leño, pues duro soy en mis propósitos y por eso, con algún dinero que mi padre me prestó, y en parte gracias a una suscripción popular que me llevó algunos años sacar adelante, monté la pequeña editorial, y la gracia, que me dio la espalda siempre, no me negó al menos poder encontrar la manera de pasar la vida leyendo originales que en su mayoría se daban a la imprenta y que, aunque a mí me parecía que los podría haber firmado yo mismo, se vendían como rosquillas.

Pero lo cierto es que, una y otra vez me senté, al principio delante de un papel, luego de una máquina de escribir, más adelante de un ordenador, y el resultado era el blanco, el silencio o el parpadeo del cursor a la espera de que un dedo por fin pusiera principio a aquella novela inmortal que, a día de hoy, no he podido iniciar.

Y no creo que fuera cuestión de palabras, porque yo conocía muchas, sino más bien, como ocurría con el resto de mi vida, de encontrar algo auténtico, algo que transmitiera y comunicara, como la canción del Gato triste y azul de Roberto Carlos. Te podrá gustar o no la música, la letra, su voz o él; pero que te hace entender en un idioma universal que ese tío no estaba fingiendo, sino que lo que contaba era o podía ser real, eso era seguro. Y yo, o escribía una gran novela, o me dedicaba a asesinar a los demás con los proyectiles que mis escritores protegidos me proporcionaban, pero nunca con mi propio veneno, que sólo hubiera matado a la parroquia de sosería, estulticia, indiferencia y aburrimiento.

Saramago, según Andrés, había escrito sus mejores páginas cuando no estaba enamorado aún de Pilar. Es de suponer que entre proseguir la gloria literaria o estar en brazos de una mujer única, sería preferible lo segundo; al menos, para quien había atesorado en muy gran medida ya lo primero. La literatura es

una de las formas más refinadas de generosidad: en muy pocos casos da ya para vivir, y además supone la entrega absoluta de tu voluntad, de tus sueños, de tu ambición. Es caminar desnudo frente a un mundo desconocido y a veces hostil.

Y tal vez sea porque para escribir es preferible haber vivido mucho pero no estar viviéndolo ya; las pasiones son hegemónicas porque huyen al saber que otra pasión ocupa al que la siente.

A la editorial llegaban cada día personas anónimas, muchas veces jubilados que creían escuchar una voz que les aseguraba que el Nobel les aguardaba en Estocolmo, con sus historias y rimeros de hojas con los que acudían a la sala de espera; también paquetes de lo mismo enviados por correo. Dos días después algunos se personaban nuevamente en la editorial, dispuestos a abrazar la fama, firmar el contrato y recoger su cheque. Todos los libros tienen algo especial para quien los escribe, como todos los hijos son bellos para sus padres. Pero Francesca y yo, y eso era elemental, tratábamos de investigar y descubrir, como Holmes y Watson, la Literatura escondida entre otros intentos de reafirmación personal encubiertos en un texto mecanografiado a veces sólo relevante para su autor.

Siempre tuve la sensación de que Ella me estudiaba detenidamente, cuando me creía distraído en mi trabajo; que, detrás de sus gafas pequeñas, me zahoriaba como si yo fuera una figura del Belén. Y yo, con toda mi lisura de cadete no me daba ni cuenta de lo que realmente estaba pasando.

Francesca sabía, con un solo golpe de vista, cómo estaba yo cada día. La lucidez de su genio estaba fuera de poder discutirse. Decía que se fijaba, para saber mi estado de ánimo, en el color de la corbata y en la forma del nudo. Pero era una forma suya de no querer explicarme los entresijos de su inteligencia proyectada sobre mí y por qué me descubría, pues yo nunca llevaba corbata, a no ser que viniera algún *pezzonovante* de Madrid.

Y en cambio, yo detrás de su sonrisa nunca pude ver más allá de la amabilidad, pero su pensamiento en lo restante me quedaba oculto como la carena del buque bajo las aguas. A veces me pareció encontrarla algo contristada, aunque me decía que su madre estaba delicada de salud y yo no quería reavivarle el dolor. Ella parecía adivinar cada uno de mis pensamientos, descubrir como si lo anticipara, en lo más recóndito de mis

pliegues y galerías, como si fuera mi alma gemela.

Con lo que sabía ya entonces de Ella, supe que no habría otra jamás. Me resarcía de este amor imposible llevándole flores muy a menudo y le compraba regalos casuales cuando venía de camino a la Oficina, después de alguna visita. Me comportaba con ella como con la novia que siempre me hubiera gustado tener.

Mi trabajo como editor era muy sencillo: tenía que leer los originales, tras una pequeña criba en que me ayudaba Francesca, y proponer casi siempre cambios, en función de lo que pensaba que el público lector demandaría. Pero la mayor parte de las veces, yo trashedaba los originales y ella los leía de cabo a rabo.

Ella me presentaba un epítome de las obras, que leía indefectiblemente y con toda paciencia y me escoliaba comentarios suyos al margen para facilitarme la lectura. Tratando sobre algún punto en el que no coincidíamos en raras veces, le sobraba metafísica para discurrir con sutileza sobre cualquier cuestión y no recuerdo que ni una sola de las veces no me convenciera completamente.

Aquellos días yo estaba leyendo “*En tierra de nadie*” de Benito Lago. Benito era mi escritor insignia, el que bajo mi órbita había dado mayores éxitos a la editorial y nos era muy fiel. Pero lo cierto es que su novela última no estaba a la altura de lo que habitualmente se podía esperar de él. A medias cubierto por la lona de la lámpara de pie bajo la que me esperaba, en la sala de recibir, parecía roer las palabras que diría como si recitara un mensaje para el que hubiera sido comisionado por algún alto estadista enemigo. Me recibió con su mirada triste, ajena, detrás de las gafas de miope asustadizo y trémulo, enfundado en su traje pardusco de bibliotecario sin suerte, parcheado con coderas cárdenas, con botones pendientes como él de un hilo, la palidez del torero que siente que lejos su madre sufre y para conjurar el miedo muerde la esclavina hundidas las rodillas en el suelo. Contrariaba estampa tan pobre en un hombre capaz de evadirse como pocos en la riqueza en que su mundo interior le lleve, al socaire de vientos venturosos en la cúpula que con mano de orfebre había alzado sobre el edificio seguro de su creación literaria. Hubiera pasado como una sombra de no ser por su incommovible resolución de ser su ficción tan real, para él y para quienes lo leían, como para esquivar a

esta otra que le era menos propicia. Pero el talento se le escurría y le duraba lo que el rocío temprano con los primeros soles.

-He visto plegarse a los prodigios a su mano invisible. No son los colores ni los pergaminos viejos, ni los libros abiertos de forma casual que decoran tu despacho que nunca tuvo alma. Es obra de una mano que al tocar cualquier objeto hace que nunca vuelva a decirse de él que alguna vez fue inanimado.

-¿Te gusta la decoración?

-Hasta tú pareces otro.

-Saluda a la artífice de este modesto pero elegante despacho.

-Benito Lago, para servirle.

Francesca en seguida supo que Benito estaba como el título de la novela que aún no merecía así ser llamada y como tantos otros, en tierra de nadie. Al primer golpe de vista comprendió que algo cegaba el talento y la apostura literaria de Benito, al que como buen poeta seducía enormemente la belleza y cualquier camino que pudiera conducirle a ella. Su sensibilidad se le traslucía en el gesto y en la disposición con la que dirigía sus ojos a esos nuevos objetos, a esa forma en que Francesca había cambiado todo sin cambiar nada apenas, haciéndole sonreír, cualidad que se predica humana y que en Benito hasta entonces nunca vi.

-Casi seguro que escribe en un cuarto compartido de una pensión, con vistas a una ventana en la que las vecinas tienden la ropa, huele a cocido de garbanzos y se oye discutir a los niños con ruido de fondo de tertulia radiofónica de voces graves y lentas –me dijo Francesca en cuanto Benito se marchó-. Volverlo a la senda literaria que como pocos creo que en el día puede recorrer no creo que sea tan difícil. A veces un pequeño cambio imperceptible puede obrar un milagro.

Puesto que había espacio de sobra en el despacho, a instancias de Francesca ofrecí a Benito, que aceptó encantado, una pieza mediana y aireada, con una ventana terciada en el paisaje por plataneros y edificios donde el sol dormía la siesta resbalando lentamente por las fachadas reticulares, por las vidriadas superficies de los hoteles exclusivos y las joyerías suntuosas, rematado el paisaje por un cielo alto, donde pocas veces se daban cita las nubes, ocupadas en velar tenuemente la estrella de Venus. Francesca se las arregló para traer

un cuadro de las rutas de Covadonga, sin que ni yo mismo supiera que nuestro escritor era de orígenes astures. ¡Qué mujer!

En dos semanas, Benito y su “Tierra de nadie” habían mejorado en su aspecto hasta el punto de que estábamos para cerrar el diseño de portada y mandarlo a galerada para imprimir.

Una de las tardes en que me encontraba solo repasando los contratos que a primeros de año me enviaban los agentes literarios como propuesta de renovación de sus escritores, escuché una voz servicial y atenta que pedía permiso. Era el Sr. Ramón, el conserje, pidiéndome si podría recibir a un Señor que esperaba en el vestíbulo y que decía llamarse Sr. Vicente Arenas. No esperaba a nadie ni entonces ni nunca, pues en raras ocasiones me pedían cita, tratándose casi todos los puntos con Francesca. Insistió el bueno de Ramón, diciéndome que el Sr. Arenas le había repetido que con quien quería hablar era conmigo. Le dije que hiciera el favor de hacerlo subir.

Entró un Sr que debía conocer bien los aledaños del despacho al que acababa de acceder, pues no en vano vestía un traje de dos botones en corte recto en azul rey y camisa vainilla, sin duda tres piezas a medida y zapatos de suelas cosidas doblemente, hallazgos nada casuales en el mapa cuya bitácora tenía su centro en el suelo que pisábamos en ese momento. El porte era señorial, suaves pero firmes las maneras y el reloj, que esgrimía como cetro vuelto en la muñeca –éste no era a medida- imperativamente como dando a entender que el tiempo y su reloj eran igualmente de oro y que la determinación que le precedía así me lo iba a dar de inmediato a entender.

-Debo confesarme admirador de su *savoir fer* en cuestiones de índole editorial, tengo entendido que la crítica sitúa a los escritores de su órbita en el selecto club de los más codiciados. Por otra parte, sé que las críticas que hace de cualquier obra son ciertamente determinantes en lo que respecta al número de lectores que van a acabar leyendo su libro.

-Gracias, pero es sólo trabajo. Una receta tan sencilla que no dudo que quien la aplica no puede tener razones para suponer que exista alguna mejor. De otro lado, quienes escriben son ellos y no yo. En cuanto a lo de mi opinión sobre los libros que como aficionado leo debo decirle que si Vd no me abre la puerta de su casa yo no osaré entrar en ella, pero no me diga después de haber entrado que publique haber visitado un palacio. *Amicus Plato, sed magis*



*amica veritas.*

-No sea modesto: trabajar es propio de una época inicial, las primeras armas de toda profesión requieren ser esgrimidas para iniciar la conquista. Pero convendrá conmigo en que, en el ascenso al estado superior que Vd ya ocupa, el trabajo se puede convertir en conseguir que sean otros quienes lo hagan por Vd.

-Amo mi profesión lo bastante como para contradecirle en ese punto.

-Los principios que profesa le honran, sepa que se lo digo con toda la seriedad de que soy capaz. Pero no es menos cierto que, amparado en mi condición de decano de los editores en este país, dueño de la crítica, manejo ciertos resortes que quisiera reforzar si tuviera Vd a bien aceptar trabajar integrado en nuestro grupo.

-Le agradezco la oferta, pero la esencia de mi desenvolvimiento como editor depende de mi independencia.

-Aún no ha escuchado mi oferta. No está cifrada en palabras, véala. Al decir esto, extraje un cheque del bolsillo interior de su traje. Era de un banco saudí y tenía estampada su firma bajo la fecha de ese día. Ponga Vd la cifra.

Al devolverle el cheque, sin siquiera sopesar el futuro que detrás de aquel rectángulo de esperanza y obscenidad petrodolárca en mis manos se vislumbraba, le dije, sin reflexión previa, que ese día no era apropiado para tomar decisiones así; tal vez en el momento final de pronunciar la frase acudieron a mi mente mis principios en la editorial con Francesca, el cambio de Benito y mi modesta pero firme vocación de escribir.

-Comprendo que quiera pensarlo, tal vez he sido impetuoso en las formas, que sin duda Vd sabrá disculpar. ¿Cuándo estaría en disposición de recibir la aceptación por su parte de la oferta que le formulo?

No sé si habría oído antes aquella expresión, no sé si significa algo. Sencillamente, le respondí:

-Le daré una respuesta cuando vengan los Nazarenos.

Me entendió al instante. A juzgar por la crispación mal disimulada y encubierta por una sonrisa de asaltado por la banca, debí ser el primero en negarle algo.

-Está bien, haré que vengan los Nazarenos si es preciso.

Nadie puede saber de sí mismo si es o no buen perdedor antes de que la derrota se cierna como un sino inevitable y fatídico, excepto Don Vicente, que en un gesto elegante, resabio de atávicas enseñanzas novelescas se tentó el cinto en busca del sable o la pistola con la que lavar su honor. Pero al dar la media vuelta y contar diez pasos sólo giró sobre sus talones para dispararme un “Sepa que un hombre sólo pierde cuando quiere hacerlo. Buenas tardes, caballero”.

Nunca vendería nada que no fuera mío y nuestro proyecto era, sobre todo y más que proyecto, nuestro. Algún día dejé de pensar en términos económicos y mi discurrir empezó a centrarse en cómo alcanzar los arcanos resbaladizos de las cumbres sin cuantificar a cada paso qué ganaba o perdía en pos de un objetivo. Mis flaquezas nunca fueron de esa clase y supe sortear con acierto desde el principio los avatares, pudiendo acudir francamente por mi sola mano a sostener mis días con holgura bastante, ocupándome en menesteres tales que me distraían de lo que al común traía tan de cabeza y de claro en sus días y noches.

### **Capítulo Tercero.**

Mientras esperaba esa tarde a Andrés y a Oscar –les había citado sin indicarles el motivo, pero estaba deseoso de hablarles de Francesca-, mirando al viejo reloj de la Iglesia de San Bernardo, el Santo más devoto de Nuestra Señora, pensé que nosotros también siempre fuimos tres, como las agujas de algunos relojes que, aunque durante sólo un único segundo en cada hora señalan el mismo punto en la esfera, comparten siempre el mismo centro e idéntica órbita de giro.

Aunque el tiempo se acabó antes para uno de nosotros, en cierta manera, nunca dejamos de ser tres y esa certeza y cercanía nos acompañó siempre, como la marca de fuego -más fuerte que la misma sangre y que el instinto- de nuestro propio destino.

Y así fue desde el principio, sin amagos de interrupción, ni riesgo de fisura, ni amenaza de deslealtad o asomo de traición, que la vida tuvo a bien, y nosotros la suerte, de amalgamarnos. No sé ellos dos, pero con imágenes, palabras o sentimientos, es lo primero que me formulo al despertar y recobrar la conciencia perdida con el sueño en la noche anterior, cada nuevo día.

El primer recuerdo de casi todos los de nuestra generación son las imágenes de un magnicidio por televisión, o de una película o espectáculo deportivo. La reminiscencia primigenia de nosotros tres es aquel pasillo coronado por una escalera de piedra de escalones desgastados por el pie tenaz de los miles de estudiantes que nos precedieron y que el tiempo afinaba como aguja de pino.

La vida a veces fue acerba, pero no nos privó de lo más importante, que era saber que, aunque cerráramos los ojos, alguno de los tres siempre los mantenía abiertos por los otros dos.

En el fondo de la escalera, incomprensiblemente vertical y negro como boca de lobo, reinaba un silencio sólo entrecortado por apagados murmullos como de ánimas del purgatorio que proferían lacerantes lamentos ultra terrenos. Su proyección vertical, en el tramo superior ascendente, en cambio, arrojaba una tenue luz sobre la barandilla de madera cantoneada, proveniente de un ventanal con imágenes corales y lánguidas, abigarradas y coloreadas profusamente, de pasajes bíblicos en que los patriarcas encontraban la tierra que les fue prometida.

Un grupo escultórico en yeso y algo desconchado en la parte trasera velaba al fondo del pasillo, presagiando imágenes trascendentes y sombras acuchilladas cuando las últimas luces de la tarde iban replegando su manteo contra sí mismas, convirtiendo a la figura del Santo y de los dos niños en el de una higuera seca como la del evangelio de San Mateo, huérfana, malhadada y sin flor ni fruto, como fuera Don Quijote de no haber sido enamorado.

Fue ese nuestro primer escenario y en él hubimos de pasar los largos años que separan a la primera conciencia infantil de la puesta de largo a la vida adulta. Aunque la estatua había sido dejada allí sólo durante ese día, pues era una imagen muy antigua que había sido movida de la sala polvorienta en la que se guardaban los trastos, por error, pues estaba cubierta por una sábana y fue confundida con un mueble, al descubrir el equívoco, quienes debían devolverla a su sueño de olvido milenario habían descuidado el llavín y la imagen estuvo allí ese primer día de inicio de curso en el colegio. Sin embargo, durante doce años nosotros pudimos verla al fondo del pasillo y aún hoy, no nos podemos persuadir de que la figura, al decir de los Hermanos del colegio, nunca hubiera existido.

La imagen inmemorial, después de generaciones de fieles que se habían santiguado bajo su advocación había sido donada a un convento de Carmelitas por una viuda a través de una manda recogida en sus últimas voluntades. Más de doscientos años después fue confinada en el estrecho cajón de un piano, optando sus fieles tenedores por darle, como alternativa a una muerte segura, espacio a dormir el largo sueño del olvido. Fueron los inciertos años de la República, gran engendradora de veleidades de mal agüero mal planteadas y peor resueltas por haberse cocinado en el polvo al que todos hemos de volver y dejándonos en un lodo como en el que nos tenemos que ver. Ajena y a buen abrigo de esos vientos, fue al fin encontrada, de puro milagro por un maestro de obras que quiso retirar el piano que junto a un gran ventanal estaba, con la intención de saltar al vacío, hastiado de soportar los rigores de una vida amarga como hiel. Al descubrir la imagen, tuvo a milagro, señal divina y buen designio el hallazgo, comprendiendo que el Santo venía en su ayuda. Se dio a entender que debía pagar la segunda vida, la buena, a quien se la daba, y a ello se aplicó el tiempo que de otro modo en aquel punto acabara. Se enderezó como si nunca se hubiera menguado ni vencido y donó la estatua a los Hermanos de la orden colegial, para que como a él, a los niños protegiera

y salvara de todo mal trance, como así fue y ha sido.

En una de las veces en que se pintó el Colegio, fue retirada la imagen junto con los cuadros y otros objetos, y cubierta con una manta, sin que al finalizar la enlucida nadie recordara volver a su sitio la imagen.

Seguro que debe tratarse de uno de esos casos en los que, pese a que se podrá decir que la realidad objetiva es una sola, referida a hechos verificables empíricamente, cuando la ciencia se descuida existe un pequeño margen para lo sobrenatural. Y eso supongo que es lo que nos pasó a los tres.

Óscar Ródenas estaba junto a la imagen cuando mi madre me dio un beso y me resumió el breviario que durante los días anteriores me había inculcado acerca de lo que era ir al colegio. Yo podía entender todo lo que me explicaba, con sus pormenores y aditamentos, excepto lo de no comer en casa. ¿Se podía acaso comer en algún sitio que no fuera mi casa o en casa de mi abuela? Yo no estaba preparado para contestar a esa pregunta porque nunca había afrontado el miedo al doblar el cabo que aguardaba tras esa respuesta. Por eso, cuando percibí el olor a rancho que se colaba por las rendijas de los comedores y propalaban las hélices giratorias –azules y grasientas- de los extractores de humo me entendí en la obligación de huir de allí hacia casa de forma inmediata. Pero en las formaciones en hilera toda deserción es notoria y su intercepción, francamente sencilla. Así fue el breve destello de desoír la llamada a fagina que se esfumó en su primer aliento y no halló –¡cobardes!- a otros compañeros que la secundaran.

En las novelas que tanto leí muchas veces se entablaban conversaciones entre alguien que estaba con anterioridad en un lugar y otra persona que llegaba. Pero mi experiencia me ha dado ocasión de verificar que las cosas raramente suceden así. Algo misterioso y no siempre bello debe ocultar el silencio. Al hablar habrá quien piense que entregamos una parte de nuestra alma. Si no, no se entiende que, o bien a veces no hablemos o, peor aún, entablemos una conversación de política o del tiempo con alguien a quien no hemos visto nunca ni volveremos a ver.

Pues Óscar y yo, a despecho de lo que pudiera ocurrir si esto fuera una novela, no nos dijimos absolutamente nada en el pasillo, hasta pasar al aulario. Si lo fuera, podría decir que hablamos de lo congruo y hermoso que iba a ser encarnecer nuestros jóvenes entendimientos con la sabiduría de las artes y

disciplinas humanas que, en ningún sitio mejor que en aquél, iban a destilarnos con su incomparable saber los Hermanos de ese colegio. O incluso podríamos haber departido sobre la lucha como verdadera esencia humana, raíz y razón de ser de nuestra existencia, desde el inicio con nuestros ancestros: la lucha por sobrevivir, por el poder, por la sabiduría, por la última galleta del plato, por la lucha misma... Pero en realidad, como queda escrito, nada nos dijimos. Así pasaron unos minutos hasta que llegó un pimpollo atuendado con aires evangélicos, y blusa de batista bajo la bata de listas azules y blancas, con el cuello de holanda, que poco le faltaba para ser de puñetas. Exentos de toda maldad estética, en el fondo única y en una unanimidad de dos, le compadecimos y nos alivió a ambos entender que, esa ropa que tanto nos picaba no era nada al lado de lo que el que acababa de llegar se había echado por encima de los cueros.

Aunque hemos inmortalizado y encumbrado miles de veces —a solas, o dos de nosotros, o los tres de consuno— esos primeros minutos, lo cierto es que no tuvieron, al menos que yo recuerde, más historia que la que acabo de referir, esto es, ninguna que pudiera hacer pensar que de aquel germen iba a crecer un árbol tan sólido cuya firmeza ni viento contrario ni rayo enemigo iban a poner en duda jamás y mucho menos en tránsito de caer.

El devenir de nuestra amistad estuvo marcado, seguramente, por cosas que no nos hubiera gustado a ninguno vivir, pero las contrariedades del principio nos han ayudado a superar otras que nos hubieran parecido insalvables de no ser por ver superadas las iniciales. Por eso he agradecido siempre a Dios que un día me hizo ser pobre —no en el vulgar sentido económico que tan poco me ha importado siempre—, puesto que todos los demás días de mi vida, en todo, fui rico al tener, no sólo lo que necesitaba y era bastante para mí, sino para entender que, en el estado natural de toda persona, que es el de tenerse tan solamente a sí misma, todo lo demás es gran donosidad y riqueza: lo material y sobre todo lo que no lo es.

Mientras pienso en los instantes, no en los que se fueron pues esos son precisamente los que la memoria consciente no puede recordar ya, sino en los que forman parte de mi patrimonio personal, esto es, mis recuerdos, me entrego a la contemplación del antiguo reloj de pared que siempre estuvo allí, tan antiguo como la casa y anterior a todas las personas de las que no llegamos

a oír hablar jamás. Y en él se encierra el misterio del tiempo, del cual es su heraldo. Y se me representa en la imagen que, al igual que sus agujas, nosotros siempre fuimos –Andrés, Oscar y yo-, siempre seremos tres. Por rigurosa que fuera la vida con nosotros, nunca lo fue tanto que nos desalineara ni descompadrara; a veces nos lo puso muy difícil, nos hirió y hasta nos hizo zozobrar. Pero sólo consiguió hacernos más fuertes, nunca pudo hacernos caer. Y por eso acabamos por no tenerle miedo, si es que alguna vez se lo tuvimos alguno de los tres. El miedo a perderlo todo no hizo nunca mella en el ánimo de ninguno de los tres. Pero la ausencia de miedo, si bien en muchos aspectos enriquece con matices la vida, no es menos cierto que le resta un sentimiento de pertenencia con respecto a algunas cosas.

En los primeros años nos pasaron las mismas cosas que, con ciertos matices, nos ocurrieron a todos los niños de esos años: creímos haber obedecido más a profesores, padres y otros mayores de lo que ellos recuerdan; jugamos incluso mientras dormíamos, pues la vida fue un juego interminable que sólo se interrumpía para comer y seguir jugando; aprendimos muchas cosas y dejamos otras para aprender más adelante, pues tampoco el saber tiene unas piernas tan largas que no pudiéramos darle alcance en algún otro momento; olvidamos todo aquello que intuíamos ocuparía un lugar importante para otras cosas en nuestras galerías, salvo la lista de Reyes Godos, que retuvimos bien en nuestras mentes en previsión de que los castigos de la futura vida adulta contemplaran su recital; rompimos zapatos y rasgamos rodilleras de dos en dos. Trazamos, inconscientemente, las líneas maestras de todas las cosas importantes que esperábamos ver o hacer. Y todo se hizo bien, pues la parte más importante de la vida, aquella a la que todos volvemos, aunque sea unos minutos cada día, como la vista del corazón que se vuelve a la palabra que nunca escuchó, como refugio seguro y única patria cierta, es la infancia.

Y fue posible por muchas razones: nuestra familia, la sociedad de aquella época que supo darnos un marco razonable, sin sobreprotegernos ni exponernos a dificultades que no eran para nuestros años, y la suerte, que siempre jugó en el mismo equipo que nosotros. Siempre tuvimos buena concinidad y entendimiento, aún con nuestras diferencias y discusiones.

En todo nos hacíamos a maravilla tanto, que un día el profesor de Gimnasia (ahora creo que se llama Educación Física) nos dijo que si nos podíamos

quedar al acabar la clase porque quería hablar con nosotros. Nos dijo que éramos muy buenos jugando al fútbol y nos ofreció jugar en un equipo que él entrenaba, dándonos por adelantado la mejor calificación en su asignatura hasta que acabáramos nuestra etapa formativa. Ya entendimos que a quien quería en el equipo era a mí, pues siempre fui muy hábil y desenvuelto con el balón en los pies; Andrés tenía un fútbol muy básico y Óscar nos daba cobertura para adaptarse a una afición más de nosotros dos. Pero el profesor sabía que yo solo no aceptaría la propuesta, y también que con los otros dos - más con Andrés-, nos integrábamos muy bien en el juego, de manera que podríamos crecer deportivamente y a la vez ayudar a su equipo.

Le dijimos que sí y la prueba fue más bien un trámite como habíamos supuesto. Lo pasamos bien aquellos años y el fútbol nos hizo mucho bien, aunque Andrés y Óscar no quisieron seguir adelante con la comparsa y cambiaron su plaza en el banquillo por otra más cómoda en la grada.

Tuve el honor de vivir los dos grandes alumbramientos vocativos de la vida de Andrés. Para él, fuera de sus amigos y de su familia y por debajo de Dios sólo están Laura y el Quijote. Recuerdo tan bien esos dos momentos, no como cuando los viví sino como si de nuevo, tras hacerse la foto en la escalinata de la Iglesia después de recibir la primera comunión, de nuevo su Tío le pusiera en las manos el tomo de “El Quijote” de Doré envuelto en papel de seda carmín, con tapas de cuero espejado y acuchillado delicadamente, el lomo sobredorado y cosido como el facsímil de la edición barcelonesa de la segunda parte. Mientras los demás niños y niñas abrían sus relicarios, sus cámaras de fotos, medallas o relojes, él tomó su gran libro, que en aquel momento nos pareció a los tres tan grande que llevaría una vida leerlo y, le cambió la expresión y en efecto, le llevó toda la vida leerlo, pues lo acababa y lo volvía a empezar nuevamente, y se puede decir que pocos fueron los libros que leyó y que difícilmente puede existir un caso en el que, con toda seguridad, el lector es mucho mejor conocedor, en todos los aspectos, del libro que su propio autor. Andrés desde ese momento lo leyó y lo volvió a leer, con tanta curiosidad y entusiasmo que hasta Óscar y yo lo acabamos leyendo para poder entender muchas ideas y expresiones suyas como poner algo sobre la propia cabeza o hacer penitencia juntos; o espesas como hígado y menudas como granizo. De tanto como las decía nos era familiar después al leerlas, como él, una y otra vez en el libro.



Lo estoy viendo, ahora y entonces, sabiéndose el alma rezongar en sus páginas ya, olisqueando las páginas con dicha premonitoria y tomando la bendición por su propia mano. En cuanto a lo de Laura debo esperar para contarlo, pues empecé mi palabra por respeto a Andrés que si hablaba de ella no podría a la vez hablar de nada ni de nadie más al mismo tiempo.

Fue una época de grandes cambios, no para Andrés, además de los propios de la edad, porque él seguía adelante con el Don Quijote, que creo habría leído ya unas quince veces –no menos de dos cada año- pero sí en muchas cosas que fueron bastante diferentes de las que habíamos conocido en nuestros padres.

Al colegio trajeron unas máquinas que llamaban ordenadores y, aunque además de como ocurre en política los adjetivos pocas veces explican o prueban una sola verdad objetiva, porque aquello no ponía orden en nada, la cuestión es que observamos que Óscar desde el primer momento les prestó una gran atención. Nos hacía acompañarle a la biblioteca para que pidiéramos los dos libros que con el carnet propio podíamos tomar cada uno a préstamo, llevándose él a casa seis, todos de temas informáticos. Como Andrés no conoció libro fuera del Quijote, como queda sobreentendido y como yo, casi intuyendo que bastantes libros ocuparían mis días futuros y empeñado en guerras balompédicas continuas en aquellos años, no pusimos objeción a que le diera un uso al carnet de la biblioteca que nosotros limitábamos al de guardarlo en la cartera.

Fue así que, para sorpresa de su madre, que veía el milagro delante de sus ojos, tan distinto el chico del padre, a la luz de su flexo Óscar tomaba notas y garabateaba símbolos y palabras sólo para él inteligibles.

Cuando teníamos experimentos de química íbamos al Laboratorio de mi abuelo para que nos dejara trastear en sus botes, pipetas, cucharillas, mezcladores y microscopios. En cuanto Óscar vio que habían traído ordenadores, se presentó como voluntario en todo experimento de Química, para poder estar cerca de aquellos ingenios. Incluso mi abuelo y mi padre, que eran dos despistados con derecho a Nobel, se dieron cuenta de lo que yo, que no les iba a la zaga en el despiste, no me había apercebido: y era que Óscar nos dejaba con los precipitados y las sales y se precipitaba sobre los ordenadores, a los que sólo le faltaba besuquear.

Yo nunca supe que mi padre se hizo cargo, desde los primeros años, de la

educación de Óscar. Ni siquiera la madre de Óscar lo supo nunca, aunque lo sospechaba. En el colegio se creó un fondo para familias sin recursos que tenían hijos con talento. En casa las cosas siempre fueron muy bien y mi padre, que no quería dar dinero como quien da limosna, pidió específicamente a los responsables del centro hacerse cargo íntegramente de la educación del chaval, no pidiendo a cambio más que se respetara su anonimato. A Óscar lo conocían bien y lo han querido mucho, como a Andrés. Óscar y su madre han venido a veranear con nosotros muchas veces y somos todos como una gran familia. Nuestras madres son muy buenas amigas.

Un día mi padre me pidió que le acompañara a casa de Óscar y dijo que teníamos que ir en coche. Me pareció bastante extraño porque él evitaba por todos los medios tener que conducir. Pero la explicación era que le llevábamos un ordenador a Óscar, que enloqueció de alegría. Amparo se puso contentísima y ella con el tiempo había aceptado que mis padres y los padres de Andrés la tuviéramos más como a una persona de la familia que como a la madre de un amigo y que la ayudáramos en algo que para nosotros era muy poco y que para el chaval era de la máxima importancia.

Por existir horizontes en los que se cifraba en mayor grado nuestro interés, los estudios no iban tan bien como se podía esperar de tres chicos como nosotros. En el caso de Andrés él era ya una eminencia literaria, pero orillaba todas aquellas disciplinas –y no eran pocas- sobre las que entendía que no podían ser de interés para el que era el suyo de hacía años. El caso de Óscar era distinto, pues aunque no tenía padre que le apretara las clavijas, al ser el más agradecido por poder estudiar en un buen colegio sin ser los medios de su familia bastantes para ello, aunque los ordenadores absorbían la mayor parte de sus esfuerzos e imaginación, con lo demás le sobraba para ser, de talle, el mejor de la clase. Óscar podría haber sido el número uno en lo que quisiera, y lo fue en todo aquello en que se calzó la espuela que vale tanto decir en todo aquello en que quiso emplearse.

Mi situación era diferente, pues estaba empezando a hacer bueno el tópico de aquellos años de que los buenos futbolistas eran muy malos estudiantes, que hoy, buenos o malos, hasta donde yo sé no son estudiantes simplemente. En mi familia no veían con buenos ojos que me dedicara tanto al balón. Me apoyaban y me iban a ver a los partidos, pero cuando empecé a entrenar cada

día y llegaba a casa cansado, ya entrada la prima noche y sin ganas de estudiar, formaban propósito de enviar a rodar (o mejor, evitar que rodara) el balón. El caso es que yo tenía en la cabeza el fútbol y físicamente estaba berroqueño. Hubo consejo familiar y me dijeron que podía seguir con el fútbol, pero si no aprobaba todo, debería hablar con el entrenador para decirle que sólo iría a entrenar dos veces a la semana. Ese fue el incentivo que tuve para centrarme en mis estudios.

Algo parecido ocurrió con Andrés. A sus padres ya les parecía bien que leyera el Quijote tanto como quisiera, pero tenía que ser en sus ratos libres y en todo caso una vez resueltas las demás batallas académicas.

Mi abuelo materno, Arturo, era un científico de gran prestigio. Mi padre entró en el Laboratorio a trabajar cuando se licenció en Químicas y mi madre y él se conocieron un día en una fiesta de esas que llamaban guateques y que hacían los trabajadores del Laboratorio y personas de su entorno. Los guateques debieron acabarse cuando yo nací, y allí iba gente del Laboratorio. Mi padre creo que tenía otra novia, pero mi madre era más lista que Cardona. Y más guapa, que no es porque sea mi madre, pero realmente es de esas mujeres que la paran por la calle para decirle que tendrían que poner señales de peligro por donde ella pasara y cosas así. De esas morenas españolas que son la envidia y asombro del mundo. Que a los musulmanes les prometieron las huríes, pero bien que costó siglos que se fueran a ver si las encontraban por ahí.

Arturo, el padre de mi madre, más lo parecía de mi padre, con quien tenía tan buena sintonía que parecían amigos. Le confortaba su brillantez científica como promesa de continuidad del Laboratorio que había abierto en los bajos de una portería de unos pisos de protección oficial en los primeros y procelosos años. Más tarde se estableció en un edificio en el que ocupaba la planta de calle y los pisos del principal, reconvertidos en oficinas de investigación. Y en menos de diez años desde el inicio de la aventura científica había levantado una nave industrial en Polinyà, en la que ocupaba a más de quinientas personas, distribuyendo sus patentes en países del Este y en casi toda Europa.

Cinta, mi abuela, era maestra de profesión, pero dejó el trabajo como tantas señoritas de aquel entonces poco después de casarse. Le gustaban los niños

como no he sido capaz de ver en nadie y por eso le costó trabajo dejar el suyo, que desempeñaba con un amor que debería enseñarse a las personas a las que no les gustan los lunes o los niños. Como la renuncia abría la puerta a cuidar de sus propios hijos, la asumió feliz. Tuvo tres hijas –mis tías Vero y Marta y mamá- y un hijo, mi tío Jorge.

La relación con mis abuelos maternos fue más próxima, pues además de trabajar papá en el Laboratorio con el abuelo, ellos vivían cerca y muchos fines de semana íbamos a Viladrau, donde compraron casa grande para todos.

Mamá estudió Veterinaria y creo que de ahí nació mi pasión por los animales, pues aunque en casa nunca pude tener ninguno, es cierto que durante unos años alenté la esperanza de que así fuera porque aunque mamá nunca ejerció como veterinaria colaboraba en la protectora pasando la visita de los perrillos y yo la acompañaba algunas tardes.

La vida de hermanos para mí fue un poco fugaz: Montse, mi hermana, se casó cuando yo tenía apenas cinco años; mi hermano, dos años menor que yo, empezó con Nerea con quince años. Vaya, que hermanos sí tenía, pero más tiempo y espacio tenía por el que me dejaban en sus extensos pasos hacia adelante, para que yo me hiciera a esta vida en la que Andrés y Óscar eran mis fieles, amigos y hermanos en uno.

Al verme solo en una habitación tan grande, di en leer cuanto libro encontré por casa, que eran muchos. Y me apasioné por el fútbol, de una manera que yo mismo pensé que acabaría siendo un futbolista que marcaría una época. Y podría haber sido así de no coincidir un carácter que no admitía toda clase de salidas de tono, con el de un entrenador que quiso tener más protagonismo en mi carrera que mis propias piernas.

Yo al principio quería ser entrenador de fútbol. El padre de Andrés me apoyaba y me decía que formaríamos un equipo y él y yo fuéramos los entrenadores. Nos íbamos juntos a todos los campos de tercera catalana y sabíamos quién podría llegar y adónde y quién no, aunque esto último siempre fue más fácil de pronosticar. A Andrés y a Óscar no les gustaba nada el fútbol.

Lo del fútbol ha sido para mí una de las mayores satisfacciones de la vida. Y fue así para muchos. Por muy dura que pudiera ser la vida, ser contemporáneo de Messi hacía toda carga ligera y yugo suave –excepto para sus adversarios-.

Benditos somos los que vivimos en la misma coordenada espacio temporal que él. Yo creo que hubo muchos que aguantaron con vida hasta que se retiró como futbolista, porque el día en que el mejor jugador de todos los tiempos anunció su retirada recuerdo que se vivió como un duelo.

En suma, el tema de las dificultades estudiantiles entró en el orden del día de nuestro triunvirato y resolvimos, por el bien de los tres, dar una respuesta que nos permitiera mantener el equilibrio entre nuestras obligaciones y nuestro gusto.

Mi punto de inflexión me salió al encuentro una tarde de diciembre, después de acabar los exámenes. Habíamos quedado para salir a celebrarlo los tres y también más gente de clase. Yo llamé por teléfono al entrenador para decirle que esa tarde no iría al entrenamiento porque salía con los amigos. Él no estaba y pedí a la secretaria del club que le dejara nota. Recuerdo que esa tarde hubo un fenómeno muy extraño en el cielo. Yo estaba en casa escuchando la radio y vi que una nube muy grande de color rosado envolvió e hizo desaparecer otra y hubo como una especie de eclipse solar a continuación.

Le había dicho a mi vecino que le iría a pasear a Ur -su perro- y él me lo agradeció mucho porque no podía salir de casa. Me estaba dando la sensación mientras caminaba por la calle con el perro de que alguien me estaba mirando desde algún sitio y que no me podía pasar lo que me estaba pasando, como si estuviera viviendo un sueño. Ese sentimiento lo he vuelto a tener algunas veces más, aunque nunca he podido saber por qué.

Volviendo a casa, de noche, muchas veces me he detenido y girado pensando que alguien me seguía, pero siempre vi oscuridad y silencio detrás de mí.

En tanto que pensaba esto, un gato se nos cruzó delante y Ur arrancó tras él, en su persecución. Fue un milagro que no nos atropellara algún coche. La carrera duró unos minutos, hasta que el gato trepó a un árbol y Ur se detuvo, desafiándole con sus ladridos. Lo até y me lo llevé de allí, no sin gran esfuerzo, pues estaba con la boca llena de espuma y los ojos fuera de las órbitas, por el desafío gatuno.

Sin abandonar la sensación extraña de estar viviendo ese momento y estar a la vez pensando que algo extraordinario me pasaba, como si no estuviera allí en

aquel momento, sino que estuviera en otro sitio, volví dando un rodeo hasta casa para calmar al perro. Durante unos días estuve pensando mucho en esa sensación, hasta que, sin perderla, acabé conviviendo pacíficamente con ella.

La vida de Andrés, enmallado en un amor trovadoresco y en una vida quijotesca, era absolutamente monacal. Nunca le conocí el más mínimo desaliento en su fe por Laura. Andrés no se rendía, poseído por su fe abrahámica, por sus proyectos insólitos y peregrinos. Y ya hacía tiempo que Óscar y yo habíamos renunciado a sacarlo de su empacamiento.

Lo que ninguno de los dos pudimos imaginar una tarde de principios de mayo, mientras Óscar me explicaba lo de Octavio en medio de una improvisada cata de vinos de su heredad en el Club Marítimo, es que el mayor de los imposibles del mundo estaba muy cerca de dejar de serlo.

Coleando recuerdos e imágenes evocados mirando al reloj de San Bernardo, llegaron Oscar y Andrés casi a la vez y alcanzamos a sentarnos en uno de los bares del paseo, procurando yo retirarnos algo por si dado el punto que quería tratarles pudiera haber quien nos conociera por allí.

Después de las preguntas de protocolo que, de no ser formuladas se hubieran hecho sentir como necesarias sin serlo (cómo estaban Carolina y las niñas, qué tal los exámenes en la Cátedra, cómo me iba en la editorial, etc) les solté a bocajarro:

-¿Cuánto hace que nos conocemos? –les dije-

-Has hecho tantas veces esa pregunta que te podemos responder de forma casi automática: desde el 15 de Septiembre de 1.977.

-Pues os tengo que decir que he conocido a una chica que me ha cambiado la vida.

-Ah! Es eso.... Respondieron al unísono, con sorna. ¿Te refieres a Erika, la chica noruega que no te dejó salir en dos días de la habitación, aquella vez que te tuvimos que ir a buscar y casi tenemos que echar la puerta abajo? ¿O tal vez a Marta, la que parecía que de verte nunca se quedaría harta? Pero tú sí de ella... en horas. Ja, ja , ja.

-¿Cómo puedes decir eso, Andrés? Tomó, rumboso, la palabra Oscar. Que el mozo se nos ha hecho mayor y ha madurado. Se refiere a Lidia, la dependienta

de Rodeo, que no dio ninguno para perseguirlo como una loca y enfrentarse a cualquiera que se le acercara a menos de diez metros, nosotros dos incluidos.

-Venga, basta de sacarme trapos sucios, no sé de quiénes me estáis hablando. Esta vez es en serio. La conocí la tarde de Navidad y trabaja conmigo en la editorial.

Desempolvaban con sus palabras un clásico de siempre contra mí pues otro de los vértices de mi vida, aquel en que mis fracasos y caídas fueron incontables era mi relación con las mujeres, como he explicado antes. La primera vez que vi a una chica desnuda fue mientras hacía el servicio militar. Yo era el chófer del Coronel pero ejercía de serlo más bien para sus asuntos particulares y familiares que en la milicia, pues en aquel Lincoln del noventa tan grande habían subido más estrellas que galones. Lo acostumbrado era que yo llegara, después de la diana, a recoger a Usía en una casa dentro de la colonia militar, pero fuera del campamento base, en el castillo que una viuda dueña de grandes posesiones había donado algunos siglos atrás al Ayuntamiento con el propósito de poder acabar con algunas bandas de criminales que merodeaban el pueblo y que con la llegada de los militares levantaron el campo y llevaron sus fechorías a otros confines.

Uno de los días en que me presenté, como siempre, en casa del Coronel, su hija Ruth me dijo que había venido el Estado Mayor y que él no se encontraba en casa. Le dije que marchaba al acuartelamiento a ponerme a disposición del jefe de la base. Pero me preguntó si podía acompañarla antes de volver allí a Gandesa.

Me pareció extraño, pero visto que mi cometido poca relación guardaba con la vida castrense, entendí que si me negaba al Coronel no le hubiera parecido nada bien. Así que le dije que se preparase, que yo la esperaba abajo en el porche de la entrada.

Tardaba un poco y quise buscar un cuarto de baño y pensando que ella estaría en su habitación arreglándose, abrí la puerta del lavabo y la vi justo en la ducha, desnuda. Me disculpé lo mejor que supe, en medio de una gran turbación y congoja, además de sorpresa por no esperar encontrarla allí y ver además sus formas, que ya no eran precisamente de niña. Ella no se cubrió y me preguntó si su cuerpo me parecía tan repulsivo como para salir huyendo. Le dije, sin mirar, que no era eso, pero que sentía lo ocurrido.

Me dijo que por qué había contestado a algo sin verlo bien. Tal vez sea que, igual que a la noche sigue el día, a regímenes disciplinarios muy estrictos, en una generación, siga otra de una liberalidad muy acusada. Ella era hija de Coronel y yo nieto de lo mismo. Esto podría ser lo que explicara que la chica, ni corta ni perezosa me dijo que lo natural era eso y no ocultarse o taparse a los ojos de los demás.

Siguió con el relato de la creación, la manzana, la serpiente y todo aquello. La verdad es que, de impecables y convincentes que me parecieron sus argumentos, vine en darle la razón, pero porque no se dijera que fue a la ligera, me tomé mi buen tiempo para contemplar y sopesar las cuestiones sometidas a mi conocimiento y bien entendí, por primera vez, que si cayó Adán no podía ser menos que, con Evas como aquella delante, habíamos de ir cayendo los demás, con realmente muy escasas posibilidades de evitarlo.

Es el caso que, como suele ocurrir en entendimientos tan dispuestos y cuerpos en tal sazón, nos trabamos de palabras pero después de hechos que, por respetar el código militar, no podría relatar, pero que en todo caso fueron el despertar de todo el instinto y realmente, percibir como nunca, en las primeras veces, cómo pudo sentirse nuestro primer padre en el paraíso terrenal.

Lo de la hija del Coronel fue una espita que me azuzó, y nos buscábamos de las formas más extravagantes y peregrinas, como si no hubiéramos podido imaginar –yo no me lo imaginaba- que aquello fuera así.

Cuando me licencié pasé a despedirme de ella. Cuando no hay una causa todo es más fácil, para empezar y para acabar. Entonces no la hubo. Sólo había una vida para ella, en Valencia y otra para mí, que me esperaba en Barcelona. He pensado miles, millones de veces cómo no se me ocurrió decirle que se viniera conmigo; decirle que creer que yo me quedara allí sería pensar en lo excusado. Pero antes me hubiera querido morir frente a un pelotón de fusilamiento que darme al servicio de las armas.

Pero no lo pensé, fue todo tan nuevo, tan inesperado y desconectado de la vida posible, de la vida real, que aún a veces creo que no me pudo pasar, y que el Coronel no tenía hija o que yo no hice la mili. Pero me veo en fotos vestido con el traje militar y eso me desengaña de que no me pasara.

Después, tomando principio en la Facultad de Bellas Artes, donde resurgía la



moda del destape, vi a muchas mujeres desnudas, bien que no sólo se desnudaban para mí, sino para toda la clase y además por cuestiones meramente artísticas.

Oscar y Andrés ocuparon el diván común del silencio y la incredulidad y tras una breve reflexión convinieron en que, fuera quien fuera, era cierto lo de que al menos en lo de batir la anterior marca de 48 horas, sí me había cambiado la vida.

Quisieron saberlo todo de Francesca y fue cayendo como el lastre de una embarcación su perplejidad a medida que les respondía y ellos entreveraban el efecto que en mí había causado cada uno de mis pasos. Llegados al punto de comprender que yo no le había descubierto a Francesca ni palabra de lo que a ellos les decía, no cabían en su asombro.

-¿Qué es lo que te ha pasado para que no sigas adelante cuando todo está tan claro y meridiano por tu parte?

-No tengo miedo de nada, sólo de perder lo que no tengo pero que al menos conservo cerca de mí; si meto la pata no sabré qué hacer ya.

Sabía lo que les estaba diciendo y a quién, pues ellos dos conocían que en su propia historia, si las cosas hubieran fallado, habría fallado todo lo demás y las vidas que vivían al presente serían muy otras si ese algo hubiera fallado. Sobre todo en el caso de Oscar, pues Carolina era esa mujer que llevaba escrito en la frente el nombre de nuestro amigo –como el nombre de ella, en la frente de Oscar-, siendo tan natural que hubieran sabido que eran uno al otro sólo con verse, que hubiera sido imposible creer otra cosa.

En cuanto a Andrés era bastante más duro pero a él no le importaba, pues estaba enmallado sin remedio en un amor imposible con Laura, desde aquella tarde en la piscina en que escuchó su canción por la radio y también le cambió la vida.

Me vino entonces la imagen tantas veces repetida de Andrés de niño, leyendo en su habitación, sentado en el suelo y con su libro abierto sobre las piernas cruzadas como escriba oriental, con el mentón apoyado en la palma de la mano.

De pie, en el marco de la puerta, le observé y me cruzó como un relámpago, en un soplo toda su vida, desde niño hasta llegar a ese día que era uno de los dos

que él había esperado desde siempre. Sobretudo recordábamos siempre nuestra ataraxia, el paraíso nuestro que fue la enorme habitación de su casa en la que el padre de Andrés, ferroviario, había construido una maqueta fidedigna de una estación suiza de tren con el mayor detalle, y en el que atónitos mientras merendábamos, veíamos con nuestras gorras de maquinista, los silbatos y las banderas, ver cruzar al conductor sonriente con los pómulos encarnados.

Recordamos, como viejos y buenos amigos, algunas de las anécdotas tantas veces revividas, en las que supongo que poco a poco la distancia habría ido poniendo por aquí y quitando por allá hasta el punto de que, probablemente, hubiera pasado algo bien distinto.

Hablamos del único enfado que Andrés y yo hemos tenido jamás; fue cuando teníamos unos quince o dieciséis años. Estábamos Andrés y yo un día haciendo pasillos en las aulas de la nave de los bachilleres, haciéndonos los mayores ofrecimientos y pruebas de buena amistad que entre dos compañeros de pupitre se hicieran nunca, cuando vino a distraer nuestra atención la llegada de aquella gran belleza. Era una chica rubia, muy calladita. Llegaba poco antes de empezar la clase y justo al terminar ésta, salía en silencio y se iba. Llevaba el pelo recogido con una diadema, unos pendientes de aros dorados que se movían con el vaivén del cabello. Solía vestir faldas en tonos oscuros y nada en su modo de vestir ni de comportarse hubiera llamado nunca a nadie la atención. Fue *sólo* su belleza angelical en lo que nos fijamos Andrés y yo.

En aquella época, muy diferente en tantas cosas a ahora, tratar de acercarse a una chica podría ser algo sumamente fácil, o complicado como subir el agua por una pared. La cuestión es que vinimos a ser rivales. Quisimos partir el negocio de forma que yo le dejaba libre el campo y él a cambio se comprometió, por su calidad literaria a componerme, llegada la ocasión, alguna carta o poema que dirigir a alguna chica que me gustara, si se diera la ocasión. Por ponerlo a prueba le pedí que para muestra me cosiera un botón. El pobre, para sacar lo mejor de sí mismo, se estrujaba de lo más para rimar algún verso, pero me acababa entregando poesías verdaderamente tan buenas que yo no me podía convencer que fueran por él escritas.

Pagaba lo que después supe su felonía con otra traición mayor, y fue que, olvidando -si alguna vez la recordé-, la palabra dada sobre dejarle libre el

camino, más al contrario yo me hacía encontradizo con Elsa y le enviaba las mismas poesías que él escribía. Todo duró hasta que un día tuvo el atrevimiento de enviarle las mismas poesías que supuestamente escribía para mí, a su vez a ella. Y allí fue descubrirse todo, pues Elsa se lo dijo a Andrés, y a mí; yo se lo dije a él y acabamos los tres sabiendo (bueno, dos: Andrés ya lo sabía) que el que tan bien escribía era Garcilaso de la Vega y no Andresito de la Mancha.

El ridículo con Elsa y con nosotros mismos fue insuperable. Como habíamos tocado fondo, los dos nos retiramos, aunque no hubiera hecho mucha falta, pues Elsa se había indignado bastante y decidimos que nunca más nos pelearíamos por una mujer. Probado a bastamento quedaba que andar a contrafuero entre amigos nunca podría ser bueno. Si eso no pudo enfrentarnos, nada lo haría jamás.

Después vino de lo Laura. Y eso ha durado, y yo creo que durará, siempre. La cuestión es que él prometió con muchas veras que me escribiría, o al menos, me ayudaría, a componer los poemas cuando conociera a alguna chica a la que quisiera enviárselos. Y así fue que dejó otros caminos y se pasó llegado el momento de claro a la Facultad de Letras, a estudiar Literatura Española. Oficialmente, él cuenta a veces que fue gracias a una edición de Doré que le regalaron cuando hizo la comunión del Quijote la que le motivó a tomar aquello como una señal. Pero yo sé que no se me debiera discutir la parte de Gloria que tuve en sacar de él a su genio dormido.

Aunque pudiera parecer que, tras tamaña traición y engaño lo razonable sería no volver a confiar el uno en el otro, el caso es que seguimos tan amigos, que creo que por haber vivido lo peor y salir bien parados, vinimos a creer que de tanta rivalidad podríamos prometernos un buen suceso a nuestra amistad. Y tal así ha sido siempre desde entonces, sin que jamás ningún enredo juvenil se haya interpuesto entre nosotros.

Sobre lo de escribir poemas, es cierto que los hizo, y muy buenos. Al menos debo reconocer que algunas de las chicas para quien se los hice escribir me consideraron poco menos que un genio y la mayoría lloraron, supongo que de emoción. Hubo caso en que pensé que sería mejor ser yo quien escribiera, pero enseguida me apercibí que esas ninfas a quienes llaman musas no vinieron nunca a verme, por más que las esperaba e invocaba. Así que, pensé

ser mejor ir a la llana hacia mis propósitos, sin tanta complicación.

Pero los tiempos quisieron las cosas mejor para mi, pues rápidamente pasó la moda de enviar flores, escribir poemas o decir cosas bonitas a las chicas; cambiando el tercio hacia una manera supuestamente más libre e igualitaria de proceder con el sexo femenino. Supongo que mi resistencia a entenderlo me hizo que, muchas veces, no fuera comprendido.

En algunas personas pude ver una pasión auténtica y genuina; yo mismo he sido una persona con ilusión, pasión y amor por lo que he hecho. Pero si tuviera que decir de alguien que ha tenido dos amores que le han revuelto la vida, ése es Andrés. Y si bien el Quijote hizo de él el mejor catedrático de Literatura Española –la historia lo dirá- y el mejor especialista del Quijote de todos los tiempos –eso hace ya tiempo que nadie lo pone en duda-, el amor que le trastocó y conflagró fue el que siempre tuvo por Laura, desde aquella tarde de Julio.

No se me olvidará que estábamos en la piscina, yo de permiso en el servicio militar que pasaba en el acuartelamiento de Paterna, sin mucho trasiego ni Academia, aunque estudiando algo para septiembre, que por no verme desamparado de mis libros me hacía acompañar de ellos incluso en verano; Óscar exento por su situación familiar y Andrés de vacaciones después de haber hecho la prestación sustitutoria en la Federación Española de ping-pong, en la que había aprendido que por muy fuerte que quieras arrojar algo de ti, si hay algo aún más fuerte que quiere que vuelva, allí lo has de volver a tener. También había jugado mucho al ajedrez, y uno de sus compañeros, maestro internacional le dijo una cosa simple y redondamente cierta: cuando hay pocos elementos en el tablero, el concurso de un peón adquiere una gran relevancia. Años después le hemos dado la razón, claro que fuera del contexto en el que él lo decía, porque cuando te quedas solo con alguien, las cosas, aún viéndote pequeño frente a la enorme dificultad, sólo dependen muchas veces de ti.

Digo que estábamos en la piscina y empezó a sonar una canción, que como todas, nos quedaba un poco de fondo mientras sesteábamos a la sombra de un sauce con la corteza renegrida y reseca por el sol implacable y pensábamos qué haríamos después. La canción decía algo así como que un chico se iba de su ciudad y la chica se quejaba de la ausencia, de una forma parecida a la que yo había leído en la respuesta a tan poca hombría que las Heroidas por boca

de Virgilio dieron a Paris, Jasón, Hércules y otros.

Pero esta voz era muy diferente: era la de una chica indefensa y de la que, sólo escucharla –al menos viendo el cambio que se produjo en Andrés- había que enamorarse hasta las cejas. Tal fue que nos pidió que no habláramos hasta que acabara la canción y después se quedó un rato pensativo, sin duda en algo que por primera vez en mucho tiempo no era el Quijote. Ese fue el principio de un amor acérrimo que le acompañaría siempre, más allá de todo y por encima de cualquier cosa. No la vio, no supo cómo era, pero después se compró todos los discos de Laura, todas las fotos suyas que veía.

He conocido casos de personas que, supuestamente se han enamorado de una forma repentina e inevitable, como guiados por una fuerza superior e irresistible. Lo que nunca había conocido es que alguien se enamore por escuchar a otra persona. Supongo que puede pasar entre los invidentes, pero este caso fue único en su género con toda seguridad.

Quedábamos y se presentaba con una camiseta con la foto de Laura y al final, lo que creíamos que era un descamino pasajero, fue el amor de su vida. Habíamos estado los tres juntos en el inicio de sus dos principales amores, sin saberlo: en el del Quijote y en el de Laura. Los dos fueron incondicionales y si tuviera que juzgar sobre su imposibilidad e intensidad, no sabría a qué carta quedarme. Porque lo cierto es que yo mismo sin darme cuenta y puede que también Óscar, tendimos el hilo y acabamos enredándonos, sin saber hasta qué punto hubiera sido más fácil pensar que, por una vez, las cosas no se arreglan dejando que pase el tiempo, sino que es preciso intervenir antes de que la madeja devenga en un nudo gordiano, como creo que también se dice en el Quijote.

Después de ese verano tuvimos que elegir qué hacer con nuestras vidas, algo más dueños nos parecía en ese momento porque éramos ya mayores de edad. Lo celebramos juntos, al llegar a los dieciocho: en Enero Óscar; en Mayo un servidor y en Julio, Andrés. Como él era el último en cumplirlos hicimos dos primeras celebraciones discretas y ese verano, al llegar a los dieciocho, nos subimos en un tren con una mochila pequeña cada uno y nos fuimos con el objetivo de encontrar, sin mapa ni reseña, la ciudad hipotética suiza que había ambientado la casa de Andrés desde siempre, lo cual pensábamos que era una melonada, pero al fin y al cabo fue uno de nuestros proyectos de siempre.

Dijimos en nuestras casas que nos íbamos a recorrer mundo para, desde el rincón en que apareciera la inspiración para cada uno, decidir qué carrera estudiar.

Andrés planeó el viaje de forma que necesariamente teníamos que hacer noche en Roma, donde casualmente –Óscar y yo no lo sabíamos- actuaba Laura. Así que se las ingenió para vendernos lo bonito –y caro para nuestros bolsillos- que iba a resultar la Ciudad Eterna. Pero todo por un amigo. Para aliviar su culpa compró tres camisetas con la leyenda “Ciao, Bella”, indudablemente para enviarle un mensaje desde nuestra situación en el Municipal de Roma a su Signorina.

Desgraciadamente, el concierto se suspendió y nos vimos los tres, sentados cerca del Coloseo comiendo una pizza y caminando por la gran Roma al abrigo de su arte imponente en las calles hasta que saliera el primer tren a Suiza.

Ya en la estación nos subimos al tren que llegó, con gran puntualidad, a la primera luz del día. Nos esperaba un viaje de unas seis horas hasta llegar a Lugarno. Después, a partir de allí ya empezarían las indagaciones para ver a dónde deberíamos dirigirnos para encontrar *a simili*, Eldorado ferroviario suizo de nuestra infancia. Como no habíamos descansado apenas, la primera parte del viaje dormimos en un vagón de tercera, con asientos de sky y ventanas que ninguna fuerza humana podía mover siquiera mínimamente.

El calor de la mañana se iba trasluciendo y haciendo notar a través de los cristales y fue bastante a despertarnos y a brindarnos un precioso paisaje lombardo, demasiado verde para esa época del año.

En la estación anterior a donde íbamos a bajarnos se subieron dos chicas de nuestra edad poco más o menos, que hablaban al parecer con acento de México. Iban vestidas con tejanos rotos y pañuelos de flores anudados al cuello. Pero, a diferencia de nosotros, ese roto simulaba serlo de antiguo, pero las costuras estaban intactas. Todo en ellas, en especial la forma de comportarse, se desdecía de la apariencia de unas chicas estudiantes, como nos dijeron. Allí había plata, y eso se veía de lejos. Nunca antes habíamos visto hablar con una chica a Óscar que se puso a la obra como nadie creería posible en él conociéndolo; hablaba con la rubita, que era la más guapa; de Andrés no se sabía nada más que estaba allí sentado, mirando por la ventana

por ver si Laura, en forma de Ángel, bajaba del cielo. Y yo, por aquello de no desentonar, me puse a hablar con la de la trenza.

Nos dijeron que estaban en Italia de paso, pues estaban haciendo una expedición por Europa, de la que volverían a su país, que no era México, sino Venezuela. Nos extrañó que dos chicas de tan lejos viajaran solas, pero después supimos que dos hombres, discretamente, las escoltaban desde el vagón más cercano. La rubia Carolina se puso a tocar una mañanita con la guitarra; las dos cantaban muy bien con su voz argentina y con ese acento tan bello y lánguido que quedó por siempre dueño de aquellas lejanas tierras y que tan dulce se nos representa por estos pagos.

Las chicas eran muy majas y como no tenían un destino muy fijo, sino que aleatoriamente dijeron moverse por Europa, acabaron acompañándonos cuando les revelamos nuestro plan de buscar una ciudad suiza como Pizarro, Cortés u Orellana habían hecho en la selva amazónica. Mi sensibilidad histórica no reparó en el hecho de que esos nombres para ellas lo eran de genocidas. La de la trenza me dijo que había leído en algún sitio que era preferible callarse y parecer tonto que hablar y acabar con el misterio. Pocas veces oí algo tan certero sobre mí. Les pareció divertido buscar algo que no sabíamos si existía. Óscar dijo que las cosas más importantes aparecen cuando no las buscas.

Aquellos días fueron, como tantos otros, inolvidables. No nos pusimos de acuerdo en si la ciudad o el tal pueblo existía. Andrés nos quiso significar la dificultad de ubicar lo que la imaginación forja en un sitio determinado, arguyendo que el pueblo del Quijote no salía en los mapas y no se podía establecer sin duda de una forma definitiva. Pero es cierto que pasamos diez días en todos los pueblos con estación o apeadero de tren que nos fue dado conocer y que algunos realmente podrían haber pasado por ser el de la casa de Andrés. De hecho, de no ser por las personas que transitaban por el pueblo – de condición menos idílica- y por las montañas que delimitaban los valles, en los demás detalles, en los relojes, las paredes de la estación, hasta en el cementerio de cada pueblo, parecía talmente que estábamos en la casa de Andrés cual figuras en un Belén viviente. Fue una experiencia preciosa, mucho más para Óscar y Carolina, que empezaban a intimar descolladamente.

Sin olvidar nuestro primer propósito, celebramos una asamblea en un momento

en que Carolina y Ereine habían ido a pasear solas, para decidir qué Universidad elegiríamos cada uno con el objeto de no dejar ir nuestra vida por el desagüe de la almenara. Sólo estaba clara la respuesta de Andrés, de quien sabíamos con certeza desde el día en que abrió el Quijote que dedicaría su vida a algo relacionado con el mejor libro que se escribió en todos los tiempos. Óscar era –y nosotros no entendíamos ni una palabra de todo eso– capaz de montar y desmontar un ordenador con una venda en los ojos, además de hacerse con cualquier información o dato que estuviera metido en una caja metálica. Pero aún así nos sorprendió que lo que nosotros habíamos tomado siempre como una mera afición pudiera ser una carrera que se estudiara. Dijo que quería ser ingeniero de Telecomunicaciones. Era mi turno y no sabía qué decir. Mi abuelo materno me hizo prometerle en su lecho de muerte que estudiaría para Abogado y, puesto que no encontraba una razón para contradecir mi palabra, les dije que estudiaría Derecho.

Pero no me fue posible cumplirle la palabra al abuelo, al menos hasta el punto de alcanzar el grado que él hubiera esperado de mí. Decoraba mis exámenes con hojas de acanto y bellos dibujos de la Ley y de la idealización de la Justicia. El Catedro de Romano me llamó a su despacho y seriamente me conminó a que cruzara la acera de la Diagonal y hablara con un profesor amigo suyo de Bellas Artes, haciéndome depositario de uno de los grandes consejos que marcarían, muy definitivamente, el devenir de mi vida.

Así fue como se conocieron Óscar y Carolina. Nuestro amigo tuvo unos principios muy difíciles, pero realmente su vida probó que las cosas pocas veces son como parecen al principio, y que como se ha dicho tantas veces, Dios se ríe de los planes de los hombres. Nunca tan cierto como con él, que de verse de niño desvalido y sin padre, con una infancia limitada por la falta de recursos, estaba dando pasos que parecían cada vez más firmes y seguros. Y lo mejor, para él, siempre estaba por llegar.

Óscar y Carolina hacían por verse, al principio, todos los veranos. Después aumentaron la postura a Navidades y Semana Santa y al final, ya se les hacía difícil y largo cualquier espacio que mediara entre la última y la siguiente.

De modo que Óscar, que trabajaba como consultor informático para tres o cuatro empresas –nunca quiso estar asalariado para una sola– nos dijo mientras cenábamos un sábado en Puente la Reina, adonde le habíamos



acompañado porque pasaba toda esa semana allí supervisando alguno de esos rompecabezas informáticos que para él parecían un juego de niños, que se casaba con Carolina. Ella había vuelto a España con su mochila y le había dicho que no quería estar sin él. Había completado sus estudios de Arquitectura y encontraría algo. Eso a Óscar no le preocupaba, pues él estaba en negociaciones para vender a una multinacional una patente de un programa antivirus con la que esperaba que el dinero nunca volviera a ser un tema de conversación.

Del círculo no salía uno de los nuestros, eso nunca podría pasar; ahora se abría a la entrada de otras personas. Y la primera en entrar en el triángulo invisible, haciéndolo cuadrar, iba a ser Carolina. Nos alegramos mucho y lo celebramos; eso y lo de la venta de la patente, cuestión ajena en todos sus detalles a nuestra envergadura intelectual, pero creo que eso marcó un antes y un después, en nosotros y en aquella comarca. Nunca en los mapas volvió a ser para nosotros sino Patente Carolina, decayendo su denominación original de Puente la Reina. Recuerdo que nos paramos en el viejo puente monumental, cuando ya nos dijeron en el último bar que no quedaba más bebida para la gente de bien y Andrés, dando trasunto a uno de los pasos de su héroe en las puertas de Zaragoza, hizo parada y obligó a confesar a todos los que pasaron por allí, que no había en el orbe mujeres más bellas que Laura y Carolina. Un brillo de tristeza tuvo que pasarme de parte a parte, y en ese momento pensé, creo que fue la primera vez, que ojalá al otro lado de ese arranque de piedra de la puente que guardábamos se hubiera proclamado el nombre de la mujer que yo algún día esperaba conocer.

Como amanecía y el frío calaba, sólo pasaron unos pocos peregrinos que tomaban vereda a Santiago, quienes confirmaron, por su sola palabra, que si había quien guardaba tanto la fe de sus damas como para, a tales horas ponerse en tanto extremo por solo alcanzar el favor de ellas, bien declaradamente había de confesarse que no hubiera otras tales como ellas, en belleza, disposición y ánimo.

Óscar iba a ir a Atlanta a firmar la venta de la patente, y de paso iría a Caracas. Allí planeaba que fueran los esponsales. Andrés y yo estábamos muy contentos, y con muchas ganas de conocer el temple de su futuro suegro, asturiano, del que tan bien nos hablaba Óscar, y sobretodo ver a su bella

danesa Claudia. Nos llamó desde los USA para decirnos que todo había salido bien y que en dos días nos volvería a llamar desde Venezuela. Así fue, y nos dijo que no hiciéramos planes para el siguiente sábado a contar en seis meses desde ése.

Dos semanas después estábamos ayudándole a buscar piso, porque Carolina vendría en Navidades y quería tener una idea para poder tomar una decisión y ponerse a elegir los muebles y el menaje. Aunque tenía dinero para comprar el mejor, lo primero que quiso hacer fue comprarle un buen piso a su madre y darle dinero bastante para que no tuviera que volver nunca más a trabajar. Cuando llegó Carolina buscaron un espacioso piso a cuatro vientos en Sarriá.

Le dimos una sonada despedida de soltero a Óscar, como las de antes, en las que estuvimos lo más granado de los amigos del principio y de los de ahora.

La despedida empezó con una serenata de la Tuna de Caminos a Carolina. Después de ofrecernos un refrigerio ellos bailaron la canción "*En el parque*", como una tradición de su país: "*brindemos con chicha por esa cholita que vale un Perú*". Después nos fuimos a casa a cambiar, ellos dejaron las guitarras y todos nos dispusimos a ser tunos.

Fue una noche muy especial. Pero no recuerdo nada de lo que pasó, como un suspiro, desde que nos sumergimos en la noche hasta que, ya de mañana dejamos a Óscar en casa con su madre. Puede ser que el perfume que me puse tuviera propiedades mágicas que hacían olvidar todo lo que pasó mientras duró su efecto. Pero cuando huelo su aroma me trae buenísimos recuerdos...

Yo no sé si es o no así, pero parece que es costumbre antigua que los amigos del novio vayan unas horas antes a casa de la novia a presentar los respetos, y a ofrecerle que se lleva lo mejor que tienen. Nosotros no fuimos muy protocolarios y le leímos unas líneas que escribimos Andrés y yo, rememorando cuando nos conocimos de viaje a Suiza y cómo Óscar desde ese día había sido mejor, si cabe, que hasta entonces y que el ser cuatro en nuestra particular sociedad era algo de lo que nos sentíamos verdaderamente orgullosos.

Se subió en una calesa con sus padres camino de la Iglesia. Es un templo precioso con la puerta de acceso en punto de fuga desde la verja centrada que parece irse agrandando, escalonadamente, hacia su fachada.

Mientras rememorábamos como viejos lobos de mar en nuestro cuaderno de bitácora tantos momentos felices por vez primera pensé que para mí ya no lo eran tanto o lo eran menos; Andrés y Oscar podían aducir en cualquier instante sobre los que hablábamos, dónde estarían Carolina o Laura; podrían evocar sus nombres, esgrimir sus destinos de entonces o acordarse simplemente: “Carolina llevaba aquel vestido lila”, “Laura había dado su primer concierto en Argentina”... Cualquier cosa. Yo nunca podría, en recuerdos tan valiosos, volverlos atrás y entrar con Francesca, en quien no había dejado de pensar ni un solo momento en toda la velada.

Tal vez fue por eso que cuando le recordamos a Oscar que en dos semanas sería su aniversario de boda y empezamos a hablar sobre aquél día, decidí que Francesca estuvo en la boda, y que había traído arroz y pétalos de rosa como las demás chicas. Estaba increíble, como siempre sin maquillar, pero más mujercita con su vestido burdeos palabra de honor, que yo doy la mía de que me tuve que morder la lengua para no decirle lo guapa que estaba. Pero ella ya lo sabía: estaba sonriente y preciosa.

He oído muchas veces decir a algunas personas que no se arrepienten de nada. La exclusividad en todos y cada uno de los arrepentimientos de mi vida es Francesca. Es moneda corriente aprender de los errores que con la misma que se cometen se pagan y por lo que de ellos se aprende por bien empleado se yerra. Pero con lo de Francesca no es así. Creo que si pudiera viajar sólo un segundo atrás, pediría el milagro de volver a tenerla delante durante el espacio que tardaría en, mirándola a los ojos y no viendo nada más, no escuchando, distinguiendo, viendo, sintiendo, ni teniendo voluntad ni pulso, decirle lo preciosa que estaba.

El sitio donde se celebró el convite era una gran heredad en la zona de viñas del Penedés, de un gran prohombre barcelonés con el que Don Octavio –el padre de Carolina- tenía buena privanza. Óscar acabaría comprando unos años después todos los viñedos, a unos herederos faltos de liquidez, pero sobretodo de hombría, aviso, mundo y sentido común. En el edificio principal se había dispuesto la cena, en un gran salón cuya decoración fue necesario actualizar al uso del enlace, cambiando trompetas y cuernos de caza por flores y dijes.

Me había levantado a darle un beso a Amparo, la madre de Óscar, pues estaba

feliz pero su mirada anticipaba renovadas soledades de gran mujer. Le dije que me apostaba con ella un pasodoble a que en un año le habían convertido en la abuela más guapa de España. Me tomó la palabra por fiado y pagó por adelantado, como mujer de gran clase, y vaya cómo nos miraban –más a ella que a mí, claro- bailando sin vernos más que a nosotros y a la música. Al volver a mi sitio no vi a Francesca a mi derecha. Quería presentársela a Óscar y a Andrés, pues estábamos en la mesa de los editores y con tanta gente no había encontrado aún el momento. Pensé que habría ido al lavabo.

Como no volvía, salí a buscarla al extensísimo jardín. Me costó verla, a luz de luna, más allá de la alameda. Se había sentado en un columpio. Me quité la chaqueta y se la puse por encima y me senté en la cadeneta de al lado.

Estaba la noche como si fuera posible establecer una correlación entre su belleza de niña y de mujer a la vez; y la de aquel momento: la luna gigante se había acercado a nosotros tanto, que más parecía sol que luna; los azabuches colmaban la dehesa, los sarmientos de las viñas se retorcían, nervudos, como brazos salientes de la tierra esponjada por las últimas lluvias, el aroma de los olivos suavizaba la algazara lejana de la fiesta, la música como orden a ser feliz o a ser lo que la misma música pidiera en cada momento. Eso y no otra cosa reclamaban, música, noche y paisaje.

Pero Francesca está allí, trascendental, sin la sonrisa ni el jersey rojo con perfiles de Papá Noel de la primera vez. Más mujer pero aún siendo la niña que siempre será.

Las palabras jugaron siempre, desde el principio, conmigo, sin cansarse ni dejar su propósito de convencerme de que yo les pertenecía y que eran como burbujas de jabón, bellas, elevadas y aromáticas, pero me maldecían rompiéndose entre mis dedos cuando me acercaba a ellas. Esa es la diferencia entre el escritor y el hombre llano: la incapacidad del último a recoger sueños muchas veces concéntricos y acercarlos tanto a su vida que, sin romperlos, pueda oler su aroma y manejar cada palabra sin que la realidad se le rompa y desaparezca sin dejar más que un leve signo húmedo, como una lágrima, en la palma de la mano.

No sé si podré ser algún día escritor. Pero ni siquiera en los carismas inferiores supe encontrar la palabra que decir, cuando más falta me hacía; y si la encontré, o no supe a quién debía decírsela, o no tenía cerca a quien podría

conectar con mi mundo al escucharla. Las castálidas se complacían en mi desesperación, pues me abandonaban cuando más necesitaba sentir las a mi lado, y cuando todo había pasado ya, me recriminaban repitiéndome, como un eco, en mi mente, las frases que le podría haber dicho.

En ese momento, una amalgama macerada de mi propio sentimiento, con sabor a hierbabuena se me pegaba al cielo de la boca y no me dejaba acertar con la palabra. En una noche como aquella, decidido a todo, pujante en mi deseo de dar un sentido preciso y definitivo a mi historia con ella, me faltó algo, tal vez decir la primera palabra, no lo sé, para acabar con mi legendaria maldición. Pensé en decirle que su patronímico, San Francisco, había dejado a sus padres por amor a una Dama –así llamaba el Santo a la pobreza-, pero que junto a ella, pese a la similitud de los nombres, era imposible no ser el hombre más rico del mundo. Y no decírselo era precisamente mi mayor pobreza, separándome de un estado tan extremo un solo paso, una sola frase quizás.

-“Si dices algo bello porque es hermoso el paisaje que tienes delante, o porque tu día ha sido feliz, tal vez no sepas que moverás el mundo hacia un punto que posiblemente no merezca. Es un desliz humano dejar que elementos que no participan de nuestra voluntad, muchas veces incluso inánimes, tengan un peso tan decisivo en pasos que cambian completamente la vida de una persona” –se me adelantó ella-.

En vez de decirle lo que a flor de los labios mismos le guardaba o más sencillamente que con ella no había nada, fuera de ella misma, que no me pudiera venir en línea recta, que era la mejor, que todo en ella me gustaba, o cualquier otra cosa así, se me ocurrió tirar de recursos cómicos:

-“¿Trabajando a deshora? Te he dicho algunas veces que no debes hacer tu trabajo con tanto celo y mucho menos venir a leer a este marco de ensueño, las obras que editamos”.

No se puso más ni menos seria por lo que dije. Después de todo ella ya sabía que yo era un idiota redomado, y ese conocimiento suele confortar a los que soportan de forma habitual a personas como yo.

-“¿Crees en el destino?”

-“Por supuesto. Pero no le preguntes al destino si cree en mí porque escucharás una risa cavernal y tenebraria”.

Volvía a demostrar con mi respuesta que, en los momentos en que todo quedaba a mi favor y señorío, sentía una irresistible necesidad de echarlo a rodar. Podría haberle dicho la verdad: que desde que la vi el destino parecía empezar a ayudarme, le podría haber dicho lo cerca que me sentí de ella, aquella noche en la plaza del Obradoiro, en Santiago, cuando me pidió, apartándose a un lado el cabello, que le prendiera en la muñeca el colgante de oro con el símbolo celta que le regalé; o que esa noche nos la habían fabricado Dios y el destino mismo para que en vez de decir idioteces, le dijera que la amaba. Pero nada de todo esto pensé, ni dije.

-“No lo haré. En todo caso ni el destino ni nadie podrá creer tanto en ti como creo yo”.

-“Eres un sol, Francesca. ¿Quieres que bailemos? En realidad no te he pedido que vengas conmigo de pareja a la boda porque seas tan guapa y ese vestido te quede tan bien, sino porque me han dicho que bailas tan bien, que quería comprobarlo por mí mismo”.

Me sonrió, con esa sonrisa franca, libre y abierta de cada día, la que no puede ser mejor. Le di la mano antes de empezar a bailar, haciendo una humorística reverencia de salón, y ella siguió el juego a mi broma, alzándose levemente el vestido con la mano libre e inclinando suavemente la cabeza.

Bailamos y nos reconectamos a la celebración que discurría en un ambiente verdaderamente animado y bullicioso. La boda era de muchísima etiqueta y empeño, pero como había un tentadero en la finca, porque el dueño tuvo mucho encuentro con el mundo taurino cuando joven, los de nuestros años nos acercamos a continuar la fiesta, algo más desenfadada, al marchar los mayores y niños y quedarnos solos con la música y el cava.

No fue hasta bajarme del coche y despedirme de Francesca, bien entrada la madrugada, cuando me di cuenta de que ni ese momento, ni ninguno de los anteriores de esa noche que me había abierto los brazos y ya los volvía a cerrar, despidiéndose con las claridades del nuevo día, se repetiría. Y que el tren de Francesca se alejaba, como ella en su coche, hasta perderlo de vista.

Francesca nunca estuvo en la boda, ni en tantas vivencias que hubiera querido en que estuviera a mi lado. Pero yo no la conocía entonces y decidí tomar prestado su pasado para que una suerte de felicidad retrospectiva me aliviara

el sinsabor de no haber podido estar con ella antes. Eso sí, curiosamente, hasta en mis ensoñaciones se me hacía esquiva e inalcanzable. Y eso me animó, pues sueña el que no alcanza la rama recoger el fruto y yo, pudiendo soñar alcanzarlo me figuraba lo contrario. Así que debería tratar de hacerla presente en mi realidad y no en mis sueños.

Ahora era mi vida la que llegaba, algunos años más tarde que a Oscar y a Andrés, a pedir paso y cambiar también. Y eso les hizo reverdecer en su propio recuerdo el momento en que a ellos les pasó lo mismo y cómo su vida se había construido a partir de entonces en todo y por todo gracias a eso.

Trataron de animarme pero yo sólo les dije que no tenía capacidad de pensar racionalmente, que un miedo me atenazaba y me impedía dar un solo paso: el miedo a hacerle el más mínimo daño.

Después de la cena y de tantos recuerdos con Andrés y Oscar, al despedirnos me dijeron:

-Bueno, ¿a qué esperas a presentarnos a Francesca?

-Será pronto, les contesté, aunque no os vendrá de nuevo porque en realidad es como si hubiera estado con ella en los mejores momentos de mi vida.

Al llegar a casa y esperar los protocolarios bronces de la campana que siempre aguardaba para no irme a dormir dos veces en el mismo día, habiendo dejado atrás el antiguo y empezando el nuevo pensando en dormir y decidir su suerte y la mía amanecidos los dos, me dí en pensar al albur de mi decisión en cambiar la propia historia de mis recuerdos añadiendo a Francesca en esa bella parte de mi vida en la que no la había conocido aún, si pudiera hacerse lo mismo con la Historia, con el pasado. Con ese anhelo entretuve la vigilia. Crucé la borrosa línea de la subconsciencia pensando en que para los libros de historia hubo una francesa, una rusa y una industrial, pero impreso en otros caracteres indelebles, los que sólo se pueden leer en los presagios del amanecer que nos arrancan del sueño para arrojarnos a la primera duda del día, o en los finos surcos que el destino labra en la palma de la mano que se cierra suavemente sobre otra mano que le espera, tal vez desde siempre, para guiarle en la respuesta a la pregunta que ciegamente se hizo su alma, se me reveló el arcano de la única revolución a la que yo di jamás ese nombre: la que ella puso en marcha.

## **Capítulo Cuarto.**

A diferencia de Francesca, por mucho que lo piense nunca podré decir con exactitud cuándo fue la primera vez que la vi. Sería en alguna noche de mi infancia, fugazmente, saliendo tal vez del cine con mis padres, al atravesar de camino aquellas calles céntricas y de escaparates con ropa y complementos cuyo precio era de una obscenidad incalculable.

Entendí que el buen Dios quiso para mí que pudiera estar en ese oasis incomparable en el que las horas se sumían entre acordes suaves de nocturnas de Chopin, con el contrapunto de los vales lentos de la máquina de escribir con la que Benito se empeñó en sostener la cúpula de su mundo literario y el peso de los sueños alados a la hora de la siesta, sujetos en las hondonadas oníricas de formas caprichosas, de dragones inermes, chimeneas de viento en su verticalidad arremolinada y las molduras fantásticas; todo al capricho de los colores atomizados en mosaicos de piezas triangulares de corte recto.

Delante, las galerías en las tribunas de vidrios aplomados con vetas de color caramelo como en una casita de chocolate de cuento y las balaustradas de mármol rosa como las de las villas de los Médici en Florencia. Y las



fachadas señoriales claveteadas a forja de piezas romboidales como incrustaciones diamantinas.

Toda la belleza posible que es dado crear a manos humanas había sido objeto de mi intemporal admiración, desde aquel encuentro sin una fecha cierta y segura en que vi las cuatro filas rosadas que como cintas ondulantes unían el Paseo de Gracia con la calle Provenza en su chaflán cantoneado sin una sola línea recta, rematadas por un techo abuhardillado del que asomaban, tocadas como cabezas sagradas, chimeneas semejantes a tiaras cardenalicias.

La espada que guardaba vaina tan hermosa era un interior amplio, pues el edificio carece de muros de carga y se sostiene por columnas que le confieren una volumetría estriada por las formas anguladas de los techos y las paredes, de estrecho espejo por la breve distancia entre los ventanales que desde el interior, defendidos del viso externo por postigos y vetustas persianas semejan un joyero protegido por un biombo de encaje.

Inconscientemente me sorprendí a mí mismo allí muchas tardes, cuando mis pasos me llevaban sin requerirlo mi camino ni mis otras obligaciones, y acababa apoyado en una farola, con dolor en las cervicales por mirar tanto la fachada. Cambiaba mi ruta para pasar por delante siempre que me era posible y no dudaba en tomar como ubicación para despachar todo compromiso social, fuera o no de reglamento, delante de la misma fachada o en cualquier bar de sus aledaños.

Creemos saber cómo es una persona, anticipando un diagnóstico siquiera breve sobre su carácter o condición por la mera evaluación de sus rasgos, aunque no existe una traslación precisa del semblante o la apariencia y el verdadero fondo de su carácter. Basamos muchas veces nuestras decisiones en una leve premonición que se ve casi siempre superada o empequeñecida – raras veces confirmada- por la realidad misma. La fachada del edificio en el que yo tenía mi despacho, siendo la misma no lo era, pues las luces del sol o los faroles, incluso la pátina de melancolía o euforia con todos los grados intermedios de que la condición humana es capaz, le otorgaban un aspecto diferente. Pero la verdadera mística de la casa Milá sólo está al alcance de un reducido grupo de elegidos, que tal vez no lo sepan; todos pueden verla desde fuera, como se puede ver a una mujer hermosa. Pero la contemplación del verdadero estado de gracia y elevación sólo se consigue al entrar por sus

puertas y morar en su interior, como a esa mujer única se la conoce cuando ella te abre las puertas de su alma y de su gran mundo interior.

Soy uno de los elegidos, probablemente el único que tiene acceso a las tres partes en que está dividido el Cielo: a su fachada, a sus dependencias interiores, y a estar en compañía del ángel único de belleza que trabaja conmigo en la editorial: Francesca.

No pude creer, aún no lo creo del todo, el episodio de cómo llegué allí. Cuando me cité con el propietario para ver el despacho, tuve que pellizcarme al anotar la dirección que aquel caballero me dictaba: Paseo de Gracia 92. Al reaccionar, de camino hacia allí, pensé que al menos me quedaría el consuelo de poder haber estado alguna vez dentro del edificio. Pero cuando con su voz firme y segura el propietario me dijo que él no se equivocaba nunca y extendí delante suyo el anuncio del periódico, la nebulosa de incredulidad me envolvió hasta un punto en que como digo, su sombra traslúcida no acaba de aclararse por completo.

Sólo sé que al ocurrirme esto, pero sobretodo al conocer a Francesca, me apercibí de que los prodigios emanaban sobre mí con mano generosa desde el Cielo, y aunque humilde en mi vida y franco conocedor del inmerecimiento de tanto, trataba de afirmarme en los estribos de lo que parecía real hasta el momento en que me viera despojado de ello y descabalgado de nuevo a mi corriente pasar.

Días después de haber esculpido su nombre en todos los mármoles de una historia y unos recuerdos que nunca compartió conmigo, y luego de ceñirle en su frente el laurel que aromara sus siempre para mí herméticos pensamientos incluso en la ficción que tan poco me pertenecía en eso, Francesca me entregó una mañana al llegar al despacho un sobre elegante en el que figuraba mi nombre y debajo, sencillamente, la palabra “Editor”. No era su letra y yo sabía que no perseveraría en el intento de mandarme el cheque nuevamente y por correo, pero supe que era de Don Vicente.

Al entrar en el despacho vi a Francesca muy concentrada garabateando palabrejas en un cuaderno que cerró de inmediato al verme llegar. Se azoró un poco de su propio comportamiento y balbuceó un “hola” de colegiala descubierta en falta, levantándose rápido hacia mí con un sobre en la mano y tratando de cortarme el paso de modo que yo no pudiera avanzar hacia su

mesa. Puso en mis manos un sobre con un papel que a primera vista me pareció de muy buena calidad al tacto y de un peso leve, algo menos denso de lo que prometía.

Ella vestía un vestido azul índigo con flores estampadas en anaranjado que se le ceñía con un elástico invisible en la cintura y manoleínas negras. Llevaba colgado al cuello un dije de oro en forma de espiral, suspendido por una cadena fina. Olía a áloe y espliego y llevaba el cabello sujeto por una cinta de seda entre la que algunos flecos rubios porfiaban en resbalarle por la nuca.

Supe que no me esperaba tan pronto porque tardó en dominar su nerviosismo hasta que pudo ocultarlo en los pliegues de la conversación, de la que saltando de un tema a otro vino a parar en esto:

-Don Ramón ha traído esta carta diciéndome que debía dártela en mano hoy mismo.

-Gracias, Francesca. Pero sabes que puedes abrir mis cartas sin mayor ceremonia.

Rasgué el sobre morosamente, complaciéndome en el rumor silbante que arrancaba a su solapa el abrejetas con mango de ébano. Tan lentamente consentí en su recorrido tajante que pude pensar en tanto en el pasaje que poco antes había leído de la novela de Benito; cerraba uno de los capítulos con el mismo abrejetas, de peso mayor en el mango de la hoja, lo que lo convertía en un arma ideal para vulnerar a media distancia, dejando a éste como proyectil suspendido en el aire y el tiempo, para saltar adelante en la narración de la novela velando en qué había de parar el lance del probable asesinato en ciernes.

Me pareció lógico, en una rápida ojeada en la que de pronto atribuí su familiaridad compartida en la realidad y en las novelas de Benito, a que desde que se instaló en el despacho como era natural tomaba prestados objetos o paisajes de la realidad que lo circundaba para hacerlos viajar por su ficción, sin moverlos del propio sitio.

Hice mía la intuición de Francesca, al advertir el vaivén de su nerviosismo nuevamente en ese gesto tan suyo de mordisquearse el labio inferior, de que tal vez el destino podría estar valiéndose en ese momento del contenido de aquel sobre para hilvanar sus hilos en los de nuestras vidas. Traté, lo que no me

costó ningún esfuerzo, que se sentara en una silla de mi despacho pretextando que le quería pedir opinión sobre la novela de Benito.

-¿No te parece demasiado suspense dejar volar un abrecartas por el aire durante tres capítulos?

-Supongo –me respondió- que Benito pretende fijar en la mente del lector un objeto, dejándolo flotar en el tiempo, para que lo que leas a partir de entonces siempre esté pendiente de ese hilo. La trama sigue, porque la narración pasa a los días siguientes aunque sin que pueda saberse en qué o en quién ha acabado clavándose o no, la punta del metal.

No tanto por haber agotado cualquier tema de conversación creíble entre nosotros dos como por mi propia curiosidad que se iba agigantando a oleadas cada vez más intensas, tomé el sobre en la mano y desdoblado el billete que contenía, lo leí rápidamente.

Para mi asombro, nos invitaba nada menos que a lo que él llamaba “Cena de Nazarenos” en su finca de Ciudad Real, rogándonos confirmación de nuestra asistencia, a mí y a Benito, extendiendo su elegancia a la delicada alusión de que seríamos bien recibidos si deseáramos asistir acompañados de nuestras esposas o novias. Recordé entonces haberle dicho a Don Vicente días atrás que aceptaría su oferta de venderle mi editorial cuando vinieran los nazarenos. Supuse que dirigía la ironía contra sí mismo, publicando su derrota ante todos y en términos humorísticamente afables.

Ante la mirada interrogativa de Francesca, no me quedó más remedio que leerle la nota.

Me apercibí de que arqueó las cejas cuando leí lo de que podíamos asistir acompañados de nuestras parejas, porque lo cierto es que la invitación estaba extendida a nombre mío y de Benito. Su intuición había acertado en hacerla sentir nerviosa, pues íbamos a hablar de algo sobre lo que no habíamos comentado nunca antes: de nosotros. Para evitar que fuera ella quien con su pregunta pudiera ponerme en una situación de apuro aún mayor de lo que me lo parecía la presente ya, traté de ser preciso al elegir las palabras.

Si le preguntaba “¿Te gustaría venir?” daría a entender que a ella no la habían invitado –lo que era cierto- aunque como yo siempre comentaba que éramos los dos o ninguno en el tema editorial, podría entenderse como una

descortesía. En cambio, si daba por supuesto lo segundo diciéndole algo como “Prepara la maleta para esos días” o “Responde a Don Vicente que iremos los tres” me hubiera podido poner fácilmente en un brete preguntándome si debía precisarle al anfitrión la calidad en la que ella, no siendo invitada, acudiría al evento.

Por tanto, opté por algo más neutro:

¿Tenías planes para ese fin de semana?.

-No, claro que no. Me gustaría mucho ir.

Tuvo la delicadeza de no preguntarme más, aunque supe que en el momento de las presentaciones al llegar a la finca de Don Vicente, debería en cualquier caso aclarar el extremo de su condición. Diría que era mi socia, o mi compañera, dejando que cada cual entendiera si lo era por trabajo o no, aunque bien a las claras por ocupar una habitación distinta sería lo primero, aunque si iban más allá en sus observaciones verían que nada me gustaría tanto como que fuera por lo segundo.

Dejé el asunto en manos de Francesca, sin indagar –pues no podía hacerlo sin descubrirme- cómo resolvería ese punto.

Preparamos todo y salimos el viernes de esa semana por la tarde a tomar un vuelo que nos había de llevar a Madrid junto con el resto de la expedición, formada en total por veintidós personas entre escritores, editores y sus parejas, para una vez allí en un autocar partir hacia la finca de Don Vicente.

Nos aguardaba allí el prohombre, la leyenda de la edición en nuestro país. Nos recibió encomiablemente, agradeciéndonos nuestra asistencia y teniendo palabras que parecían cuidadosamente elegidas al dirigirse a cada uno de nosotros al darnos la mano. Al presentarle a Francesca me dijo que, a diferencia de a Dante, una mujer con ese nombre y esa belleza mejor estaba en el Paraíso, que por la situación de nuestra oficina tal podía considerarse.

La finca había sido casa de labranza, que aparecía con las paredes cuidadosamente enjalbegadas sin perder la esencia y con sus aperos alatinadamente remozados por diestras manos. En las antiguas caballerizas anexas al cuerpo del edificio se alzaba el vetusto molino de aceite que fue, habilitado como mirador orientado a los olivos que jalonaban el páramo acordonado en el horizonte por la sierra añil de los pueblos vecinos.

-Yo nací en esta casa y trato de no apartarme gran trecho de ella en lo posible, pues quiero despedirme también de la gran fiesta que es la vida desde aquí cuando sea llamado por Dios. Sean todos bienvenidos.

Don Vicente oficiaba como anfitrión en indumentaria de capataz labriego, con pantalones de pana claros, camisa de cuadros blancos, verdes y negros y chaleco de color canela, boina pata de gallo con visera y botas altas de piel marrones que delataban por lo nuevas pocos episodios jornaleros en campo real. Le faltaba la escopeta de doble cañón terciada al hombro con su portafusa para creerlo tal vez dispuesto a defender sus anchos dominios a la napolitana, si fuere preciso.

Tras recorrer con nosotros todas las piezas del imponente solar de sus mayores, historiando cada objeto y rememorando la gloria de cada rincón para quienes lo quisimos escuchar con atención, que fuimos todos, nos dejó en manos de su eficiente equipo de servicio, quien nos acompañó a cada uno a nuestras habitaciones, en las que podríamos permanecer hasta la hora de la cena.

Discretamente, su fámulo nos instruyó sobre el programa de actividades y los horarios, tratando de inquirir a través de preguntas de apariencia casual sobre nuestras preferencias alimenticias u otros usos, cómo pudiéramos ser mejor servidos.

Mi alcoba era amplia y fresca, con una pequeña sala o gabinete de recibir, presidida por un escritorio tallado laboriosamente en ébano y una banquetta, con recado de escribir decorativo al uso antiguo. Allí tuvieron que haberse escrito grandes cartas, tal vez novelas, pensé, quién pudiera revivirlas leyéndolas.

Colgadas de la pared, algunas fotografías muy antiguas de personas que se adivinaban felices en medio de una época de alegrías inciertas, litografías de santos, un pisapapel acantonado de color turquesa y sobretodo libros. Volúmenes de páginas levemente amarronadas por el tiempo, con dedicatorias o firmas con tinta de pluma al principio: “Pacicos de mi vida..” estaba escrito en el Quijote de Avellaneda en una edición de finales del S.XIX, dirigidas probablemente al hombre que se fue en ciernes de serlo todavía, por la joven que entretenía su soledad entre los ratos de la labor.

Eran obras cuyos títulos y autores eran desconocidos para mí en su mayoría. Hojeé por curiosidad abriendo al azar alguno de los tomos y leí un párrafo de dos novelas; una se titulaba “Kity” y la otra “Lola, espejo oscuro”. Parecía la biblioteca de aquella estancia haber sido destinada a la lectura de una señorita de entonces, a juzgar por lo moralizante del escarmiento en cabeza ajena de algunos libros, o por la presencia del “Kempis” y de algunas hagiografías.

Un candelabro como el que usó Zalacaín para alumbrarse en sus aventuras, un pedernal y yesca con el que se prenderían los cañones para la defensa de Cádiz contra las escuadras inglesas completaban la escena.

Tanta afición a los libros no me distrajo, sin embargo, de mirar hacia el lado de la pared colindante con la habitación asignada a Francesca.

Cuando Rodrigo –el mayordomo- me ayudó a acomodar en la habitación, me dijo enigmáticamente al salir: “No olvide que las paredes hablan”.

-Creí que las paredes escuchaban, repuse mecánicamente por ese impulso que nos esforzamos en usar para convencernos de que nuestro acervo compite en superioridad con el conocimiento positivo de quien nos habla.

-Llevo cuarenta años sirviendo en esta casa y crea lo que le digo.

Me acerqué a la cama para probar la firmeza del colchón y tentar la suavidad de la ropa que me había de abrigar esa noche cuando advertí que en la pared en la que se apoyaba la cabecera del lecho había una puerta disimulada, por haber sido pintada su hoja y marco del mismo color que el resto de la pared, que comunicaba ambas habitaciones. Un pequeño llavín sobresalía, insertado en la cerradura. Rodrigo se había referido a eso: esta pared, en efecto, hablaba y vaya lo que me decía: nada menos que la habitación donde dormía Ella estaba a un giro de llave.

Entretuve el tiempo hasta la temprana hora de la cena –había oscurecido rápidamente en los campos de sembrantío imponentes en la llanura que se extendía ante el balcón semicircular de la habitación-, con meditaciones sobre qué nos depararían aquellos días tan fuera de nuestro uso habitual. No dirigía mi pensamiento a qué rondara la cabeza de Don Vicente; en eso nos habíamos ocupado comentándolo con el resto de compañeros de expedición durante el viaje y también lo había tratado con Francesca desde que supimos que estábamos invitados al evento. Yo me empleaba principalmente en tratar de

desentrañarle el significado al lugar que Francesca ocupaba en mi vida y al que yo ocupaba en la suya, si es que fuera alguno. Pero sobretodo al que podríamos ocupar en adelante. Era cierto que hacía ya tiempo que nos conocíamos y sabía algo más de Ella aunque casi todo cosas superficiales, que no le alcanzaban a la esencia.

Únicamente soy capaz de pensar en medio de la nada; algunas teorías conspiratorias decidieron que en las urbes los gobiernos hace años instalaron sensores para descifrar el comportamiento humano. Aunque no acabo de creerlo, en cualquier caso nunca tuve la capacidad de reflexionar desde el epicentro de muchos o, por mejor decir, sólo sé hacerlo al abrigo del silencio de los campos, de la luz de las estrellas o de la fronda arbórea.

Francesca, como persona y mujer, me había parecido desde el principio intachable. Su belleza a primer golpe de vista, siendo tanta, era poco al adentrarse, acrisolándola con el resto de virtudes, a esa otra belleza de proximidad que fija y define, matizando la primera imagen incluso de alguien como Ella. Después del primer día no volvió a parecerme la niña que patinaba una tarde de Navidad, sino una chica con los pies en la Tierra, muy capaz de hacerla tambalear –al menos para mí- a poco que se lo hubiera propuesto. Los reflejos dorados de sus cabellos parecían arrancados por un nuevo Sol de serenidad y paz, confirmados por sus ojos que siendo dos veían por ciento y podrían matar por mil. Traté alguna vez en las tardes del otoño decadente en la editorial de recorrer el camino de sus miradas de sorpresa inocente y genuina, ahora fijos bailando sobre las líneas, mientras repasaba los manuscritos de las obras, o miraba en busca de una idea en algún punto sin localización fija, en la calle a través de los cristales de los balcones.

Esperaba saber por sus ojos lo que nunca me permitieron conocer sus palabras; pero en el desapacible lenguaje del lego ni aún un solo signo seguro pude entrever en ellos. Y pudiera ser tal vez porque yo mismo quería verme y probarme en su mirada, tratando de afirmarme en mis propios sentimientos y tratar desde ellos de escalar a la suprema dificultad de saltar hacia su mundo inaccesible.

Como en un juego, una vez nos sostuvimos la mirada. Nos quedamos solos y a breve distancia, aún más corta que el día en que estuve en su habitación. Era una tarde tormentosa y se fue la luz; los dos tuvimos el impulso de levantarnos



para ir a encender alguna de las velas. Aunque pueda parecer imposible, en medio de la más absoluta oscuridad vi en el fondo de sus ojos una luz tenue, que me miraba como si me hablara, confiando tanto en su comunicatividad vacía de palabras. Como en la confesión de Don Luis de Vargas a su tío sobre Pepita Jiménez, no nos dijimos nada pero nos lo dijimos todo. O al menos yo a Ella, si supo entenderme.

Durante las primeras semanas de conocerla y hasta que desmecanicé mis movimientos hacia las mujeres –o al menos hacia Francesca- es probable que mi desempeño con ella fuera algo más audaz; pero al darme cuenta completamente de que Francesca era mucho más que la mujer más hermosa que había visto jamás, toda precaución fue poca. Posiblemente, hasta el día en que fui a su casa invitado por sus padres me procediera hacia Ella de forma más desenvuelta, mirándola de frente y con todo el valor y usando un lenguaje que no me hubiera importado que se prestara a galantes equívocos.

Pero fue justamente al recibir la invitación a la Cena de Nazarenos cuando ni yo mismo me atreví a tanto como para bromear sobre nuestra condición mutua debido a que nos invitaban a asistir con nuestras esposas o novias y Francesca no era ni lo uno ni lo otro. Paso sencillo hubiera sido de una manera ligera y nada pretenciosa, esgrimirlo para ver su respuesta. Pero no lo hice entonces y ahora no venía nada a cuento.

Puede que me invadiera esa inclinación que nos prepara para ser lo mejores posible, de modo que ambicionando lo sublime queramos ser a la vez mejores para poder optar a colmar las expectativas de la persona en la que pusimos nuestros ojos. Eso explica el tanteo que durante el cortejo se produce, pretendiendo confirmar si lo que nos parece bello lo es y a la vez demostrar que somos dignos de ser amados por la otra persona.

A salvo de toda teoría quedaba que nos hubiéramos conocido, coincidiendo en la misma época y sociedad, valiendo como coordenadas de un tiempo y espacio afortunadamente compartidos.

Que Francesca estaba adornada por todas las buenas cualidades que se esperan de una persona caía fuera de toda duda. Tan superior en todo me parecía que me daba cuenta a las claras que visto mi desastroso devenir con las mujeres, temía francamente perder a Francesca, dejar de estar a su lado; por querer tenerlo todo podía perderlo todo. Si me hubieran dejado no ya

elegir a la mejor, sino pedir que bajara Dios mismo del Cielo a hacerla para mí, no habría sido capaz de pedir más.

La puerta que disimulada en la pared separaba nuestras habitaciones, me pareció entonces un símbolo de nuestras vidas: fácilmente yo podría cruzar el umbral que tenía tan a mano, pero no podría augurar qué le parecería a Ella, y mucho menos en qué había de acabar la aventura. O podría ser que la puerta estuviera cegada o que simplemente, Francesca no estuviera al otro lado si conseguía abrirla.

Por eso el amor tiene tanto de oculto, de desconocido y de misterioso que nunca sabremos desentrañar.

Todo amor implica dolor, pero no todo dolor presupone amor. Quien quiere sufrir por dañar al ser amado, por perderlo; quien se duele no siempre ama.

¿Y necesariamente tenía que implicar el amor poseer, estar con la persona amada? Si nos damos cuenta de que nuestra amada será más feliz sin nosotros, ¿no ama más quien renuncia a ella para que sea más feliz?

En todo caso, el amor no puede tener dudas, por lo que yo teniendo tantas, casi que mejor me convencí de que no sería amor.

En el momento de conocerla noté rápidamente algunas de sus cualidades: Ella es verdaderamente hermosa, todo lo que podrían ponderar las palabras. Pero conocer su forma de ser me ha hecho acabar viéndola como un prodigio de toda belleza y tesoro de todo bien. Bella, amable, distinguida.

Deseo pasar el tiempo con Ella, conversar con Ella y saber de su mundo. Me gustaría abrazarla, quisiera que deseara lo mismo que yo, me gustaría mucho que pensara en mí y que me propusiera hacer cosas juntos.

Andando el tiempo, ese sentimiento había evolucionado a querer quedarme a solas con Ella y a tratar temas personales y del afecto; sufría al no verla, me preguntaba qué estaría haciendo en cualquier momento. Sé que por mucho menos de esto muchos habrían querido entenderse dominados por el amor.

Pero fuera de las teorías generalistas, al menos para mí considero que sólo pueda existir un único amor verdadero. Es una noticia triste si pensamos en la dificultad de su materialización, pero hermosa de por sí, por el ideal de vivir en esa creencia que es en la que yo vivo.

Me hubiera ayudado saber algo sobre Francesca, sobre su situación. Si conociera a alguna amiga suya podría haber tanteado el terreno... Pero Ella era muy discreta y hermética a hacer ningún comentario.

La mocedad no es prudente y yo, que nunca lo pensé dos veces para entablar sin más conversaciones casuales con chicas atractivas, sin temor alguno, sabía que el atrevimiento dentro de un orden, más bien la seguridad, es lo que presagiaba el éxito. Pero desde que conocí a Francesca, mis devaneos se habían reducido drásticamente. Y faltándome las seguridades para descubrirme ante Ella, estaba en medio de un desierto de amor bastante insólito. Aunque la situación no me preocupaba, pues sé que todo proceso requiere medios, esfuerzo y tiempo, me inquietaba precisamente no preocuparme, puesto que el tiempo de por sí difícilmente mejoraría las cosas si yo no venía en su ayuda.

En rigor no se podría decir que yo hubiera dado algún paso en falso con Ella; tampoco había hecho nada que pudiera comprometerme. Pero la verdad es que, bien mirado, Francesca parece saberlo todo sobre mí, de una forma que para mí es muy extraña.

Pensé en picar a su puerta cómicamente, o hablarle condescendentemente o de forma neutra como entre compañeros de trabajo. Finalmente me decidí por no usar el recurso a la puerta, entendiéndolo como vulgar y hasta de mal gusto.

Mientras esto pensaba se me ocurrió la añagaza de tratar de pedirle al asistente que mientras nos servían la cena en el comedor, discretamente introdujera una llave en la parte interior de la cerradura de la habitación de Francesca, de modo que al no poder entrar después, se vería precisada a entrar en su cuarto desde el mío, en vez de desde la entrada principal a su habitación, que se hallaba en el pasillo. Una buena propina que seguramente no hubiera hecho falta bastó para que el bueno de Rodrigo lo pusiera por obra.

Poco antes de la hora en que debíamos bajar a cenar piqué en la puerta de Francesca. Me abrió sin preguntar quién era, acabando de ponerse los pendientes en forma de lunetas.

-Estás preciosa.

-Gracias –sonrió-

-¿Te enfadarías si te dijera que eres preciosa?

-¿Por qué iba a enfadarme?

-En ese caso, le dije, eres preciosa.

-¿En ese caso? Ja, ja, ja.

-Lo eres en todos los casos, pero me refiero a que en ese caso te lo digo.

Hizo un alto en sus maniobras de alucianarse para la cena y compuso un gesto cómico de interrogación para decirme al cabo:

-Te parece mucho físicamente a una persona que conozco. Pero sólo físicamente, porque él nunca me dijo cosas así.

-¿Y con cuál de los dos te gustaría cenar hoy? Avancé un poco más.

-Pregunta difícil porque que él no diga las mismas cosas que tú no significa que no las piense. Y que tú las digas tampoco quiere decir necesariamente que las pienses. La galantería es poco reflexiva y sincera, tal vez lo es más el sentimiento.

-¿Y con quién te dice tu sentimiento que preferirías ir a cenar?

-Con el primero de los dos que tuviera la audacia de pedírmelo.

-Si no se le ponen palabras al sentimiento, éste podría quedarse para siempre muy alejado de aquélla por quien siente, ¿no?

-Así es: por eso te dije el día que nos conocimos que yo sabría utilizar las palabras pero necesitaría ponerles una historia. Y tú, que dijiste lo contrario, debes ser en realidad el otro.

No era empresa fácil comunicarle mis pensamientos, pues ni yo mismo me veía capaz de hacerlo. Como habíamos hablado al principio, de su lado estaban las palabras en efecto, esa habilidad mágica de usarlas para construir el edificio. Y del mío estaba la historia que contar, aspecto que se le negaba a Francesca.

La cena de aquella noche de Marzo había de ser el punto de partida de la mayor locura que me salió al paso en aquellos años. En la letra impresa en la tarjeta de invitación no había nada que hiciera pensar que detrás de la llamada

cena de Nazarenos pudiera haber oculto tanto detrás. En el avión desde Barcelona, Senillosa, un hombre de mediana edad, de aspecto egregio como un busto romano, ladeando la cabeza, comentó que todas las personas, o al menos los editores que viajábamos en ese vuelo, pertenecíamos a un club con sólo dos normas tácitas en su reglamento: la primera era haberle negado algo a Don Vicente; la segunda, no haberle negado nunca nada por segunda vez.

Al descender por las escaleras a la sala de recibir, aguardaban allí al menos seis de los once editores de la expedición; también algunos de los escritores y escritoras y sus parejas.

Accedimos al salón principal, presidido por una fantástica mesa de nogal oscurecido. Tenía labrados de cariátide hechicera en la cabecera de honor emergiendo entre delfines de lomo arqueado. Don Vicente nos contó que sobre esa mesa en más de cien años se declararon guerras, firmaron armisticios, mancillaron honras que en algunos casos fueron rociadas en sangre, se pactaron alianzas, acabaron carreras fulgurantes y empezaron otras del único modo posible para todo ello: con la bendición o la condena de Lorenzo, que fue dueño de un Mesón de Madrid en el que aquella mesa ofició como testigo de un silencio eterno. Para quien quisiera creer la leyenda, en ella fue concebido más de un Rey y no por quien fuera tomado por su padre, por lo que el sustento de la realeza no alcanzaba siquiera a ser una cuestión. La mesa siempre estuvo reservada para grandes acontecimientos –se explayaba Don Vicente- en todo tiempo y momento, esperando él mismo que nos fuera útil a olvidar nuestros desvíos sentimentales, exilios personales o para celebrar la cercanía de su fin. La mesa fue fabricada por un ebanista ciego con ayuda de tres personas a su servicio, en la que había de ser la obra de su vida. Tras una vida ática como prohombre por su sabiduría, posición y linaje pero baja y vil por sus perpetuos desvíos que contradecían abiertamente su genio esclarecido en cuanto acometía, quiso labrar en madera el que había de ser su propio túmulo, simbolizándose un nuevo Odiseo sujeto a un hermoso mástil de nogal, sin poder ser desatado en toda la Eternidad más que por Dios, si le perdonaba haber dilapidado la vida como lo hizo él. No sólo escuchó a las Sirenas, ni fue prudente entre los suyos, sino que se hizo hablar por ellas tontamente. Secada que fue la madera, barnizada y pulida; primorosamente trabajados los ribetes y lijados con suavidad los arabescos de marquetería notó el ebanista que vida y obra venían a morir juntas. Cuando la obra estuvo

acabada, recorrida con sus manos y sabiendo que era lo mejor que nunca hizo, lo último, se despidió de sus compañeros y se tumbó en el tálamo a esperar el sueño de la muerte en el que fue fuertemente atado con anchas ligas de cuero cruzadas sobre el pecho, sujetando los brazos y sobre los muslos. A la mañana siguiente nadie supo encontrar rastro del artista.

Ya no éramos muchachos pero a fuerza de llevar tanto tiempo encomendándonos a las historias fantásticas que la pertenencia a nuestro gremio nos daba lugar, tomamos aquello como el pórtico trascendente de una jornada literaria más.

Como en las habitaciones, la gran sala era de paredes encaladas cubiertas de marcos con fotografías, muchas de ellas de un tipo con sonrisa enmarcada por un bigote negro recortado, fino e hirsuto rodeado de mesones oscuros y pesados de madera de nogal, velados por manteles de hilo blanco encimados por un sobremantel grueso de algodón; de sus techos apuntalados con sirtas metálicas de un negro mate. Nos hubiera bastado fijarnos en aquellas fotos para comprender que el bigote que bailoteaba encima de la sonriente y fina línea del labio superior, era de un tono cada vez más tenue a medida que las fotografías eran más actuales, aunque todas muy antiguas y en blanco y negro.

Se sirvió la cena mostrando las bandejas a los comensales previo a su trinchado, después de habernos intercambiado sencillos presentes, como creí recordar que fue uso en ágapes legendarios de la antigüedad, cual si editores y escritores nos dispusiéramos a repartimos el tablero del Mundo, en usanza más pacífica de la que Gigantes y Dioses dividieron el suyo.

Oficiaba como maestro de ceremonia Rodrigo, quien aunque no se preocupó de preguntar qué deseaban los señores, sino que mientras éstos andaban porfiando por las mieles del postrealismo en la novela contemporánea o la incidencia del nuevo estilo espontáneo en la última generación poética, disponía sobre los manteles en primer lugar el pan cortado en gruesas rebanadas humeantes, distribuidas en platos con tomates aromáticos y dientes de ajo; los entremeses fríos y después bandejas con succulentos guisos que daban una mejor perspectiva a los debates que sobre esos manteles sostenían los dos gremios y siendo alabado y celebrado como discreto por ambos.

Quiso la velada que el trasiego de jarras de buen vino, fuera muy a propósito para encabezar y titular las libaciones que en honor a Don Vicente

principalmente, vinieran a parar en tratar de saber de éste cuál era el propósito verdadero del encuentro.

Vázquez, escritor audaz al que nadie tomaba verdaderamente en serio, enderezando su breve cuerpecillo y asistido por Germán, que le centró la corbata anudada por debajo de su oreja, se levantó solemnemente y dijo:

-Llenen sus copas en honor de nuestro anfitrión, quien delicadamente ha querido honrar acompañado de la gran familia que somos los hombres de Letras esta gran fecha.

Don Vicente apenas sujetaba la sonrisa, mostrándose divertido e impávido, pese a las miradas que a causa de las palabras fingidas de Vázquez, parecían aludir a que aclarara la razón de habernos invitado tan protocolariamente sin señalar el motivo. Cruzando la mirada y levantando la copa hacia Vázquez le pidió que prosiguiera:

-Hoy en efecto, se cumple el 150 aniversario de la fecha en que Balzac liquidó todas sus deudas, traspasándolas a sus herederos.

Una gran risotada colectiva atronó pero no fue bastante a que Don Vicente dijera más que unas palabras a Rodrigo para saber si todo estaba dispuesto en la biblioteca para que pudiéramos, ya acabada la cena, acomodarnos para continuar la celebración.

Francesca vestía un sencillo traje celeste pero yo la encontraba más bella que a la más bella de las princesas rusas del más bello relato: el que yo esperaba escribir en cuanto tuviera talento.

En la gran biblioteca forrada en techo, paredes y suelo de madera de cerezo, nos esperaba encendida la chimenea. Nos acercamos a observar los volúmenes en ediciones de lujo, de todos los libros que había editado a lo largo de su dilatada carrera como editor Don Vicente.

Sentados en círculo, en cómodas butacas y con luz más tenue que en la sala en la que habíamos cenado magníficamente, continuó la tertulia. Hallándonos presentes dos bandos muchas veces antagonistas –escritores y editores- pronto surgió la cuestión de la primacía de unos y otros en el mundo de las Letras. Mientras desgranaban y exponían sus argumentos de ida y vuelta escritores y editores -guerreros y reyes parecían, confinados en los cuarteles de invierno-, me rondó la cabeza la idea de que las palabras sólo cobran vida cuando

alguien las escucha o las lee, nunca si se dicen o escriben pero no se comunican. Y yo, que nunca me vería capaz de hablar con Francesca –y ojalá que fuera por cobardía, tan fácil de vencer- empecé a creer en ese momento que lo más vivo que yo sentía estaba en verdad muerto si no lo ponía al alcance de ella. Y escribirlo se me figuraba el único modo de sacar a la superficie de la vida lo que era tan caro para mí.

Aunque no intervine en el debate, envidiaba secretamente a aquellos artífices a quienes Dios había delegado el poder de edificar un mundo propio a su entero capricho, con sus reglas y su lógica al abrigo de los avatares del que yo notaba girar bajo mis pies; ambicionaba ser como esos guerreros que se batían con sus manos desnudas contra esos mundos, mientras nosotros los editores creyéndonos hombres de acción no éramos más que Césares detrás de una mesa de despacho, ocupados en la plebeya tarea de asegurarnos que alguien, algún día, se haría envolver uno de esos volúmenes en un hermoso papel satinado para llevarlo a casa hacia el sueño eterno tal vez de la estantería. Pero aún viéndolos en la arena, o precisamente por eso, yo les envidiaba, fuera de toda vanidad sobre el estilo, la enseña de quien puede comunicar su sentimiento sin que un muro insalvable se le alce delante, sin una pequeña fisura de esperanza que le haga creer que verá lo que la fe le anuncia encontrarse al otro lado.

Para moderar el debate, que subía de tono por algunas cuentas pendientes que parecían existir entre miembros de uno y otro gremio, Don Vicente propuso que, al uso del Decamerón, explicáramos una historia que tratara de algún tema que fuera importante para nosotros.

Victoria Arnáiz, escritora joven y talento precoz que había empezado a escribir relatos que vio publicados a la temprana edad de once años quiso ser la primera en tomar la palabra:

“Óscar no tenía padre, o al menos él no lo conocía. Su madre le había dicho que estaba de viaje, pero pronto fue que el eufemismo apuntaba a una situación más definitiva.

Amparo –así se llamaba su madre- había sido seducida por un hombre muy guapo, de esos que se cuidaban el bigote y sabía decirles cosas tales a las



mujeres que a los filósofos no se les hubieran ocurrido nunca aún pensando años sobre ello y acerca de ellas. Él la vio y la seguía acompañándola todos los días al trabajo, o a la salida, hasta su casa. Que si tienes mucho ángel, que si vales más que las pesetas, que cómo te llamas que te voy a pedir a los Reyes Magos... Amparo tenía entonces diecisiete años y vivía sola con su madre, abuela de Óscar, una viuda de muy buen ver pero sin los arrestos de la hija para salir adelante contra las miserias de la vida. La abuela cosía en casa pero más le daba a la lengua que a la aguja, pues rara era la tarde en que su silla no estuviera al borde del portal, junto con la de otras vecinas de casa y puerta, y era Amparo quien, por no dar qué decir de su madre, al llegar a casa después del trabajo, se azacanaba cosiéndole los manteles que pasaba a recoger, cosidos, limpios y planchados, a primera hora de la mañana de cada miércoles el repartidor del Hotel de Santa Cruz.

Era buena la abuela, pero contaba siempre venir de sangre de reyes y algo gitano tenía el espíritu por las libertades y señorío de su comportamiento, que veía en el trabajo un yugo que se avenía muy poco con su temple y altura de miras. Era noble de mentalidad y principios, pero no de fortuna ni hechuras, y sólo se daba maña en repetir a la hija:

-“Nena, una mujer como tú es para un príncipe. Qué primor de hija y qué manos. Si hay hombres en el mundo rabien todos, que van a ver que mi niña sólo en un palacio y como una reina tiene que acabar”.

Así que tenía admiradores en la calle y también en casa. Cosas así le decía mientras la infeliz se dejaba la vista zurciendo los ribetes de la mantelería al abrigo de su pobre luz, y con aquella radio de fondo, de las de caja enorme de madera, capricho que la madre decía haber sido sacrificio pensado para el bienestar de la hija, quien sonreía con un fondo equidistante a la tristeza y la esperanza.

Manuel, que así se llamaba el padre de Óscar, era del gremio de la que, de no ser por esos manejos familiares presentes en casi todas las malas horas de muchas familias, hubiera sido su suegra. Le gustaba pasear la calle y ponerse fino, beber con los amigos, llevar brillo en los zapatos y echarle melaza al bigote fino y recortado. Pero poco espacio le dejaban tantas ocupaciones al trabajo y no acababa de hacerse un porvenir siendo su edad ya la de lo que en aquellos años se tenía por un hombre que debía valer para sacar adelante a

una familia.

El hombre propone y Dios dispone, y fue que nuestro hombre quiso serlo de Amparo. Y con todas las veras e invocando la bendición de Quien había de disponer, bajo palabra de matrimonio y con todos los pronunciamientos que su semblante y buen decir supo, se llevó, como diría un castizo, la gata al agua, que no yendo por lana volvió así trasquilada y escaldada. Eso amén de la reconocida ventaja que siempre presta el estar en boca de todas las mujeres cuando sólo una, la que calla, es la que más anhela en silenciar a las demás, paseando de su brazo al salir de la Iglesia, como fue de valía en los tiempos pretéritos.

Visto fue que, vencida la resistencia, primero del pudor, después de la vergüenza simple y por último, de las conveniencias familiares, Manuel vio que la plaza era segura y suya y se volvió por sus fueros a las brevemente interrumpidas noches de guitarra y coplas con los amigos, y tardes de amontillado en la bodega. Algo ganaba, no mucho más que para sus arreglos domésticos, en la abacería en la que más piropos que arenques despachaba y pellizcos, por tubería, a las mozas. Y llevaba el peso de la economía que había de ser futura de la familia, la pobre de Amparo, llevando ya otro peso, leve, en el vientre: el de Óscar.

Así estaba el cuadro el Jueves Santo de ese año, cuando Amparo no entendía por qué el pañito hacía ya más de dos meses que no se manchaba de rojo, y le faltaba a veces la respiración y estaba más cansada y con más hambre. Venía decidida a decirle a su madre que se casaba con Manuel, sin que éste se lo hubiera pedido formalmente, cuando doña Mirta le dijo:

-“Amparito, siéntate y deja los manteles, que la que es princesa y hay quien quiere verla de reina no tiene por qué trabajar tanto”.

-“Madre, mañana el Tejo viene a por la ropa blanca y esta vez nos hemos retrasado dos días”.

La radio estaba, extrañamente, apagada por primera vez a esas horas de la tarde desde que la gran caja de madera había sido ubicada sobre la cómoda vieja, cerca de la misérrima bombilla bajo cuya luz cosía Amparo todas las noches.

Aunque señorita sin instrucción más que básica, no era Amparo tan inexperta

en los avatares de la vida que no supiera que su madre la iba a poner en un brete.

-“El Domingo de Resurrección van a venir a tomar café don Case y su hijo, los de Generelo”.

No hizo falta decir más a la niña para que se le viniera el mundo encima. Ni a la madre, para leer en el rostro de la hija que algo muy dentro del alma se le acababa de romper, sin ruido de vidrio.

-“¿Qué tienes, nena?”.

-“Un novio, madre. Manuel Poveda, el de la pesca salada. Y te iba a decir que nos vamos a casar este Diciembre. Y que si se puede venir a vivir aquí con nosotras”.

Lo dijo con la voz entrecortada, pero sin amilanarse ni descomponerse, más que cuando su madre estalló y le escupió en la cara lo que, sin la más mínima correspondencia con la realidad, habían sido sacrificios de noche y de día, cosiendo y quitándose el bocado de los dientes para darlo a la hija, para que estuviera sana, fresca y guapa y le diera al menos la alegría de casarse con un hombre de verdad.

El lechuguino al que la encolerizada madre había designado como blanco destino de la mano de su hija era el retoño único de un Notario de los que se podía dar fe que, si dinero había en el mundo, no sería así de no ser por él. Pues lo tenía en tanta demasía, que aún para encumbrar y rebasar en billetes de Banco la tanta alcurnia que la madre de Amparo se ponía a sí misma, aún sin título efectivo ni solar conocido, hubiera sido bastante y sobraría.

Amparo se había forjado en el esfuerzo de sus manos y hubiera desconfiado de todo lo que hubiera podido parecerle fácil. Pero aún creyéndolo, no era por dinero por lo que compartiría mesa y tálamo con ningún hombre. Y eso, viniendo de su madre o de la Santa Iglesia en la que tanta fe tenía.

El disgusto fue de época. Sin decir más sobre el particular, la madre se personó en la tienda en la que zanganeaba Manuel y en la que, como en tantos otros establecimientos, había puesto la Señora a prueba su gracejo e hidalguía para hacerse fiar –bajo su infalible palabra- las compras nutricias. Entró sin decir “esta boca es mía y por ella me como a crédito lo más granado de la despensa, que no me faltará hija que venga después a hacerme merced”. Y sin

encomendarse a Dios ni al demonio, se llevó a la trastienda a Manuel, quien leía impasible el “Dicen”, casi haciéndole una pinza con el índice y el pulgar en su oreja y le espetó:

-“Como te acerques a mi hija o le hables una palabra te rebano como una remolacha”.

No protestó el bala de Manuel, quien aunque ya se barruntaba que Amparo podía estar en estado de gracia, no imaginó que aquellas palabras de la doña fueran pronunciadas sin conocimiento exacto de esa verdad en ciernes e interpretó que se le obligaba a poner tierra de por medio.

Y así fue que, dejando una nota a sus padres, a quienes rogó que no buscaran ni dieran razón de él a nadie, tomó las de Villadiego y se hizo a las Américas, sin que volviera nunca más a saberse de él.

Meses más tarde, al menos cuatro muchachas de vecindario, además de Amparo, esgrimieron la huida del galán como hecho consiguiente a sus embarazos respectivos.

Ese Domingo no se sirvió café en casa de Amparo. Fue algo amargo y negro, pero no era café, sino la noticia de que Amparo esperaba.

La madre, viéndose relegada en su posición económica de mantenida al uso de su figurada nobleza, y habiendo perdido el ovillo por el cabo que había ella misma provocado poniendo en fuga al padre, se volvió a sus tierras aragonesas, zaherida y despechada, allá donde sus cuñados no la dejarían morir de hambre ni indignidad, como parecía querer hacer con ella su única hija.

Amparo dejó de ser una niña con diecisiete años. Pocos días antes de cumplir dieciocho, sola y por la caridad de las monjas, que le llevaron ayuda, amor y unas natillas que le dieran fuerza para hacer leche para el niño o niña, vino Óscar al mundo, un diecisiete de Enero.

En esa época las cosas fueron difíciles. Muchas buenas personas dejaron de serlo al saber que Amparo era madre con los apellidos de su hijo. Pero ella nunca quiso decirle a nadie que el hijo era de Manuel, ni hacer diligencia alguna ni indagación para pedir socorro al padre o a la familia de éste. Así, se vio sola con el niño y en la misma carraplana. Grandánime, juró sin embargo que sola lo sacaría adelante, pesia a tal. De raíces aragonesas, le

faltaba todo menos coraje y valor, pero de estas dos capas hizo otros tantos sayos uno para su hijo y otro para ella, y por esas cosas de la vida Óscar, que de haber sido criado por un padre belitre y pícaro podría haber sido otra astilla de ese palo, vino a ser un niño que en todo punto fue tan del mismo carácter y hechuras de la madre, que nunca se rindió ni la dio por verde jamás.

La narración fue acogida con muestras de agrado. Vicky explicó que no se trataba de uno de sus relatos, sino de una historia que probablemente tendría algo de verdadero y que había oído contar a su madre. Yo conocía sobradamente esa historia: era de la mi amigo Oscar. Pero Vicky no sabía que yo conocía a su madre desde hacía mucho tiempo.

En representación de los editores, Rojas nos prometió que su relato sería más alegre. Fue así:

“Todas las noches antes de ir a dormir, Norma le llevaba su vaso de leche y rezaban juntas la del Ángel de la Guarda. Después le ajustaba las cortinas, miraba que en la habitación todo estuviera en orden, y le daba un beso en la frente y las buenas noches.

No faltó jamás desde que la niña empezó a dormir sola, salvo en el viaje a Europa de Carolina aquel verano. Se le hizo muy largo a Norma, que no necesitaba dejar de verla un solo día para saber cuánto sufriría en el momento en que no estuviera. La tata quedaba en la habitación paredaña y con el oído atento al más leve sonido que pudiera interpretar como signo de que Carolina necesitaba algo. Dormía cuando la respiración de la niña se escuchaba más lejana y prolongada.

No era su madre pero hubiera dado cualquier cosa por serlo. Por aquel ángel de cabellos blondos había renunciado a volver a su aldea aldea a Maracaibo, cumplida ya la edad del retiro y con un peculio razonable para poder pagarse las almojábanas y el plátano verde con que había de alimentarse durante los años que Dios le tuviera guardados. Pero lo que empezó como un añadido a sus trabajos domésticos en la embajada de España en Caracas, en la sede dirigida por aquel diplomático español, amable pero frío, con aires de Sigfrido de Opera o de duelista postromántico, siempre pensativo, el brillo en los ojos ausentes, acabó por asentársele en el corazón de tal manera que antes lo hubiera querido ver dejar de latir que apartarse de la niña.

Las pocas veces que la pequeña no podía dormir porque le salía un diente, Norma la aquietaba con su seguridad de madre postiza; si no quería comer, y esto era pocas veces porque la tata le tenía las hechuras tomadas a su bocada, una palabra en un lenguaje que sólo ellas dos conocían era bastante; si tenía miedo, éste volaba a la otra punta del mundo al entrar Norma en la habitación.

Tanto fueron una para la otra que, rápidamente, la mamá de ella estuvo a pique de volverla a las faenas domésticas o incluso despedirla, pues celaba de que más parecía madre Norma que ella. Y eso que Claudia adoraba a su hija, pero la aureola de la tata, convencida de haber encontrado su grial en aquella nena, fue más fuerte que toda otra cuestión de orden práctico o emocional, pues en la sede diplomática todos intuían que alguna suerte de hechizo se había conjurado entre las dos para que ambas se restribaran mutuamente. Así, la niña adoraba a la tata y compartió con ella cosas que ni con sus padres, a quienes tanto quería, hubiera osado comentar.

La madre de Carolina era de ascendencia danesa, una mujer con un asombroso parecido a la Anita Ekberg de la *Dolce Vita*, de extensa vedeja rubia, ojos lánguidos y pómulos de líneas helénicas: apolínea. Se casó con Don Octavio después de ser proclamada como Miss Dinamarca en los primeros años de la década de los setenta. Él le había dicho que ningún otro certamen o torneo que aquel al que ella había comparecido merecía como otro el nombre de justa, pues la decisión no lo podía ser más. Y era, en efecto, una hembra que costaba comprender que hubiera nacido de hombre y de mujer, y no de la espuma del mar, como Venus, o se hubiera escapado de la Arcadia o del Olimpo, pues su belleza era tan hechicera y envolvente que incluso había que forzar la voluntad para poder atender a otra cosa cercana que no fuera ella.

Nacida en el seno de una familia muy religiosa, sus padres la educaron con amor y una gran disciplina, no siendo muy favorables a que exhibiera ante el escaparate de la vanidad del mundo la belleza que en ella Dios había depositado. Pero entendieron que lo hacía, como era cierto, porque quiso costearse sus estudios de Periodismo y así, a la vez que concluía éstos, puso fin a su breve y exitosa carrera, coronándose como la de notoria belleza.

Don Octavio había sido desde siempre un hombre de negocios. Sus primeros pasos, tras acabar Económicas en Deusto, a donde su padre, Guardia Civil originario de Asturias, había sido destinado, fueron en la industria de los

astilleros. El revés de la revolución en el sector le fue buena escuela para administrar los vaivenes en el metal y ganar su primer dinero intermediando con gobiernos del Este que pagaban en buena divisa tecnología de alta escuela y probada discreción. Aunque fue independiente, hubo una época en que se sentó en la mesa de algún Ministro que veía que le podía dar alcance en eso y en mucho, además de levantar la liebre con negocios consolidados de antiguo por las oligarquías familiares de los feudos vascos. Así que, más lo quisieron como amigo a una distancia en la que no cortocircuitara los delicados contrapesos y sistemas largamente consolidados, que como competidor y peso firme en sus alcances. Y fue que, con apenas treinta años, le propusieron como embajador de España en Venezuela, para asombro de la estricta militancia consular y diplomática. Él aceptó, bien entendido que en todos los mares del mundo hay atunes, y que Venezuela, siendo diminutivo de Venecia, podía ser mucho más grande, y con su periodista, hasta más romántica. Y así fue que, con algunos de sus socios del metal reconvertidos a funcionarios de cuerpo diplomático, se estableció con su mujer, situándolos en su órbita y teniéndolos al corriente de sus intereses.

Claudia y Octavio, los padres de Carolina se conocieron durante los actos de celebración de la visita del Santo Padre a España. Durante una semana, ambos estuvieron en Madrid, fuera de sus respectivas ciudades de origen. En la primera tarde capitalina, coincidieron en uno de esos parques anónimos para el visitante casual: ella sentada en un banco junto a un sauce y niños que corrían de un lado a otro; él a quince metros, apoyado en una valla junto a unos columpios, jugueteando con un perro que más parecía suyo que del amo que, viéndose razonablemente suplido en el cometido que allí le había llevado, le echaba una ojeadita al As.

Algún iluso diría que el entorno del parque era un canto al renacentismo, por el enclave del edificio señorial frontero, palacio de Austrias menores, con las antiguas caballerizas a la vista y defendidos por altos cipreses y pinos que eran un contrapunto a las formas ovaladas y delicadas del edificio, con arcos de medio punto en puertas y ventanas y contrafuertes en los tejados. Volteado por una escalera de trabajo alabastrino, con balaustrada y puertas altas y con pretil del escudo familiar de sus dueños. Y por frente al palacio, el parque circular, sin pavimentar, seis o siete bancos de madera y la gran fuente vertical con el héroe de piedra, y la espada desnuda y enhiesta en la zurda.

Entretenía la espera a la hora de la cena Octavio amagándole los ataques previsibles al perro, pero habiéndose apercebido de que una chica imponente se acababa de sentar en el banco de delante.

Ella tomaba notas acerca de las preguntas que pensaba hacer al Papa en la rueda de prensa de presentación, en la sede apostólica. Fue tan bella su sonrisa al verle jugar con el perro que, si todos los médicos del mundo un día antes le hubieran desahuciado, en ese momento se acabaría de curar por completo. Recibiéndola en salud, no le devolvió la vida que ya tenía, pero sí le infundió una comprensible alteración temperamental, sistólica, emocional y física.

El derramamiento de prodigios de aquella sonrisa también desencadenó un mecanismo consuetudinario de la época de estudiante del asturiano y que había caído en desuso a causa de algún disgustillo a cuenta del mismo, y era su inclinación a dibujar, al primer golpe de vista, a cuanto profesor, paisaje u objeto que el viento o el momento le pusieran delante. La única regla era una sola mirada y a dibujar.

En pocos minutos bosquejó un más que razonable retrato de la bella, atendido a que escalar hasta tan alto no podía ser tarea sencilla. Cuando iba a guardarse el dibujo, alguien se le acercó para preguntarle si le podía fotografiar con su cámara junto a la fuente. Octavio se levantó dejando el recado de dibujo en el banco y fotografió a la persona que se lo había pedido. Al volver a sentarse no estaba el dibujo, buscó en el suelo y no lo supo ver. Alzó la vista y lo que sí vio fue al perro junto a Claudia en actitud traviesa. Los dos le miraban y se acercó a buscarlo.

-“Si alguna vez olvidas el paraguas sé que no tendré que llevarlo a la recepción de la Facultad de Bellas Artes”, le dijo.

El mundo se le cayó a los pies, al comprender que el perro había llevado en su boca el dibujo a la bella. Notó una gran presión en los oídos, ligereza en los pies, pero como asturiano que era no la empleó en la huida. El perro le había llevado a muy buen sitio y en los buenos sitios se tienen que decir buenas cosas.

No podía seguir callado por mucho más tiempo del segundo de silencio que quedó flotando después de las palabras de ella.



-“Pero si fueras darías ocasión a los catedráticos a abandonar su oficio, convencidos firmemente al verte de que lo que con tanto celo habían enseñado, ni era bello ni era arte, o al menos no lo era tanto como decían”.

Los exámenes se preparan, pero momentos así no, claro está. O como dijo Stenhal, es mejor abandonarse a la propia suerte dejando sueltas las riendas del caballo al caminar cerca de un precipicio, puesto que ni el mejor jinete sabe guiar a la cabalgadura en una noche oscura y peligrosa.

Ella volvió a sonreír y él entonces lo vio todo diminuto desde la cima a la que acababa de ascender, pero a la vez en toda su grandeza. Estuvieron hablando unos instantes y él la acompañó hasta la sede. Acordaron verse en la cena protocolaria que se celebraría al día siguiente en el Palacio de Oriente.

Ella acudió como periodista acreditada al acto, y él como asesor del Ministro de Industria. Quiso el orden de cumplimentación al Santo Pontífice que, de las dos filas que se habían formado, en el momento de llegar al besamano, ambos fueran los siguientes en el turno, cada uno por su fila. Pero creyó el Santo Padre al verlos desembarcar juntos que serían acaso matrimonio y acertó a preguntarles si un hombre y una mujer que hacían tan buena pareja tenían, por ventura, hijos. Don Octavio, de entendimiento despejado en ocasiones así, le contestó:

-“Soy Católico con un fervor que no podría ser mayor para la cortedad de mi mérito. Pero dejaría de serlo si fuera verdad lo que su Santidad acaba de decir”.

El sucesor de San Pedro, aunque buen conocedor del idioma español, no le entendió al principio y quedó en dubio.

Pero antes de que su semblante y gesto indicaran haber comprendido, el taimado de Don Octavio concluyó:

-“Es que si esta mujer fuera la que Dios quisiera darme, realmente debería hacerme ateo porque no me quedaría ya nada que pedirle”.

Trescientas personas vieron sonreír abiertamente al Papa y a la bella periodista que formaba tercera con el diciente y nunca pudieron saber qué diantre les había dicho el asturiano.

El caso es que, tras besar esa mano, después de cumplir con la Iglesia, besó

Octavio la de Claudia y, olvidándose respectivamente cada uno de por qué habían ido allí y para qué, al poco de alzar los manteles se fueron a pasear por el Retiro hasta que, cuando quisieron darse cuenta, habían ya cerrado las puertas y tuvieron que salir acaballándose en la verja. A ella se le rasgó un poco el traje largo y él le dijo que así no haría falta que se pusiera algo más informal porque ya estaba más en línea con la estética ye-ye.

No hubo tal, porque subieron por el empedrado de Recoletos hasta Colón, y allí él detuvo un coche de caballos y le dio todo el dinero que llevaba al cochero, diciéndole que no parara de dar vueltas hasta donde alcanzara el estipendio, y que pasara por las calles de mayor concurrencia, que quería que todo el mundo le viera con la mujer más guapa del mundo paseando en el landó.

Lo pasaron bien, rieron y estuvieron hasta bien entrada la noche conociendo los entresijos de su vida bohemia y el olor a historia de las calles, que no desdecía la presente jarana juvenil que tomaba la rúa. Octavio se ofreció a invitarla a tomar un chocolate, pero ella le dijo que con qué dinero iba a pagar, pues todo lo había dado en la carrera del tiro.

El tuno le dijo que eso caía de su cuenta y le hizo que le tomara el brazo, al bajarse del faetón. Cuando llegaron a la churrería le dijo a Claudia que hiciera el favor de aguardar un minuto afuera. Ella esperó, divertida, ciñéndose el poncho.

Le hizo una seña para que entrara y se tomaron un chocolate. A la hora más fría de la noche él se ofreció a acompañarla hasta su hotel. Ella tuvo mucha curiosidad por saber cómo se las había arreglado para no pagar.

-“Ha sido muy sencillo. Cuando he entrado antes que tú me he apostado con el camarero dos tazas de chocolate a que entraba en un minuto con la chica más guapa que había visto nunca”.

Ella sonrió nuevamente, aumentando la deuda que con el mundo y en particular con Madrid y con Octavio se hacía ya impagable. Él la acompañó al hotel y quedaron en verse al día siguiente.

Al finalizar la semana ella tenía que volver a Alicante, donde vivía con los padres, y él a Guetxo. Octavio hasta entonces había sido mediano en su capacidad para salir adelante, y no le iba mal. Pero en esa semana aprendió que el amor era lo único que le podría prestar valentía para dar un salto desde la mediocridad, desde su mundo gris a uno dorado. Con amor, no habría puerta que no pudiera atravesar ni montaña que no pudiera saltar con los pies juntos.

-“Eres la mujer de mi vida. En realidad, eres la mujer que todos los hombres quisieran tener en su vida. Pero si el Papa, que es Vicediós, pudo creer que tú

y yo éramos casados, quién no podría creerlo, fuera de mí que, aunque tanta dicha cupiera en mi vida, creo que no me lo llegaría a creer jamás. Pero, para no hacer prueba de tanto, si te parece empezamos por el principio y te digo que siento por ti lo que los latinos decían que lo vencía todo. Y que con un “sí”, podrá el Santo Padre volverse a Roma sabiendo que será canonizado, pues creo que la Iglesia sigue pidiendo la prueba de un milagro para el archivo de las causas de Santidad”.

-“El milagro es que haya un hombre como tú capaz de estar garlando seguido toda una vida. ¿Vas a venir a Alicante a verme?”

-“Si las mujeres de allí sois duras como el turrón tendré que pensarlo. Fíjate bien que no me has contestado”.

-“No me has preguntado nada todavía, perdido en tus circunloquios peregrinos”.

El amor fue el mismo, pero el marco de Madrid fue cambiado por otros encuadres, breves y provisionales, de fines de semana en Alicante, otros en Bilbao; los menos en la equidistante Zaragoza. En cada encuentro se iban aproximando los temas menores –laborales, residenciales- habiéndose entrelucido ya al principio que lo fundamental era que él formulara la pregunta que dejó como tácita, y ella la respondiera.

-“¿Tú crees que la Miss Dinamarca de este año querría casarse conmigo? Le dijo, al salir del cine, de ver una reposición de ‘*Carta de una desconocida*’”.

-“¿Por qué no se lo preguntas a ella?” contestó la bella.

-“Lo haré, y además estoy seguro de que no me hará falta estudiar danés para que me entienda”.

Cuando la bella fue coronada en Copenhage, de vuelta a casa, en el tren, Octavio tuvo la humorada de decirle que podrían casarse allí mismo, pues si un capitán de navío podía celebrar la liturgia con todas las fuerzas en esos casos precisas, igualmente había de poder el maquinista del tren. Ella le dio el sí *in ordo eclessiae* y tres semanas después, en una ceremonia sencilla con la familia más cercana, se casaron en Biarritz.

Octavio portaba las cartas credenciales para tomar posesión de su cargo en la embajada. Difirió un año la arribada a Caracas, para acompañar a Claudia en

sus compromisos como Miss y para su presentación al certamen de Miss Mundo.

Después de la gala planetaria, en que fue elegida como tercera, aunque con el voto particular de Octavio que era de esperar, tomaron un avión de Reikiavik a Caracas, vía Amsterdam y llevaron todos los muebles, tapices, baúles y demás objetos de decoración y vestuario de todos los viajes en el último año en pos de la coronación mundial que no fue, pero que bien podría haber caído de su lado, a una cómoda y espaciosa pieza colonial a cuatro vientos, con dos cuerpos de edificio unidos por una vereda empedrada y rodeada por una discreta verja que velaba la vista de los transeúntes al interior del recinto.

Devolvieron la vida a la que fue casa del Doctor Huertas, una leyenda en la independencia de su país, cuya vasta colección pictórica hacía imposible conocer el color de las paredes.

La casa colonial de dos plantas fue reformada al uso español, con predominancia de los grandes espacios en las estancias de recibir, con un amplio zaguán, sala de espera y despacho, oficinas y auditorio. Quedaban en la planta alta las habitaciones, y el edificio anexo era el destino de cocina y piezas de servicio.

La mujer del embajador demostró en todo y para todo su capacidad para dar un sentido y personalidad cálidos pero a la vez pragmáticos al conjunto de lo que había de ser casa para todo: trabajo, familia y quinta de recreo. Empleó recursos sencillos como los colores oscuros para el mobiliario y claros para la pintura de paredes y techos, iluminación discreta pero suficiente; paramento funcional, decoración no tan homogénea como para ser monotemática ni aburrida, ni tan abigarrada como para denotar impersonalidad, desorden, frivolidad o improvisación. En suma, era una casa que no desdecía en perfección, acierto o belleza de quien tanta parte de ello esgrimía en sí y a la vez era capaz de verterla en todo cuanto a su mano quedaba.

En los días previos a la celebración del primer aniversario del plácat diplomático, Claudia volvió del médico con una cestita: estaba embarazada de diez semanas. La alegría de la noticia trastornó a Don Octavio, que esa misma tarde se envinó con todos los hombres del cuerpo consular en los bares del barrio del malecón, donde vestidos de trapillo no fueron conocidos, y brindó hasta no quedarle resuello.

Gustó mucho el relato de Rojas, que no quiso revelar si se trataba de una historia verdadera o ficticia. Sólo dijo misteriosamente que pronto lo sabríamos.

Salimos unos minutos al porche a tomar aire y a fumar, con el pretexto de ver el cielo estrellado. Don Vicente se me acercó y me rogó que fuera el siguiente en tomar la palabra. Lo cierto es que no sabía qué contar y que me paraliza hablar en público. Y no era cuestión menor que Francesca estaba allí y eso aturdía aún más mi entendimiento y capacidad de enhebrar una sola idea ni de articular palabra alguna sin haberlo preparado antes. Pero fue precisamente Ella quien me insufló el aliento que me faltaba, con sus sencillas palabras de ánimo y su compleja mirada, que decía mucho más de lo que las mismas palabras podrían decir nunca. Creo que fue Ella quien me inspiró, pues dándome a la improvisación como mejor supe, dije lo siguiente:

“La Noche nunca pudo imaginar, cuando se tendió sobre su manto oscuro a recibirlo con dolores de madre nueva, que su hijo fuera tan hermoso. Le llamó Sueño y para protegerlo, lo encerró en una sima bajo la que discurría el suave y armonioso cauce de un río que le arrullaba con la música de su curso. Nunca antes de ser madre se había levantado y al hacerlo por vez primera y terciarse el negro manto, vio que junto a su contorno la luz escapó e iluminó el mundo, hasta entonces eternamente a oscuras.

Le extrañó seguir notando vida en su vientre, pese a haber dado a luz a su hijo, pero eso no impidió que al estirarse para ver a Sueño, todo oscureciera y ella le pudiera ver salir de la sima envuelto en su aura irreal.

Mil mundos ignotos, a la deriva entre nebulosas, estaban sujetos como alfileres, en forma de estrellas, a las alas de la Noche. Visible la luz de las constelaciones contra su fondo negro, algunas sin más existencia que su propio destello, apagado al primer fogonazo pero permaneciendo su eco de luz en las alas de la Noche. Y otras, latentes pero ocultas en sus pliegues, diluidas por la rueda del carro de Orión.

El mundo fue *ab initio* un único día. La Noche temió, en sus albores de madre primeriza, que los dioses cumplieran su terrible amenaza de apoderarse de su hijo y para sortearla decidió ocultarse al romper la claridad del día en la

profundidad de una recóndita sima. Al girar de la rueda y apartarse en su declinar el carro de Febo, ella estiraba sus alas cubriéndolo todo de oscuridad y entonces su hijo salía y dejaba el Mundo sumido en un profundo e inevitable sopor; al recogerse nuevamente a la prima luz, ambos se volvían a su apartada gruta, lavando el río Leteo cuyo lecho discurría bajo la misma, la memoria de sus enemigos.

Era así la Eternidad, la ausencia misma del tiempo, anegados sus propios mecanismos inexorables en su principio, no siendo posible a Cloto hilar, a Láquesis devanar la madeja ni a Átropos cortar el tejido de la vida. Era el mundo Señorío alterno del Día y la Noche únicos, que se daban paso sin dejar de ser siempre los mismos, haciendo girar la rueca sin seda.

No era al principio, como fue después, una sucesión de días en el que cada hombre podría vivir recordándolo siempre, aun un breve espacio cada uno de ellos, su día más importante, hasta su propio fin.

Ajenos al arcano primero del giro diurno continuo y consecutiva Noche, cuarenta hombres vivían con su Maestro. Consagraban los primeros pobladores su existencia a edificar sus casas primitivas, cuidar sus ganados y tierras, que les devolvían en aquella edad de oro todo lo necesario para sustentar sus vidas sin lucha, envidia ni rencor alguno. También a tañer los instrumentos que con sus manos tallaban en la madera, base primigenia de todos sus instrumentos e ingenios, y a competir en velocidad, habilidad y destreza, en pruebas atléticas en que, agrupados en dos bandos, luchaban por el honor de distinguirse a los ojos del Maestro por su esfuerzo.

Las ocupaciones de estos seres preadamíticos de la edad de oro eran únicamente recoger de la tierra y del mar el fruto que a manos llenas la Arcadia les ponía delante sin apenas esfuerzo; era ejercitarse en las pruebas de destreza, habilidad y fuerza lo que les permitía emplearse en su necesidad de luchar, de combatir, como esencia propia de todo ser vivo, escrita en la página de la vida de todas las personas. Las carreras en la arena, el lanzamiento de pesos, las pruebas de saltos desde las copas de las palmeras, arqueadas y sujetas con fuertes cuerdas que, al liberarse del tensor arrojaban a gran distancia y velocidad, dentro del mar, a los atletas; el tirar la barra, el sujetar el grueso y pesado tronco sobre los hombros, como Caupolicán; las partidas de ajedrez con piezas humanas.... Las Olimpiadas separaban a la

colonia en dos grupos, decidiéndose la victoria siempre en los pasos finales y habitualmente por escaso margen, en muchas ocasiones en la prueba final.

Tañían también los primeros pobladores sus instrumentos de música, y se proveían a sí mismos de los objetos y herramientas que les eran precisos en aquel su mundo sin preguntas, sin trances ni otras cuestiones que emplearse en aquello que hacían.

Se recreaban además escuchando las historias que les contaba el Maestro, a cubierto de todo mal, como aquellos felices que apuraron sus ingenios para solazarse durante diez jornadas mientras la peste assolaba Florencia.

Y así era que, al perderse la última luz en el horizonte del mar, de nuevo el Sueño se había enseñoreado de todos ellos, como cuando Hermes –heraldo de los dioses- lo sembró en el campamento de los griegos para que Príamo recogiera el cuerpo sin vida de Héctor.

Sólo uno entre los cuarenta permanecía desde el mismo amanecer al socaire de las brumas del sueño, sorteando el estado natural de placidez y alienidad de aquellas vidas, extrañas a toda inquietud y cuestión, fuera de las de sus ejercicios y ocupaciones ordinarias. A la zapa contra la línea imperativa de la vigilia, un agujón le había despertado más de una vez ya a la primera claridad del día, pero todo su empeño no era capaz a sustraerle en modo alguno a la inexorabilidad de la inconsciencia nocturna.

Había visto desleírse a Diana al esparcirse los blondos cabellos de la Aurora, rozándola en sus rosáceas y níveas mejillas y no supo ver una sola diferencia en el mismo amanecer del sempiterno día. La belleza misma no hace cuestión de por qué es bella; en esa Arcadia nadie se había preguntado si las cosas pudieran ser diferentes o mejores. Pero la iniciada trocha en pos de los saberes ocultos le empezaba a formular preguntas para las que dar una respuesta exigía observación, diligencia y osadía.

Con iguales movimientos a los ya observados en otros despertares, veía Aldo faenar al Maestro en su pequeña chalupa, tendiendo y recogiendo la red con presteza, inclinando el cuerpo ágil hacia adelante.

Pensó: “El nunca duerme” y era cierto: cuando todos se recogían él velaba. Al despertar, siempre estaba trasegando con sus redes y aparejos, podando los árboles o trabajando en su taller.



Reflexionó sobre qué sería el sueño, ese bálsamo para prevenir sinsabores, ese prestidigitador que dividía el devenir en parcelas, permitiendo empezar una de forma sucesiva a las anteriores. Esa tregua que el acaecer del tiempo ofrecía para almacenar la vida pasada. También para qué serviría, pues en la ascensión, en la cercanía a descubrir y avanzar en que se encontraba, era un velo, un escollo que le impedía seguir adelante, como una mano invisible que le detenía y le vetaba el paso.

Empezó a preguntarse mil cosas que nunca antes había siquiera pensado. Todas las preguntas habían empezado a asediarse poco antes, al entrar una tarde en la cabaña del Maestro –sin El saberlo- y ver aquellas figuras.

“¿Quién era en realidad el Maestro?” Trató de recordar hechos de su vida para poder hilvanar algo entendible, y pese a su esfuerzo sólo conseguía traerse a la mente conversaciones e imágenes sueltas, pero sin ser capaz de ordenar siquiera las más próximas. No hubiera podido decir, siquiera indiciariamente, cuál era su primer recuerdo. Y le pareció curioso que en ese momento y por vez primera, se lo preguntara. Nunca nadie habló sobre eso, tampoco el Maestro; no había para qué.

El mundo siempre había sido la medida de todos sus deseos, sin haber existido jamás espacio a la duda o la inquietud. Pero desde su descubrimiento había empezado a hacerse preguntas. Que por nuevas e insólitas, eran además extrañas, o de difícil o imposible respuesta. Pero entendería, a costa de cualquier esfuerzo, el por qué a tanta pregunta. Para ello empezaría a observar al Maestro; a tratar de no dormir durante toda una noche para ver qué ocurría y empezar a tomar el cabo por el que desentrañar todo aquel misterio que, quedando todo a oscuras, hacía que él y sus compañeros permanecieran estáticos, sin hablar ni moverse, y olvidando cómo llegaba la luz a la mañana siguiente.

Pero sobre cualquier otro pensamiento o hecho en que se ocupara su entendimiento, uno estaba a la cabecera de los demás, y era el que le inquietaba y el que le haría sentir en el centro de una revolución: la entrada a la cabaña del Maestro.

Era la hora tercera de la jornada en que empezaban a armar la chalana que había de servirles para la competición de remo. Cada uno de los bandos contendientes había, en su espacio de playa, acopiado el número de troncos

tratados con barniz tras haberlos descortezado y dejado secar al sol.

El Maestro les observaba desde la parte más alta del acantilado, mientras desbastaban y pulían las piezas y se encaminó al taller.

Hizo falta una gubia fina para marcar las tablas y Aldo se encaminó al taller del Maestro para pedírsela. Cuando llegó después de ascender por las traviesas de piedra que arrellanaban, espaciándose, el ascenso al claro desde el que se ganaba la cabaña en que estaban las herramientas oyó un tintineo en el interior. La puerta estaba abierta y se escuchaba la leve melodía de la maceta al clavetear contra la escarpa que hacía saltar las astillas.

Iba a franquear el umbral, pero la vista lateral de la puerta entreabierta le ofreció, de espaldas, al Maestro tallando una imagen de una altura y complejidad parecida a ellos. No lo esperaba y notó que se le cortaba el aliento. Sintió una desazón nueva y desconocida y se le agolpó la masa de la sangre en el rostro, en parecida proporción a como se le espesaba en las piernas al correr o en los brazos al levantar un gran peso.

Se inquietó y por vez primera la turbación le desazonó de su propósito, avergonzándose al pensar que el Maestro podría verle. Contuvo el aliento y casi podía escuchar los latidos rápidos y contundentes en el pecho cuando vio una figura de una medida parecida a un cuerpo humano, que en algo era diferente a él y a sus demás compañeros. En la madera que el Maestro trabajaba con delicadeza se adivinaba una forma de cabellos más largos, cintura más fina y pecho más prominente. El aspecto del rostro era más delicado, en particular los pómulos, y la mirada lánguida.

No entendía qué pudiera ser aquello, pero le impresionó hondamente verlo. En la isla nunca habían existido secretos ni infidencias. Se sintió invadido por una sensación extraña, como una desazón y una dificultad ascendente para respirar. No entró en el taller ni dijo nada al Maestro y se volvió sin la gubia. Procuró serenarse, aunque sin dejar de pensar en aquella talla de madera, mientras continuaba junto con sus compañeros en el entablado de la embarcación.

El ordinario de su vida, aparentemente no sufrió ningún cambio.

Un atardecer, desde un descubridor cercano a la cascada de agua vertical que la remansaba hasta conducirla por la garganta en un salto de espuma por entre

los riscos, hacia el mar, en el punto más alto de la isla, vio que cerca de la puesta de sol, el Maestro, cargando en sacos de márfaga algunas de las figuras como aquella que él le había visto esculpir, se adentraba en el mar, con rumbo desconocido. Le siguió con la vista hasta perder, como un eco que se apaga, la estela breve de su embarcación.

A una pregunta se arracimaban muchas más; una duda provocaba ciento. Una parte de sí mismo que desconocía poseer estaba poniendo en funcionamiento mecanismos que le inquietaban, pero de una manera muy extraña y diferente a lo que el común de su vivir le había acostumbrado. Quería llegar al fondo de la cuestión, como se quiere ganar en toda disciplina, por la lucha en sí misma, pero le acometió un sentimiento de culpabilidad que nunca él ni nadie en la isla había experimentado antes; allí donde no hubo jamás lugar a la inquietud, ni a la doblez, ni a la ocultación, cosas inexistentes e impensables, él había dado con todas en una, desde su hallazgo.

No se trataba de luchar y ganar; éste no era un desafío abierto, sino una invectiva de unas características especiales y distintas, que él no estaba seguro de que pudiera ser legítima. Tampoco encontraba la manera ni a quién comunicarlo: decírselo al Maestro sería tanto como reconocer la deslealtad de haberlo observado ocultamente; decírselo a Saúl, con quien más cosas compartía, podría inquietar profundamente a éste. Algo parecido al pecado, como peso de un mal propio, como la congoja que grita sin voz ni ruido pero que con un fuerte repicar se hace presente en la conciencia, le invadió. Y fue entonces cuando pensó que, para pasar adelante en sus indagaciones, debía permanecer atento, en especial al acabarse las luces del día.

En el realejo todos dormían, pero el calor del sol empezaba a acariciarles la piel y pronto despertarían. Creyó que no sería buena idea despertar a Saúl, pues podría contagiarle su alteración, y esperó más adelante. Tras levantarse, asearse y desayunar, mientras una parte del grupo paseaba por la floresta, se lo dijo:

-“Cuando estamos en el mismo bando, en las pruebas de fuerza o destreza, ganamos siempre. Y cuando estamos en grupos rivales, unas veces gana el tuyo y otras el mío”.

-“Lo sé. Estamos bastante parejos”.

-“¿Quién crees que es más fuerte y más hábil, tú o yo?”

-“No lo sé. La igualdad es tal que no se puede afirmar categóricamente que uno de los dos esté por encima del otro, aunque sí es cierto que siempre estamos un paso o dos por delante del resto”.

-“Creo que, al menos entre nosotros dos, deberíamos dilucidar quién debe llamarse primero entre iguales. Yo al menos, necesito saber quién de los dos es mejor”.

-“¿Y qué decidirá la cuestión si a cada nueva prueba, en cada esfuerzo nuevo podría ganar uno u otro?”

-“Es cierto que, a la larga, parece que en efecto continuaremos ganando un número parecido de veces cada uno. Por eso quiero proponerte una prueba que decida quién de los dos es el primero”.

-“Dime cuál es esa prueba y sometámonos ahora a ella, si te place”.

-“Yo puedo enseñarte algo que no has visto jamás”.

-“Tú mismo sabes que eso es imposible; si existiera lo sabríamos, no sólo yo sino todos. Esta tierra y todo lo que a ella se allega es conocida de todos por igual, sin existir recoveco que sea ajeno, no a mí, sino a ninguno de nosotros. Ni siquiera el Maestro....”.

-“Pues lo niegas, ¿te parece que si te llevo a donde has de ver lo que ni siquiera supones que existe harás, como vencido, aquello que yo te mande? Entendido que, si lo conocieras he de ser yo quien quede a tu merced y te reconozca como superior a mí”.

Se dieron la mano para aceptar el desafío. Que tal lo era sólo para Saúl, puesto que Aldo a las claras sabía de antemano del lado en que había de caer la victoria de aquel lance.

Al atardecer se dirigieron al punto más alto de la isla. Cuando vieron partir la embarcación del Maestro, Aldo le pidió a Saúl que descendieran por la vereda hasta llegar al taller de aquél, que estaba cerrado. Para sorpresa de Saúl, su amigo abrió con gran facilidad la puerta habiéndose industriado una pequeña herreta metálica para favorecer su propósito.

Al ver aquello, Saúl se quedó mudo, pues ni lo pensaba ni podía esperarlo.

-“Has ganado –exclamó- Realmente no hubiera podido pensar una forma de abrir esa puerta si no fuera con las llaves del Maestro”.

Estando tan próximos a lo que de verdad habría de causar auténtica sorpresa, Aldo no quiso responderle siquiera, aunque pensó que parte de su inocencia selvática se había esfumado en los últimos días, y lo veía al compararse con su acompañante.

Cuando pasaron el umbral de la cabaña el asombro de Saúl fue mucho mayor; casi tuvo que empujarlo, pues la sorpresa casi le paralizó, dejándolo tremante en el dintel. Aldo cerró la puerta para no ser vistos de nadie. Ambos podían escuchar su propia respiración. Un sentimiento compartido de culpabilidad y de vergüenza les inundó por vez primera; aunque el Maestro no se lo hubiera dicho, si quisiera que vieran aquello, Él mismo se lo habría enseñado. Aunque también pensaron cómo era posible que el Maestro pudiera ocultar o no explicarles algo, pues todo lo compartía con ellos.

La sala era espaciosa y clara, gracias a la luz de una claraboya alta que junto al techo había. La construcción era de piedra labrada y revestidas las paredes interiores por unos paneles cubiertos por placas de corcho en los que estaban colgados multitud de bocetos, dibujados en color rojo sobre un papel verde claro y amarillento. Figuras de personas parecidas a ellos, animales, objetos extraños con formas geométricas regulares.

Sobre la mesa, un gran rintero de papeles que no osaron tocar tampoco, pues su atrevimiento se había agotado en la mera contemplación de todo aquel microcosmos de objetos imposibles y desconocidos, tan lejos de lo que hasta entonces habían tenido noticia, como bedanos, gubias y estiques para modelar el barro y trabajar la piedra. Estaban perfectamente alineados y tal vez pesó también el miedo a ser descubiertos si apenas dejaran algo fuera del orden en que estaba colocado. Como las herramientas en un pequeño cubil, en bandejas ocultas en gavetas anchas que se deslizaban por debajo de la mesa de trabajo.

No cruzaron una sola palabra en el rato que pasaron allí, atenazados por el asombro y la incredulidad.

A un lado de la mesa había tres estatuas de madera de figuras parecidas a ellos, salvo en que eran algo menores de cuerpo, con la barbilla más fina, cintura más delgada y más torneadas, bajo los vestidos.

En tanto que en Aldo se renovaba y confirmaba el sentimiento de inquietud que había sentido al ver por vez primera al Maestro trabajando en las esculturas, a su vez en Saúl, tal y como le explicaría más tarde a su compañero, se iba forjando un sentimiento parecido.

Admiraron un breve espacio la belleza de los trazos de los vestidos, también diferentes a los suyos, pues cubrían en una sola pieza ambas piernas, con un largo brevemente por encima de la rodilla, a distinción de sus vestimentas, que eran de dos piezas, una destinada a vestir la parte superior a la cintura y otra la inferior a ella. Pero se embelesaron aún más todavía en los cabellos más largos de las imágenes y la firmeza de sus formas. Salieron, procurando dejarlo todo tal y como lo habían encontrado, cosa nada difícil pues el asombro y la novedad, unidos al temor a ser descubiertos, habían puesto coto a su atrevimiento.

-“He sido derrotado en la victoria o vencedor en la derrota, si lo prefieres – dijo Saúl, nada más salir del taller- Por ver las esculturas del Maestro hubiera aceptado perder cualquier envite. ¿Cómo tuviste noticia de esto? ¿Te lo contó el Maestro? ¿Quién es Él?”

Las leyes más elementales de la ciencia muestran que la respuesta de objetos iguales frente a determinada fuerza o estímulo es la misma. En los primeros albores de la vida así ocurrió también entre las personas, hechas en una misma alfarería y en lo esencial de sus inicios en el mundo, que vienen a sentir y a pensar en términos muy parecidos. Era normal que las preguntas, que los sentimientos que Aldo denotaba en Saúl fueran prácticamente idénticos a los que él había experimentado ante la misma situación, en los días anteriores.

Se empezaron a hacer preguntas, a las que ninguno podía responder. Lo que nunca sospecharon que podría existir, no sólo era real, sino que ellos eran la mejor prueba de ello. Descubrieron, cada uno en el rostro del otro, un genuino asombro que lejos de poner freno a sus inquietudes respectivas, fue una poderosa espuela para trazar un plan que les llevara a entender todo aquello.

Aldo explicó con el mayor detalle posible cómo había alcanzado aquel hallazgo. Se sorprendió a sí mismo, a la vez que sorprendía por la misma razón a su compañero, al verificar que era capaz de recordar, en forma discursiva, un devenir de acontecimientos que nunca había podido ordenar, ni

él ni nadie en aquella isla, y que el hallazgo o lo que fuera, le estaba prestando esa capacidad.

Saúl fue quien se ofreció con mayor denuedo y porfía a llevar adelante la clarificación a todo aquel misterio.

-“Precisamente –le contestó Aldo- ahí entra el cumplimiento de nuestra apuesta. Convendrás conmigo en que te he enseñado algo que no habías visto nunca”.

-“Exacto. Y ahora ¿qué debo hacer?”

De nada de cuanto trataron dieron cuenta a los otros; no por desconfianza, sino por ser tan nueva la situación que les estaba habilitando a ser diferentes a los demás a pasos agigantados que temían que pudiera entorpecer su resolución. Y serían mejores las decisiones que se tomaran por solo ellos dos que por muchos. Decidieron comportarse con aparente normalidad, tanto con los demás compañeros como con el Maestro. Observaron que durante el día el Maestro trabajaba desde primera hora y que mientras por las tardes todos se ejercitaban en sus quehaceres artísticos o deportivos, Él salía, quedándoles libre el paso puesto que estaban en la otra punta de la isla.

Saúl tenía un gran sentido de la orientación y era muy analítico y buen estratega. Bosquejó un plano de la isla y de los islotes adyacentes, trazándolo a la vista desde el punto más alto de la isla, y verificándolo con una medida, en los paseos que daba por su contorno. Estudió las corrientes durante los baños en el mar y sopesó la fuerza e intensidad del aire en cada parte de la ensenada, viendo que eran estables y regulares.

Una tarde, en la hora próxima al anochecer, se ocultaron tras un peñón, en la chalana. La habían construido a hurto de ojos indiscretos y la habían probado al remo y con una pequeña vela latina. Allí apostados, vieron salir al Maestro en su embarcación, como en las últimas tardes. Bogaba a medio aliento y llevaba cubierta la carga en sus acostumbrados sacos. A poco de rebasar el peñón, dio aire a la vela y recogió remos. Con rapidez, la embarcación se impulsó en la zona en que el agua, de azul cielo en las proximidades de la playa, perdidas sus últimas transparencias contra el fondo de arenas límpidas, era ya de color marino, de modo que Aldo y Saúl no alcanzaban ya a verle la

hélice bajo las aguas. Tras unos instantes, hicieron la misma maniobra, llegando de levante, a remo y alzando en el mismo punto que el Maestro la vela para seguirle, a una distancia en que podían observar sin ser vistos.

En el avance de la chalana después de más de diez millas de navegación, vieron cómo el cielo oscurecido iba quedando atrás y que el sol que les precedía en lo alto, arrojando luz en la dirección de su derrota, les avistó a dos tiros de jabalina una isla baja, coralina y de muy espesa vegetación. El Maestro tiró ancla y ellos, para no ser vistos viraron dando un gran rodeo hacia la parte de estribor, distanciándose lo suficiente para no perder la orientación y poder moverse ocultos.

El braceaje del mar sería de al menos veinte metros, a juzgar por su color cian intenso. Al aproximarse a la costa y pasar por el canalizo tuvieron que observar buen cuidado para no encallarse en los farallones y sirtes afilados que en parte sobresalían entre la espuma del mar. Junto a la costa, un cantil que arrancaba del fondo marino, sobresaliendo a la superficie, se escarpaba hasta formar un peñón desde el que se dominaba un extenso viso de mar. No pudieron entender cómo, en tan breve espacio, habían acompañado al sol, que navegaba por el cielo a la misma velocidad que ellos surcaban la estela de su reflejo en el mar.

Les asombró todo cuanto se puede encarecer lo que vieron al caminar hacia la playa en que había atracado el Maestro: formando un semicírculo con las figuras humanas parecidas a ellos, el Maestro las observaba con amor paterno. Después de mirarlas amorosamente un largo espacio, sopló hacia ellas y ocurrió algo que ellos dos, de no haber podido probar esa verdad por sí mismos, por verla con los ojos y casi tocarla con las manos, nunca se hubieran persuadido, habiendo añadido a su repertorio de nuevas y estrenadas sensaciones, la de la incredulidad. Y tal fue que, al soplar el Maestro, como despertando de un sueño, las cuarenta estatuas humanas cobraron vida. Las muchachas rodearon al Maestro y como a Padre, una a una le besaron. Él llamaba a cada una por su nombre.

Lo que vieron les pareció, pues lo era, un espectáculo de belleza inimaginable y de gracia inigualable. Como en el mito platónico, al desprenderse de las cadenas de su mundo limitado, y ver con la nueva claridad, entendieron el ideal de lo Bello, teniendo delante de sí a los propios sujetos de la belleza



real.

Transcurrido el día desde su defensa y llegado el atardecer, pese a que la velocidad a la que les asaltaban nuevas preguntas no daba espacio apenas a entender lo que sucedía, comprendieron que era imperativo para poder llegar al fondo de la cuestión, seguir al Maestro, al ver que éste se despedía de las mujeres y se disponía a arriar su embarcación, a riesgo de ser descubiertos. Para arrostrar la curiosidad, hubieran querido estar atados a la arboladura de su balandro, como Ulises para no enloquecer por el canto de las sirenas y poder salir de allí. Pero no había otro remedio para no ser descubiertos sino marchar.

El Maestro se despidió de las mujeres y ellos empezaron a caminar deprisa, por la trocha, hacia su nave. Procurando guardar distancia parecida a la de la ida, fueron remando alternativamente y sin desgaste hasta llegar a su isla, con las primeras claridades del día, viendo bien de entrar en parte en que no pudieran ser vistos de nadie, esconder la embarcación y fingirse dormidos junto a los demás compañeros.

Esa y otras noches fueron extrañas para ellos. No podían dormir. Conversaban, sacando con cada pregunta un racimo de otras nuevas, todas ellas sin respuesta y con un halo de firme inquietud. Trataron de pasar toda una noche sin dormir, para ir desentrañando en algo el dédalo de misterios en que estaba viniendo a ser todo, pero descubrieron que la noche no se acabaría jamás, ni el día podría empezar, mientras todo –también ellos- cayera en el sueño. Nunca pudieron saber que todo era un mismo y único día, sobre cuyo eje giraba la vida de todos, y que precisamente por eso eran eternos, pues el tiempo todavía no había trazado una espiral capaz de engullir las cosas humanas. Era necesario que durmieran para que empezara de nuevo el mismo día, sin que ellos lo pudieran saber. Era un día único y eterno. Eternamente repetido.

Después de cenar conversaban con el Maestro. Empezó a decirles cosas que apenas entendían:

Las antiguas historias de hombres que les explicaba el Maestro dieron lugar a otras, con carga moral.

Les contó cómo los hombres habían, en sus sueños, levantado las pirámides:

en un descuello se habían labrado las piedras, y se había cavado alrededor del lugar en donde se pensaban alzar éstas, de modo que se descolgaban las piedras desde la altura, por una suave pendiente de arena, acomodándose desde la parte alta sobre la base de las que se asentaban en el suelo previamente excavado, pues levantarlas por su peso hubiera sido imposible por ninguna fuerza humana.

-“Maestro, ¿todas esas historias son de cosas inventadas por ti o han ocurrido en realidad?” dijo Aldo.

-“Mira delante de ti, al horizonte. ¿Eres capaz de separar como su línea, qué es cielo y qué es mar? Las cosas que deben existir han existido siempre porque alguien las ha pensado. Pensar algo convierte en real a las cosas, que tienen vida desde ese momento”.

-“Entonces, lo que nos explicas ¿ha pasado ya o pasará?”

-“Sólo depende de vosotros. Podéis saber o podéis vivir. Saber exige moverse hacia algo, y moverse es separarse a su vez de un sitio para acercarse a otro. Esta isla es vuestra vida y yo soy vuestro Padre. Mientras estéis aquí abriréis los ojos al amanecer y los velaréis, para descansar en la misma noche. Y todo será así. Pero si ambicionáis ir más allá de las fronteras de lo que os pertenece, el tiempo empezará, y al abrir los ojos después de esa noche oscura tendréis miedo y la vida se acabará, porque el tiempo os resbalará entre los dedos”.

-“¿De dónde vengo, Maestro?”

-“En la noche sueño con vosotros y por el día, de los árboles que planté con mis manos, los que me dan el fruto necesario para alimentarme, los que me abrigan del frío de la noche o del calor del día, hice un sacrificio cortándolos para hacer de sus troncos, con mi trabajo, a vosotros. Quiero a mi bosque, que sois vosotros”.

Aldo y Saúl le dijeron al Maestro que le habían seguido porque necesitaban saber quiénes eran ellos y quiénes aquellas figuras que se les parecían. Ni una sola línea del rostro del Maestro se descompuso. Miró al horizonte, alisó la arena próxima a su mano y mirándoles, con una leve sonrisa les dijo:

-“Son mujeres”.

-“¿Qué es una mujer, Maestro?”

El Maestro, sentado en la arena, cruzó las piernas y les explicó la siguiente historia:

“Yo estaba solo y salía cada día al mar. Plantaba los árboles, cuidaba las plantas. Vi que los árboles servían para hacer barcas y hacerse al mar. Pero que de un árbol se podían hacer hombres y mujeres, dos partes de un todo pudiendo dejar una en cada isla. Vosotros, Aldo y Saúl quisisteis saber más allá. Volver a unir las dos partes que una vez fueron una en el árbol podría ser el fin de todo lo que veis, y el principio del tiempo. Cada árbol tiene espacio para plantarse en un trozo de tierra y nada le tiene que faltar, ni agua, ni cuidados. Pero si un árbol ansía apoderarse de la tierra, del agua, de la flor o del fruto de otro, el rayo caerá como una maldición sobre todo el bosque.

De cada uno de los troncos que corté, hice dos partes; una eres tú, hombre, y de la otra hice una mujer. Así que el fruto del bosque que soñé y que con tanto esmero he cuidado, sois vosotros y cuarenta mujeres”.

-“¿Y dónde están las mujeres?”

-“El mundo tiene dos islas, en realidad muy cercanas entre sí. El sol y la noche se alternan, y cuando aquí es de día, en la isla de las mujeres es de noche. Primero pensé en mantener los mundos de forma independiente, pero hay una fuerza que hace volver a las cosas a su origen; el agua acaba volviendo al mar, la tierra a la tierra y el aire al aire”.

-“Maestro, nosotros dos te seguimos y queremos saber cuál es la mitad del árbol de la que nos separaste”.

-“Es justo. Hice el mundo sabiendo que las olas se acercan a la orilla, pero que nada puede impedir que vuelvan al mar. Al atardecer nos haremos al mar y os diré cuál es la parte del tronco de la que os aparté a cada uno de vosotros”.

El Sueño volvió a caer en el realejo de los hombres, y les anticipó imágenes y momentos que vivirían como nuevos en su periplo. El sentimiento de pertenencia se estaba fraguando con rapidez. El amor por el conocimiento del propio origen azuzaba el entendimiento de los hombres.

En tanto que éstos dormían, el Maestro cruzó, pensativo y melancólico, el

golfo de mar que separaba a la otra parte del mundo. Con las mujeres se produjo parecido coloquio, mostrándose ellas también curiosas por saber sobre sí mismas y sobre los hombres, y en igual modo queriendo ver a la parte restante del árbol al que habían pertenecido.

La expedición de los cuarenta hombres zarpó con la luz de la tarde asordinandose sobre el horizonte. Arribaron a la costa y completaron los últimos metros caminando por el brazo de mar bajo.

No les hizo falta que el Maestro dijera qué parte se había disgregado de cada tronco, porque el instinto guiaba bien y con claridad a una llave hacia un candado y a éste únicamente a aquélla. Fue el gran despertar de la curiosidad, una sensación dulce y cálida de vuelta al propio ser, de encontrarse las partes de un todo, en cada uno de los árboles, esto es, de cada hombre y cada mujer. Al Maestro le plugo la alegría de ver a su bosque unido de nuevo en cada árbol.

-“Como cada árbol necesita tierra, sol y agua para vivir, todos tendréis la vuestra para poder, como siempre, crecer y desarrollaros. Pero recordad bien lo que os voy a decir y es que si ambicionáis lo ajeno, seréis como árbol que quiere extender sus ramas para apartar al árbol cercano para derribarlo, o alongar sus raíces para privar al próximo de lo que le es necesario para sustentarse. No lo hagáis, no queráis la vida de vuestro hermano o caeréis heridos por el rayo y os confundiré, apartados como en la condena primera y os arrojaré allá donde el tiempo diluye la vida, confundiéndoos y haciéndoos acostar con vuestra hermana, no con vuestra propia carne”.

Acataron todas las palabras del Maestro, dando su parecer de respetar, con grandes muestras de alegría y agradecimiento, aquello que se les daba tanto como aquello que se entregaba a sus hermanos.

-“El hombre, impulsado por su propia estupidez, camina hacia la perdición. Es muy importante, hijos, que lo entendáis. Algún día no estaré con vosotros. Es imperativo que seáis valientes. La fortuna sólo estará con vosotros si lo sois”.

El Maestro les dio tierra bastante a cada uno para fundar su hogar como quisieran. Pero al amanecer, en vez de subirse a su chalupa escribió el Destino

de cada hombre y mujer en una piedra, y la puso boca abajo.

La vida fue floreciente en la Arcadia. La tierra les daba a manos llenas cuanto necesitaban para vivir; sus entrañas producían con apenas esfuerzo todo aquello que proveía a su existencia. La concordia entre todos no hallaba obstáculo y las pruebas de fuerza, velocidad y destreza continuaron celebrándose, individualmente y por equipos. El Maestro se sentaba con agrado, en el atardecer de aquella Edad de Oro, para ver a sus hijos solazarse en el mundo que él había creado para ellos.

Por la anchurosa alfombra de arena blanca que se adentraba, serpenteando en el mar, para luego girar sobre sí misma, paseaban sus rebaños, que con paso manso y lento se dispersaban y volvían a juntarse, mordisqueando los brotes verdes, las pequeñas ramas silvestres y los frutos liláceos que orillaban el camino adonde quedaban, sin cerca ni vallado, pues allí la vida era ajena a todo peligro o inquietud.

De transparentes que eran las aguas y celeste su fondo, se hubiera dicho de la ensenada, que no había horizonte que dividiera cielo y mar, siendo todo en uno. El paseo estaba pronto a acabar atravesando el arroyuelo cristalino, cuyas aguas desbordaban a pequeñas gotas como de rocío los márgenes, como deslizándose por la hierba asilvestrada y densa. En el risco, ya mediada la tarde, viendo el promontorio a lo lejos, se quedaban perezosas las últimas aves del paraíso.

Pero la semilla de la ambición, latente en el ser humano, llegó a crecer en algunos hombres y mujeres, que al compararse con otros entendieron como injusto que tuvieran mejor casa, o más hermosa mujer, o fueran más fuertes. Y se quejaron al Maestro.

El les dijo que la fuerza y capacidad de cada hombre y de cada mujer estaba por igual en cada uno de ellos, y les recordó que debían poner como límite a su deseo lo que era de cada uno de sus hermanos, no debiendo ambicionar lo que Él había entregado a otro.

-“¿Soy yo acaso de peor condición que mi hermano para que a él le hayas dado mujer más hermosa y prado más soleado donde edificar su casa? Te exijo que me entregues su mujer y su casa o yo mismo lo tomaré de mi mano”.

Le dijo uno de los hombres.

El Maestro, con voz firme le ordenó que pidiera perdón a los demás. Pero algunos de ellos dijeron que aquél tenía razón en lo que decía y hubo quien, no pareciéndole bastante lo propio, trató, no ya de cambiar lo suyo, sino de apropiarse de lo ajeno sin perder lo que ya tenía.

Algunos hombres rodearon al Maestro y lo zarandearon. Bastó que Él, *ab irato*, alzara un dedo y todos aquellos hombres quedaron postrados en el suelo.

-“Estáis malditos y debéis abandonar esta tierra prometida que era vuestra. Ambición y cobardía os han perdido. Teníais cuanto es preciso para vivir pero quererlo todo os ha perdido. Os maldigo y a partir de ahora caeréis a la tierra, en la que os arrastraréis. Perderéis cuanto aquí es vuestro. Os acostaréis con vuestras hermanas y no encontraréis a vuestra mujer. Sufriréis para sacar adelante a vuestra familia; os confundiré y viviréis entre el dolor y los trabajos. Sólo el amor y la fe de las que habéis abjurado podrán redimiros”.

La cólera aterró a todos aquellos hombres y mujeres, a los que de nada sirvió avergonzarse ya. Lloraron al perder lo que habían despreciado y tan poco les había parecido como para ambicionar lo de sus hermanos.

Y esa vez, al oscurecer, la Noche se tendió y con dolor del parto que le había dado a luz a su hijo Sueño, parió a su gemelo, la Muerte, que hasta entonces había quedado en sus entrañas.

El Maestro les dijo que a la mañana siguiente les expulsaría del paraíso terrenal, por haber incumplido su orden y les arrojaría, confundidos entre sí como a los granos de arena de la playa, y vueltos sin memoria y con la huella de dolor en su ser, a la Tierra. Los árboles que se habían reencontrado en la isla, volverían de nuevo a separarse y se barajarían con dolor y sufrimiento, siendo el castigo de la desobediencia acostarse el hermano con la hermana, y no con la mitad del árbol del que el Maestro les había hecho.

La vergüenza se pintó en todos los rostros, no hubo hombre o mujer que no sintiera como propia su ignominia y la de toda su especie. La confusión, el desorden y el caos, junto con el tiempo, iban a empezar al caer las almas como semillas en tierra hostil. La ambición y el pecado les habían condenado a un

castigo divino: el de saber que nunca volverían a encontrarse cada una de las partes de cada uno de los árboles, siendo esto principio de todo mal y discordia. Estarían con la mujer de alguno de sus hermanos, y uno de sus hermanos, sin saberlo, estaría con la propia mujer. No lo recordarían después, pero fueron castigados a un adulterio que sólo dejaría un poso de dolor que arrastrarían hasta el último aliento de sus vidas.

No eran ángeles, su libertad no les permitió serlo. Toda libertad lleva aparejados necesariamente errores. Los hombres fallaron al Señor y les hubiera bastado obedecer.

Aldo y Nara, como tantos otros, no habían pecado, pero fueron arrastrados como los demás. Al volver de un largo paseo, ignorantes de la cólera del Maestro por haberle uno de los hombres levantado la mano, no vieron a nadie: todos se habían ocultado por la vergüenza. Flotaba en el paraíso un regusto de desolación, de pérdida de todo por una maldición milenaria y eterna.

Al saberlo, en su última tarde grabaron sus nombres en un árbol del paraíso, en el jardín de la casa en la que vivían. Se comportaron como si el amor que se tenían pudiera redimirles, en la Tierra o en cualquier lugar, y les permitiera reencontrarse. Aldo estuvo tejiendo una corona de myrthos que puso sobre la hermosa cabeza de Nara. La estatua que un día fue madera en manos del Maestro ahora estaba en las suyas por última vez; la madera con la madera se encontraba y confundía, sus ojos en los ojos de ella, cada uno dentro del otro, traspasándose el cuerpo y toda la esencia, perdiendo la misma conciencia de pertenencia que desaparece cuando todo es uno. Uno no se pertenecería nunca a sí mismo. De un solo árbol salieron y a uno solo volvían, como los demás. Como la mariposa que vive en el fuego y muere cuando se aparta de él; o la dríade a la que le dura la vida lo que al árbol al que está unida. Fue el primer sentimiento humano de dolor, de abatimiento y separación, pero lo aceptaron como imposición del Maestro y le dieron gracias, rezándole, por la merced del tiempo que estuvieron juntos.

Esperanzados en volver a encontrarse y redimirse por el amor que se tenían, se hicieron una arpadura breve, en la muñeca izquierda, con un estilete, como señal por si se encontraban en el destierro. Al unir las manos, en su misma cuenca una marca tocaba a la otra. Y en el alma llevaban otra marca más profunda, la que creían que les guiaría, en medio de la confusión y les llevaría

a encontrarse de nuevo, redimiéndose de un castigo por otros.

Habían pasado allí su primera noche y allí pasarían la última, en el mismo paraíso. Después el tiempo les separaría hasta la vuelta a la eternidad; la memoria haría que no pudieran recordar nada. Cenaron en una noche sin luna, el cielo del Paraíso sólo tenía nebulosas de estrellas. Caerían en la confusión con todos los demás mortales y se perderían en la noche del tiempo, del olvido. El Señor dijo que haría caer el sueño sobre todos ellos y que los confundiría, desposeyéndoles de la memoria.

El Sueño les venció, abrazados, mirándose a los ojos. Él le miró a los ojos verdes entrándose hasta su último fondo, su cabello castaño y crespo rozado sus pestañas. Su sonrisa de amor que se va, infinito pero en fuga justo acabado de nacer. Juró que la encontraría, aunque tuviera que hacer saltar los últimos resortes de la historia, de la ciencia; en cualquier parte, tiempo y lugar. Y le quedó a fuego el dibujo de su silueta en todo el ser, se durmió con los ojos abiertos, abandonado en los de ella y cerrando fuerte las manos en sus manos, enlazando los dedos y entregándole el alma en el último beso.

El Sueño, como en cada oscurecer, tuvo más fuerza que el propósito de ellos por vencerlo. Y la madre de aquél, la Noche, cubrió con su manto la isla, por última vez para todos ellos. El río Leteo, que por debajo de ellos pasaba, les lavó la memoria de tal modo que olvidaron todo aquello que vivieron y el mismo pacto con el Maestro. El Sueño y la Muerte, hijos de la Noche, les siguieron en su descenso a la Tierra, sin el peso de la memoria, sólo con una huella indeleble en su entendimiento: la capacidad de comprender que hubo algo anterior, una fuerza previa a ellos, un soplo que los habría creado, a ellos y ellas, de barro o madera, y que de poco serviría engreírse negando una existencia Superior, única explicación universal de todos los misterios de la vida.

\*\*\*\*\*

No era capaz de recordar cuándo había empezado a llover. La tarde había sido tomada completamente por líneas envolventes de agua, volcándose al suelo desde jarros oscuros, deslizándose por los aleros de los tejados y anegando el asfalto como a Venecia.



“¿Cuánto llevaba andando así: horas, días?” Al detenerse bajo la marquesina del ferrocarril tomó conciencia de la humedad de la piel bajo el traje negro, de los zapatos que le pesaban en los pies y del frío en la punta de los dedos. Notó un dolor agudo como un desgarró en el costado y un frío rápido le hizo volverse. Y fue entonces cuando la vio, a una distancia en que era posible distinguir apenas el color de sus ojos sin maquillar, expresión incolora bajo el poncho de mangas ribeteadas en rojo, el pelo suavizado, lacios sus rizos por el agua. La desorientación le llegó a dentro, le tocó a fondo y le hizo perder pie en una realidad que le jugaba a disfrazarse de apariencia de no llegar a serlo nunca.

El único tiempo posible era el clima; quiso saber la hora pero no encontró su reloj. Vio desnuda su muñeca y se sintió también desnudo él, desamparado al no poder tender un puente de vuelta a la realidad de la que se notaba distanciado.

Le desconcertó que personas sin rostro casi le atravesaran, pasando sin verle, hablando a susurros y con la barbilla pegada al pecho. Quiso, nuevamente saber qué hora sería pero pronto vio que el agua había disuelto los relojes, como en un cuadro de Dalí; un tañido grave, monótono y seco ahogó durante ¿minutos? el repiqueteo de la lluvia contra los cristales. La fachada de la estación tenía el reloj con la esfera vuelta hacia dentro y sólo pudo verle las entrañas, los engranajes dentados, las ruedas bieladas y las áncoras en estribo como si el tiempo se hubiera dado la vuelta, y se le viniera encima de espaldas.

Con su capacidad de análisis en fuga, y transido por una sensación pujante de irrealidad, olvidando que la lluvia continuaba su obra, quiso seguir adelante. Fue entonces cuando supo que ella no podía estar allí porque sí, pero estaba. Y estaba demasiado cerca, a la distancia justa en que un paso solo puede darse, si se da con los pies, hacia atrás.

En esa calle sin nombre, de esa ciudad sin pasado ni historia, donde toda ley física había perdido su inexorabilidad, Eva, así le dijo que se llamaba, se colgó de su brazo y como si fueran viejos conocidos le pidió que pasearan juntos.

La música no es más que un corchete que sujeta una melodía, -lo real, lo seguro- a la percepción de lo que queríamos creer que fue, de modo que al

romper de las primeras notas se humedecen los ojos, se ensancha el alma o se entrecorta la respiración. Podrá vivir en otro mundo o no haber existido nunca el cuerpo que abrazamos al escuchar, juntos por última vez, aquella canción; pero la certeza de que fue posible, del dolor o de la dicha antiguos se hace presente al iniciar el agudo del violín que arrancan manos expertas. La canción pedía un imposible para alguno de los dos; de no haber sido así, el tiempo, que no había existido nunca, fue inventado justo en el momento en que él la abandonó, para permitirle ver las cosas con distancia.

Ellos no podrían bailar esa canción, podrían entregarse a las evoluciones de la música, fingir haber vivido bajo su palio y representarse a sí mismos. Pero faltaba poco para empezar la vida: es razonable pensar que siempre ha habido un tiempo anterior –y posterior- a cualquiera, como lo es pensar que siempre hay un espacio más allá de cualquier objeto o lugar. Pero estos planteamientos exceden la capacidad de entender que con un soplo recibimos un día y por tanto lo único sensato es persuadirse de que la vida empieza cada día, a cada instante.

Y esa mañana estaba todo por hacer. El mundo olía a recién creado. Todos los pintores renacentistas se empeñaron en recrear el primer día con reflejo de sol, más estar allí hubiera empañado sus lienzos.

Y esa fue la última noche eterna, porque después se puso en marcha el tiempo, ese reloj de tres agujas que no devolvería nunca más al inicio, al día primero, sino que llevaría a hombre y mujer camino de la muerte y del fin.

Ese fue el principio que Adán dejó escrito y creyó cierto que fuera así, porque no recordaba lo que hubo antes, ni siquiera su nombre”.

Al finalizar mi relato todos permanecimos unos minutos en silencio, creyendo ser posible tal vez, como hipótesis, que el origen de nuestras propias vidas pudiera ser otro que el que pensábamos.

Era el turno de un escritor, y fue Ginés de Abreda, considerado entre nosotros por uno de los más amenos por su forma de escribir, quien no se hizo de rogar, diciendo:

-Voy a contarles una historia que mi Abuelo nos explicaba a mi hermano y a mí en noches mágicas, como la de hoy.

Probablemente no fuera más que un recurso para dar autenticidad a lo que tal vez no fuera más que un ejercicio de su imaginación. En cualquier caso, dio principio a su relato así:

“En el fuego de la chimenea hay un caldero de cobre dorado, algo ennegrecido en los remaches claveteados. Con el cazo el Abuelo remueve el contenido, que desprende un aroma a ron, naranja y café, recoge y vierte despacio de nuevo el líquido azulado, que empieza a flamear en su superficie.

Contenemos la respiración, nuestra ilusión infantil nos mantiene en suspenso. El hombretón retira la vasija del calor, llena despacio una jícara de barro y pone a nuestro alcance dos vasos de leche humeantes. Sabemos que habrá que esperar a probar el cremat pero nuestra curiosidad de niños aguarda ajena a esto las palabras del Abuelo.

-“Yo nací en Cádiz pero estuve unos años en México, ¿lo sabíais?” –empezó, como en todos los relatos que nos refería-

-“Síiii!”. Nos hacía un gesto para que nosotros también empezáramos... a beber la leche.

Habíamos oído cien veces, mil, la razón de su periplo, con todas las aventuras tocantes a ello, pero quisimos saber por qué. Mi hermano le dijo que nos contara la historia de la princesa Maya, la que le daba tanto miedo, para que así después permaneciera con nosotros en la habitación hasta que nos durmiéramos.

-“En nuestra familia fuimos siempre artistas” –acompañaba de una ligera reverencia esta última palabra- “Nuestro deber era que los niños, aun en medio de grandes dificultades, fueran felices. Representábamos comedias y hacíamos también actuaciones musicales, malabarismos y circo. Nuestros poderes mágicos habían pasado una larga línea de generaciones, mejorando en cada sucesión”.

“Mis padres dijeron que, estando a punto de nacer, susurré a mi madre embarazada que quería nacer esa noche, y que lo hice en mitad de una función, con muchos testigos que podrían probarlo. Muchos pensaron que era un truco, algunos pensaban que el vientre de parturienta de mi madre era un artificio, pero cierto que en toda la carpa pudo oírse con claridad que les pedí que me sacaran de allí dentro y que ese mismo día –el de San Mariano- yo vería la luz

y me llamaría así”.

“Fuera por lo que fuese, tan cierto es que nací esa noche como que fui famoso desde mi nacimiento, corriéndose la voz de que yo superaría con creces a mis mayores en mi carrera artística, poseedor de unos dones nunca vistos y para asombro del mundo, a cuyos oídos llegó con gran rapidez el detalle en que vino a acompañarme el acaso en el momento de mi natalicio.

Así las cosas, sin saber cómo todo esto se supo en todas partes, ofreciendo todos los Alcaldes y hombres principales de España e incluso de reinos lejanos, grandes dádivas y riquezas a nuestra compañía sólo a cambio de establecer nuestros reales unos pocos días en sus campos. No faltó quien quiso tentarnos mandándonos una embajada con maestros de obra y arquitectos que nos pusieron delante proyectos de construcción de un teatro que sería nuestro, y de un edificio donde vivir de forma permanente.

Pero mi familia se debía a su profesión de procurar la felicidad de los niños, y es por eso que, un suceso del que tuvimos conocimiento en los primeros años de mi vida, hizo cambiar toda la historia de la familia. Recibimos un telegrama de tierras muy lejanas, al otro lado del Atlántico, en el que se nos suplicaba que, por bien de la vida de una niña con pocos años, partiéramos de inmediato a tierras sudamericanas. La hija de unos reyes descendientes de los Mayas –vuestra abuela- estaba en trance de morir, irremisiblemente, y sus padres ofrecían dar todos sus tesoros a quien consiguiera hacer sonreír a la niña.

No hace falta que os diga que sin pensarlo dos veces mis padres envolvieron sus arreos y pertrechos, y cargaron baúles en ‘El Coselete’, el mejor barco fondeado en la bahía de Cádiz y de allí partimos ese mismo día”.

-“¿Qué te dijo la tía cuando te vio? ¿Se enamoró enseguida de ti?”

Mi Abuelo, antes de contestar nos recomendó paciencia extendiendo los dedos hacia nosotros; llenó de nuevo su vasija y perdida la vista en el recuerdo, después de tomar un sorbo del cremat, prosiguió:

“Nadie puede enamorarse de alguien que no sea capaz de hacerle sonreír. En el momento de nuestra llegada, la princesa no podía sonreír a nadie, su cara estaba rígida y triste. Junto a ella, en su habitación, inútilmente médicos y chamanes querían arrancarle un gesto, una palabra. Ni siquiera hubo quien

podiera hacerla volver de su mirada perdida en un punto ilocalizable.

En la Corte todos estaban entristecidos y cabizbajos. Su madre, la reina, llevaba muchos días en cama, casi en un trance de salud peor. Su padre, determinado y valiente como cumple a rey, pero desconsolado como toca a padre nos hizo pasar rápido y ordenó salir a todas las demás personas de su séquito, excepto a su chambelán”.

Contó cómo la princesa había caído en un estado de melancolía al que era imposible encontrar una causa.

“Mientras los mayores trataban de sus negocios yo, que era niño poco dado a permanecer en una reunión de tanta ceremonia, salí al descuido y me oculté detrás de unas cortinas de rico damasco, con cuidada labor de oro y piedras preciosas y ribetes al uso de aquellos imperios. Como ya era todo un caballero, iba con mi ropilla y jubón y una capita que mi madre misma me había cortado, junto con mi puñal de madera al cinto y botas altas de montar a caballo. Me paseaba gallardo por aquellos amplios corredores, hasta que me acodé en un pretil de piedra desde el que podía ver un hermoso jardín rectangular, primorosamente cuidado. En mi arrobamiento por toda aquella novedad, vi a la princesa tal como la habían descrito sus padres: seria, alelada y como ausente, una niña morena, de unos seis años, la línea de los ojos algo estirada, labios finos juntos y sin expresión alguna, la mirada olvidada de sí. Quise incorporarme un poco más para poder verla enteramente, y al impulsarme hacia adelante, perdí pies en el palenque que me había mantenido alzado y supe que no había remedio a mi caída, pues instintivamente traté de aferrarme con las manos a algún saledizo de la pared pero ya era tarde. Por fortuna el hebijón de la bota se trabó con las grandes cortinas de terciopelo, lo suficiente como para no dejarme caer a tierra en un primer impulso, pero sí propiciar un balanceo lateral que me hizo aterrizar, salvando el hueco de su gran ventanal, contra un riquísimo tapiz de la habitación de la princesa. Todo fue muy rápido pero el estrépito atrajo a todas las personas de la casa. Me sentí avergonzado pero noté a mi alrededor una gran alegría: la princesa no paraba de reír y las demás personas estaban como en medio de una gran función de las que representábamos en España. Antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba pasando, mis padres y los reyes habían traspasado también el umbral de la habitación. Mi padre, con rostro grave y de expectación, al principio,

enseguida empezó a reír como todos. En mi caída, mi cabeza había traspasado el tapiz de la habitación de la princesa, quedando mi rostro a la altura de un fiero tigre. Debéis saber que en esa época solía llevar siempre mi nariz de payaso puesta... como fue también ese día.

Sed curiosos hijos, buscad. La vida está en los detalles, en un recoveco en el que apenas cabe una sandalia podría ocultarse un mundo”.

Ni mi hermano ni yo supimos bien entonces, que aquellas palabras, tan repetidas por el Abuelo, iban a trazar las líneas maestras de una parte muy importante de nuestra vida.

Fue la última narración de la noche.

Era ya tarde cuando nos retiramos a nuestras habitaciones.

Recordé subiendo las escaleras que Francesca no podría entrar en su habitación porque Rodrigo había insertado una llave por la parte interior de la cerradura. Tras avisarlo y haciéndonos de nuevas nos dijo que sólo podría acceder a su habitación desde la mía.

Francesca no pareció sorprenderse y con toda naturalidad entró en mi cuarto, sin mostrar extrañeza, como si hubiera sido Ella y no yo quien había maquinado que tuviera que acceder a su habitación desde la mía.

-Es curioso que tu habitación tuvo que pertenecer a una mujer y la mía a un hombre –dijo-

-¿Cómo lo sabes?

-La pintura nunca lograría disimular del todo el leve deterioro de la pared producido por el calor de la plancha. Además, la hornacina descubre la perforación que hubo en esa pared de esta habitación hacia la contigua en la que estaba, por la proximidad al caño, la lavandería. Por otra parte, en mi cuarto tuvo que dormir un hombre porque el marco de la puerta está a más altura que el de esta habitación. En el techo hay una trampilla que probablemente conduzca a un desván, cuyo uso si fuera para acarrear sacos o cosa de peso sería más propio de un hombre y si fuera para ejercicio de aventuras galantes como escapar a visitar a alguna paloma de algún poblado vecino, tal vez para la época mucho más, ¿no?

-Me sorprendes muchísimo. Pero podrías hacerlo aún más.

-Tú me has sorprendido también con tu relato. Me ha parecido precioso.

-¿Sabes? No conozco ni había pensado nunca en la historia que he contado. Ni yo mismo entiendo cómo me puede haber acudido a la mente la inspiración para abordarla. Si te digo algo probablemente me creerás un loco...

-Pruébalo.

-Creo que no hubiera podido contar el relato si Tú no me hubieras dicho que lo hiciera, si no me hubieras alentado. En realidad, tengo una impresión muy extraña, como si a la vez que me lo decías me hubieras dado un librito en el que estaba escrita la historia y que únicamente yo debía leerla.

Me miró a los ojos de una forma suave, pero como mirándose en las mayores simas y profundidades, como si me leyera el pensamiento.

Charlamos sobre el Destino, sobre si podía ser cierto que los sucesos de nuestra vida estuvieran escritos en un libro o si sería mejor que no, que fuéramos nosotros quienes pudiéramos ser dueños de andar por uno u otro camino.

Estaba bien adelantada la noche cuando le franqueé la puerta parda girando el llavín. Me despedí de Ella haciendo algo que no había hecho antes: dándole un beso de buenas noches en la mejilla.

-Debo confesarte algo que me avergüenza: yo propicié que una llave quedara por la cerradura interior para que tuvieras que entrar en mi habitación.

-¡Ya lo sabía! Rió divertida.

Perplejo y después de darle las buenas noches y cerrar la puerta de nuevo, me apoyé en la pared del cabecero pensando que casi podría notar la respiración de Francesca, velados sus ojos por el sueño al otro lado del mismo muro.

## **Capítulo Quinto.**

El organigrama del día siguiente era sencillo: desayuno y paseo por la floresta –a pie- o a caballo por camino de herradura hasta la ermita, cata de vinos, almuerzo, descanso, concierto de piano, cena y coloquio.

Los albores de la mañana me encontraron despierto e inquieto. Hubiera querido rasgar la puerta de Francesca pero esperé a la primera luz, vestido y sentado en el borde de la cama, creyéndola dormida. Supe que habría despertado no más tarde que yo, pues la cocinera me dijo que al llegar, una hora antes, había encontrado a una chica caminando en dirección a la loma y que por las señas sólo ella podría ser. Abrevié el desayuno cuanto pude y salí en la dirección que me había indicado Carmen. Apenas en el límite de la distancia a la que alcanzaba la vista, sentada en una peña divisoria de las tierras de labrantío y de espaldas al sentido en el que yo caminaba, estaba Francesca como si me esperara. Tomaba notas que me dijo no ser de gran importancia sobre reflexiones que la habían asaltado la noche anterior, al ir a dormir envuelta en el halo de las historias de algunas personas a las que la vida había tomado de dos en dos, trascendentes siempre como Julio César y el Rubicón, con la suerte decidida tal vez por no ser creíble que de otra manera



las cosas hubieran sucedido así.

-Puedes contarme tu historia, ayer no lo hiciste –le dije andándome a tientas-

-Sabría hacerlo, creo.

-“Erase una vez..” ¿y después? –la animé a iniciar.

-Eso es lo más cierto de la historia que contaría.

-No te comprendo, le dije, aunque si hubiera pensado aún superficialmente en el sentido de sus palabras podría haber comprendido algo.

-De la historia que te contara, lo más verdadero sería que sólo podría ser una vez, pues el amor sólo es uno. Si dijera “Fueron muchas veces”, no sería amor.

Mi mirada tuvo que bastar para darle a entender que mi papel como oyente era el que más nos convenía a los dos seguir y me atuve a él con el mayor celo posible, pero notando la dentellada de la impaciencia atenazarme muy queda y profundamente.

La historia era sencilla y hermosa: una chica solitaria y soñadora, sensible y bella a la que le gustaba escuchar los cuentos que le leían sus padres antes de ir a dormir y seguirlos más allá de las palabras con las que se ponía punto final al relato, al hacerse más mayor empezó a pensar que aquellas historias bien podrían ser ciertas. Imaginó cómo sería un cuento que tratase sobre su propia vida y lo hilvanó desde el principio, definiendo con tanto detalle cada uno de los momentos importantes, a cada una de las personas que habían de desempeñar papeles esenciales en el devenir de su vida, que acabó dudando a veces en qué momento sus pies hollaban el suelo real o la alfombra de seda de ese cuento creado por ella misma. Lo conocido era igual en ambos mundos: la chica, sus padres, su casa, sus amigas... Pero se aupaba en los lomos del corcel de su intuición, de su instinto, para llegar más allá y ver cómo seíra esa persona que había de cambiar la historia, cruzando como Julio César el Rubicón, esa frontera entre el plano real y el imaginario. En el cuento esa persona estaba a una distancia en la que no podía todavía contemplar con claridad sus facciones, pero notaba que cada vez estaba más cerca...

No pude permanecer por más tiempo en los límites de silencio que me había autoimpuesto y le dije:

-¿Cómo acaba el cuento?

-No puedo contestarte porque en realidad no es un cuento: es la historia de mi vida.

Con el hilo de voz leve, tenue, que notaba discurrirme por las entrañas, a flor de mi aliento y cerca de salirse ya por la boca, le iba a decir si en el relato la chica permitiría que dieran un paso más para verse de cerca. Pero no hubo lugar a ello porque, montados a caballo y trayéndonos de las riendas a lado y lado a los nuestros, el capataz de Don Vicente corveteaba ya a breve distancia y el entrechocar de los cascos apenas hubiera hecho audibles mis palabras a Francesca.

No pude dejar de pensar ni un momento en lo que me había dicho. Traté de hallar una pequeña luz en algún entresijo de sus palabras, un destello de claridad en algún secreter de ese delicado escritorio en el que su relato ordenaba los sucesos, pudiendo haber tal vez en alguna de sus frases, si bien yo reflexionaba sobre ello, que existiera un cajón de doble fondo que me podría llevar a entender algo más.

Pero no lo hubo y para no dar que hablar a la expedición de once a caballo encabezados por capataz y amo, me hice firme en la silla del alazán holandés, a una altura que me pareció considerable del suelo, en sintonía con el eco que en mi espíritu habían dejado las aladas palabras de Francesca, creyendo ser posible lo que de serlo nunca podría yo mismo llegar a creer.

Al llegar a la ermita de la Virgen Francesca se acercó a la talla de escala humana pareciendo cosa de milagro que, como en su relato, realidad y ficción pudieran confundirse tanto.

Ni en la cata de vinos, ni en la comida y mucho menos en el concierto de piano tuve ocasión de volver a reabrir la conversación con Francesca con la que se había iniciado la mañana. Quise parecer casual pero supe que ni a mí mismo podría creerme si le volvía a sacar el tema. Así que, ni aún pudiendo pedirle hablar a solas lo hice y me pareció mejor pensar en el sentido de sus palabras mínimamente, antes de volver a tratar con ella sobre el relato.

El día fue emotivo y dominado por una leve tensión porque de la boca de Don Vicente apenas habían salido unas pocas palabras, pero ninguna que arrojara alguna luz sobre para qué diantres nos habría llevado allí.

Durante la cena pero con mayor intensidad una vez fueron alzados los manteles y acomodados como la noche anterior en la biblioteca, se reanudaron las hostilidades entre ambos gremios:

-No niego que hubo una época, legendaria ya, en la que el genio brotó a manos llenas como el vino en Canaán, superponiéndose así la cruel necesidad de sobrevivir de una buena porción de genios, con el mejor escenario para darle campo a su valía. Pero eso quedó atrás ya, desgraciadamente, y a quienes hoy piensan ser los grandes de su tiempo les bastaría leer cualquiera de los libros de esa época para entender que el peor de entonces es muy superior al que ahora pueda unánimemente ser considerado como proeza literaria.

-¿Cree Vd que es la falta de interés del público en general por la Literatura la razón de que no haya buenos libros o es más bien la carencia de grandes obras la que retrae al lector ansioso por tener entre sus manos un gran libro?

-A eso puedo responderle –contestó el Sr. Garrido que era a quien Manolo Romero había dirigido la pregunta- que cuanto mayor es el campo donde creemos que se haya un tesoro menos profundo se cava en él. En el año 1.600 no había otra distracción, incluso en las mismas barberías, que leer un libro. El ocio de las personas se empleaba en asistir a comedias. Las personas se escribían cartas en las que mostraban conducirse mejor en palabras, desde los Reyes a los pajes, que en nuestro tiempo. Ahora, aún con la práctica totalidad de la población alfabetizada, la palabra se ha perdido –o se está perdiendo– como vehículo de la apostura y de la elegancia, a causa de otras ocupaciones y medios que nos han alejado casi definitivamente del arte literario como lo habíamos conocido. No en vano ahora los jóvenes, rara es la excepción a lo que voy a decir, no leen libros buenos ni malos, habiendo de ambas clases, pues el mejor libro no puede competir con objetos que han relegado a la palabra a mera esclavitud.

-Le aseguro que de estar presentes hoy en nuestro país algunos de los grandes que de aquí fueron, iban a cambiar las cosas de tal punto que, siendo mejores los medios y más preparados los propios escritores, se podrían alcanzar cotas de excelencia artística y literaria inimaginables. No olviden que en Roma y

Florenxia, durante el Renacimiento, o en las mejores épocas de las civilizaciones egipcia, griega o romana, la existencia de medios materiales logró arrancar al mecenazgo algunas de las mejores creaciones de todos los tiempos.

-Págueme Vd –dijo Vázquez- lo que Lorenzo de Médici a Miguel Angel y le levanto al lado otra Capilla Sixtina, o Septina, si Vd así lo quiere.

-Tanto como una Capilla no lo sé, pero un circuito automovilístico sin duda, pues lleva Vd más adelantos que el del Jarama, le respondió Centeno, su editor, con sorna.

Vázquez era un tipo reconcentrado, no en lo intelectual sino en lo físico, pues era menudo y vivaracho, vestía siempre de negro y tenía a gala no gastar en tabaco pero contribuir como nadie a que los estancos fueran un negocio floreciente:

Dame de la cajetilla, Movillas. Daca un cigarro, Guijarro. Dame un pitillo, Angelillo. Había llegado a tal punto su recurso a pedirle el tabaco a los compañeros que éstos para su cumpleaños le regalaron un mechero en forma de sable. Con el tiempo logró que la mayoría dejaran de fumar para no tener que compartir con él la cajetilla, pero fue casi peor, pues Vázquez empezó entonces a pedir suelto para comprar él.

Aún así siempre se le tuvo por el más imaginativo y mordaz, con un humor que hacía olvidar a los otros su faceta de consagrado caradura, además del que siempre tuvo a su alcance los mayores recursos aunque parecía no querer utilizarlos jamás.

La cofradía en pleno de sus amigos suspiró aliviada y celebró con una parranda a la altura de la cima alcanzada, cuando el bueno de Vázquez entró en relaciones con la propietaria del estanco, noviazgo que todos apoyaban como si les fuera en ello más que el propio.

Pero esos amores iban a tomar principio tres días después, sin hoja roja en el librillo del papel de fumar, por una casualidad bendita y fue que, bajando las escaleras de la Catedral que dan a la plaza, saliendo Carmen la estanquera de escuchar una novena a San Antonio vino a dar un traspiés al enredársele el tacón con la mantilla de modo que perdió el equilibrio. Vázquez, que tomaba notas para describir la fachada de la Catedral en una novela suya sobre la

invasión alienígena de los edificios sagrados del casco antiguo y estaba al quite viendo los pasos de la chica complicarse de menos a más, acertó a cruzarse delante, sujetándola en los brazos. Pero como Vázquez no era ningún Croton por su fuerza física, la costalada le valió que, lo que no hubiera quedado más que en una torcedura de tobillo, acabara en algo más serio: en matrimonio. Y fue así porque Carmen, ayudándose de algunos turistas ociosos y beatos que mojaban sus galletas en el exiguo café con leche del Hotel Colón tras encomendarse a sus Santos, llevó a Vázquez al dispensario, donde estuvo dos días con sus noches sin apartarse de él un momento, viendo Carmen una señal divina en haber ido a parar a los brazos justo en el momento en que acabó su voto a San Antonio para conocer al novio que incomprensiblemente, la vida de detrás del mostrador del estanco le negó siempre.

Un roto para un descosido, porque Vázquez solía bromear con sus amigos que siempre que veía que le echaban las cartas o la buenaventura a una chica de buen ver, se apostaba a corta distancia, ya que sabía por experiencia que esas sillas de la esperanza las acostumbra a ocupar personas que a cambio de unos pocos euros reciben el consabido: “va a ser levantarte de la silla y vas a conocer a ese muchacho de tus sueños”. Pero a Vázquez también se le atascaban las cosas, volviéndole la espalda la suerte con frecuencia, pues calibrar por las espaldas al toro no es cosa de primeros espadas.

Como en esos dos días Vázquez no pudo fumar y siendo el ahorro una de las quiméricas alucinaciones que columbraba en sus miradas de doble fondo dirigidas al horizonte de su azarosa vida pasada y presente, vino a convencerse que el tabaco podía venderlo Carmen a los demás y convertirse en dinero o bien fumarlo él y disiparse entonces todos sus sueños de prosperidad económica al lado de su novia. Y así fue de sencillo como Vázquez dejó de fumar y por tanto de pedir tabaco a sus amigos y empezó a pedirles que le invitaran a tomar un café cada vez que se encontraba con ellos, para mayor gloria y aumento de la hacienda de los dueños de los bares.

-Escritor es una profesión que se está perdiendo y si eso es así, dejará de haber editores. Igual que cuando dejó de haber caballeros desaparecieron los escuderos, no me cabe duda. ¿Cuántos títulos o autores recuerdan, fuera de los que estamos hoy aquí, que publicaran hace dos años? Apenas cinco o seis. Y de ellos, en diez años no quedará un solo libro suyo en ninguna librería. En

una era en la que todo el mundo sabe leer, nadie sabe escribir; o al menos, no a la altura de llegar a incentivar a que los que sabiendo leer se interesen por ello.

-Comprenda, Don José María, que siendo cierto en suma lo que Vd dice, no lo es menos que el libro hoy compite con otras mil zarandajas que distraen a la gente y que no les exigen ni el mínimo esfuerzo: televisión, cine, internet, discotecas... Piense que ahora somos un grano de arena y puede que de los pocos que exige esfuerzo y no da un retorno inmediato.

-No olvide que hay libros que ha leído todo el mundo, como el Quijote. Y no dude de que de volverse a escribir otro parecido, todo el mundo lo leería.

-Sí, pero le parecerá inconcebible suponer que sea posible escribir otra obra igual, como imposible sería esculpir otra obra como el David de Miguel Angel. Si fuera así, ya se habría escrito.

-Eso depende de la calidad de los escritores, no de los editores. Hoy es posible documentarse mejor de lo que hizo Cervantes, acceder a obras que ni siquiera estaban escritas en la época en la que él vivió. ¿Qué es Cervantes sino una persona que se instruyó y desarrolló la capacidad de escribir tal como lo hacía?

-Si Vd cree con sinceridad posible que el genio no existe y que para escribir una obra como el Quijote basta con haber leído algunos libros y haberse encerrado con pluma, tintero y un rimero de cuartillas, en una habitación junto a un brasero, hágalo Vd mismo y se desengañará.

-Lo haría si con ello no hubiera de dejar a Vdes sin trabajo.

-La mayoría de nosotros hemos sido repartidores de comida, vendedores a puerta fría, guías turísticos sin titulación y hemos dado clases a chavales díscolos. Pero nos queda bastante amor propio como para saber que si el mejor autor entre Vdes, frailes que no han sido antes cocineros, pudiera escribir como el peor de los nuestros, todos volveríamos a nuestros trabajos de friegaplatos o buscavidas.

El ejército de camareros había retirado ya el servicio y las bandejas de postre, dejando alineadas frente a los comensales copas en las que habían escanciado licores. En el intercambio de impresiones se había libado más de lo que era frecuente, haciendo así posible el nunca bien ponderado adagio del “in vino

veritas”.

-No pase esto adelante, Señores, más que como ejercicio de estilo en que cada quien fija su posición. Pero es tarde para las explicaciones entre caballeros y será mejor, salvo que Vdes opinen lo contrario, emplazar a Vdes los editores a que durante un breve período acudan a un taller de escritura para tratar de discernir, antes de nuestro próximo encuentro, quién debe retractarse de la palabra que con tanta seguridad afirma.

Don Vicente, que había permanecido callado y era difícil que pudiera estarlo por mucho más tiempo, tomó la palabra:

-Caballeros, como anfitrión en esta jornada debo ser quien reciba la herida en el propio cuerpo y salga en defensa de la invectiva que, razonadamente, ha sido sometida a la consideración de este foro. Aunque he tomado bastante más de lo que la vida puso en mis manos, allegándome con mi industria a objetivos por el mero ejercicio de la vanidad como el lobo que pastoreando un ganado sin fin en su cercado buscara extramuros a otras reses únicamente para probar la eficacia de su instinto, les confieso –y nunca lo hice antes- que nada importante conseguí jamás por mi sola mano. Siempre supe que el mejor don que Dios pone en nosotros es la vida compartida, y que todas las tentaciones del Demonio persiguen la soledad humana únicamente. Ser solo es nada o casi nada; con solo un Rey no se puede ganar en ajedrez, pero un humilde peón o una señorial Dama pueden inclinar una partida a la victoria. Así es en todas las cosas principales de la vida.

Vdes pretenden, haciendo gravitar sus convicciones bajo el amparo de una y otra tesis antagónicas, qué es más conveniente, si el editor o el escritor. Igual sería créanme, si preguntaran si fue antes la gallina o el huevo.

La cuestión ofrece perspectivas que han establecido muy puestas en razón algunos de los Señores que me han precedido en el uso de la palabra y que son dignas y propias de quienes las han declarado, hombres de gran ingenio tanto en la esencia de lo expuesto como en los términos con que lo han formulado.

Sin embargo, les recuerdo que en las dos noches en las que nos hemos sentado en esta biblioteca para ejercer las armas de nuestro ingenio, todos hemos sido mejores en la primera noche, en la que tratamos de amores –reales o ficticios- que en la presente, en la que hemos pretendido únicamente alzarnos con una

victoria estéril. Déense cuenta de lo delicioso del sueño que siguió para cada uno de nosotros a la jornada anterior, en la que cerramos los ojos escuchando aún las palabras entre enamorados y qué enfadoso puede ser hoy dar vueltas en la cama con el resentimiento a flor de piel por un enfrentamiento sin objeto.

Les propongo que aprendamos de algo tan sencillo, si les parece y como les decía al abrir mi intervención, como humilde dueño de la casa en la que han tenido a bien hacer penitencia conmigo estos días, quiero probarles lo cierto de cuanto digo, haciendo lo que en mi mano se me figura como posible para que tomen como cierto lo que no puede ser de otra manera. Les confieso que el último tropiezo de mi soberbia ha sido hace escasas fechas, con uno de Vdes. Fui tan estúpido como para creer que todo tiene precio pero no valor, tratando de adquirir con dinero lo que sólo es justo alcanzar por el mérito. Quiero rectificar y pedirles disculpas, y dotar de la suma con la que pretendí perpetrar una injusticia, en un galardón para quienes escriban la mejor crónica sobre la efeméride del 400 aniversario de la muerte de Don Miguel de Cervantes Saavedra. Haré entrega yo mismo del galardón y en ese mismo momento abandonaré la editorial y todos mis intereses empresariales para jubilarme.

Hubo un silencio de incredulidad, crepitaban los secos nudos de los leños en la chimenea. Se escuchaban el ulular del viento en las carpas del porche y los graznidos de los grajos en la lejanía de los olivos.

Impertérrito, abriéndose paso entre el silencio unánime y reverencial, Don Vicente prosiguió:

-Las condiciones de la convocatoria son dos: la primera es que de entre quienes hoy estamos aquí y que quieran participar en el certamen deben asistir a un taller de creación literaria, como rasero a lo que ha sido motivo de controversia esta noche sobre las respectivas capacidades creativas de cada uno de los gremios a los que tenemos el honor de servir. Mi jurado evaluará con una prueba quiénes serán los encargados de escribir la crónica; y la segunda que la obra deberá ser escrita entre dos personas, como homenaje a mi mujer fallecida temprana y tristemente, y que fue gracias a quien puedo decir que alguna vez fui alguien, pues una obra para ser perfecta, una vida para poder llamarse así, debe ser acometida por dos.

Un aplauso breve con todo el sentimiento vino en ayuda del cierre de su



exposición. Don Vicente sintió quitarse un gran peso de encima exponiendo al fin el motivo que nos había llevado a compartir con él ese fin de semana, pero a la vez pareció haber saltado desde la madurez a la edad proveya, al haber leído su propio testamento. No consintió que nadie lo consolara pues no era eso lo que pretendía, pero sí adhesiones sinceras a su convocatoria de cerrar su exitosa carrera como editor y empresario con un broche de las alzas merecidas en su dilatada trayectoria.

Aunque la dotación del premio hubiera sido diez veces inferior, esa misma noche igualmente hubiéramos dedicado las primeras horas robadas al sueño a pensar en el honor de alzarse con tan valioso triunfo, en la respetabilidad, eminencia y reconocimiento que aguardaban a quien se ciñera la corona en la frente.

Don Vicente se despidió de todos, deseándonos buenas noches y del brazo de una de las personas del servicio doméstico de la casa franqueó la puerta para entrar en la sala a través de la que se accedía a sus habitaciones.

Se formaron corrillos comentando con estupefacción la noticia.

-Si admitimos como pacífico punto de vista que el genio nace, y no se hace, me pregunto a qué viene entonces esto de los talleres literarios, como si alguien quisiera dar clases de esgrima a un rinoceronte.

-Gran valor tiene un diamante, pero en inferior estima quedaría si no se pule con las herramientas y el conocimiento apropiado.

-Quiere Vd decir, Sr. Alcázar, que si los aquí editores presentes nos enrolamos en esa tripulación acabaríamos escribiendo nosotros también los libros y competiríamos con Vdes?

Francesca se apoyó en mi brazo y me dijo que quería pasear conmigo. Me pareció una buena forma de escapar de aquel debate que ya me aburría..

-Es una buena idea, porque creo que esta noche me va a costar dormir.

Si supe conseguir que Francesca atravesara la puerta y llenara el pasado que no vivimos juntos, estando allí, esa noche sí estábamos, fabricando juntos los momentos que yo recordaría más adelante sin hacérseme preciso insertarla en ellos.

-¿Recuerdas el día que nos conocimos?

-Sí. Había un tipo gordo vestido de rojo dando vueltas en trineo –le contesté-, ya paseando fuera en el porche.

-Ja, ja, ja. ¿Te acuerdas de nuestro compromiso?

-¿Cómo iba a olvidarlo? Dijiste que sólo una vez me pedirías algo pero que debería decirte que sí. Pero eso es agua pasada.

-¿Quéééééé?

-Ayer me pediste que te dejara entrar en mi habitación y aunque me tengo por un caballero y hombre decente, te dejé pasar.

-Ja, ja. Va, hablo en serio.

-Dime.

-Quiero que cumplas tu compromiso conmigo.

-Repararé mi falta, pero que sea algo sencillo, sin muchos invitados ni un gran banquete.

-Idiota!!!!!!

-Venga, dime a quién tengo que matar.

-No te voy a pedir que participemos en el concurso literario de Don Vicente, eso ya nos lo ha pedido él. Quiero que te comprometas a que lo ganemos.

-¿Y cómo puede comprometerse alguien a conseguir algo que no depende de él?

-Es muy sencillo: es tu única oportunidad de cumplir el compromiso que asumiste conmigo y si quieres lo cumplirás.

Después hablamos de muchas cosas, como de la primera tarde en que nos conocimos. Lo hicimos despacio, dejando flotar en el aire pensamientos y recuerdos comunes, hablando como novios antiguos sin prisa, de ese shangri-la como en otro paraíso perdido al alcance de nuestras manos.

## **Capítulo Sexto.**

Como en la canción, las flores del naranjo anunciaban la primavera y también

el inicio de los talleres literarios, cuando días después, en un auditorio en las dependencias de la editorial de Don Vicente, el Sr. Renedo nos esperaba de pie y con las palmas de las manos apoyadas en la vieja mesa oscura, baja y rectangular de maestro salesiano, simulando seguir con las ráfagas de su vista el texto de las composiciones que en desorden cubrían toda su superficie. Nos dio la bienvenida refunfuñando para sí, mientras rasgaba en trazos incomprensibles escolios en los escritos que tenía junto a su mano. Era tan absurdo ataviarse en tan inclemente tiempo con una levita de lana densa y cerrada como un tapete de fieltro como hacerse llamar por un patronímico que hasta el menos observador de los alumnos sabía que no podría ser de verdad. Para suavizar los rigores climáticos de un sol cayendo a pico por entre las láminas de las ventanas, él mismo abría éstas todo lo posible, aunque lo que de verdad cubría de sudor su rostro y de congoja mal trasvasada su expresión era cuando le llamábamos por el nombre que decía ser suyo de forma interrogativa, para darle un aldabonazo a tan extraña manera de procederse en sus clases.

El reloj de leontina que se sujetaba con una pinza plateada en la solapa del chaleco siempre señaló la misma hora, falto de cuerda o pila que le volviera a la vida, aunque Don Teo no rehusaba constreñirlo con suavidad entre la palma de la mano, como sopesando el efecto que el tiempo produce en quien nunca supo vivir el suyo.

Falso era también el cuello de celuloide envuelto en una tenue gasa blanca que remataba su camisa a listas azules o negras; postiza la pajarita que se le torcía al tratar de darse espacio con un tirón suave de los dedos para aliviarse algo del calor y en tan poco, mucho hubiera costado encontrar algo auténtico en su fisonomía o sus maneras de poeta que ve caer un mundo a sus pies simulando con impávido rostro no escuchar su ruido.

Completaba lo huero e impostado de su fisonomía la llevanza de una peluca de atrezzo muy básico, de una tonalidad grisácea descabellada para una persona en ningún caso por encima de los albores de la edad proveyta.

En medio de tanta teatralidad, excesiva a todas luces para no andar detrás de un fin último y desconocido para nosotros, sólo salía de su aturdimiento, del tono monocorde de la salmodia con la que pretendía instruirnos para discernir en nuestra profesión de editores, el grano de la paja, valioso conocimiento en

su imaginario tan expuesto ante nosotros y sólo se proyectaba a la superficie desde las brumas de su tono confesional cuando la causa de hallar a los herederos de lo que según él había de ser el nuevo siglo de oro, lo merecía:

-“Distinga, Gálvez, cuánto puede la frase que acaba de leer, empleada en la causa que le sirvió de inspiración y entonada no como Vd, sino como de verdad y si no le faltara el ánimo, se la pudiera Vd decir a la duquesa de Ferrara”.

Supimos que tomaba clases de esgrima por su vanagloria en el manejo ante el claustro de una varita que se terciaba apoyada en el hombro y con la que zigzagueaba y rasgaba el aire parando, fintando, amagando, tocando, hiriendo y ensartando a sus invisibles enemigos con un brío que nada en su fisonomía hacía suponer, mientras recitaba de corridillo admirablemente quintillas que ahí las leyera Don Vicente y olvidara sus décimas, con una vitalidad que desmentía su estado habitual de melancolía y derrota existencial fuera de lo que no se aviniera a lo literario. Hablaba con familiaridad de Calderón, Lope o Tirso como si los hubiera criado a sus pechos; daba carta de naturaleza a comportamientos cuya obsolescencia era notoria y de siglos, como qué parte de campo era mejor tomar en un duelo –la peor, que buen caballero nunca debiera tomar ventaja de modo artificioso-, o qué señas debían emplearse para encubrir el alma en un billete de recuerdo dirigido por la nostalgia y el fervor a una dama a través de su nodriza; traía a la realidad y a lo presente a personajes de ficción que, dado el superficial interés y la profunda ignorancia que manifestábamos acerca de cuanto Don Teófilo relataba, poco debían importarle a alguien más que a él.

No éramos ya muchachos y estábamos allí para formarnos como los cocineros que nunca pudimos ser, siendo ya frailes. Otros, nuestros escritores, cocinaban y condimentaban los platos pero andando los años, el grupo de amigos todos editores que copábamos la prensa de cualquier libro que por estos andurriales se escribía llegamos a creer que le debíamos a nuestros autores al menos la gracia de entender algo más sobre sus novelas.

No me hubiera sido posible excusar, en modo alguno, nuestra participación en esas jornadas, por la palabra dada tanto a Don Vicente como a Francesca. A mi flaqueza, que no supo inicialmente evitar a tiempo lo imprevisible, no podía exigirle que se apartara de lo que era ya inevitable. Como no es de

esperar que la flecha se aparte, una vez sale impulsada por el tensor del arco, de la diana a la que lleva camino. Esperar lo contrario hubiera sido tanto como retirar la palabra dada a través de nuestro nombre escrito en la tarjeta de la mujer de quien hubiéramos solicitado el honor del baile o puede incluso, que no acudir a un duelo aceptado.

Se dice por tanto que una retirada a tiempo es una victoria pero el tiempo era quien se había retirado ya, dejándome sólo con mi palabra por cumplir. Y sin palabras para acometerlo.

Mi profesión es editor y mis años no tantos aún como para sustraerme al encanto de lo bello en sí mismo y no por la reflexión sobre su brevedad tan predicada por los poetas en decadencia. Aprecio ser el primero en recorrer con la vista los paisajes que el gran público conocerá mañana; tengo en mucho entrar en las vidas de los personajes que aún no existen para el futuro lector; me complazco en trazar los caminos por dónde han de llegar y los puertos en los que a la fuerza atracarán las naves cargadas de historias que mis escritores me entregan –como almas- al poner en mis manos sus manuscritos. Siempre envidié a los escritores la sublime capacidad en franca y decadente valoración en los tiempos actuales de *crear* un mundo por sí mismos, tratando –y he ahí la dificultad- de enmendar el mundo presente cambiándolo sin cambiarlo y haciendo posible vivir en el nuevo a través de sus páginas o del recuerdo de la lectura de las mismas. Pero la envidia era *naïf*, pues nunca hice prueba real de mis hechuras en la creación literaria.

A esas razones que puedo aducir tranquilamente como las que me decidieron a ocuparme en la edición de novelas añadiría tal vez la principal de todas: tratar de vencer, siguiendo la estela y el ejemplo de los más virtuosos, la dimisión que las palabras me presentan, poniéndose en fuga, cuando más las necesito como apoyo en las situaciones más decisivas de mi vida. Sentirme acompañado de su fluidez en ciertos momentos, me hubiera permitido con toda seguridad alzarme con otra vida diferente a la que tengo, triunfando en episodios en que mi bloqueo verbal me impidió obtener lo que mis dedos casi tocaban.

Algunas profesiones no sólo no son complementarias, sino que son antagónicas por mucha proximidad que parezca justificar lo contrario. En nuestro caso es verdad que algunos hubieran podido desertar y cambiar de bando, pasando del

lado de escritor al de editor y viceversa, aunque esto último parecía más difícil. En cualquier caso, el lance dio como en tantas ocasiones en que, por no reconocer la evidencia de la razón en el parecer ajeno, algunos editores, creyendo representar el sentir corporativo de los demás, nos llevaron a asistir a los talleres literarios para probar a los escritores nuestro valer artístico.

El sindicato de escritores –que sin rebozo alguno nos visitaban incluso a pie de taller- se vengaba gracias a la iniciativa de Don Vicente de lo bien que les dábamos de comer exponiéndonos a la vergüenza pública, como si los sufridos cocineros del Emir obtuvieran de éste la gracia de verlo un día quemándose entre los fogones de sus palacios en tanto cocinaba para ellos. Bajo capa de conocer todo el proceso creativo literario se organizó durante esas semanas unos cursos en los que entenderíamos el proceso mágico que se iniciaba por la entrada de las Musas en la vida del artista, el boceto pergeñado como la semilla bíblica de la parábola, y el crecimiento firme e inaudito del roble severo, agosto, germinando en tierra nueva. En el primer momento, después de las presentaciones ante el breve auditorio, Don Teófilo fue directo a por mí.

-Usted tiene madera de literato, créamelo.

-Pero si nunca he escrito una línea...

-Mi olfato para el talento es metafísico. Intuyo que un buen empleo de su genio orientado a la creatividad dirigida a un público joven habría de concluir indefectiblemente en un cambio de sentido en la falta de interés actual de las nuevas generaciones por la Literatura.

Sin entender verdaderamente el mensaje que él encubría tras formas untuosas y envolventes, más propias de un valse austríaco imperial yo esperaba a que le amainara la ventolera y las venas se le llenaran de una sangre más para otros propósitos que para darme entrada a mí en un mundo que adoraba desde la barrera, pero respetaba sino temía reverencialmente viviéndolo de dentro. Esa es una de las características primordiales que, de una manera u otra, se van intensificando en el conocimiento humano; cuanto mayor es éste, más queda en descubierto la incapacidad de cada uno en dirigir sus propios pasos. Es la debilidad que tendemos a ocultar bajo algunas capas tenues, que con un soplo leve de viento, a veces con una conversación en la que otra persona nos reconoce sufrir el mismo mal, dejamos levantar. Sujetamos nuestra vida a

algún arrimo para no dejarnos llevar, pero muchas veces es preferible no resistir el empuje. Lo que nos salva tantas veces son esas capas que ocultan al exterior cosas que ni nosotros mismos sabemos; en aquel momento, si profesor y alumno hubiéramos estado al raso, sin tales encubrideros, mi momento actual sería muy otro al que es ahora.

-Me he tomado la libertad de, entendido que su vocación literaria está muy bien pertrechada por su capacidad de penetración psicológica aunada en su perspicacia para desafiar al lector en sus convicciones, de mostrar su redacción a algunos compañeros míos que me han rogado le felicitaran por su buen hacer.

No me molesté siquiera en protestar. Después de todo, hay personas que se esfuerzan en llamar con insistencia todos los días de su vida y en todos momentos, al calor del peor sol, con el frío seco y duro o con la soledad del eco de la madera que no cede, creyendo no habitar nadie en la casa. Y a mí, que distraídamente vagaba por esos contornos, no sólo se me abría la puerta, sino que una fuerza invisible me empujaba a franquear la entrada y cada vez me era más difícil excusar un nuevo paso.

Siendo el definitivo, aquella mañana en que precedido de un silencio premonitorio entró Don Teófilo, anunciándonos que ese día redactaríamos la composición que habría de decidir quiénes se alzarían con el premio.

-Una novela es una larga composición, una guerra en la que se van dejando atrás muchas cosas y se avanza en otras hasta su final. Hoy no hay tiempo de tanto, pero sí de su principio. Escriban Vdes ese principio, tienen 45 minutos.

Yo no sabía qué escribir y creí además que sería fácil librarme del propósito del profesor que tanto confiaba en mi creatividad y buen hacer literario. Pero en seguida vi a Francesca, ordenadamente, a escribir con su letra de trazos firmes y redondeados, suaves, unas primeras palabras. Pero como le ocurrió a Petrarca cuando vio a Laura, a Boccaccio con Fiammetta, a Dante con Beatriz, yo tenía delante de mí a Francesca, la única capaz de convertir sentimientos y silencios en palabras y verdades. Me traspasó al mirarme con sus ojos de Minerva tras construir con Ulises y Epeo el caballo con costillas de madera y me dijo:

-¿Cómo empezarías tú una novela? ¿Qué es lo que siempre te hubiera gustado



decir y ahora puedes?

Si esas palabras no me hubieran llevado tan lejos de donde estaba, hacia el mundo de fantasía o en realidad todos los mundos mágicos de ensoñación que cada minuto me hacían ir hacia Francesca cuando ella no estaba delante, le hubiera dicho la verdad. Mi verdad, tan difícil de decir con palabras como ella me pedía.

Como el miedo del enamorado en la situación en la que yo me hallaba es el de que se acabe el tiempo sin haber podido estar cerca de la amada, sin haberle al menos comunicado su amor, le respondí, tratando de no comprometer mucho al aturdimiento y a la vergüenza que sentía:

-Supongo que yo no podría vivir, o mejor, morir, sin antes haber dicho lo que para mí es más importante. Quiero decir, que empezaría diciendo al principio de la novela el final, esto es, las últimas palabras que pudiera decir si se me tuviera que acabar la vida. Es común en las vidas que se acaban a medias dejar sin decir lo que sentimos a las personas próximas, ¿no crees? Es como el testamento de la persona, lo que tomamos como última voluntad aún habiéndola tomado mucho tiempo antes, tanto, como para que pudiera considerarse última.

¿Y cómo iba yo a pensar en la muerte teniendo delante a la que me quitaba, o me daba, bien mirado, la vida misma?

Francesca transformó la idea en palabras.

Pues fueron esas palabras, las últimas con que yo me despediría de la vida si tuviera delante a Francesca, las que el profesor eligió como mejores para empezar una novela.

La tesis literaria de nuestro profesor era que, indefectiblemente, quien escribía lo hacía impulsado por la irresistible inspiración de alguien a quien se sentía inclinado. De ahí que, cuando a la semana siguiente fue requerido para entregar una cuantiosa beca que debía servir para promover una crónica que pusiera de relieve los secretos del Quijote, quiso hacer justicia poética a la posibilidad de conseguir lo nunca visto: que musa y escritor, a cuatro manos, fueran quienes elaboraran la crónica literaria de aquellos días en que se conmemoraba la efeméride del 400 aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes. Porque bien entendió y supo que Francesca era mi musa.

Y más por la intuición de que las palabras que escribí como inicio de una hipotética novela fueran para Francesca que por la calidad de las palabras mismas, supongo que fuimos elegidos para recibir la dotación económica. Ni en el momento de escribir esas palabras, pues como quedó dicho, siempre huían de mí como granos de arena al cerrar la mano, ni ahora, puedo aún creer que pudieran ser elegidas para tan alto honor. Tanto fue así, que de saberlo habría escrito otras que con seguridad no hubieran podido dar lugar a esa elección. La cortedad de mi capacidad literaria, la pobreza de mi imaginación se alzaban como insalvables muros para acometer la empresa. Pero no había marcha atrás y sin esperarlo, el profesor entró en clase y justificó su elección glosando las virtudes del principio de la novela escogida por él después de lo cual, entregándome unos folios dijo:

-Tome y lea a sus compañeros cuál es el mejor principio posible de una novela.

Esas palabras que no me acuden cuando más preciso de ellas estaban allí a mi vista, no eran muchas pero se me hacía difícil pronunciarlas no sabiendo a dónde mirar porque era Francesca que estaba allí sentada, a mi lado, quien las había hecho brotar de mi ser. Creo que debe ser insólito leer las palabras escritas a una mujer delante de muchas otras personas, fuera de un caso de declaración de amor un tanto exhibicionista.

“No sé y nunca sabría cómo acabar con este silencio que se me figura como una página en blanco en la que nada que no te dijera a ti podría escribir –leí-. Si te tengo delante y veo tus ojos sé que no podré decir nada, ninguna palabra se atreverá a romper el momento mágico de mirarte a los ojos. Pero sí es posible que, al ser el espejo de tu recuerdo quien acuda a mí en tu lugar, vengan en mi consuelo y ayuda a esa pérdida que es no verte, esas palabras que sólo para ti pueden ser y no tienen eco si no suenan para ti. Verte y recordarte –marea y bajamar- me cubren y me descubren, dejando un rastro de brillo en la línea del tiempo que sólo percibo cuando estás delante de mí. Cuando se acabe el tiempo, cuando deje de mirar tus ojos, y sólo quede el recuerdo de ese tiempo, no habrá ya más palabras que las que te diría y que ya no volverán a sonar. Y como la mayor pérdida después de dejarte de ver será no oír tus palabras y sería no poder decírtelas, y en esta novela sólo Dios sabe cuándo ha de llegar el momento último, te diré que si hubiera de empezar

alguna vez la novela que sólo escribiría para ti, que puede ser lo que justo estoy haciendo en este momento, te diría las palabras que quisiera decirte si tuviera el tiro de gracia de poder hablarte sabiendo que había de ser la última vez. Te diría, si las palabras no huyeran pavorosas al verte para dejarme sólo ante la música de tus ojos, que lo más importante de la novela, de la creación o de la vida, nunca será cómo empieza, con qué palabras se escribió o con cuáles se acabaría porque lo único importante es que tú hayas sido la musa que ha inspirado todas esas cosas accesorias, la única protagonista de la vida que a mi manera he vivido para ti”.

Unas palmadas del profesor, primero lentas y, al acompasarse con las de algunos de los demás editores y escritores más rápidas y sonoras, fueron finalmente secundadas por un auditorio anonadado que nunca me había escuchado leer y que creo que poco podría haber imaginado en mí una faceta demasiado ardorosa para ser ficticia pero a la vez demasiado neoplatónica como para creer que pudiera haber mujer que mereciera tanto.

En cualquier caso no me di a esperar a que acabara la ovación para devolver al profesor las hojas y tratar de acallar un reconocimiento que, estando sentada al lado Francesca, me apuraba a desear que concluyera pronto.

La palabra dada a Francesca me situaba en el grave estrecho de deber iniciar algo que excedía en mucho mis capacidades más elementales para acometerlo. La flaqueza humana pocas veces ofrece resistencia al anhelo de lo heroico en el hombre visionario y eso que tantas veces empieza como un proyecto lejano e incierto, acaba tomando forma y cuerpo hasta el punto de hacerse real. Y entonces ya no es posible quebrar la palabra empeñada ni volver las cosas a como fueron.

-Le felicito por su justa victoria, pero me felicito, más íntimamente, por la mía. Pues le quiero decir que no me ofreció nunca dudas, desde la primera vez que le ví con Francesca, que ella obraría el milagro de hacer de Vd todo lo que le pidiera a la vida. Sé que quiere escribir, hágalo. No dude que las mejores obras son aquellas que se emprenden entre dos personas, pues la vida quiso que no haya cosa importante que pueda hacerse por uno solo. No lo olvide.

Pero eso fue sólo el inicio

Cuando acabé de leer me pareció que le brillaban los ojos a Francesca. Creo que si hubiéramos estado solos la habría besado pero era impensable saltar al vacío así y delante de todos. Para ocultar la emoción, rodeándome con sus brazos, reclinó su cabeza en mi pecho y nos abrazamos. Como en la habanera “La bella Lola”, creí morir en ese abrazo.

Ese primero de Abril, en el despacho de aquel Notario nos fue entregada la documentación con las condiciones de la obra y un cheque a cuenta por el trabajo. Don Vicente estaba allí con nosotros, vestido de sport con unos pantalones amplios de algodón azul marino y una camisa blanca de hilo con reminiscencias marinas en forma de nudos. Sin afeitarse.

El fedatario y el magnate se trataban con gran confianza y parecían de una misma edad, ambos próximos a una jubilación tranquila y dorada. Don Vicente, sin corbata, parecía haberse aflojado de un nudo mucho más gravoso. Con la barba incipiente daba muestra de haber dejado de lado cualquier otra preocupación. El pliego de condiciones daba clara muestra de la importancia que para Don Vicente tenía su despedida como editor: sus abogados –las cláusulas eran sencillas pero muy precisas y no podrían haber sido redactadas al azar- estaban presentes en el espíritu del contrato que Francesca y yo firmamos. Se nos exigía una confidencialidad que no me es posible contravenir y una calidad literaria de grado satisfactorio. El Notario nos hizo las aclaraciones preliminares y tras abandonar la sala con Don Vicente para darnos lugar a leer el clausulado a solas, se ofreció a abundar en las explicaciones y de forma solícita quiso recabar si comprendíamos el alcance del redactado y consentíamos en firmar. Tras sellar el acuerdo de la que había de ser la última edición en la carrera de Don Vicente, éste nos felicitó y nos puso a su disposición a su chófer para acompañarnos a donde gustáramos. Declinamos el ofrecimiento, para poder pasear hasta el restaurante donde Francesca y yo queríamos celebrar el premio, además de su cumpleaños, y preparar el guión de cómo, extrañamente, escribiríamos una novela que ya había sido premiada.

El encargo literario consistía en una metarealidad en la que, sobre la fecha presente y valiéndonos de la efeméride que iba a cumplirse en breve, del 400 aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, a través de una investigación

de contenido libre, debíamos novelar en quién se inspiró verdaderamente el genio alcalaíno para escribir la mejor obra de todos los tiempos.

El cheque, sólo un anticipo de una cuarta parte sobre el total, hubiera bastado para vivir con holgura durante unos años para personas de hábitos sencillos como nosotros. El dinero nunca ha despertado ningún deseo en mí; tal se lo debo a un recurso de inteligencia de guerra de mis padres, quienes me daban dinero cuando me portaba mal y cuando hacía bien las cosas me regalaban juguetes. Pero cuando fui más mayor lo hacían al revés. Quisieron enseñarme que viera, interpreto, en el dinero un mal necesario que yo podría empuñecer si lo veía como un medio y no como un fin. En cualquier caso, tengo a gala no haber hecho nunca hasta ahora nada por dinero, bastándome y gustándome lo que hago para que tenga como oí decir a un locutor de radio una vez, pagada la luz para el resto de mi vida.

No lo llamaría pesadillas, pero en alguno de mis sueños con regusto amargo me veía obscenamente rico, desbordado por montañas de billetes sin fin y despertaba angustiado y tensionado por ello.

Razones, por tanto, no me faltaban para probarme que no podría emplearme en escribir aquel libro por dinero: lo hacía para cumplir el compromiso con Francesca. Un compromiso que nunca creí que tuviera que cumplir y que se vio extrañamente realizado. Pero yo era consciente de que, aún inverosímil, era sólo un principio, que bien traído podría valerme para descubrir con ocasión de la novela, lo que de verdad sentía por Ella y a través de sus páginas, comunicárselo.

-Quiero brindar por la oportunidad que escribir esta novela nos puede dar a ti para ejercitarte en el buen uso de tus palabras y a mí, para escribiendo saber quién soy.

-¿Qué quieres decir?

-Nunca he escrito, no sabría cómo hacerlo. Pero tengo la certeza de que mi vida va a cambiar al hacerlo.

-Me gusta que pienses así, me dijo Ella. Debemos buscar la manera de que todo cambie porque si con las cosas importantes no cambiamos nuestro mundo, sería mejor no hacer nada.

Enigmática, bella, serena, profunda y alegre dividía en pequeños trozos la

escalopa y los volteaba al juego del tenedor despacio y graciosamente antes de llevárselos a la boca. Acordamos repartirnos el trabajo de la novela de modo que yo haría una crónica de los tres días en que iba a conmemorarse el cuarto centenario de la muerte de Cervantes y Francesca mientras tanto comenzaría a hilvanar la reconstrucción de los pasos del escritor por la Barcelona de esa época, en la casa que habitó, la localización en donde estaba el taller en que se imprimió su obra y otras concordancias literarias que nos permitieran dar idea exacta de cómo pudo concebir el Quijote.

Quedamos en suspender toda nuestra labor como editores —el contrato que habíamos firmado nos obligaba a ello— dejando a Benito al cargo de escribir sin editar, pues acabábamos justo de llevar a imprimir su obra esos días y se comprometió a tener lista la siguiente en el plazo que pactamos.

Me concerté con Andrés, el mejor conocedor del Quijote del mundo para que me ayudara en mi tarea. Me dijo que le acompañara a todas partes sin separarme ni un momento de él y que sólo oyera y viera.

Lo que antecede explica y me justifica como escritor, bien que humilde, para haber dado inicio a estas páginas, en las que por ejercitarme algo más quise historiar los primeros pasos que me llevaron a estos días, que es sobre los que me propongo escribir. Con la ayuda de Dios.

Tranquilo ya por tener principio mi novela, me doy al trabajo de escribir la parte que me corresponde redactar, en la seguridad de que debo limitarme a lo simple, a transcribir lo que ocurra estos días en los actos de homenaje.

## **Capítulo Séptimo.**

La mañana es deliciosa y por encima de mis pensamientos cruza un cielo azul de un cuadro de Rembrandt jalonado de pocas nubes de angelotes que tocan el óboe y me distraen hasta el punto de que doy por andado el primer paso. En un día así no es extraño que la calle haya sido tomada al asalto por hordas de paseantes al abrigo del sol, como un ejército al que debo tener desde hoy en buena consideración, puesto que sus movimientos, como lo de nada de lo que suceda a partir de hoy, me puede ser ajeno ya.

Confortado por ello, tomo unas notas en mi cuaderno, suponiendo que es así como suelen quienes en esto ocupan su ingenio, y le veo llegar, puntual en su

coche sin tiempo, un zorrero único que Dios ofreció a Noé como alternativa al Arca, pero que éste rechazó indignado por encontrar al vehículo, ya entonces, bastante anticuado y destartalado. Andrés es un roñica. Sus compañeros de Facultad han llegado a hacer una colecta para comprarle uno nuevo. Pero él no se amilana; le gusta su coche y no hay más que decir.

Me subo a esa pieza exclusiva y pionera de la historia del automovilismo, sujetando la puerta para que no se abra en alguna curva, cual auriga en una inestable cuadriga de la Roma Imperial.

Te acompaño en el sentimiento.

Menos cachondeo.

Se supone que hoy se cumplen 400 años exactos desde la muerte, el 22 de Abril de 1.616, del más ilustre e insigne escritor que conocieron las letras universales. Digo *se supone* porque hay quien dice que fue un 23 de Abril.

La figura de Don Miguel de Cervantes es, para Andrés, más importante que nada en esta vida, si no hablamos de Laura. Y a él se puede decir que ha dedicado la mayor parte de su tiempo y sus mayores esfuerzos. Desde el momento en que su tío Germán le regaló aquel ejemplar magnífico del Don Quijote, con grabados de Doré –fue para su Comunión- y lomos sobredorados, su vida empezó en un lugar de la Mancha y siguió adelante, pero siempre por Puerto Lápice, Ruidera o Barcelona. De haberle regalado un balón, sin duda Messi hubiera conocido una competencia futbolística que, a lo largo de toda su carrera, jamás llegó a conocer siquiera lejanamente.

Lo de aquellos días eran panes prestados: como amigo suyo yo le acuerpaba y quería estar con él en esos momentos únicos, y esos días ocuparían para él sin duda los más grandes, aunque yo era un mero comparsa en toda aquella actividad de lecturas públicas y colectivas del Quijote, o del día de la Rosa. Y para mí era el modo de poder redactar la crónica junto al más lúcido conocedor de la obra universal.

-Empezará Francisco Rico –me dijo Andrés- y en las primeras lecturas tomarán el atrio Vargas Llosa, Pérez Reverte y otras celebridades. Tú leerás el sábado, son dos hojas pero prefiero no decirte cuál es tu lectura para que no la prepares, quiero una dicción espontánea, que te salga del corazón. De ti y



de todos los que vamos a leer, excepto de los primeros espadas, que sí conocen cuándo les toca hacerlo.

A mí me impone mucho eso de leer o hablar en público, ya desde mi más tierna infancia. Pero por Andrés haría lo que fuera, cuanto más leer dos páginas del Quijote, algo tan importante para él, más que ser el padrino de su primer hijo, si lo hubiera tenido.

-Mejor así, a quemarropa. Pasaré a la historia de los actos conmemorativos como el Moliere español.

-Al contrario, creo que debes tratar de disfrutar del momento único que vas a vivir. Piensa en que el más grande puso el alma, en una tarde serena, o en una noche de desvelo, en su alcoba o en la cárcel de Sevilla, para encontrar y ordenar unas palabras que tú, en ese momento que permanecerá para siempre, harás vivas para todos los que te estarán escuchando.

-Visto así, anima, pero es difícil pretender convertir en un momento íntimo y delicado una alocución pública ante personas serias y encopetadas.

-Grandes literatos y severos críticos. Barcelona ya vivió su momento glorioso de porte de una antorcha olímpica. Como fuego más vivo y duradero, pronunciamos las palabras de Cervantes en estos días.

Todo lo que decía era cierto y, dentro de su propia locura, además, esto tenía sentido. Siendo tan amigo suyo y conociéndole, comprendía su fijación y a la vez trataba de entender si el loco nace o se hace. Ignacio, un buen amigo nuestro, psicoanalista, nos había contestado muchas veces a la pregunta. Según él, Don Quijote no estaba loco, ni siquiera enajenado. Toda locura se reducía a una cuestión de normalidad: con independencia de nuestro ser, de nuestras motivaciones y nuestros afectos, se alza un criterio mayoritario que es el límite ajeno. Pero esa explicación dejaba fuera de la locura a todos, y a Ignacio sin trabajo.

Él explicaba que existía una causa que forjaba una lógica en Don Quijote, imposible de explicar para su entorno. Y no era posible que la lectura en una persona sana, pudiera haber desvaído su entendimiento. Por tanto, había un misterio cuyas claves ignorábamos, aunque, dado lo conocido, no se podía en rigor conceptuar a Don Alonso Quijano como un loco al uso.

Estos y otros asuntos *ex libris* eran recogidos por el acervo de Andrés, que

daba acogida en su archivo a toda cuestión que pudiera ser tocante al Quijote. No había doctorando sobre el tema que no recurriera a él, ni catedrático, artista, escultor, pintor, actor, director de cine o lo que fuera que, pretendiendo tratar asunto quijotesco no le consultara a él previamente.

Muchas veces pensé en qué hubiera sido de su vida si el Quijote no se hubiera publicado nunca, o se hubiera perdido como sucedió con algunas célebres obras, como ocurre con algunas de Lope, o en la película de El Nombre de la Rosa, donde se dice que se perdió la Comedia de Aristóteles. Pues, sinceramente, creo que Andrés, no sabría decirles cómo, pero lo habría llegado a escribir.

Pero el Destino tiene una fuerza que no podemos calcular ni prever. Es un poderoso pegamento o argamasa que une cosas que pueden encontrarse en mundos distintos y que quedan en uno para siempre. Como Andrés y el Quijote. Pero si no fuera así, la vida, que puede tomar muchas formas – infinitas- como Dominó en Carnaval, sin duda habría sido otra.

Y ahora, nuestro destino estaba guiado por la obra de un genio, que había caído en manos de otro y tras infinitas carambolas nos dirigía en aquel momento, bajando por las Ramblas a toda la velocidad que daba el faetón, hacia el Liceo.

El cuarto centenario de la muerte de Cervantes se celebraba en todas partes. Señaladamente, en Alcalá de Henares, pero también en Madrid, Sevilla, Valladolid y otras plazas que junto a éstas no dudaban en pretender ser las más llamadas según su fuero y Derecho a albergar como principal el honor de rendir tributo al más célebre. Y en eso, Andrés se llevó el gato al agua.

Con gran insistencia, rayana en la amenaza, importantes autoridades del Estado trataron de atraerse a Andrés a su terreno y ciudad, invitándole y agasajándole, ahora con cargos para halagar su dignidad, ora con dádivas y presentes que –creían- cambiarían su tenaz posicionamiento. Pero sólo hacía falta mirar su coche, ver las bocamangas desgastadas de su americana de tweed y su aspecto sencillo y desenfadado para entender que si le hubieran ofrecido los tesoros de Gizeh, él no hubiera pestañado. Su riqueza la llevaba bien en el caletre. Y en su bloc de notas. Para él todo era Cervantes, Laura, y sus amigos. No hubiera cedido y menos por dinero a lo que ni siquiera se podría haber llamado tentación. La principal efeméride se celebraría en

Barcelona, *nemine discrepante*.

En su tesis doctoral navegó con profundidad en la biografía de Cervantes y llegó a la conclusión de que, entre las pocas ciudades que citó Cervantes en su obra, a la única que alabó y rindió homenaje –al menos entre las españolas– fue a la suya, a Barcelona. Y Barcelona, sólo por esa razón, le debía devolver el homenaje. Andrés no entendía el lenguaje de la política ni tenía gana alguna de conocerlo. Él haría su homenaje, un homenaje de todos, sin excluir a nadie. Barcelona era *archivo de cortesía* y quien quisiera unirse sería bienvenido. Y tal fue la celebridad de la convocatoria, que el resto quedaron en meros actos convencionales pero sin la pompa del que tendríamos aquí. Y ello no sólo por Vargas Llosa, Reverte, Marías, etc, sino por el propio Andrés, que en materia cervantina era la autoridad por antonomasia.

Cuando llegamos a la puerta del Liceo las brigadas municipales de limpieza aún no habían acabado su cometido y los ujieres se aprestaban a vivir una jornada de recibimiento de ilustres, enfundados en sus levitas de librea, bajo chistera negra, con un atildamiento y esmero extremos, tanto en su uniformidad –desde la copa del sombrero a la punta de los relucientes zapatos– como en su gesto amable y atenta cortesía mundana.

Grandes cartelones anunciaban la efeméride, con gran aparato y colorido y con las imágenes y lugares comunes con que el acervo colectivo se ha nutrido para encarnar en figura e imagen lo que con tanta maestría dijeran las palabras: molinos y ventas, llanuras manchegas sobre las que un flaco hidalgo cabalgaba al paso algo adelantado al de un desmañado aldeano...

Ya en una tarbea principal con alargadas hornacinas que albergaban corpóreas estatuas de mármol nos recibió una becaria del Departamento de Clásicas de la Universidad, Mercedes Albiol. Mostraba ser enérgica y avezada, con ademán un punto altivo. Nos llevó hacia unas dependencias interiores en las que se había habilitado un despacho-biblioteca y en un trayecto de apenas trescientos metros que recorrimos con la mayor celeridad, puso a Andrés en conocimiento de cómo se habían ultimado los detalles. Después le propuso algunas modificaciones en la ruta del pasacalles.

Yo nunca había estado en el Liceo. En las escasas oportunidades que he disfrutado de estar en sitios de postín, y con perdón, lo primero que he hecho siempre ha sido ir al lavabo. Los del Liceo tenían mármol jaspeado en las

paredes y grifos dorados. Con toallitas pequeñas de ruso que se desechaban, arrojándolas a un cestillo que cerca de la pica estaba. Las lucernas que colgaban eran ricas y de araña, con una circunferencia tan grande que supuse que se habrían montado allí, pues por la puerta no cabrían. Hasta los pasamanos de la escalera eran labrado fino sobre madera de ébano.

-“Torrente Ballester ha enviado un telegrama disculpándose. No puede casi moverse de la residencia. Y Argensola ha dicho que si invitas a Requena no va a venir. Requena dice lo mismo”.

-“Llámales y les dices a cada uno que el otro asistirá. Verás cómo eso acabará siendo cierto. Pero intenta que cada uno lea una parte diferente”.

-No queda madreSelva para el decorado.

-En la casa de Castilla La Mancha dicen que el pisto de primero.

-¿Qué más hay?

-En el escritorio está el orden de las lecturas.

-¿Qué hay de los nochernegos?

Andrés, en medio de un silencio activo increíble, un silencio que permitía escuchar el bostezo de la seda de los trajes, del arrellanarse en las butacas, se dirigió a un auditorio en el que no había nadie, ni de pie ni sentado. Colgados de sus palabras, prohombres de la cultura y los negocios, políticos de rebajas, pero sobre todo académicos, profesores y muchos jóvenes estudiantes, se codeaban en el teatro con el arrobo que ningún otro genio consiguió agremiar en aquel Orfeo.

Saludó y agradeció, sincera y profundamente, pero con sencillez, su presencia al público:

“Vosotros sois los destinatarios únicos y universales de la mejor obra literaria que se escribió nunca. Desde su celda en Sevilla, Cervantes, genio preclaro, quiso dejar un mensaje que os dijera que lo más absurdo y cierto de la vida es que no tiene, en sí misma, ningún sentido. Y los que quisieron poner en el centro de su vida algún sentido, fuera de las ambiciones corrientes, fueron publicados de locos.

Este loco sólo supo esforzarse. Fue el más valiente y esforzado. No como héroe, sino como hombre creyente y consciente de su debilidad, matizada sólo por la pujanza que el amor que sentía le había de dar para arrostrar toda dificultad y peligro. Luchó siempre hasta el final. Dijo al único que lo venció en singular batalla que le quitara la vida, pues le había quitado ya la honra, pero que no traicionaría ni en *artículo mortis* a su dama, reconociendo existir otra más bella, pues eso no era cierto.

Yo no podría tampoco reconocer que exista en la arquitectura literaria universal edificio más bello que el Quijote de Cervantes. Y reto a quien tal pensare a que aquí mismo lo diga, pues bien le he de responder *urbi et orbi*".

El silencio se redobló ante estas palabras, que parecían desafío o maldición más que bienvenida. Pero ese era Andrés.

"Don Quijote sabía de su locura; sabía que su discernimiento de la realidad no era como el de las demás personas. Pero eso era necesario porque estaba al servicio de su causa última, del sentido que él había dado a su vida. En cuanto a sus medios, él no era cuerdo. Pero sus demás contemporáneos, siendo cuerdos en los medios, no lo fueron en los fines. Y así, el mismo Cervantes, mediatizado profundamente por los rigores de una existencia procelosa y que a los ojos de hoy podría considerarse traumática, entendió que su fin era y debía ser recoger y mandar ese mensaje a las generaciones venideras.

Si creísteis alguna vez en que vuestra vida tuviera sentido, si creéis que la belleza, la de las palabras en particular sea una fuerza bastante a mover el mundo, vuestro mundo, el más importante de todos, este es vuestro libro, esta es vuestra obra.

Pero igual que un objeto es visto de muchos ojos, sin que sea posible verlo con otros distintos a lo que lo hacemos, leed y entended por vuestra cuenta esta obra, así como el resto del arte y del mundo. Disponed vuestro sentido crítico al servicio de que ese vuestro mundo sea algo más que un mero existir: que vuestra vida sea un ser. Ser algo y serlo enteramente: vivir por entero, amar por entero.

De uno de los mayores enemigos contemporáneos de Cervantes, Lope de Vega, fue dicho que el no ser es el mayor mal. El tiempo de vuestra vida será mucho

mejor y no os dolerá poner un pie en el estribo si habéis viajado antes por regiones hermosas en vuestra cabalgadura”.

No había leído el discurso que llevaba en la mano. En el último momento y sin saberlo –eso me lo contó después- creyó que sería mejor dejarse llevar más por su emoción que atender a su conocimiento. Y fue así que interesó mucho su arenga a los presentes, a juzgar por las caras y comentarios de los que allí estábamos, y del enorme y prolongado aplauso con que respondimos a sus palabras, como una armonía de latidos de un solo corazón.

Eligió que fuera el Liceo, más que para dar lustre a un acto que pretendía próximo, emotivo y universal, para estar cerca de los barrios que conoció Cervantes cuando, una víspera de San Juan hacia 1.571 –antes de embarcarse hacia *la mayor ocasión que vieron los siglos-* y unas tres décadas después, tratando sin éxito de formar parte del séquito del Duque de Lemos, visitó Barcelona. Descartó de inicio la nueva ciudad que en esa época quedaba extramuros.

Pero es que Andrés además escribe. Muy diferente del estilo cervantino, que ni siquiera se propone seguir, pero es bastante ameno: yo diría –sin que él lo supiera, como espero- que está más próximo al estilo bucólico de San Nazzaro.

Don Octavio y yo jugábamos al ajedrez en un palco retranqueado sobre la horizontalidad de butacas, que nos abrigaba de la vista vecinal, pero siendo un buen descubridor para otear a bellezas tales que, de haber Cervantes sido contemporáneo nuestro, habría reconocido la pobreza del vehículo que es el lenguaje para pintar a lo vivo lo más granado de la mujer española.

Después tomaron la palabra algunos estudiosos del Quijote, mezclando en sus discursos, a partes desiguales, encendidos elogios con lugares comunes ya establecidos en el imaginario colectivo, y, lo que es peor, con pretendidas soflamas políticas sobre la libertad de los pueblos o qué se yo, que pienso nunca estuvieron en la intención del alcalaíno universal. Sea como fuere, los discursos dieron paso al inicio de la lectura.

En los primeros capítulos no quedaba un asiento libre. Los flashes de los reporteros gráficos no dejaron un pliegue de sombra en el escenario durante más de un segundo. Mediada la mañana, no quedaban más que unas pocas

filas completas, en su mayoría de personas que acudían como invitados por la Casa de Cervantes, hispanófilos venidos de muchos puntos distantes de la geografía de la convocatoria, en especial colombianos, antillanos y peruanos.

Fue entonces cuando, a una distancia de cuatro filas delante del paraninfo en el que yo jugaba al ajedrez contra Don Octavio, ocurrió. Quedaron grabadas a fuego cada una de las imágenes que se sucedieron entonces. Son las imágenes que mejor conozco, las que me acompañarán toda mi vida y las que recuerdo cada día con dulce intensidad. Son las siguientes: lentamente, ella se alisó el rubio cabello con las dos manos detrás de la cabeza. Lo llevaba sujeto con una cinta. Al hacerlo, giró un poco la cara hacia la derecha, y mientras susurraba unas palabras a su amiga, levantó sus hermosos ojos cardenillos a la vez que yo lo hacía, quedándose nuestras miradas en una. Duró tres, tal vez cuatro segundos, y de inmediato supe que era Ella.

Fue el momento en que todos los relojes se pararon.

Noté cómo se hacía presente en mí algo inexplicable que hubiera sido parte de toda mi vida. Fue como si una parte de mí hubiera encontrado algo de sí mismo que no recordaba tener y que ahora quedaba de nuevo entero y libre. Como si, de la forma más inesperada, la llave abriera un cofre con un tesoro de valor incalculable.

Se levantó de su asiento, seria pero con una media sonrisa nerviosa, y se acercó al atril en que la esperaba el gran libro. Ajustó el micrófono y leyó:

*“-Yo no podré afirmar si la dulce enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve y las partes que a la vista encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración*

*puede encarecerlas, y no compararlas...”*

La casualidad, pues las lecturas eran ya en ese momento aleatorias, había acompañado las cosas de tal modo que parecía quien leía estarse describiendo a sí misma. Y creo que eso es lo que pensamos todos cuantos allí escuchábamos atónitos, yo a la cabecera. Y aún siendo las palabras entre buenas, las mejores, la imagen excedía en mucho a la belleza de aquellas, fueran mil o millones, que nunca tuviera sentido el arte de poner cabe a sí a quien podía jugar con él y aún con el mundo entero, -del que decían que era sostenido por Atlas sobre sus hombros- cual si fuera un zarandillo.

Tal fue la impresión que me produjo que no fui capaz de hilvanar una jugada con un mínimo de sentido desde ese momento. El suegro de Óscar, que era un mediano adversario ajedrecístico, vio en aquello una liviandad quijotesca, aunque estaba lejos de conocer la auténtica razón a ello.

En el receso del mediodía, Andrés vino a buscarnos. Por suerte, le vimos tomar el tramo de escalera que llevaba a nuestro palco y tuvimos tiempo de esconder el tablero y los trebejos. Rendí a los míos, ante las escasas perspectivas en que mi juego alterado al verla había convertido la partida.

“¿Quién sería ella? Rondaría mi edad, más o menos. Podría ser catedrática o acompañante. Yo había visto esa mirada antes, más que verla había mirado en el fondo de esos ojos. No era un mero “me suena tu cara”. Tenía la sensación de saberlo todo sobre ella, cómo era el timbre de su voz, cuál su color favorito, su recuerdo más querido, el poema que se repetía para sí, cuando estaba sola. Y sabía que en ella no había detalle sobre mí que le fuera ajeno. Sabía cómo olía y la historia de la suavidad de su piel. Ella todo de mí. Era enteramente mía y yo era del todo para ella.

Noté esto con un cierto dolor, el dolor de comprender que Francesca vivía en un mundo al que no me era posible llegar, y no quise pensar más en Francesca.



## **Capítulo Octavo.**

*Siempre recordaría la primera vez, ya lejana en el tiempo, en que sus padres la llevaron al Circo. En el génesis de primeras imágenes de su galería consciente, ninguna otra había que pudiera fijar de una forma segura con anterioridad, ni siquiera su estreno como persona que había perdido una*

*parte del cetro de su pacífico reinado al iniciar el colegio. Esa semana había empezado a ir a la guardería y, al pasar a recogerla le dijo a quemarropa a su padre, con la convicción que da ser la que todo lo puede:*

*-Mañana no voy a venir a este colegio, me quedo en casa.*

*El tono no admitía apelación, y el padre, en el primer caso en que su hija sometía a juicio paterno llevarle la contraria o quedar en una posición comprometida de debilidad, acertó a reaccionar de una manera que crearía un precedente que, ahora ya la chica una hermosa mujercita, había devenido una tradición entre los dos.*

*-Claro, Princesa, te llevaré a otro colegio que te gustará mucho.*

*Así que ese mismo día fueron sus padres con Selegna al Circo. La niña se quedó fascinada cuando el refulgir de las luces rompió zigzagueante el cielo negro entoldado del escenario, se ilusionó con las acrobacias, rió de buena gana con los payasos, a quien tuvo tan cerca que pudo rozar sus ablusados pijamas de rayas anchas, blancas y azules, y ver sus abarcados zapatones doblándose por su mismo peso contra las tablas del semicírculo. Las fieras no la asustaron, había visto otras iguales en el Zoo, y aunque el Señor de bigote y dormán damasquí con alamanes dorados le pareció adusto cuando hacía cara a las fieras rebeldes para volverlas a la jaula, como le recordaba un tanto –en valor o imprudencia, por aquello de las fieras- a Papá, creyó que sería bueno también.*

*Pero voces maldicientes y conocedoras del fondo de la verdad, tan poco útil algunas veces a la Historia, no faltarían que dijeran que el parecido del padre era más con los acróbatas –por sus triples saltos mortales sin red para salir adelante de tanto peligro-, al faquir –experto en trágalas con espadas dobladas- o el payaso, por su capacidad de reír contra todo pronóstico.*

*Mientras la niña comía unas palomitas en el entreacto, no podía imaginar que lo que pasaría unos minutos después cambiaría su vida para siempre. El escenario volvió a quedar en la penumbra, como al principio. Una música como de rondó veneciano, vero allegro, precedió a la salida de un hombre vestido de frac negro con pajarita y chistera del mismo color; faja escarlata y camisa impoluta, blanca. Cuando el mago quedó en el centro,*

*bajo la luz del enorme foco cenital, una salva de aplausos unánimes lo recibió, en tanto que la música iba asordinándose, hasta apagarse como un eco lejano que se va.*

*Volteando la varita delante de los propios ojos de la niña, apareció un ramo de flores. La pequeña se entusiasmó, absorta, suspensa y maravillada, viendo cómo de una forma consecutiva, de entre los pliegues de la capa aparecían palomas que, al arrancar a volar se volvían confeti; de la chistera saltó un conejo que ella pidió a Papá que fuera a buscar, y del bolsillo de otro niño del público sacó metros y metros de un pañuelo de seda estampado con el nombre del niño.*

*La dificultad de los números del prestidigitador fue aumentando progresivamente, pasando de adivinar el pensamiento del público a través de una carta que enseñaba a los demás, a hacer aparecer un objeto escondido por su ayudante, en el sitio que una persona del público cualquiera eligiera.*

*Para realizar el número final, que consistía en hacer desaparecer a alguien, solicitó un voluntario del público. Selegna no lo pensó dos veces, estaba en uno de los palcos de la primera fila y no miró atrás para ver si alguien quería salir; no le preguntó a sus padres si podía, no levantó la mano.*

*-¡Vaya! Por nada del mundo haría desaparecer a una chica como tú. Si me saliera mal el truco y no puedo conseguir que vuelvas a aparecer es imposible que encontremos una niña tan guapa que te sustituya.*

*Los padres sonrieron a la alocución del ilusionista, entendiendo que era un subterfugio para conseguir que la niña se asustara y dejara paso a otro voluntario para el truco. Pero era más una esperanza paternal que la certeza sobre cómo era su hija cuando ella le dijo al mago que quería desaparecer y que él, como era tan buen mágico, sin duda conseguiría hacerla volver nuevamente.*

*De nada sirvieron las miradas confusas del padre, ni el ademán de la madre para levantarse y hacer volver a la niña. Ya era tarde. El mago se había acuclillado a su lado y le dijo que si salía bien el truco le pediría lo más valioso que nunca podría haber conseguido desde que actuaba en los escenarios: que ella le sonriera.*

*Le pidió a dos voluntarios que examinaran un baúl desmontable y él mismo lo exhibió, blandiendo las baldas a la vista de las primeras filas de asientos. Después ayudó a la niña a sentarse dentro, lo cerró con cuidado y dijo unas palabras mágicas.*

*Al preguntar tres segundos después si había alguien dentro, nadie contestó. Los trucos de magia generan ilusión, sorpresa y una gran emoción en el público. Pero la que produjo en el corazón de los padres fue de un gran sobresalto pues, aunque eran conscientes de que estaban en un circo, asistiendo a un espectáculo para niños, en ese momento no se podían persuadir de que el ilusionismo consiste en hacer creer a los ojos algo que apodícticamente no puede ser cierto.*

*La madre fulminó con la mirada del “ya te lo dije” o “yo esto ya lo sabía” al no menos turbado padre. Pero el ilusionista, también un buen actor, dijo unas palabras después de volver a cerrar el baúl. Al abrirlo, se redobló la inquietud de los padres, que ya empezaban a preocuparse seriamente. El mago simuló haber olvidado las palabras precisas para conseguir que volviera, pero un niño del público se las recordó. Tras una desaparición de apenas un minuto y medio, la niña volvió a salir, sonriente, del baúl, picando ella misma en sus tablas. Nadie pudo descubrir el arcano, pues el baúl estaba ciertamente claveteado. El padre, al acabar la función subió al escenario y comprobó por sí mismo que no existía ningún doble fondo.*

*Selegna siempre explicó, y aún de mayor esa fue siempre su versión, que durante unos instantes ella había estado en alguna parte en la que sólo se veía un cielo estrellado y muchos planetas y que había estado como volando entre ellos.*

*Terminada la función el padre se acercó a los payasos, con quienes se había concertado antes de entrar, y ellos les salieron al paso y le dijeron a la niña que si quería volver tenía que ir cada día a su colegio, para poder volver a ese otro del circo, que también sería el suyo mientras ella quisiera.*

*Al lunes siguiente, la niña fue la primera en despertarse, se acercó a su padre que aún apuraba los últimos minutos previos al timbre del despertador, acercando su carita a la mano estirada cerca de la mesita de noche.*

*De aquello le quedó una gran ilusión y creencia en lo mágico que deparaba la vida, que ella no achacaba a un truco sino propiamente a lo apodíctico que le parecía la existencia de la magia per se, sin engaños. Y la ilusión por luchar por cualquier meta que le conllevara felicidad.*

*Entreoía su voccecita, mientras las últimas ensoñaciones de la mañana iban abriéndole el camino del nuevo día:*

*-Quiero ser la primera en llegar al colegio. ¿Hoy van a venir los payasos y el mago? Venga, Papi, levántate ya y acompáñame.*

*La niña se encalletró en ser la mejor estudiante para conseguir ir tanto como fuera posible al circo. Y todos los días y cada uno más que el anterior, la ilusión de padre e hija por levantarse pronto, desayunar juntos y salir cogiditos de la mano hasta, en los primeros años la guardería y más adelante el colegio, fue de más a más. Ella no perdía ocasión en esmerarse todo lo posible en estudiar y ser aplicada, pues el padre la llevaba, siempre que le era posible, al Circo. No hubo Carnaval en que la niña no se disfrazara, esta vez de payaso, de mago a la siguiente, de acróbata otras. Llevaba su nariz de payasita en el bolsillo de la bata del colegio y cada año, para Reyes, pedía juegos de magia con los que ensayaba trucos e inventaba otros nuevos con los que amenizaba muchas celebraciones familiares.*

*La vida del padre nunca fue otra que la de ver crecer a la niña. Intentó aislarla siempre de todos los abrojos y espinas de la vida, arrancándoselos de delante con sus propias manos desnudas cuando fue necesario. Inmerso en su única convicción inamovible, nunca pensó que hubiera algo mejor en lo que ocuparse, otro sueño que mantener y alimentar ni otra causa más alta para sus aspiraciones. Él no iba a trabajar: iba a procurar lo que necesitara la niña; no hablaba, formulaba frases, palabras y pensamientos que fueran para mejor provecho y enseñanza de la pequeña. Cuando quería comprarle algún regalo, que era cada día, todo le parecía poco y bajo para ella. En los cumpleaños, fiestas y celebraciones, temía que nada de cuanto hiciera fuera bastante a complacer a su hija, aunque no era así, porque la niña veía que su padre sólo vivía para ella y que todos sus planes eran sólo para que ella fuera lo más feliz posible. Y lo fue siempre, y lo hubiera sido igual sin todo aquel aparato, máquina y artificio que el padre, con todo su esfuerzo que a él nunca le pareció tal, tejía para ella.*

*La nena fue siempre muy estudiosa y aplicada, mostrando un ingenio y una claridad de pensamiento que nunca la desdijo de las primeras pruebas de despejo que dio a todos cuantos con ella trataban y comunicaban, llegando a ser una real y preciosa mocita, haciendo perder el nombre de maravilla a otras siete y aún a otras siete mil que hubieran en el mundo querido llevar un nombre que sólo para ella podía ser; gloria de su casa y de donde estuviera y locura y fiesta del suelo que pisaba, haciendo caer a su paso, de haberlo querido, las más altas montañas y elevar, desde las mayores profundidades, cualquier abismo hacia lo más alto.*

*El padre la llevaba, sin faltar una sola vez, al circo siempre que le daban las notas. Tiempo adelante, se unieron a la tradición amiguitas del colegio, algunos familiares u otras personas, pero sin que padre e hija fallaran jamás a la cita.*

*Casi trece años después, la jovencita esperaba, con la misma ilusión de cada vez, el ruido de llaves detrás de la puerta de la entrada para poder correr hacia su padre y enseñarle las notas. Con no menos ilusión casi no acertaba el padre con la cerradura, ansiando el momento tantas veces repetido.*

*Cuando niña, el padre le hablaba como a mujer, y ahora que despuntaba como tal, le hablaba como si apenas arrancara su infancia:*

*¿Cómo está la Princesa más guapa del mundo? Date cuenta de que eres tan Princesa y tan tú, que eres la única que lo es por guapa y no por ser hija de un Rey, que yo no lo soy, ni falta me hace que contigo, hija, lo tengo todo y quien lo tiene todo no puede querer nada más.*

*Y era cierto, el hombrecillo sentía y pensaba tal y según decía. A otros les hubiera parecido muy corriente tener una hija, o resignado vivir para ella. Pero a él, muchos años después, ya viejecito, se lo llevaría Dios consigo, despidiéndose de la vida pronunciando el nombre de su hija, igual que cada día, sin faltar uno solo.*

*La chica se le acercó, muy ceremoniosa y le dijo que el mejor padre del mundo lo podía ser fuera como fuera la hija. Después de sus protestas fingidas de amantes que tratan de competir en la pujanza de sus halagos, cerraron la cuestión dando unos pasos de vals, al compás de la música*

*imaginaria que sonaba entre ambos y del tararí que canturreaba el padre, y en los que éste, como si le viniera de nuevo, verificó que su pequeña le llegaba, y no era poco, por encima de la barbilla.*

*Repasaron juntos las calificaciones, que mejores no podían ser: no había nada en que la chica pudiera mejorar y el padre lo sabía hacía mucho tiempo.*

*-Tengo que darte una noticia que no sé si te va a gustar, papá –dijo, apianando la voz y poniéndose seria.*

*Antes que una leve sombra que subía por la garganta y le resbalaba ya por los labios, de incredulidad, por lo inesperado, le modulara la expresión al padre, la niña, viendo que, como en el primer día de su recuerdo no había perdido su capacidad de conmover ni sorprenderle, estalló en una media risita.*

*-Vas a tener una hija Doctora. O al menos, voy a intentar llegar a serlo.*

*La noticia, no por esperada, restó un ápice de euforia y complacencia infantil en el padre, que casi saltó del sofá y encinturando a la hija se volvió como loco de felicidad, pues siempre había deseado que la niña estudiara Medicina.*

*Atrás quedaban las sevicias conyugales, daba por bueno todo el sufrimiento, viendo la coronación de lo que tanto había ansiado: el ver a su hija ser dueña de su propia vida. Había mucha sordidez y mucha inmundicia debajo de las alfombras de su existencia, pero nunca dejó entrelucirlo para que su hija no sufriera.*

*Papá se moriría sin haberle explicado a Selegna que su Mamá iba a ser Rosa, pero ésta murió poco antes de casarse. Rosa tenía una hermana y las convenciones sociales de la época, en un levirato inverso, azocaron a su padre a casarse con su Mamá. Papá no quería a Mamá, pero era la hermana de su novia, y pensó que podría llegar a quererla algún día, aunque no fue así.*

*Mejor ojo iba a tener la chica con los enfermos que con el desvencijado matrimonio de sus padres, edificio que si no se había venido abajo al menos en su fachada, era por no dar pesadumbre a la hija. Sufría el padre, penaba la madre y todo era un sinvivir hasta que viniera Dios a arreglarlo.*

*El padre le tomó a la hija la cara entre las manos y le costó mucho trabajo contener la emoción cuando, mientras paseaba la vista por sus ojos, sus pómulos, sus mejillas, su pelo le dijo:*

*-Cuando tú seas Doctora la gente dejará de decir que hay tres cosas en la vida: salud, dinero y amor y dirá que no hay dinero bastante en el mundo para pagar el amor con el que cuides de su salud.*

*Se abrazaron nuevamente, retomando el vals en el punto en el que lo habían dejado, disputándose con los últimos rayos de sol la presencia en las baldosas de su salón improvisado de baile, hasta que el timbre de la puerta puso fin a sus evoluciones.*

*Era Paco, un compañero de su padre, también Ingeniero de Caminos, que le venía a buscar para llevarlo al Puerto, donde debían revisar una draga que hacía días les estaba dando quehacer.*

*-Hasta esta noche, Doctora.*

*-Adiós, señor Ingeniero.*

*Si le dejas, la vida te irá despojando, una a una, de ese tesoro de cosas importantes que puso a tu alcance, en germen, al nacer, si ve que no las riegas y cuidas cada día. Como el tiempo que se va. Y te entregará esas otras que son palenques tras los que se ocultan las personas mayores para no sufrir la pérdida de la ilusión que se fue u olvidarla.*

*Lucha, preciosa. Por ti y por mí. Aunque te parezca a veces que la vida te cubre de caligene los caminos, tu luz disipa toda tiniebla. Ten ojos para mí, aunque no me veas; escúchame aunque mi voz sea inaudible para ti. Sólo así estaremos cerca.*

*En un espectáculo de magia prodigioso, en el que supongamos que un hombre entrara en una caja, fuera troceado en partes que se separaran a una distancia en la que fuera imposible que su vida continuara, los adultos tratarían de entender en qué pliegue de la apariencia de un hecho objetivamente imposible se escondería la explicación del truco; los niños se entregarían a la fascinación, sin preguntarse cómo era posible, por entender qué era lo que para los mayores no podía ser. La magia es la contravención de las leyes físicas, pero cuando se conoce un truco deja de ser tal y se convierte en un engaño, en una mano más rápida que el ojo, en distraer la*



*atención para que algo que parece importante oculte lo que realmente lo es.  
Así sucede en la vida real, en la que lo banal encubre y distrae de lo  
trascedente.*

## **Capítulo Noveno.**

A una primera fase de lecturas siguió el descanso para la comida, que fue en un gran ateneo cercano. No probé mucho de aquellos mejunjes que me pusieron delante. Si algún defecto le encuentro al Quijote es precisamente la descripción que, de lo que comía el buen hidalgo, hizo su autor. A mí eso de las lentejas los viernes, el palomino de añadidura, el salpicón más de vaca que de carnero, los duelos y quebrantos y demás no me convencía. Tampoco las espumas ni ollas podridas de las bodas de Camacho. Así que opté por arrimarme a un buen queso y a unas migas con uvas, acompañadas de un pisto manchego y de unas yemas de postre. Como sabíamos que a Andrés vendría a felicitarle todo el mundo, Octavio, Claudia, Ródenas, Carolina y yo nos retiramos discretamente a un ala del ateneo próxima a los veladores.

Creo que Cervantes nunca pudo imaginar que lo que escribía junto a su brasero, en Sevilla o en su casa de Valladolid sería más real que la propia ley de la gravedad o el principio de Arquímedes.

Después de alzados los manteles, nos dimos al pasacalle, pintando al vivo y con toda profusión el discurrir de Don Quijote por nuestra ciudad.

Era maravilla ver el primor de labores en los atavíos: dijes velando con recato el pecho de damas cortesananas calzadas con chinelas; otras con los cabellos sujetos en una redecilla; ceñidores en los sombreros, los hombres;

escarapelas en los suyos las damas; otras con cofias de hechura castellana. Mujeres recostadas sobre almohadones al uso turquí recibiendo el paso de la comitiva y músicos tocando antiguos flautines cuya dulce música hubiera sido bastante a detener el paso del ingenioso manchego como lo fue a quienes componíamos el cortejo; otros, timbales cuyas cajas, en la estrechez de la calle daban un toque militar a la jácara; quien con chirimías recreaba las silvas pastoriles. Y hombres con sables al cinto, en talabartes de tafilete.

Iban todas las mujeres ataviadas, con mantos recamados y trajes con labor de randa, con calzados de época y prendas de sobrevestido algunos caballeros precavidos.

Ruábamos, tardeándonos por mera complacencia y por cumplimentar al fervor popular que se deshacía en vítores, por calles de otra época.

En el edificio abalconado que hacía frente a la llegada de la comitiva, vi, asomadera, disputando su belleza con el mismo sol de la tarde, a la misma que horas antes había leído la descripción de Dulcinea, apoyados los codos en el antepecho.

Una rica berta sedeña volviéndole el cuello le adornaba el vestido de fernandina blanco ceñido con un tejillo. Le asomaba entre los barrotes el pie chico calzado de borceguí con las tiras de los cordones cruzando en ascendente hasta el remate en un pequeño nudo trasero. Llevaba unos broquelillos diminutos como almendrillas, al parecer de diamante en los lóbulos, sobre los que vi refulgir la luz apacible de esa tarde única al apartarse el cabello entre sus dedos.

En la celebración a la efeméride que diseñó Andrés hubo todo cuanto pudiera pedirse a un homenaje de tales alzas. La representación callejera tenía más lienzos y bastidores que Corpus, colgados de los balcones. En la plaza de la Mercé se había construido un pequeño entrecielo a propósito para amortiguar la luz de la parada. De los salientes de las ventanas se sujetaban motivos de la época.

Era tal el jabardillo de gente que se arremolinaba en la plaza que, de no haber estado el real enclavado, hubiera sido difícil conseguir acceder al acordonado.

Mientras tomo notas de todo esto, pienso que mis palabras, toda mi creación,

no se las debo a un genio que nunca tuve, sino al profundo sentimiento que me inspiró verla. Eso no se entrena ni se prepara. Podría haber seguido leyendo toda la vida y ser un enorme torpe frente a un papel en blanco. Y no digo que escriba bien; sólo digo que ahora, al menos puedo escribir.

Imbuido del espíritu cervantino y aderezado con el atrezo que de su época le era propio, el pasacalles en la bella tarde abrileña recorría itinerarios de los respectivos viajes a Barcelona, que autor y caballero andante habían trazado.

El agradecimiento popular de una ciudad poco dada a proclamar a otros héroes que los que con su esfuerzo habían elevado edificios sólidos, bellos y permanentes, devolvía en loores el honor con que el insigne había reconocido a Barcelona como archivo de cortesía, patria de valientes y hospital de desamparados. Estaban los balcones engalanados con orlas, artesonados, flores, banderolas y gallardetes.

Al paso de la comitiva lanzaban los transeúntes salvas y vivas espontáneas, mostrando su admiración y aplaudiendo lo esmerado de la puesta en escena, lo rico de los trajes y lo elegante y acertado de la música. Era tal la apostura de los figurantes que hubo quien quiso, a despecho de las autoridades municipales, despolitizar el acto y bajar del carro victorioso a quien sólo buscaba una imagen para adornarse en el esfuerzo y dedicación ajenos. Pero aquello era una fiesta de todos, sin distinciones de clase y con carácter marcadamente popular.

El trayecto atravesaba por la calle dels Escudillers, sempiterna guarida de asesinos y detectives de la novela negra barcelonesa, pero ese día tomada por músicos, caballeros, damas y sólo asomaban los blancos de las espadas y celadas, el cordobán de las adargas, terciopelos, vellones de los vestidos y calzas; fusta de los chapines a medias cubiertos por las basquiñas, y otras suertes de adherentes propios de la condición y del armario de caballeros y damas de la época que representaban en su mayor parte estudiantes de grupos de teatro y músicos que tocaban alegres instrumentos al paso de los estandartes.

Al finalizar el acto, y al otro lado de la comitiva vi de nuevo a la mayor belleza que ojos humanos tuvieron la ventura de descubrir, y fueron, claro, los míos. En toda su lozanía, estaba de nuevo ella. Esta vez vestida con unos jeans ajustados de color rosa, con finas hileras de pedrería bordadas a la

altura de las caderas y blusa blanca de media manga de vuelo, que dejaba ver antebrazos de piel trigueña y fina; y ribetes de encaje fino, con dibujos de arabesco en los bordes. Los zapatos eran de suela espartaña y lona de color crudo, en dos tiras cruzadas sobre el empeine y adornos de bisutería minimalista, a juego con los tonos de la de los pantalones. Llevaba, como dije colgado del cuello, una lunecilla de oro con unas letras que no alcancé a leer con mis prismáticos, porque no pensara que le miraba el pecho. Siendo yo el que lo diga, que casi tropiezo al andar por la calle porque no me fijo en nada, no dirá quien lo lea que no puse mis ojos bien en ella.

Fue un día de grandes emociones. Le pusimos el cierre cenando en la casa de Castilla La Mancha, junto con algunos fieles a lo de Valdeiglesias. Cuando nos aprestábamos a descender a los infiernos literarios de las bodegas de mayor empeño y suerte cercanas al Paseo de Colón, busqué a Andrés, pero no estaba. Nadie me supo dar razón de él.

Después de brindar por las mujeres que nos obligaron a tomar alguna vez la pluma –y debieron ser muchas, por el frenético y constante choque de vidrios– y gracias a las que algo quedará cuando nadie nos recuerde ya, un eminente escritor boliviano, tal vez el mejor conocedor de la obra del gran Carlos Fuentes, fue quien formuló el enigma, dirigiéndose a mí:

–“Mire, joven, desde niño estoy encerrado en el túnel de los malditos, y en las pocas veces que salgo de él, veo espíritus allá donde voy, como los vieron mi padre, mi abuelo y todos los de mi familia. Y le puedo decir que hoy he visto cómo unos hilos le movían a Usted. Hay una mujer que puede que no sea quien Usted piensa. Usted vive en unos ojos verdes y unos ojos verdes estuvieron desde el principio mirándole y no dejarán de verle nunca”.

Cuando me dirigí a casa escoltado entre las nebulosas con que mi pensamiento envolvente había decidido que el día que quedaba atrás era el primero de una serie de todos los que habían de seguirle, pues claros eran y bastantes los signos de que la intuición parecía servirse para tomar por asalto el edificio que, mirando durante toda mi vida a otra parte, nunca creí tener tan cerca de mis alcances, al haberse apartado al fin la niebla con que mi indiferencia y el voluble y caprichoso azar lo cubrían.

Ajenas –o si no lo eran, ocultándolo con admirable temple– las primeras gitanas a quienes tantas tardes vi en el mismo sitio pero nunca tan a primera

luz, ya iban colocando sus puestos con rosas en la calle. Por una vez ninguna quiso decirme la buena ventura; ni siquiera me pidieron una moneda a cambio de ofrecerme el consabido consejo de que mi suerte me esperaba dentro de un limón y saldría a mi encuentro si, al llegar a casa lo cortaba recordando sus palabras. Tal era la opacidad de la fuerza en que mis propios pensamientos, a la vez que me ensimismaban a mí propio hacia un estado de entera renovación vital, me apartaban hasta tal punto del resto del mundo al que había estado sometido hasta entonces, que ni las mismas gitanas parecieron advertir mi presencia.

No sabiendo de Andrés durante horas, creí aparición y no realidad verlo sentado en el suelo –durante los días de la efeméride me ofreció quedarme a dormir en su casa- y vestido con un camisón que nunca le vi antes y un gorro de no dormir de borla, leyendo ensimismado el Quijote de Doré.

Sólo me dijo estas palabras:

-Arriaga, el heraldo de las voces del más allá, el que conoce a Artemio Cruz tanto como yo a Don Quijote me lo ha dicho durante la cena y por eso he vuelto porque quería pensarlo a solas: *“en la primera semana de este Octubre, verás tu propio reflejo en los ojos negros del serafín, en hábito de mujer”*.

Es conocido que en las bodas de Canaán, Jesucristo hizo del agua vino. Y no es menor milagro ver lo que a su vez, en algunas ocasiones ese vino obra en quienes le toman la medida y aún la pasan. Pero Arriaga –lo supe después- tenía razón. En este segundo de mi vida en el que todo va a decidirse, mientras camino hacia ella en este vestíbulo de aeropuerto que parece no acabarse nunca, viéndola a ella sonriente mientras agita su mano para que sepa que está allí, aunque nadie ni ella misma pudiera saberlo tanto como yo, sólo me falta calibrar cuán infalible sería el oráculo del ensayista boliviano y cómo demonios entonces pudo saberlo.

## Capítulo Décimo.

Cuando Dios creó el mundo tuvo muy en cuenta que aquel 23 de Abril de 2.016 sería uno de los más señalados, por la coincidencia de la Diada de Sant Jordi con la efeméride cervantina, haciendo recaer todo el honor en Barcelona, y remarcando con mucho su carácter de ciudad, en tantas cosas, Eterna con toda propiedad. Y es que nunca como ese día, en ninguna otra fecha ni en ningún otro rincón del mundo se dieron cita toda la belleza, poesía, encanto, gala, palabras, miradas, sueños, suspiros, agradecimientos, rosas y libros como allí.

Yo sabía dónde encontrarla. Sant Jordi siempre había sido un día muy especial para mí. Por mi actividad de editor obviamente era una época efervescente para presentaciones, publicaciones, eventos, actos, certámenes literarios y toda clase de celebraciones. Pero además, yo acostumbraba a llevar la rosa a mi madre, a mi abuela y a Francesca. Las de mi otra abuela, desde que marchó y mi hermana, desde que fue a vivir a Francia, se quedaron, sin cortar, para siempre en el jardín que yo cuidaba cada día esperando a que volvieran por ellas.

Ese día me levanté más pronto, me afeité y me puse mi mejor traje. Sólo pasé por el despacho para llevar su rosa a Francesca y le dije que si quería podíamos ir a comer juntos. Ella me había comprado "*El amor en los tiempos del cólera*" y siempre le agradeceré que lo hiciera, pues para mi es el mejor libro del mejor de nuestros contemporáneos. Pero no sólo por su calidad, fuera de toda duda y por encima de todos los patrones estéticos imaginables, sino por la defensa de la tenacidad, de la elegancia, pulcritud y valor para reforzar la divisa de la Caterna de que moriríamos luchando, si era preciso. Los que soñamos con morir luchando no hubiéramos aceptado otro final sin resignación. No había miedo al dolor físico, ni a dejar asuntos pendientes, ni a qué nos encontraríamos detrás del muro que ocultaba la mayor oscuridad. La lucha no entendió nunca de esas cosas.

Yo le regalé “*La sombra del ciprés es alargada*” pero le recomendé que supiera leer al mejor español contemporáneo entre líneas, entendiendo que a los veintiséis años y en la primera novela de alguien, por bueno que fuera, había que entenderle un cierto planteamiento de abandono o hasta nihilismo.

Quedamos para comer en el “Cielito Lindo”.

Después de llevar la rosa a mi madre y a mi abuela y asistir a una presentación breve de la editorial, me dirigí al Liceo. Supuse que allí la encontraría y así podría entregarle la rosa. Sabía que a mí me tocaría leer y le compré una buena rosa, que hice guardar a la entrada, en el guardarropía.

Me encontraba especialmente tranquilo pese a que sabía que tenía que leer, para un auditorio a rebosar, cuando a mí me causa espanto dirigirme a más de tres personas a la vez. Pero había que dar el paso por Andrés.

Había sendas pantallas a cada lado del proscenio en las que se veían los nombres, por orden, de las siguientes diez personas que leerían, para permitir una mínima y segura coordinación en las lecturas. Cuando vi el mío y supe que en menos de una hora debería principiar mi lectura empecé a prestar más atención al relato quijotesco, y menos a Selegna que, en el mismo sitio que en el día anterior, allí escuchaba. Cuando salí, empecé a leer:

*«¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido o asado, limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra».*



Al salir a la calle, la vi sentada en una terraza con otras personas.

-Los dos hemos leído sobre la misma persona, tú ayer y yo hoy. Pero no sé cómo te llamas en realidad, Dulcinea. Se lo dije mientras le daba la rosa que había tomado del guardarropía del Liceo.

-Selegna. Muchas gracias por la rosa.

-En ella se contiene a su vez un libro, porque el lenguaje de las flores precisamente se inventó para que, habiendo como ahora otras personas delante, pudiera haber comunicación sin necesidad de palabras. Por eso te traigo esta rosa, como es costumbre de mi tierra, y si la escuchas atentamente, a solas, ella te dirá lo que, no habiendo nadie delante, yo mismo te diría.

-Ahora no vivo aquí pero también soy de Barcelona. Estuve viviendo aquí hasta los diecisiete años. Y aunque voy a escuchar lo que me diga la rosa, por si acaso se quedara sin palabras o aún diciéndolas hermosas, yo preferiría escucharlas de ti, aunque un poco más tarde.

-Algunas llevan esperando muchos años a que las escuches.

Como en el día de Sant Jordi es clásico que se pueda extremar algo la galantería, dándose licencia a escenificar o sobreactuar en algunos aspectos sobre cumplimentación a otras personas, sin que por eso nadie lo lleve a mala parte, imagino que entre quienes allí estaban nadie tuvo que quedar muy sorprendido de esta conversación, puede que porque no se hizo ningún silencio para escucharnos, si no que nos mantuvimos en un cierto aparte.

Así fue que quedamos en vernos después, al acabar las lecturas.

Llegué un poco tarde al mexicano. Francesca estaba bebiendo un refresco y leía algo impaciente el libro que le había regalado esa mañana. Le pedí perdón y ordené al camarero que me trajera cualquier cosa. Ella se pidió una escalopa. Estaba muy callada y seria.

-Te veo muy contento. ¿Quieres contarme algo?

-Mira el nudo de mi corbata –le dije extremando la sonrisa que casi me achataba el rostro- como haces siempre. Tú la hechicera, la adivina, la zahorí que todo sobre mi sabe...

-Pues parece como que te hubieras quitado un peso de encima y te hubieras

llevado además una gran alegría.

-Ya he hecho mi lectura del Quijote.

-¿Y sólo por eso estás tan contento?

La superior capacidad de Francesca para saberlo todo sobre mí era tal –o a mi me lo parecía- que yo creía que se complacía en jugar conmigo al gato y al ratón, acorralándome con preguntas cuya respuesta conocía mejor que yo. Casi era yo el que jugaba, pues en realidad cuando no sabía bien por qué estaba feliz o triste, ella me lo diría sin riesgo a equivocarme en mi propio examen de conciencia.

-La vida es demasiado hermosa como para no estar contentos cada día. Y hoy más que ningún otro día.

-¿Y por qué hoy?

Dudé en contestarle. Con Francesca nunca había tenido ningún secreto, lo sabía todo absolutamente sobre mí. No me hacía falta reelaborar ni formular excesivamente mis pensamientos con ella, se lo contaba todo. Pero por primera vez, mis confidencias versaban sobre una mujer. De las otras jamás le dije una sola palabra porque en realidad no había nada que contar, más que un principio y un final tan cercanos que me hubieran hecho parecer ante ella, una y otra vez, el descarriado e incorregible pero también infortunado que en realidad siempre fui. Ella supondría lo que quisiera, pero nunca preguntaba. No le hacía falta.

Me sentía como un gran traidor, sin saber por qué. Yo sabía que poco me había de favorecer hablarle elogiosamente de otra mujer, pues a mí me parecería una grave desconsideración, a no ser que se hiciera con una persona que nunca podría calzar el mismo zapato que aquella Cenicienta de la que le hablaras, por ejemplo, si se lo cuentas a tu hermana.

Pero sopesando las cosas aún de una forma muy superficial, si hubiera sido posible, yo hubiera querido sin ninguna duda hablarle a todo el mundo de Francesca, incluso a ella misma. Y poderle decir realmente lo que sentía por ella. Y eso me descabalgaba de mi determinación firme por otra parte de confiárselo todo, porque en lo más importante, aún con razón para hacerlo así, silenciaba la verdad. Y así me dominaba un instinto de último caso, tal vez porque lo que mi razón consideraba un imposible, algo en mí quería pensar

que existía una esperanza que me ordenaba que no me abriera a contarle nada sobre ninguna otra mujer, para así no ver apagada definitivamente la leve llama de esperanza que deseaba mantener encendida para nosotros dos. Pero precisamente por eso Prometeo fue castigado por Zeus, al pretender conservar el fuego en una cañaheja, para dárselo a los hombres. Así pretendía yo ocultarle el fuego a Francesca sin comprender por mi ingenuidad que nada se hace tan manifiesto como lo que tratas de hurtar al conocimiento de a quien adoras.

Tampoco ella me había hablado jamás de ningún hombre y yo tenía pánico a pensar que pudiera haber alguno. Creo que si me hubiera dicho alguna vez que salía con un chico me hubiera costado superarlo. Porque racionalmente sería lo más normal y yo quería lo mejor para Francesca, pero aún así me hubiera dolido mucho. Y más me dolía no poder ser yo.

Y si no fuera tan importante para mí, hubiera llevado las cosas adelante, pero precisamente por miedo a hacerle daño era que jamás siquiera le dije una sola palabra que pudiera entenderse de amores entre los dos, ni un leve flirteo. Cariño, amistad, interés, ternura.... Todo eso sí, pero sin un trasfondo de realización del amor que confunde en uno solo a dos caminos hasta perder el rastro originario de cada uno y ser el mismo ya.

Por ello no supe qué decir. Traté de los lugares comunes del día de la Rosa y del Libro; de las novedades editoriales, del programa del cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes... Pero nada nos distraía de la primera pregunta. Y yo seguía sin contestar.

Nunca hasta aquella tarde le vi esa sonrisa triste, aderezada de tan pocas palabras, las manos jugando nerviosamente con la punta de la servilleta. Le pregunté si quería acompañarme a algún parque a pasear. Me dijo que tenía que ir con su madre al médico. Vi brillar en el fondo de sus ojos el destello breve pero indudable de la lágrima que no asomará hasta que desaparezca de delante quien la hace salir.

-Sólo una última pregunta: Si mañana me hiciera misionera ¿me recordarías dentro de unos años?

-Tu misión está aquí, Francesca. Pero aunque te vayas nunca te olvidaré.

Pasé el resto de la tarde intentando mantenerme entre la esperanza de que a

Selegna se le hubiera desleído el color de la rosa que le regalé a fuerza de aspirar su aroma, y el sinsabor de saber que nunca conseguiría tener la suerte bastante para dar un salto hacia el mundo de Francesca.

Viendo a tantos dichosos cuya felicidad me sitiaba en aquel parque enorme en extensión pero ínfimo para albergar a mis contrariedades existenciales, maldije mi suerte y pensé en que una de las mayores fortunas de la vida tal vez sea el *aurea mediocritas*, sin gran carga de profundidad en las cosas de la vida pero con valor por lo sencillo, por conocer a una persona normal, no la mejor como pretendía yo. O tener una vida normal, no una extraordinaria como la mía.

El paseo desde el parque de la Ciudadela, en la última luz del día me hizo perderme por las calles que desde allí escalan hacia el centro. Princesa era una buena elección para llegar a aquella otra que me esperaba, en una conferencia sobre si el Quijote de Avellaneda era la segunda mejor novela de todos los tiempos. Seguí la calle hasta Vía Layetana, bajando después a Colón.

Selegna estaba sentada en la platea. Llevaba la rosa que le regalé en la mano, habiendo dejado las otras rosas en el sitio que me había reservado, a su lado.

El formalismo de cualquiera de todos aquellos actos era explícitamente escaso: era habitual y frecuente que entraran y salieran personas de cualquiera de los simposios, sin que por ello el ponente mostrara la más mínima desazón. Y esto se explicaba porque muchos de los actos coincidían por su horario. Además, eran en carácter y temática bastante abiertos: se formulaba una breve ponencia y enseguida empezaban las preguntas o disertaciones del auditorio.

El profesor José María De los Mozos, en el momento en que yo llegaba, y después de que saludara a Selegna y ella me presentara a Sandra, profesora de Literatura Clásica en la Universidad de Barcelona y muy amiga suya, aducía las razones por las que, según él, no había duda razonable de que el de Avellaneda fuera escrito por algún autor de la camarilla de Lope de Vega: un estilo muy ingenioso, ciertos giros idiomáticos y sobretudo el gran conocimiento de las Sagradas Escrituras. A Sandra no le pareció bastante y respondió al ponente que con suficiencia estaba acreditado que el tal Avellaneda era un párroco aragonés, por haber elegido Zaragoza en las justas y por muchas palabras que en aquella época quedaban muy localizadas en esa

región.

Intervinieron personas que realizaron puntualizaciones sobre si el leísmo del apócrifo apuntaba más a la castellanidad y otras cuestiones que dejaron a la principal, poco más o menos, en el mismo sitio en que estuvo siempre. Puede que la conclusión más razonable fuera que, si como tal parece Cervantes sabía quién fuera Avellaneda y no lo dijo, sería para no dar fama a quien carecía de ella.

Le pregunté su opinión a Selegna sobre quién pensaba que se ocultó tras el seudónimo del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

-Aunque no podría saberlo, me inclino a pensar que, por lo que he escuchado, debió tratarse de una persona de una gran talla intelectual, pues su obra inquietó a Cervantes hasta el punto de despertar su inquina e incluso forzarle a apurar su segunda parte. No creo que fuera Félix Lope de Vega, pues el Fénix de los Ingenios no creo hubiera empleado el suyo en desacreditar a alguien a quien consideraba su igual. Por tanto, habría que buscar a algún escritor activo de la época, alguien que publicaba obras –el Quijote de Avellaneda tuvo que ser publicado a costa de alguien, y en esa época no era sencillo ni barato hacerlo- pero que estaba, en fama e ingenio, por debajo de Cervantes. El superior no necesita ofender al inferior, que ya por su posición le queda abajeño, pero si lo hiciera dedicaría un esfuerzo muy inferior y mucho más breve: algún soneto o copla.

En la dedicatoria al Conde de Lemos dice Cervantes que el autor del apócrifo debía apartarse de la tentación de querer con ello ganar fama y dineros. Y en aquella época, Lope de Vega era mucho más famoso –pues sus comedias se representaban por doquier- y rico, que Cervantes. Debía, entiendo, tratarse de un tipo muy listo, pues quiso que se hablara de él, aunque fuera despectivamente y quiso utilizar para ello un libro publicado anteriormente y de grandísima difusión incluso internacional en la época.

Y es que a la curiosidad humana interesa –e interesaba ya entonces- más la desavenencia que la entente, el desamor a la concordia, el misterio a la certeza. La prueba es que ser citado por Cervantes ha sido equivalente a no morir para siempre. Dígalo Antonio de Lofrosio por sus “Doce libros de fortuna de amor” que hubiera visto desaparecer a la docena completa de no ser citados en el Quijote; o incluso del mismísimo Amadís de Gaula, cuyos

amores con la Princesa Oriana, deliciosos cuanto extremados en la dificultad, hubieran venido a dejar de ser, faltando la alabanza en boca de Pedro Pérez – el cura- y Maese Nicolás, el barbero.

De esa manera, buscando precisamente el cuerpo a cuerpo con el alcaláino, y alzado por el incomprensible halo de la envidia, la curiosidad y la rivalidad, saldría a la luz. Pero Cervantes, que supongo debió conocer su identidad, trató precisamente de enmascarar al autor, dando a entender saber quién fuera Avellaneda (decía que ocultaba su patria, que declaraba como Tordesillas) y a la vez llamándole aragonés. Por tanto, sabía quién era y no quiso seguir el juego de dar a la posteridad su nombre, como tampoco quiso decir cuál fuera el lugar de la Mancha tan buscado por los expertos.

-Si así curas enfermos como arguyes sobre Literatura, nada se te podrá poner nunca por delante.

-La Literatura, como el amor, pueden vivir siempre. Pero las enfermedades cumplen una función biológica con la que poco valen las palabras. Y es hacer posible un ciclo determinado de vida, para acabar a su vez desapareciendo y viniendo a ser otras. Podría ser que la naturaleza tenga una finalidad, que es la de permitir precisamente este cambio.

La Doctora, en todo y por todo me gustaba, hasta el punto que no sabía si su belleza adornaba las palabras o era lo que decía lo que guarnecía su hermosura.

-¿Y tú qué opinas sobre el de Avellaneda? –me inquirió-

A la gran mujer se la conoce por su forma de hablar. O de callar. Sabe cuándo y cómo tiene que preguntar de modo que deba la respuesta ser muy precisa. Si quisiera saber quién pienso que escribió el Quijote de Avellaneda, me lo hubiera preguntado. Pero para preguntarme, fuera de todo el marco en que la temática tordesillesca nos envolvía, qué pensaba y sentía sobre ella misma, estaba eligiendo una pregunta abierta, conocedora de que eso siempre es mejor que preguntar “qué piensas” o “qué piensas de mí”, pregunta que además pone en guardia a quien la escucha. En una palabra, ella quería saber qué pensaba sobre ella y se apoyó, inteligente, en el subterfugio de preguntarme, de forma abierta mi opinión sobre otra cosa. No en vano, yo acababa de leer en el libro que me había regalado Francesca, que las mujeres

se fijan más en el sentido oculto de las preguntas que en las preguntas mismas. Así, a contrario yo podría deducir, si una sombra de entendimiento vencido por la contundencia del incipiente sentimiento que eclipsaba a toda posible razonabilidad en mí, que un hombre y más en mi estado, era un puro emisario de mis propios sentimientos aún sin saberlo. Como acabamos hablando sobre lo que nos interesa, aunque no venga muy al caso, y es el corazón quien guía y dicta las palabras, le respondí:

-En ciertas cosas aunque pocas, el de Avellaneda es superior, además de haber guiado a la segunda parte del auténtico Quijote. En especial, lo supera con claridad al principio, en la conversación del manchego con don Álvaro de Tarfe, cuando éste último declaraba acerca de la belleza de su granadina.

Mirando a sus ojos, recordé, en efecto, que siendo éstos la parte más pequeña del cuerpo son la más hermosa y celebrada y que no hay ningún diamante que no sea pequeño.

-Y por eso –proseguí- no pudo escribirlo un hombre de Iglesia. Tampoco Lope, que amó a muchas mujeres y Avellaneda, según me parece, sólo a una. Y si eligió el nombre de Avellaneda, muy seguramente fuera por ser los ojos de su amada del mismo color que los tuyos.

No sé si su pregunta pretendía saber cuál era mi opinión sobre ella misma. Pero me pareció que en el día de la Rosa existen ciertas licencias que sólo para ese día son y me quise valer de ellas. Pero no fue un artificio para agradar o entretener a Selegna, pues no pensé qué le iba diciendo: yo sólo miraba a sus ojos y diga quién lo sepa cómo podría yo decirle tales cosas, redondamente ciertas y sinceras.

Al finalizar el simposio, Sandra marchó a toda prisa. Iba con sus hijos a una representación teatral de Sant Jordi.

Me ofrecí a enseñarle a Selegna lo que más gustara ver de Barcelona y me sorprendió cuando me dijo que el rincón al que quería volver era el de su infancia, pues aunque ahora vivía en el Rocío, me recordó –lo había dicho, creo, esa misma mañana-, que había permanecido hasta los diecisiete años aquí.

-¿Y en qué barrio vivías?

-En el barrio de los poetas.

-No lo conozco.

-Ja,ja.. Seguro que sí. Lo llamo así porque sus calles son Maragall, Rubió i Ors, Jordi de Sant Jordi, Garcilaso, Concepción Arenal...

-Es curioso: fue mi barrio durante unos años y si te hubiera visto seguro que me acordaría. ¿Hasta cuándo estuviste allí?

-¿Quieres que vayamos al Cel a tomar algo y te lo cuento?

Aún no había oscurecido completamente en la plaza rectangular delimitada por los plátanos y sauces a la que tiene vista el Cel. No quise decir nada pero continuaba con la sensación que había tenido desde la mañana del día anterior de conocer de mucho antes y además muy bien a Selegna. Creo que a ella, a juzgar por la conversación, también le ocurría lo mismo, pues me hablaba de detalles sobre su carácter como si me estuviera recordando algo que yo sabía. Pero no dijimos nada sobre eso, ninguno de los dos. Simplemente estuvimos conversando sobre lo extraño que parecía no haber coincidido, viviendo tan cerca.

Cuando tomé el autobús en Felipe II para volver a casa, pude ver a Selegna cerrar los ojos, como tratando de encontrar el cabo de un hilo ajeno a la memoria. Un enlace al que sólo el corazón podría llevarle.

## **Capítulo Décimo.**

*Superado el farallón de los exámenes, sólo faltaban todavía otros tres viernes, además de ése, para que concluyera el año. La proximidad a las Navidades empujaba a la gente fuera de sus casas, llenando las calles de*



*algarabía, colorido y prisa por arremolinarse frente a los escaparates para calibrar sus deseos contra el juicio que los Reyes Magos trazarían sobre la conducta de grandes y pequeños. Las luces de neón ponían marco a la ilusión de sentir que, durante unos días, el espinar cotidiano quedaba orillado o mellado al menos en parte en su aspereza y desabrimiento.*

*El bullicio era notable y los llevares y traeres de bolsas prueba irrefutable de que el mundo podría acabarse algún día, mas no la ilusión por los pequeños detalles.*

*Apenas persuadida de haber acabado por fin los exámenes, en la calle transversal a la plaza del Congreso, Selegna, en su habitación, escuchaba “La fuerza del Destino”. Había estudiado, y mucho, sin creer tontamente que el destino contestaría a los exámenes por ella. En el colegio le habían explicado el sentido del destino en los textos clásicos griegos. Como una maldición, nadie podía huir de sus dictados, ni Orestes, Edipo o Eneas. Eso llevaba a poco menos que, con todo el pancismo servido, sentarse a esperar. ¿Cómo saberlo? ¿Debía esperar ella a que la vida le pusiera delante las cosas? Parecía una solución que la mera intuición rechazaba. ¿Debía por el contrario resistir una fuerza invisible e implacable que la acabaría doblegando en cualquier caso? Si los griegos no habían aclarado estos puntos, poco había de intentarlo ella. Pero al menos, trataría de estar atenta a sus designios, y preparada para lo que hubiera de venir.*

*Esta y otras cuestiones le ayudaban a suavizar la sensación de abatimiento después de un esfuerzo y una tensión que habían durado semanas, restableciéndola de la incredulidad y de la sensación de vacío de haber acabado, como se cierran algunos conflictos o cuando llega el final de la guerra y hay que emprender el regreso a la dulce patria, tan deseado mientras duró la contienda y tan inverosímil cuando llega al fin.*

*¿No sería el destino un vehículo humano para quejarnos de las cosas que no salen como quisiéramos? Posiblemente, el estado más feliz de las personas sería el inconformismo. Había escuchado que algunas personas muy ricas se habían suicidado porque no le encontraban sentido a sus vidas. Sin lucha la vida no tiene valor. ¿Quién querría conocer la historia del amor entre dos personas a las que la vida les sonríe? Probablemente nadie. Acuitar la propia envidia en el bruñido espejo del éxito ajeno, devuelve imágenes de*

*endriagos y vestiglos que causan gran espanto; no así el elevado atisbar a la desgracia de otros, en seco. Y ajenos a tan sesudos pensamientos de la mujer que un día fue niña, en las calles la gente compraba, compraba, compraba...*

*Alejada del mercantil ruido, escuchaba, una y otra vez, esa canción. Se daba cuenta de que no había base para acertar a creer que las cosas hubieran de ocurrir de un modo inexorable, fuera del paso del tiempo. La libertad humana quedaría entonces reducida a la ilusión de estar tomando decisiones que, en realidad, no serían tales, sino la mera ejecución de una voluntad superior que nos iría dictando, al menos en las cosas que caen bajo el dominio humano, por supuesto no en las demás, lo que deberíamos o no hacer. Ciertamente que tampoco podría probarse lo contrario. Pero en todo caso, como en tantas otras cuestiones filosóficas, nunca se podría llegar a arrojar luz sobre tal asunto, ni sobre tantos otros como el origen humano, el sentido de la vida, la existencia de Dios, etc. Y, caso de aclarar estos arcanos, poco habrían de añadir o quitar en las cuestiones principales de la vida.*

*Estos pasos ocupaban el pensamiento de Selegna, que llenaba las horas previas a quedar con Sandra analizando de forma bastante superficial algunas cuestiones que, durante la época de exámenes, habían caído fuera de su interés temporalmente. Y ahora que podía retomarlas, no era sino para confirmarse en que el paso del tiempo las había dejado en el mismo estado y lugar en que las abandonó por los libros de texto.*

*Por encima de otros aspectos en que su mente apenas dibujaba una pequeña trayectoria para volver de nuevo a su punto de partida, había un tema en que, sin quererlo, su mente se detenía con mayor espacio. Seguía dándole vueltas a cómo sería la vida a partir de conocer el amor, si es que llegaba a conocerlo. Ella no se había enamorado todavía de nadie.*

*El amor en sí, como cuestión práctica, no le preocupaba en absoluto. Tal vez el amor insuflara en el alma de dos personas un escudo invisible con el que guarecerse en los malos tiempos y hacerse fuerte en los buenos.*

*Recostada en su cama de medio lado, se acariciaba el cabello mientras estos pensamientos se concertaban en su entendimiento, asortijándolo entre los dedos, y perdiendo la mirada de verdes más allá del paisaje que se*

*entreveía por la ventana grande, hacia la puesta de sol de la tarde.*

*Respondió a sus inquietudes el sonido del timbre, mientras Ana volvía a recordar que el Destino les tuvo tres años jugando.*

*-Hola, Sandra! Perdona, creía que habíamos quedado en la plaza a las cinco. ¿Qué hora es?*

*-Ya lo sé, pero es que no me podía aguantar, tenía que verte ya. No sabía qué hacer en casa, y he venido. Así es casi seguro que no llego tarde a nuestra cita.*

*Aunque se habían visto dos días antes, al acabar el último examen, el tiempo se les hacía largo sin verse.*

*No se hizo mucho de rogar su amiga, y mientras elegía qué ponerse aquella tarde entre suéters de rombos, medias rayadas en blanco y negro y tejanos muy gastados, Sandra le puso al corriente de todo.*

*-“Al principio me hice la tímida, pero éste ya me estaba empezando a parecer que no había salido de su casa hasta ese día y tuve que obligarle a hablar”.*

*Cierto que, si alguna cosa no era ni podía ser Sandra, era tímida. Decía las cosas tal como caían, sin preocuparse demasiado del efecto de ruido a vidrio quebrado que, tantas veces, producían en los demás. Por estar tal vez muy acostumbrada a eso, apenas en su mirada se hubiera podido rastrear inquietud o duda en el momento de recoger la reacción de los demás después de escuchar sus asertos.*

*-No sabía ni a dónde ir, el muy idiota me dijo que sus amigos estaban en no sé dónde. Le dije que si había quedado conmigo o con sus amigos. Se quedó pasmado, que es lo que parece, un pasmado. Me ha costado horrores que dejara de hablar de su moto y prestara algo de interés. Yo creo que es la primera vez que queda con una chica. El dice que el verano pasado salió con una de Cádiz. Pero creo que lo dice para darse tono.*

*Fuimos a tomar algo al Merbellé. Es precioso de noche. Yo tenía que estar en casa a las diez, pero con su moto llegamos enseguida. Nos relajó a los dos mirar las luces de Barcelona desde lo alto, a medida que destacaban más por estar oscureciéndose el cielo. Fue muy bonito. Pero, tanto que*

*habla cuando está con sus amigos o en cuanto le sacas el tema de la moto y conmigo ni mu...*

*-No debe ser fácil saber qué decir delante de alguien como tú y en una situación así.*

*-Todo se puso fácil porque entró un chico que vendía rosas y le preguntó: “¿Quieres una para tu novia?” En vez de contestar “sí” o “no es mi novia”, va el tío y me dice: “¿quieres?” y le digo “sí, pero que sea roja” y él me contesta: “no me refería a si quieres una flor”. No me lo creía, ¡pero por fin me estaba pidiendo para salir! Pero no le iba a dejar escapar de allí sin haber abierto la boca al menos algo más de lo justo. Pagó dos flores al chico y esperó a que se fuera. Tomó una actitud muy tranquila, muy serena y relajada, como si hubiera pasado por esto mil veces. Dejó pasar un minuto, que a mí me pareció un siglo, y no faltaba mucho ya para las diez. Sopesaba y se acercaba, alternativamente, una y otra rosa, ahora la roja, ahora la blanca y sonreía. Al fin dijo: “Nunca he regalado una rosa a ninguna chica y tú vas a ser la primera. Pero como ves, he comprado dos. Una quiero que sea para mi mejor amiga y otra para mi novia. ¿Te gustaría que las dos rosas sean para ti?”*

*Me estaba acariciando con la mirada, parece duro pero es un chico muy dulce y romántico. De cerca, eso sí. No hubo muchas más palabras, porque tampoco quedaba tiempo para decir sino las justas. Me acompañó a casa, y durante el camino ya las cosas eran diferentes.*

*Me dejó en el portal de casa, había apagado el motor de la moto y se había quitado los guantes. Me cogió las dos manos y me miró, muy fijo y detenidamente, a los ojos. Su natural, me dijo, era ser tímido y reservado, prudente pero decidido cuando lo veía todo claro. Me dijo que yo le gustaba mucho y que quería que nos siguiéramos viendo, pues éramos novios. Yo le dije que bien, que al día siguiente no podía, pero que me llamara. Le dejé que me diera un beso largo, tranquilo, sin mirar el reloj. Me acarició suavemente en el óvalo de la cara y se retiró dos pasos a modo de despedida, quedando a medio camino entre la moto y yo. Una vez yo estuve dentro del portal saltó sobre la moto y la encendió. En cuanto vio que la puerta de la cancela estaba ya cerrada arrancó y se fue.*

*-Qué bien! Te veo muy contenta. ¿Y por qué le dijiste que no podías quedar*

*con él al día siguiente?*

*-A los hombres en general les cuesta admitir que no pueden tenerlo todo. Vi cómo se puso cuando la moto no se le encendió al principio, al ir hacia el Tibidabo. Quedó muy contrariado. No puede creer que lo tiene todo, aunque lo tenga, porque eso hará que lo dé todo por hecho y en cuanto algo no sea como él quiere no lo asumirá. Tiene que ganarme cada día y de hacerle entender eso, ya me ocuparé yo.*

*-Pues sí que vas fuerte, chica. Me vas a tener que aconsejar si algún día conozco a alguien. ¿Sabes que tengo la intuición de que pronto encontraré a un chico y que será alguien muy especial?*

*-Claro, Selegna.*

*-¿Sabes en lo que pensaba estos días atrás, desde que empezamos los exámenes? Quería ponerme el vestido blanco el primer día que saliéramos a celebrar que había acabado los exámenes.*

*-No, hoy no, por favor. No me hagas esto, que mira cómo voy yo. ¡Con vaqueros y una blusa! Ponte informal que vamos a tomar una coke por el barrio y ya está, venga.*

*-Tú ganas.*

*Sandra tenía razón, un vestido no cambiaría las cosas, de modo que lo volvió al colgador del armario y se enfundó sus vaqueros negros y una blusa verde, se dejó el pelo suelto y al poco estaban las dos amigas yendo hacia el bar donde habían quedado con las demás de la pandilla.*

*Al Destino se le abemoló la voz para advertir a Selegna que ese podía ser un momento crucial de su vida.*

*El Destino tiene más ojos que Argos, y en la cuenca de cada uno de ellos está escrito el devenir; no hay punto al que no alcance ni llegue su mano. No duerme. Espía desde detrás de cualquier recodo y lanza con su fuerza incomparable el aliento que hará a aquél caer en un tropiezo, a otro lo alzaré, llevándolo en volandas a lo más encumbrado; a ella le mostraré una luz que, de seguirla, hará que su vida sea una u otra... No fue modelo de grandes maestros de la pintura ni la escultura; no supieron cómo retratarlo, aunque bien está la rueda que gira y se detiene, aquí o allá, ensalzando*

*reinos o hundiendo imperios. Pero sobretodo, a las personas que en él se contienen. El Destino es mudo: si pudiéramos escuchar su voz la vida perdería todo su riesgo, pero también su sentido último. En realidad habla, pero nosotros somos sordos a su dictado. ¿Quién lucharía si conociera su destino?*

*Único en su poderío, nadie escapa a sus designios y aunque hubo quien fue favorecido pudiendo columbrarlo, como Calcante en Troya o Tiresias en los días de Edipo, nunca se muestra de manera tan clara que pueda anunciarse a punto fijo en qué modo ha de venir a encarnarse o a dar su favor; a entregar la Gloria o a asolar vidas.*

*Aunque era una tarde de viernes y había quedado con una amiga, sin saber muy bien por qué, había elegido su mejor vestido. Lo sacó y lo extendió cuidadosamente sobre la colcha de su cama, procurando no arrugarlo. Lo alzó en vilo, sobreponiéndolo sobre el talle y volviéndolo a colgar del perchero del armario dos, tres, hasta cuatro veces, sin decidirse muy bien qué hacer. A Sandra le parecería excesivo que para verse y tomar un café mientras le contaba cómo le había ido con aquel chico, se pusiera de tiros largos; le extrañaría, tanto como emplatar comida rápida en vajilla de Sagardelos. Pero algo le decía que tenía que llevar el traje blanco de las mangas mediadas, el del escote en pico con los bordes de encaje. En la última semana había creído decirse a sí misma –o escuchar una voz lejana e inaudible que le contaba que algo llegaría, alguna cosa cambiaría y haría que todo tuviera un significado. ¿Se estaría volviendo loca? No, todos podemos tener intuiciones y eso no era una novedad para ella. Sí lo era, en cambio, la insistencia y certeza con que la voz de esos presagios, se le había ido haciendo presente a lo largo de la semana.*

*Las largas tardes de estudio podían tener que ver; el entendimiento contrasta su saber haciendo que nos escuchemos al repetir unas palabras que contienen y resumen lo que hemos aprendido. Podría muy bien ser que, como extensión a esa técnica de escucharnos en medio del silencio, algún eco próximo siga dictándonos en otro orden de conocimientos. Pero la voz que jugaba con ella a hacerse presente estaba claro que le trataba otros temas muy fuera de conocimientos académicos. Le hablaba con gran intensidad pero con poca profusión de detalles, con mucha convicción pero*

*con poca precisión en aspectos concretos. Grandes corazonadas exentas de cualquier base científica, por supuesto. Le estaba haciendo ver cosas muy claras, a verse a sí misma como desde fuera, a entender a conocer su cuerpo y su mente, a saber por qué estaba alegre o triste, a sopesarse frente a todo lo que envolvía sus días. Pensó en contárselo a Sandra, pero no sería buena idea.*

*-“Creerá que no quiero saber cómo le fue.*

*Mejor esperaría a otro momento, una tarde en las fiestas de Navidad. Pero la voz había sido muy precisa en lo del vestido: debía ser ése. Su madre también debía notar algo, le había preguntado dos veces lo mismo por primera vez desde que ya no era una niña. Como si no hubiera escuchado lo que le había contestado a la primera, no como si no la creyera. Pero en realidad era para cerciorarse, todo en uno, de que estaba demasiado pensativa, a ratos eufórica, reconcentrada y abstraída, como en medio de una crisis que había de barrer cimientos muy bien asentados en sus diecisiete años, para descubrir bien distintamente, como los primeros albores de la aurora dan forma a los objetos, al amanecer, que con su claridad aparecen a la vista con notoriedad, aunque ya estaban allí desde antes. Y eso creía su madre que era ella entonces, la mujer que salía de dentro de la niña, sin dejar de serlo, con su ángel, su cabecita de siempre, pero nuevas su forma de mirarla y de hablar cuando se sentaban juntas, una en la mecedora, la otra en el sillón en el que leía papá.*

*Pero por eso no había que preocuparse y la madre confiaba, como si supiera que su hija escuchaba esa voz a la vez que ella también la escuchara. Sólo veía en todo esto achaques de juventud en flor, de una chica como ninguna, la que ella había visto desde su primer día, sin perderse uno solo de todos ellos. Y llegaría –llegaba ya, por su propio pie- el momento en que, primero de día en día, más tarde de semana en semana, el beso que esa misma chica que tenía delante le daba antes de irse a dormir, no sería para ella.*

*No lo pensaba la señora con pena ni resignación, sino que se acordaba cuando ella misma aprendió a bordar y grababa sus iniciales en servilletas, manteles y sábanas, con apenas diecisiete años, cuando salía de trabajar y llegaba a casa. En una nueva era en que la ropa blanca había perdido*

*nombre y color, pero sobre todo, presencia y sentido, esas horas de novela en el costurero y de confidencias de hermanas o vecinas se pasaban en coloquios de ventana a ventana con las amigas de la casa de al lado, o poniendo a prueba la paciencia de los demás de casa esperando a que el teléfono quedara libre y vacuo.*

*Y ahora, estas dudas frente al ropero y esa prevención femenina alertaban a la madre de que tales cuidados anticipaban de una forma más palpable cambios de mayor cuantía en la ya mujer en ciernes.*

*Se decidió a probarse el vestido, primero queriendo persuadirse de que al verse con él puesto se convencería de que no era muy para la ocasión. Mas cuando dejó caer sobre los muslos el vuelo delante y se acomodó las costuras de los hombros se sintió segura. Sólo para atenuar a la baja el efecto de mujer que claramente produciría, se puso una informal cazadora tejana por encima.*

*Necesitaba saber si la voz que le había dicho con claridad que debía ponerse ese vestido le diría al menos, por qué debía hacerlo. Pero la voz hablaba y no escuchaba; hablaba además cuando quería y tocando los temas que entendía debía tratar. ¡Vaya tiranía incomprensible e injusta! Lo tomaba como un juego, y no le daba más importancia. Era una corazonada, que le dictaba instrucciones breves y vagas, pocas veces precisas, sobre lo que debía hacer. Había un fondo de reciprocidad entre sus mandados y lo que seguirlos le estaba permitiendo descubrir.*

*Se estaba dando cuenta de que algo llegaba; algo importante y definitivo, algo bueno y esperado. ¿Qué podía ser? Y en eso estaba ella, paseando con todas sus capacidades de observación alerta, esperando la más pequeña señal, el menor atisbo de lo nuevo, antes de que Sandra tocara el timbre.*

*A esa misma hora, y a escasa distancia de allí, él subía por la calle principal que da a la plaza.*

*A él le encantaban los perros. No dejaba pasar ocasión para acercarse a todos los que veía, sin preguntar a su dueño si eran o no fieros. Conectaba muy bien con ellos y les hacía, aún sin conocerlos, toda clase de carantoñas y juegos. Les estrujaba cariñosamente el belfo entre las manos, les pedía la pata, les acariciaba el lomo... Sin embargo, nunca habría tenido un animal*



*en casa. El amor por los perros, por casi todos los que veía, era a tiempo parcial, pero sin compartir espacio físico. Pero sus padres le habían convencido de que, por encima de todo, un animal requiere un espacio y mucho aire libre. Por eso, él nunca tomaría un animal doméstico a su cargo, si bien se complacía en jugar y tratar con ellos, en cuanto podía. Era como el maestro que adora a los niños pero que nunca se avendría, por su buen conocimiento del pelaje, a tener ninguno propio.*

*Daba rienda a su amistad con los perros ofreciéndose de balde a pasear al perro de un vecino suyo, octogenario, a quien el médico oportunamente en las últimas semanas le había recomendado no exponerse al tiempo invernal, que, si bien suave en Barcelona, no era idóneo para la artrosis del abuelito. Pero el pastor alemán, de nombre Ur, era joven y fogoso, y mordía la correa para hacer entender sus deseos y propósitos.*

*El señor Rafael le ofreció quinientas pesetas semanales a cambio de sacar a pasear a Ur un par de veces al día, hasta que él estuviera mejor. La oferta le pareció mejor que la del aldeano y los pasteles y por supuesto, aceptó por la soldada lo que gustosamente habría querido sin más interés que andar con el can.*

*Así fue que, estando en casa, oyó que Ur ladraba y correteaba en el piso de arriba, como si le llamase. No se lo hizo repetir, y subió las escaleras en cuanto se hubo puesto el abrigo. Al abrirle el Sr. Rafael él ya estaba allí, corveteando y dejando las patas delanteras juntas y extendidas en el suelo, esperando a que le pusiera la correa.*

*-Gracias chico. A ver si le das cuerda y se calma, porque no para.*

*-Ya verá que sí. Se lo voy a traer bien formalito.*

*Había sido una semana bastante extraña, sobretodo en el Colegio. Al ser fiesta el 6 y 8 de diciembre, como cada año, se añadía que el miércoles y viernes hubo puente, de manera que sólo fueron lectivos el lunes y el martes. La proximidad de las Navidades, y el fin de los exámenes había dejado su estado de ánimo en una situación ideal para poder entregarse a algunas de sus principales aficiones, además de pasear a Ur.*

*Serían cerca de las cinco cuando llegó, subiendo por Felipe II y dando la vuelta por Garcilaso y Matanzas, a la plaza del Congreso. Era de los pocos*

sitios en el barrio donde el nervio de Ur podría refocilarse, en carreras de al menos ciento cincuenta metros lineales. Lo dejó jugar con las palomas, a las que observaba besando la tierra entre las patas y con las orejas atiesadas, para cuando se juntaban en un grupo de unas veinte a beber en la fuente, perseguir bordeándolas y haciéndolas batir en retirada vertical. Aun pudiendo haber hociado a alguna nunca lo hacía, lo suyo era jugar. Los demás perros, aunque joven, le respetaban, pues exhibía, llegado el caso, una muy gentil dentadura y era lindo de cuerpo y maneras, casi todo negro, canela parte del hocico y el pecho, con algo del mismo color en las patas. Con él sabía que podía ejercitarse libremente y sin ataduras. Le llevaba allí porque era fama que en esa plaza no había gatos, pues de ser de otra manera no le habría llevado allí y menos sin correa.

Le miraba apoyado en el respaldo del banco y con los brazos en cruz, alongados sobre su madera. Qué tranquilidad y calma en aquel sitio y a aquella hora. En la siguiente saldría con Andrés, Óscar y los demás a celebrar el final de los exámenes. No habían quedado en qué hacer, pero estarían en la salida del metro de Maragall en Ramón Albó, a las seis. Ya había ganas de volver a la vida ordinaria de estudiante, que no debe su nombre a lo que más ocupa su tiempo, como saben todos cuantos alguna vez estudiaron, si bien lo miran y recuerdan. A diferencia de lo que es ser trabajador, ocupación que acaso suele ser gramaticalmente más acertada en su categoría. De ahí que los mejores recuerdos son los de la época de escolar, aunque pocos recuerdan las noches de desvelo como sus mejores noches, mas sí las de las celebraciones posteriores a ellas. Quedan atrás y caen en el olvido muchos votos y algunas promesas si no sale o si sale aquello que puede obrar el milagro del aprobado. Sea como fuere, y mejor ahora que todavía no se conocían las notas –algunos padres no las sabían aún, después el grupo quedaría mermado por obediencia a la autoridad paterna- era momento de no pensar en cosas de poca importancia.

A él las cosas le habían salido bien, creía. Bien al menos para sus objetivos, que eran aprender cosas de utilidad y praxis para lo que pretendía ser en su futuro profesional. En lo demás se aplicaba sin regatear esfuerzos, pero a la vez sin pretender excederse en la entrega de unas energías académicas que,

*aplicadas en el género que le convenía, en su debido momento darían el esperado fruto. Quería nuestro hombre ser Abogado y ya entonces se las pintaba solo para arrimar el ascua a su sardina y convencer cada día de la semana de una cosa diferente, como pasatiempo, a sus amigos o allegados. Y su rara habilidad, de la que se valía para foguearse en lo que vendría a ser su futuro, se alimentaba precisamente de la dedicación de su tiempo a muy valiosas lecturas de los clásicos: Terencio, Ovidio, Catón, Esopo, Virgilio, Homero, Platón, etc. En tales obras hallaba respuesta a preguntas que nunca se había hecho. Se le ponían al descubierto habilidades dialécticas que tomaba como semilla y dejaba germinar en su entendimiento, confiado en que, cuando hubiere menester de ello, bien le habían de esperar en la antesala del foro.*

*Se trataba de temas filosóficos y con carga de profundidad que él muchas veces no comprendía. También del eterno femenino. Era de ver que las mujeres, además de no contarse como autoras de ninguno de los libros clásicos, eran tratadas de una forma muy polarizada en esas lecturas: como seres angelicales o diabólicos, siempre en forma maniquea, lejos de cualquier equilibrio. La mujer, o bien era el alma gemela de la República, o el ángel bello de El Asno de Oro o de Rerum Naturam; o bien era algo inferior a un efebo o esclavo griego, al menos en cuanto al entendimiento que se les suponía. Era consciente que beber de una única fuente, la masculina, poco le habría de aportar para entender las cosas en su debido punto y justo término. Si un Juez sólo escuchara a una parte ocurriría parecido. Así que, debería hacerse una idea por sí mismo de esa parte decisiva que la historia le había negado, como persona y como letrado.*

*En tanto que esto pensaba, y volviendo la vista hacia Ur, que seguía midiendo su lomo en la hierba del parque, vio, a través de los vidrios del bar que estaba en la parte de la plaza más cercana a Felipe II, a dos chicas que estaban hablando dentro, en una mesa que daba al parque. O por mejor decir, vio a una chica. Que sí, estaba hablando con otra. La cuestión es que verla y quedar absorto fue una misma cosa. No podía dar crédito a estar contemplando tal género de hermosura. La chica debería tener, como él, unos diecisiete años. Cabello largo, algo ondulado, mirada sonriente, ojos de ensueño. Sin pensar demasiado en lo que hacía, dejó la poesía que justo acababa de escribir, y partió en dos la hoja. Entró en el bar y vio que, en la*

barra, el camarero depositaba dos botellas de refresco y dos vasos en una bandeja, y se aprestaba a llevarla hacia la única mesa en la que no había servido todavía las bebidas; era la mesa de esas dos chicas. En ese momento, Sandra se había levantado y estaba entrando por la puerta del lavabo. Sin pensarlo, le dijo al mozo que él mismo llevaría las bebidas y así hizo, tomando la bandeja y acercándose. Selegna miraba por la vidriera hacia el parque y al notar que llegaban las bebidas giró la cabeza hacia la izquierda. Cuando le vio se quedó suspensa, sin saber qué decir. No le había visto nunca, pero era como si le conociera de siempre.

-He visualizado este momento toda mi vida, no sé quién eres ni cómo te llamas, pero si he venido hacia aquí y estoy hablando contigo es porque estoy muy cierto en lo que digo: es como si te conociera de siempre.

Ella no supo qué contestar inicialmente.

-Puede que sí nos hayamos visto antes, yo también creo que es como si te conociera, aunque sé que no te conozco. ¿Eres del barrio?

-Desde hace poco. Una semana, creo. Pero no me moveré de aquí. Me encanta este barrio.

Ella sonrió.

¿Quieres sentarte con nosotras y tomar algo?

-Gracias, pero aunque ahora no puedo explicarte por qué, no es posible. Te va a parecer un disparate, pero yo siempre intuí que te conocería y he escrito versos sobre ti y todo.

-¿Lo dices en serio? ¡Pero si no nos conocemos!

-Ya te he dicho que creo que te conozco desde siempre. Necesitamos algo de tiempo para entender qué es lo que pasa. Eso es todo.

El uso del plural llamó la atención de la chica y le dijo que a ella también había tenido últimamente una premonición vaga que no podía explicarse.

-Si tienes curiosidad, yo puedo añadir una nueva a esa, y para resolver las dos, será necesario que volvamos a hablar.

-¿Cuál es?

Tuvo tiempo de garabatear su nombre y teléfono en la parte de detrás de la

*hoja. Le dejó medio poema, quedándose con la otra mitad. Si ella quería saber cómo continuaba el poema, debería llamarle.*

*-Me llamo Selegna.*

*Se dieron dos besos y en ese momento llegó Sandra.*

*-Te presento al hombre de mi vida, le dijo en medio de una carcajada.*

*Y él, sonriente, se marchó.*

*Sandra no entendía nada y le pidió que se lo explicara todo.*

*Selegna al quedar sola de vuelta a casa se puso a leer la poesía:*

*Flotaba en la noche oscura*

*El recuerdo de sus labios*

*Y del hálito divino que exhalaban.*

*La blanca imagen del ángel*

*Descansaba en mis pupilas*

*Y consiguió evaporarse*

*Con las lágrimas...*

*Era increíble. No podía ser una broma, y no lo era, por supuesto. Ella había intuido algo, cuando vio al chico inmediatamente se apercibió de que era él, sin lugar a dudas. ¿Cómo era posible?*

*Necesitaba pensar y recapitular, entender y asimilarlo. ¿Sería una broma de Sandra? Imposible, ni siquiera a ella le había explicado nada sobre sus premoniciones.*

*Unas horas más tarde seguía muy nerviosa, nunca había llamado por teléfono a un chico.*

*.....*

*-Hola, sí ahora se pone. ¿Quién le digo que llama?*

*No había saludado, no había dicho su nombre, porque su inquietud orillaba*

*todo detalle accesorio.*

*-Hola, Selegna.*

*-¿Cómo sabías que era yo?*

*-¿En el parque o ahora? Je, je.*

*-Venga....*

*-Fácil: mi teléfono sólo lo tienen mis amigos, amigas no tengo ninguna. Y no sé por qué, se ha quedado toda mi familia aquí, al parecer para escuchar la conversación. Señal de que era una chica. ¿Queréis decirle algo a Selegna?*

*-Ohhh!*

*-¡Es broma, moza! Están viendo una peli y he venido a hablar desde el teléfono que está en la habitación de mis padres.*

*-Ah!*

*-¿Cómo estás?*

*-Muy bien, diría que extrañamente bien sin saber tampoco qué quiero decir.*

*-Yo tengo la sensación de que las cosas están pasando por primera vez más rápido de lo que me da tiempo a entenderlas, como en los experimentos de química.*

*-¡Siempre estás de broma!*

*-En serio: tengo la impresión de estar sentado en la butaca de un cine, viendo la película de mi propia vida.*

*-A mi me pasa algo parecido, es como si hubiera leído un periódico con una fecha posterior y al salir a la calle mi vida seguía los dictados de lo que hubiera leído antes. Lo digo por la poesía.*

*-La vida necesariamente debe ser mucho más de lo que vemos. Las cosas que no conocemos también existen. Menos los logaritmos. Son tan raros, que yo no creo que existan más que en la imaginación de mi profesor de Mates.*

*-Es cierto, el mundo lo tiene todo en cuenta. Y nosotros conocemos sólo una ínfima parte. Ni siquiera la punta del iceberg valdría aquí como*

*comparación. Quiero leer la segunda parte de la poesía.*

*-¿Ahora?*

*-Me gustaría que fuera ahora, pero no puedo salir y supongo que tú tampoco.*

*-Estás en lo cierto. Ya he bajado la basura antes y no se lo creerían.*

*-¿Puede ser lo antes posible?*

*-¿Mañana a las diez en el Cel?*

*A la mañana siguiente él llegó antes y estaba leyendo el diario.*

*-Estoy buscando noticias de nosotros dos –le dijo cuando ella se acercó a la mesa-. Pero ¿quién mejor que nosotros mismos para darlas?*

*Llamó al camarero:*

*-¿Te importa traernos algo para desayunar? Me levantaría yo, pero hoy libro, je, je.*

*Era el mismo camarero al que el día anterior había usurpado su función, precisamente para poder tener un acercamiento con ella.*

*-Desde siempre he tenido presentimientos de cosas que iban a suceder y han acabado pasando. Cosas sorprendentes, con imágenes muy precisas.*

*-Sí, pero ¿cómo distinguir entre lo que presentimos y lo que anhelamos? En el pensamiento a veces confluyen como dos corrientes que se encuentran elementos con diferente origen y destino.*

*-Ese es nuestro pequeño espacio de libertad y lo bello de lo incierto: saltar hacia adelante para descubrirlo.*

*¿Cómo sigue la poesía?*

*-Si la poesía hubiera sido dictada por el destino mismo, ¿aceptarías lo que dijera o lucharías para cambiarlo si no te gustara?*

*-Siempre lucharé, porque creo que ese es mi destino.*

*“Yo la aguardé inútilmente*

*Junto al fuego en el que ardían*

*Mi pasión, mi fe, mis versos.*

*Hasta mi alma.*

*Y me arrodillé ante Dios*

*Sin aliento ni esperanza:*

*“Esa corona de espinas*

*Se me clava”*

*Después de esa mañana mágica, vinieron muchas otras en que la ilusión les desplegó todos los encantos de la vida. Pero una magia de verdad, con ilusión, como la de los niños; no la que oculta con un engaño una verdad prosaica. Muchas tardes siguieron a la primera tarde y todas fueron inolvidables, únicas. Otras poesías pusieron proemio e hicieron camino a la primera. La buena suerte no necesita de grandes aliados, es un viento que a su capricho hace volar fácilmente a los favorecidos por su empuje. La mentalidad y la experiencia de los diecisiete años no es bastante a anticipar algunas cuestiones de la vida adulta, sólo a vislumbrarlas, como mucho. Además, una vida tan hermosa debía vivirse poco a poco, paso a paso, deleitándose en cada partícula.*

*Y eso hicieron ellos y a ello dedicaron su vida, siendo cada día más conscientes de que, en otra vida habrían sido ángeles o al menos, queriéndose en esta eran eso o mucho más. Acordes y acompasados en todo, estimando el bien del otro más que el propio bien, en realidad siendo uno solo el bien y el espíritu, fueron pasando. Así que fue una vida feliz y venturosa, tanto como podría pedirse. Y no sería de mucho interés contar más, porque como queda escrito más arriba, el amor, para interesar a las personas, parece que deba necesitar de grandes dificultades y trabajos y éste no conoció ninguno de trascendencia.*



\*\*\*\*\*:

*Los ojos son testigos de una sucesión de hechos que aun siendo los que acaban siendo recogidos en las páginas de la Historia, podrían muy bien haber sido otros. Una moneda acabará mostrando una u otra de sus dos caras, siendo el destino –si se quiere- quien decida cuál de las dos será, pero no siendo tan poderoso a decidir que ocurran ambas cosas. Pero esto es sólo una tesis no verificada porque mis ojos vieron a la moneda voltearse en el aire y en el momento de apoyarse en el suelo lo hizo desdoblado en dos sus lados, de modo que vi a la vez la cara y la cruz.*

*La mente no puede comprenderlo, como tantas otras cosas y se apresura a adentrarse por uno de los dos ramales que le muestra la vida, pero el camino desechado no por ello desaparece, sino que continúa. Múltiples mundos se abren ante nosotros permaneciendo ocultos a nuestro entendimiento pero nunca a nuestra capacidad de volver a adentrarnos en ellos.*

*Es la misma hora, el mismo barrio. Pero mientras la canción de Mecano todavía suena en el cuarto de Selegna, en tanto que Sandra le cuenta cómo el chico la acompañó a casa, entre los dedos del Destino escapa un gato que, a pasos silentes y veloces pero intermitentes, baja por la calle inmediata al parque por el que suben él y Ur. El can se siente desafiado por la mirada felina y, antes de que el chico pueda entender lo que está pasando, Ur casi ha encimado al gato, que alebrando el cuerpo todo lo posible, no mira atrás en su huida. Ur nota una gran ligereza en las patas, pero quiere jugar. Se han ido alejando del parque, cruzando la avenida entre las bocinas y frenazos de los vehículos que no entienden cómo es tan difícil bajar la calle para ir a hacer algunas compras. La persecución acaba a seiscientos metros, cuando el gato salido de los pliegues de la túnica del Sino se embaúla en el hueco de un alcornoque y trepa hasta volver a salir y encaramarse a la copa, sin que el can pudiera más que desafiarle con sus ladridos. El susto hizo mella profunda en el joven, que viéndose ya seguro y lejos de peligro, argolla al perro a su cadena y se sienta para tomar oxígeno.*

*“Mejor será volver a casa y después salir con Andrés y Óscar para despícame del susto”.*

*Nadie lo sabe ni lo podrá saber ya, pero ese gato ha cambiado en una carrera el rumbo de la vida de muchas personas, anulando y cegando caminos principales, vericuetos, trochas, y senderos que, ramificándose nacían de los primeros, y abriendo otros que, a juzgar por cómo fueron, no parecieron de mejor suceso, al menos para los protagonistas de esta historia. Pero ella –y ellos- piden que siga para adelante.*

*El Destino se sirvió de un gato para distanciar los intrincados caminos de su laberinto, que durante un segundo habían sido dos líneas paralelas próximas a cruzarse para siempre. Pero, sencillamente, no fue así.*

*A última hora de la tarde llegó Papá. En el trabajo le habían ofrecido hacerlo jefe en la planta de Riotinto, en Huelva.*

---

---

Cuando Selegna abrió los ojos no estaba segura de que el parque siguiera allí en su sitio. Se giró y vio centellear brevemente las luces de freno del autobús en el que iba él, perdiéndose calle abajo. Recordó que, en aquella tarde de su primera juventud que había olvidado para siempre, escuchó una voz que le decía que se pusiera aquel vestido blanco que no se puso entonces y que nunca había vuelto a ponerse más pero que siempre llevaba consigo. Cuando llegó al Hotel lo sacó de la maleta y lo dejó colgado de la percha, para ponérselo al día siguiente.

## Capítulo Onceavo.

El último día de la efeméride lo pasamos casi entero en una recepción en la Casa de Cervantes. Por la tarde nos tomamos un pequeño receso y, tras la parte final de la lectura pública, en que don Quijote dejaba a puerta cerrada toda su hacienda en testamento a su sobrina Antonia, nos dispusimos a prepararnos para la cena de cierre y despedida a tanto, en casa de Ródenas.

La mayoría de invitados a la cena de clausura, algo más de cien personas caracterizadas como otros tantos personajes del Quijote, acudimos en una larga caravana de coches de caballos, como no se habría visto subir por la Avenida del Tibidabo en los tiempos modernos. Compartíamos Andrés, Mercé Albiol –caracterizada y no era poco, como Luscinda- y yo carruaje con el caballero Don Alvaro de Tarfe, quien era, fuera de aquel mundo inolvidable que duró tres días, Notario y erudito en todos y poseedor de la llave de toda eubolia. Celebraba y se felicitaba por ser el único personaje forzoso que Don Miguel de Cervantes hubo de hacer suyo por dar réplica al Licenciado de la villa de Tordesillas y entendió ser su caso único en cuanto a superar en el apócrifo con notoriedad al cervantino, cosa de todo punto cierta al entender de Andrés.

A medida que íbamos llegando a la casa nos recibían Carolina y Óscar, como anfitriones. Un numeroso y eficiente equipo de servicio, además del habitual, nos atendió estupendamente, tratando de entretenernos y regalarnos más allá de cuanto pudiéramos esperar, con toda clase de comodidades y atenciones.

Aunque lo más florido se empleó en conversación, hubo juegos y exhibiciones de destreza a caballo en la explanada trasera de la mansión de Óscar. Hábiles lanceros trataron de probar su tino atravesando, a caballo, una sortija con una fina lanza. Esgrimistas de profesión, ataviados exteriormente al uso del siglo de oro pero con máscaras, se batieron escénicamente, para mayor recreo de la concurrencia. Con gusto más de dos de allí hubieran tomado la espada para dilucidar sus razones a la vista de todos, resucitando viejos litigios muy propios de la profesión literaria y de los críticos de carrera. Pero no les quedó sino aplazar el desafío, velando y afilando a la vez las plumas para en adelante estocarse en otros desafiaderos.

Ví a su landó de caballos lozanos y cabeceantes entrar en la explanada de la mansión de Ródenas. Venía con Sandra, Roque Guinart y Don Fernando. Viendo el molino picado y al quite, me apresté a tenerle la zancajera a Selegna, cuando el coche se detuvo y del lado de su portillo. Me sorprendí a mí mismo, rodilla en tierra y descubierto de mi tocado, mientras le ayudaba a descender.

-Gracias, señor cautivo –que como tal venía yo caracterizado, pues Andrés, Óscar y yo habíamos elegido ser los tres hermanos cuyo linaje descendía de las montañas de León, dos de los cuales coinciden al final de la primera parte en una venta manchega-

-De vuestros bellos ojos, Zoraida, lo soy.

Estábamos junto a los soportales del porche cercanos a una ménsula en la que se sostenía un portentoso telamón que ella miraba distraídamente. Pero mayor que la de la efigie era la fuerza que yo notaba me empujaba a ella y que yo estaba muy lejos de poder enfrentar y menos resistir. Me había quedado hechizado al verla, tanto como aquella cariátide o incluso como Anteo al ver salir a Diana de las aguas. Un deliquo que no había experimentado antes se apoderó de mí, sin ofrecerle yo resistencia.

Toda la gracia hallaba encuentro, posada y fin de camino en aquel cuerpo flexible como junco y de formas finas pero de remate contundente: su labios delicados, que dejaban al sonreír descubiertos unos dientes blanquísimos, ojos

guardianes de sus genillas esmeraldinas, dulces y ocultos tesoros secretos, bajo los arcos de suaves cejas rubias y pestañas que arrastrillaban en leve vaivén el juego del parpadeo de sus ojos al notar la luz del sol nadiral a aquella hora.

La forma de la cara, suave, ovalada, lánguida y rosada como la de la Aurora, y la cabeza helénica, sobre un cuello fuerte y de aristocráticas formas; hombros altos y miembros atléticos, buen talante y gentil y gracioso semblante. No olvidaría su cabello, cayendo en ondas de oro sobre los hombros, libre ya del garvín en que se lo había recogido en el pasacalle, ataviada con una capa de virgen vestal, figurando ser la bella cautiva Zoraida, que por el buen nombre de María a los anales quijotescos quiso pasar. Por el sol que le daba en el rostro, creí que me hacía visajes y por seguir lo que creí pasatiempo le dije:

-Si Dulcinea hubiera sido tan bella como tú, no hubiera menester Don Quijote un solo libro de caballerías para volverse loco.

-Si vuestra gentileza y gallardía lograra unir los hechos a las palabras, querría pedir de vos, además de que me declaréis vuestro nombre, pues no recuerdo que me lo hayáis dicho antes, que compartáis, como San Martín, vuestra capa conmigo, pues estoy fría como un carambillo.

-Ambas cosas haré de buena gana, dije quitándome la esclavina y tendiéndosela sobre los hombros, a la vez que tomaba su mano y tras besarla susurraba:

-No será mucho que, después de haberme dejado sin palabras os quedéis con la capa de quien, si a bien tenéis, ha de verse firme y honrado en cuanto quiera vuestro talante ordenar. Es ley y uso inveterado, entre los que profesamos la andante caballería, de favorecer con nuestro brazo, a quienes hubieren necesidad de ello, aún a desabrigo y despecho de nuestra vida, cuanto más de nuestra hacienda o comodidad. Haced cuenta por eso, Señora, que nada de cuanto tengo puedo compartir con Vos, pues, como os he dicho, todo os pertenece. Y por igual razón se sigue que, habiéndolo todo, no podéis ser pobre, como lo fue el bienaventurado con quien San Martín compartió su capa.

-Por gracia de gentilhombre tengo la que a mi albedrío disponéis y veo que por vuestro comedimiento y buena crianza, así como por la discreción de vuestros razonamientos que debéis ser, al menos, graduado o licenciado por la

Academia de Salamanca.

-Licenciado soy, en Bellas Artes, en la Universidad de la ciudad que por así disponerlo Dios es archivo de cortesía, hospital de los pobres, patria de los valientes y correspondencia, espero, de justas amistades, además de Cielo y campos Elíseos por ser de vuestra planta pisados. Y si me es permitido decirlo, en ninguna parte leí que Venus hablara o andara y mucho menos que, tomando forma humana, se excediera a sí misma aumentándose a sí propia respecto a su belleza en piedra o pintura, descente de un carruaje. Puede que sea tal vez porque la Mitología y el Arte, errando su propósito, trataron de una época en que vos no erais en el mundo y tuvo que ocuparse con la sombra que arrojaba el Sol que vendría siglos después a alumbrar en la redondez de la Tierra.

-Sois, caballero, la galantería misma. Y decidme –prosiguió-, ¿bajo la divisa de qué afortunada dama habéis acudido a estas justas?

-Como podéis ver, llevo mi escudo sin sobreseñal ni cinta de dama alguna, aunque entiendo que en poco trecho habrá de ser repujado, quién sabe si con una rosa, por ser ayer su día y tal parecerme la estéril competencia que le hace a vuestra bella color de rostro.

-¿Cómo así, Señor? Si no estoy errada, el caballero sin amores es jardín sin flores y cielo sin estrellas ni sol.... ¿No sois, por ventura, enamorado?

-En todo cuanto decís mostráis a lo claro vuestro natural despejo, por mor de un notable conocimiento de la que es ley principal de la andante caballería. Pero debo deciros que, el hombre al tiempo y el tiempo al hombre, no quise figurarme haber amor alguno no habiéndolo, por no parecerme bien fingir ni dar burlas al sentimiento humano más puro y acendrado, tomado por Dios como prueba de su Gran Poder ante los hombres. Y decid, ¿tenéis algún caballero que sea dueño absoluto del mundo por ser favorecido de vuestros amores?

Cuando ella iba a seguir adelante con la esticotimia, súbitamente empezó a sonar la música y se alzó un gran revuelo. Sandra y Andrés estaban por allí y nos hicieron entrar a la sala.

Hubo juego de sillas, baile y bandejas con dulces de Astorga y secanillos manchegos. Apenas pudimos volver a intercambiar algunas breves frases, muy

fuera del concierto que minutos antes habíamos mantenido en el porche.

Ródenas lo había trazado todo perfectamente. En la mesa yo estaba sentado frontero de Cardenio, a un lado de Doña Clara de Viedma y a la izquierda de la Duquesa, por cierto hija la primera del prócer, quien como queda dicho en calidad de Corregidor figuraba en el acto, portando la chía negra como signo de autoridad.

La impresión entre tanto buen conocedor del libro inmortal, era que el acierto en la elección de los personajes había sido absoluto. Seríamos alrededor de cien personas quienes cenábamos a la luz de aquellas enormes lámparas acaireladas. El ambiente estaba espléndidamente sahumado con perfume sandalino. Se habían dispuesto sobre vasares grandes bandejas para servicio de unos ligeros entremeses antecedentes a la cena.

El mecenas había burlado a un Juez de Barcelona, de cuyo nombre por haber en sí tanta mancha, no ha lugar a que de él quiera acordarme y a quien por sus pecados, tanto más conocidos como él quisiera ocultarlos fue dado el papel de Alcaide de la aldea en que se perdió un burro y resultó que no hubo quien tan bien rebuznara como el espantanublados.

Vestía como homarrache, una toquilla y un pañuelo aragonés anudado a la cabeza, garambaina impropia de persona de bien, que percutía contra todo sentido común y chirriaba como saledizo en una pirámide. El calandrajo del Juez no paró de decir cascabeladas en toda la cena. Como en los frescos de la Capilla Sixtina Miguel Ángel retrató a un cardenal en su piel de asno, así Ródenas se vengó del prevaricador, poco dado a escuchar lo que no fueran tintineos en moneda corriente, que al fin y al cabo de casta le viene al asno, aunque era éste de los de sin casta conocida. Malas coces le den en esta vida o en la siguiente, que a juzgar por lo que vio Dante al ser conducido por Virgilio, que allá ha de ir a parar el tal.

Y la vida es larga, y a su cabo se le ha de volver en ciento el castigo a quien ha tenido sus puntas de bellaco y ribetes de lo mismo. Indudablemente, nunca nadie tan bobo como él había sido alumbrado por los velones de aquella sala. El caso es que imitaba su Asnía tan bien al animal, que por tal lo tomaron todos. Y algún día lo vas a venir a pagar de una vez o en muchas. Es de la raza de los cobardes aparecer a plaza pública en sus desmanes, desde que fueron prohibidos los duelos, como los champiñones en la sentina, confiados

en que nadie va a arrancarles su insignificante vida. Pero Dios te ve, miserable y por justos y legítimos títulos lo sepas: cual hiciste así pagarás.

Que hace más daño a la república el tonto que el malo, aunque yo tengo barruntos de que tú seas las dos cosas, y alguna más que me callo. *Intelligenti pauca et non dico vobis*. Y aún pudiendo, no digo más.

Ninguno fuera mejor escogido que él, pues allí mismo y sin encomendarse al demonio se puso el propio a darse tal maña en rebuznar que sólo su madre oyéndolo lo reconociera. Así fueran sus sentencias como rebuznos y no habría más que pedir ni desear. Muerto el asno, la cebada al rabo. Pero dejémosle señor de su propia ciénaga e inmundicia y Dios nos libre de tal bellaco. Procuraba la Maritornes a su lado, que el bobillo no le cayera adelante como valona, pues bien podría ser que ni para corchetes tuviera, en siendo tal como se le figuraba, la Justicia.

Entretanto, el servicio había retirado los restos de la trimarcional manducatoria de los blancos manteles de hilo y mesas sin fin en aquel salón que tampoco parecía tenerlo. Las primeras notas dieron principio al baile.

-¿Me favorecéis?

-Pensaba que no ibais a pedírmelo nunca.

Tanto me deslina vuestra belleza que no fuera mucho si no encontrara palabras para descubrirnos mi pensamiento.

Al empezar nuestras evoluciones sobre el suelo jaquelado vi que el baile, por bajo, nos igualaba pues ninguno de los dos danzábamos nada bien, pero a mí eso sólo me decía que, siendo mi único deseo bailar así, como entonces, con ella, para nada tuve interés antes en saber qué pudiera ser bailar, puesto mi cuidado únicamente en no pisar sus pies. Iba muy galana y bien traída, con un traje blanco ceñido al talle de diosa vestal y con la falda de vuelo. Un corpiño a la usanza manchega y *espartenyas* enlazadas por encima del tobillo. Una redecilla le sujetaba los rizos, en los que tenía dispuestas algunas pequeñas piedrecitas brillantes. Me estaba escariando con todo lo que decía, con parte de lo que callaba; con su forma de mirar, con la manera de retirar la mirada, como flujo y reflujo de mar de sus ojos esmeraldinos. El toque primero iba abriendo una tronera de dimensiones difíciles de acotar.

A una distancia tan corta, nos olvidamos del castellano antiguo y hasta del



moderno. Fue casi al final de la canción cuando, un poco vuelto de nuevo a la realidad, le dije:

-¿Dejarás algún zapato de cristal para que pueda buscarte y calzártelo, poniéndome a tus pies, Señora de todo prodigio?

Movió la cabeza despacio adelante, dos veces, sonriendo. Nos soltamos de las manos y fuimos a estrechar otras, en la despedida.

Las doce eran por filo.

Al día siguiente desperté en una habitación con una gran lucera en el techo, en casa de Ródenas. Nos habíamos quedado a dormir los más allegados de la Caterva: Andrés, Ignacio, Ramón, Toni y yo. Me despertó un leve golpeo de nudillos en la puerta. El servicio de la casa pedía paso. Abandonando la cálida telliza le abrí y pedí que dejara la bandeja y rápidamente pasé a la ducha.

En los momentos de gran trajín emocional no soy capaz de probar bocado. Lo supe, por primera vez, en aquel momento. Tomé un té con leche y azúcar y salí al porche, donde estaban algunos de los invitados, muchos de ellos en orden de marcha. Maese Nicolás y Sansón Carrasco disputaban sobre si ciertos puntos acerca de por qué las mujeres deben ser amadas estaban o no de más en "*Cárcel de Amor*". Anselmo y Lotario se las tenían tías sobre si era o no mejor hacer prueba de la firmeza femenina, como a sus homónimos aconteciera, en "*el Curioso Impertinente*" donde más largamente se contiene.

Entre tanto escogido florilegio abrevié la salida y presto estaba de camino, en coche, hacia el centro de Barcelona.

Hice algunas prevenciones, y fui a su hotel a buscarla, como me dijo la noche anterior que debía hacer. Pero la alígera Selegna se había ido. Me dejó una nota. Su padre había tenido un accidente y tuvo que adelantar el vuelo.

Tan fidedigno a lo cervantino quiso ser Ródenas que no nos dejó llevar móvil dentro de su casa. Supongo que lo haría para que nadie pudiera fotografiar, pero no pudimos intercambiar nuestros teléfonos.

"¿Qué sabía yo de ella? Su nombre, que vivía en el Rocío. Que era Doctora".

Pasé el primero de una larga serie de momentos inciertos al principio; de un dédalo sin hilo por el que guiarme, sabiendo declaradamente que ella *existía*,

pero no sabía dónde encontrarla.

Aunque yo no me fijara mucho, no hacía falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que si no había dejado ningún teléfono era porque, además de lo de su padre, tendría que arreglar algún otro asunto y para ello necesitaba estar sola y con serenidad de ánimo. Pero sabía a la vez que sí volveríamos a vernos, porque en su egresión, Selegna dejó una charada. El estrecho en el que me puso no sé si fue para probar mi inexistente perspicacia o para lanzarme un hueso que morder entretanto.

La nota que me entregó el conserje del Hotel continuaba así:

*Os espero en San Matías*

*Mi querido Caballero.*

*No dudo que encontraréis*

*El lugar donde os espero.*

*Feliz San Marcelino!*

*2051257141*

Al principio no entendí nada. Cuando llegué al despacho busqué poblaciones con el nombre de San Matías y figuraban en Brasil o El Salvador. Algunos establecimientos hoteleros o residenciales se llamaban así, pero una nota de alguien que quiere que le encuentres supongo que no se puede basar en una información tan imprecisa. Por tanto, San Matías debería ser una fecha y no un lugar. Era el 14 de Mayo, unas tres semanas después.

Pero si esto era el Matías, ahora faltaba el resto del galimatías. Continuando con el santoral, hoy no era San Marcelino, así que lo de la felicitación carecía completamente de toda lógica. Lo busqué también y me apareció el 6 de Abril. Ninguna población conocida se llamaba así.

Y lo más desconcertante para mí fueron los números del final: diez números que no podrían ser un teléfono ni una fecha ni algo que para mi tuviera algún significado. Sólo había dos personas que por su inteligencia hubieran podido encontrar la cifra oculta del mensaje: una era Francesca pero yo nunca le

pediría ayuda en algo así a ella. Por cierto, hacía tres días que no sabía nada de Ella y me estaba comportando desde el momento en que conocí a Selegna, como si la hubiera olvidado.

Se lo podría decir a Óscar y él indudablemente lo resolvería. Pero Selegna me dirigía a mí el acertijo, no a Óscar ni a nadie más. Y supongo que el tiempo que yo tardara en confirmarle que había entendido la nota le serviría para calibrar mi capacidad resolutoria. Así que debía contestarle y a ser posible, de una forma rápida.

Intenté abalear el grano de la paja para intentar entender algo y no me fue fácil. Pero acabé separando lo que entendía y lo que no. Lo que entendía, *“mi querido Caballero/no dudo que encontraréis/el lugar donde os espero”*, no ofrecía pista alguna a mi parecer, y sólo era para alentarme. Así que me centré en el resto: dos Santos (San Matías y San Marcelino) y diez números. Los dos Santos empezaban por Ma. ¿Ma-ma? No. Los números no formaban una secuencia que tuviera un mínimo de lógica.

Pensé que, de ser yo quien dejara una nota, en todo caso dejaría mi nombre y mi número de teléfono. Supongo que ella haría igual; no necesariamente con el nombre, pues ya lo conocía, pero sí el número. Pero esos diez números no significaban nada ni podían ser un teléfono. Así que, cansado de buscar su número en los números, pensé en hacerlo al revés: buscaría su nombre en los números y su número en los nombres.

De hecho, en una nota cualquiera siempre se firma o se pone el nombre al final. El final era *2051257141*. Si ella se llamaba Selegna,

SELEGNA= 2051257141

Siete letras para diez números, no me encajaba. Pero como la letra “E” era la única que se repetía, lo único indudable era que en los números también estaría repetida. Así las cosas, “S” no podía ser “2”, porque entonces la letra siguiente, la “E” sería el número “0”, que no aparecía más que una vez. En cambio, si “S” era “20”, y la “E” un “5”, la “L” –letra que separaba a los dos únicos cincos podría ser “12”. Basándome en aquello hice un esquema según el cual,

S= 20

E= 5

L=12

E=5

G=7

N=14

A=1

Al verlo escrito así, y al final con la letra A y el 1 lo vi claro: había sustituido cada una de las letras de su nombre por el numeral equivalente del abecedario; la A era el 1, la E el 5, la L el 12 y así sucesivamente.

Ya tenía lo que ya sabía: su nombre. Pero también una forma de operar que, trasladada al resto de la nota, esperaba me diera algún resultado más.

Al aplicar este criterio a la parte conocida, la de *mi querido Caballero, etc*, me dio unos números que de ningún modo podían significar algo. Continué entonces, centrándome en lo desconocido. Recapitulando, sabía que se llamaba Selegna, suponía que me esperaba el día de San Matías (próximo en el tiempo), y que en el mensaje las letras habían sido reemplazadas por números. Así que me dispuse a hacer lo mismo, traduciendo la parte *desconocida* del romancillo:

FELIZ SAN MARCELINO= 65129272011413119351291416.

Era más absurdo todavía, porque un número tan extenso no podía ser de teléfono ni nada que a mí se me ocurriera como una pista para identificar algo. Pero después de mirarlo detenidamente y durante bastante tiempo, vi que empezaba como un teléfono móvil, por el número 6. Había estado consultando el santoral al empezar a tratar de abrir la lata y San Marcelino era el 6 de Abril.

FELIZ= 6512927 SAN MARCELINO= 6/4

FELIZ SAN MARCELINO= 651292764

Increíble! No sé si estaría acertando y me dispuse a marcar el número. Pero

antes de hacerlo, recapacité y me di cuenta de que me podía haber equivocado o bien, si hablaba con ella, viera que no había resuelto el resto del enigma.

Continué adelante. Ya sabía que me esperaba el sábado 14 de Mayo y tenía su teléfono. Ahora sólo me faltaba conocer el sitio. La verdad es que esta parte parecía la más difícil, porque normalmente los sitios se expresan en letras, y aquí en el resto del mensaje las letras no ofrecían pista alguna,

*Mi querido Caballero*

*No dudo que encontraréis*

*El lugar donde os espero*

Arrojaba, al convertirlo en números con el criterio del orden alfabético, unas cifras extensísimas e inabarcables para mi entendimiento. Pero no sé aún por qué, se me encendió una luz después de tanto pensar. La mención del nombre de dos Santos en los versos me llevó a la idea de Santidad, Religión y Cruz. La Cruz es el símbolo de dos cosas que se encuentran, que se cruzan, como nosotros y... las coordenadas. Empecé a tratar de ordenar la larga cifra y la crucé en internet con coordenadas geográficas que pudieran tener algún sentido. La secuencia era:

MI QUERIDO CABALLERO= 139 18225199416 3121121251916

NO DUDO QUE ENCONTRAREIS= 1416 422416 18225  
5143161421181195920

EL LUGAR DONDE OS ESPERO= 512 12227119 4161445 1620  
5201751916

Las coordenadas del primer verso me llevaban a la Polinesia Francesa, aproximadamente, tratando de apartar algunos números, ya que las latitudes estaban entre 0 y 180 y las longitudes entre 0 y 80. Descartado.

El segundo me llevaba a puntos aún más extravagantes e inaccesibles, como bastantes millas perdido en el Océano Atlántico, o al sur de la gran Australia, en todos los casos en medio del mar.

Además, vi que siempre se expresa en primer lugar la latitud y también la

longitud. Por ello, en los dos primeros versos no había una localización real.

Me centré en el tercer verso y vi que los primeros once números, situados como longitud, y los siguientes, como latitud daban una localización próxima a Devon, un condado británico. Cambiando las cifras a latitud primero y después longitud, aparecía la Vega de Valdetronco, en Valladolid. Seguía sin convencerme demasiado, porque la distribución numérica era forzada, dando más cifras, para hacerlo encajar, en el primer grupo. Pero al darme cuenta de que Valladolid estaba precisamente entre latitud que empezaba por “4” y longitud que empezaba por “5”, tomé tan sólo la segunda parte del verso,

DONDE OS ESPERO= 4161445 1620 5201751916

Y esas coordenadas eran latitud 4161445162 ..... y 0 (de Oeste!) longitud 5201751916.

Al mirar en el mapa por internet, vi que eso era la Mota del Marqués, en Valladolid.

Era cerca de mediodía, las 11.40 horas. Me había llevado un buen rato, pero al final lo conseguí.

Marqué el número de Selegna:

-Hola! ¿Qué tal está tu padre?

### **Capítulo Doceavo.**

-Vaya sorpresa! Algo mejor. Es fuerte y saldrá de esta, pero nos hemos llevado un buen susto.

-No te quiero entretener. Te espero el sábado 14 de Mayo junto a la torre de homenaje del castillo de la Mota.

-Ja, ja, ja. Un beso. Cuídate.

Pero ese beso que con alas me enviaba, me lo dio, por vez primera, a la semana siguiente, cuando me despedía de ella, dejándola en casa de Sandra. Había venido, dijo, a Barcelona sólo para darme aquel beso.

Dejo a cargo de la Física la explicación de cómo pude llegar a casa esa noche sin poner, en todo el camino, un solo pie en el suelo.

Desde aquella primera vez, Selegna y yo nos fuimos viendo. Construimos, con el tiempo que nos dejaban sus guardias y mis viajes editoriales, una historia muy bella. Tal vez porque lo breve –por el tiempo que nos antecedió ya y el poco que nos daban nuestras obligaciones- nos empujaba a optar por vivir cada minuto como un año.

En una carta que me envió, en una época en que las únicas que hacía tiempo recibíamos eran de las compañías de luz o de los Bancos, me dijo que era una dríade cuya vida duraría lo mismo que la del árbol al que se sentía unida.

Selegna convirtió cada rincón del mundo en el que estuvimos juntos en otros tantos paraísos. Descubrí que, estando ella, una aldea perdida en medio de la nada era un oasis idílico; un erial sin más vegetación que cuatro brotes de acebuche era más bello que la Puerta del Paraíso de Florencia; vi junto a ella Campos Elíseos donde para otros sólo había páramos yermos y baldíos. La ataraxia me dominaba, poniéndome delante, a través de ella, un mundo en la punta de sus dedos.

Mi problema con Selegna seguramente fue que no siempre supe abalear el trigo de la paja. Si el basamento del amor era la fe, ésta me faltaba porque el amor sin tiempo era como la fe sin obras de la que hablaba el Apóstol: fe muerta. Selegna curaba a sus enfermos, pero como yo no lo estaba, no se cataba de mí; yo le ponía los puntos a las íes a mis escritores, pero como no entendía la letra de la Venusta, nuestros caminos no se encontraban.

No nos preocupaba demasiado, al parecer, el calendar nuestro próximo encuentro y puede que por eso o por otras cosas empezamos a dejar de vernos. Esta decoración le estaba dando una cambiada importante a nuestra relación. Sabía yo como verdad averiguada desde la época de los célebres del Siglo de Oro, que la ausencia siempre fue uno de los grandes temas literarios de queja entre los enamorados.

Pero mi capacidad de ver con otra perspectiva las cosas tuvo un reflejo

distorsionado en Selegna, que también usó de la misma facultad, aunque la realidad le devolvió un reflejo transfigurado. Pensé en darle una sorpresa para su cumpleaños, que era la primera semana de Octubre. Le dije que no podría ir a verla porque debía ir a un congreso editorial en Salzburgo que duraría cuatro días. A ella no le gustó que no pudiera cambiarlo, aunque no mostró apenas enfado.

Busqué el teléfono de su Hermandad y llamé cuando sabía que no la encontraría allí. Pregunté por Alicia, de la que siempre me hablaba como una de sus mejores amigas y a quien yo además había conocido una de las veces que estuve en el Rocío. Decidimos organizarle una gran fiesta en Sevilla. Alicia me dio su teléfono móvil, que yo no tenía.

Al parecer, a Alicia no se le ocurrió otra excusa mejor que decirle que ella ese fin de semana no podría quedarse a celebrar el cumpleaños con Selegna porque se iba de viaje. Esto hizo sospechar a la de los ojos verdes, por ser la época del año que era y además porque su amiga tenía pánico a los aviones. Como nos íbamos intercambiando mensajes sobre el sitio donde sería la cena y demás, yo le escribí uno a Alicia diciéndole que tenía preparados los billetes (después del cumpleaños quería hacer un viaje a Marrakech con Selegna).

Una tarde, en que para mi infortunio Alicia estaba en un bar con Selegna, le escribí a aquélla. Alicia fue un instante al lavabo y en ese momento yo la llamaba por teléfono. Como Alicia tenía el móvil en el bolso, Selegna vio mi nombre y mi número en el teléfono de Ali y se sorprendió mucho porque ella no me había dado su número y sabía que Alicia y yo sólo nos habíamos visto un par de veces que yo había estado en el Rocío. Entonces, Selegna tuvo tiempo de leer uno de los mensajes que yo había mandado: *“espero que no se dé cuenta de nada, intenta ser discreta... Ya tengo los billetes de avión. Saldremos del aeropuerto de Sevilla el sábado por la noche”*., pero tuvo la sangre fría de no decirle nada. También le dio tiempo a leer la respuesta de Ali: *“Tranquilo, no se enterará de nada. Ella se ha tragado lo de Salzburgo. Todo nos saldrá bien. Qué romántico Marrakech. Te iré a recoger al aeropuerto. Cuídate. Un beso”*.

Cuando Ali volvió del lavabo, Selegna se había ido. Del bar y de mi vida.



## Capítulo Treceavo.

Mis intentos por entender algo no dieron resultado alguno. No pude hablar con Selegna y Ali me decía que tampoco pudo contactar con ella. Le ofrecí el frustrado viaje sorpresa que planeaba hacer con Selegna a Óscar y a Carolina. Como ésta era muy amiga de ella, pues habíamos salido juntos todas las veces que coincidimos los cuatro en Barcelona, le pedí que la llamara para saber qué ocurría aunque tampoco logró hablar con ella.

Carolina y Ródenas, al volver de Marrakesch hicieron escala en Sevilla y fueron a ver a Selegna, que les había colgado el teléfono cuando, al llamarla para felicitarla por su cumpleaños, Carolina pronunció apenas mi nombre.

Aunque fue difícil, Carrie una vez allí consiguió hacerle comprender:

-Óscar y yo hemos venido sólo para darte las gracias por el viaje a Marruecos.

-¿Qué quieres decir?

-Lo que no pude cuando te llamé para felicitarte: que entre todos te habíamos preparado una fiesta sorpresa para tu cumpleaños y que Ali era nuestro contacto para enredarte. Aunque tú creyeras que el enredo fue entre Ali y otra persona de la cual no me atrevo a pronunciar el nombre por si dieras otra vez por acabada la conversación...

Era orgullosa y habían pasado dos semanas, pero me llamó para pedirme perdón.

Y la perdoné, aunque dentro se había roto la espina dorsal del amor: la confianza.

La pasión por Selegna parecía cada vez más exigua. El estiaje había dejado tan bajo y reducido el caudal que se podía cruzar el brazo de mar casi a pie enjuto.

Volvimos a vernos y a recuperar el paraíso perdido al paso de su cumpleaños, durante dos meses. Pero cuando ocurrió lo de Francesca, me sentí como se debió sentir Paolo al ser sorprendido por el glorioso mantuano en un parque del infierno con otra Francesca, la da Rimini, personaje predilecto del romanticismo italiano y universal. Pero mi infierno iba a ser mucho peor, pues era, sobreañadido al castigo de las penas eternas, entre todas la peor, la de ver alejarse a la única.

Casi había terminado mi parte de la crónica editorial y estaba a punto de sentarme con Francesca para empezar a ensamblar la obra en su conjunto, cuando Don Vicente nos pidió que volviéramos a celebrar junto con el resto de editores y escritores con los que habíamos formado expedición en su quinta, una nueva cena de nazarenos.

Tal vez fuera por mis cuitas renovadas, volviendo siempre tras un breve lapso mi sino a su estado habitual de perpetua inquietud, o por darme cuenta al verla como siempre tan bella –cada día más- a Francesca, que apenas participé en la animada conversación con mis compañeros. Me preguntaron cómo avanzaba la crónica pero fue Ella quien respondía por mí, mostrando su amabilidad y buen hacer y a la vez dándome noticia de sus propios progresos literarios en la obra común.

Cuando acabó la cena Francesca me pidió que la llevara a tomar una copa porque quería hablar conmigo. Nos metimos en un quilombo con música latina demasiado alta y caipirinhas con demasiado hielo. Hablamos algo de la crónica que habíamos ido pergeñando.

Salimos a fumar y como su coche estaba cerca de mi casa, fuimos caminando juntos.

Me dijo que tenía que darme una mala noticia.

-Tengo los resultados de los análisis. Es cáncer.

Me la quedé mirando aterrado, incrédulo. Ella gimió e instintivamente pegó su sien en mi pecho y yo la abracé.

Mis lágrimas corrieron junto con las tuyas por unas mejillas unidas por el dolor.

Quise secar las tuyas con mis labios, ninguno de los dos pensábamos en nada, creo. En nada más que en ese dolor que nos unía: yo creyendo que ella, el pilar de mi vida, tenía cáncer y ella, conmovida, pensando que tanto me dolía que su madre estuviera enferma.

En medio de la noche serena y apacible, una noche en que la luna desbordaba en su enormidad el Tibidabo, a lo lejos, amenazando con desparramarse ciudad abajo y bañarse en el mar de diciembre, un rayo me abrió como un cuchillo: desde la portería de mi casa Selegna, muda y con expresión dilacerada, nos había visto besarnos breve, apasionadamente y salió corriendo hacia su coche, que arrancó a toda velocidad, dejándome incrédulo, tanto por la noticia como por ver allí, sin esperarla, a Selegna.

Al día siguiente Francesca me dijo que era su madre y no ella, quien tenía cáncer. No pude ser consciente más que un instante de lo que me había pasado; pero esa consciencia me duró un solo segundo, cuando en el cielo nocturno de Barcelona se produjo una cerrazón bíblica. Cuando perdí la razón y como si fuera Paolo y ella Francesca da Rimini, para secarle las lágrimas que de una y otra luz bajaban, se me perdió el mundo contra ella al juntar mi mejilla a la suya cuando Ella se giraba y nuestros labios huérfanos se encontraron.

Sólo entonces supe que lo único que supera en matices de intensidad la comunicación de los sentimientos, es el beso. El beso registra todas las emociones, las más ancestrales y desconocidas para el pensamiento consciente. Sólo entre hombre y mujer es posible esa comunicación de pasados, presentes y futuros. La amistad carece de ese trasfondo; puede recordar, puede querer. Pero el sentimiento de fusión, de intercambio de identidad, de confusión y trascendencia, sólo tiene en el beso a su instrumento único. Por eso se cierran los ojos en el beso, para verse en la totalidad.

Todo eso fue el irreflexivo beso que le di a Francesca, el primero, y que no duró más que un segundo.

Empezó a jarrear el Cielo pero ya no me di cuenta de nada más. Al menos

hasta el día siguiente.

Cuando parecía que había dejado de atrochar con Selegna, yéndole al fin a los andares en campo abierto y franco, las cosas se habían atenebrado. O directamente se podían dar por acabadas.

Intenté hablar con Selegna, pero fue imposible; si con lo de su fiesta sorpresa desconfió de mí, esta vez todo parecía –y era- mucho peor. Viajé hasta su casa y me quedé bajo su balcón durmiendo toda la noche, al raso, pero todo fue inútil.

Cuando bajó a la mañana siguiente para ir al Hospital a trabajar, me dijo qué debía hacer para que la dejara en paz.

-Creerme por encima de imaginarte lo imposible.

Lo que más me dolía no era que me hubiera visto o lo que pudiera pensar; me horadaba que me tuviera en tan poco como para faltar a mi fe, que es lo único que jamás podría abandonarme. Había sido irreflexivo, pero juro que en ningún momento pensé, sólo fui presa del dolor que me atenazó al creer que Francesca tenía cáncer.

Después de las explicaciones, las palabras de Selegna, brevemente, dijeron lo contrario que su apariencia: que me perdonaban.

-Si ya pensaba –le dije- estar aquí, en tu calle el resto de mi vida hasta que me escucharas ninguna pena me parecerá tan grave como haber estado fuera de tu gracia todos estos días.

-No he dicho que estés en mi gracia, y no tiene ninguna por cierto lo que hiciste, y mucho menos que lo niegues. Pero no te aseguro nada, sólo te puedo decir que me voy a ir un tiempo fuera y que de momento no quiero saber nada de ti y por favor no me llames.

Entiendo tan poco de mujeres que estoy seguro de que, hiciera lo que hiciera me iba a equivocar –como siempre- en todo caso. Si hacía lo que me decía sería encima un estirado y un orgulloso; si intentaba un acercamiento, un sinvergüenza y un irrespetuoso de sus deseos. Así que, puestos a equivocarme, haría lo que me diera la gana. Mejor hablaría con Francesca para que me aconsejara y de paso me explicara qué había pasado entre nosotros dos. O mejor pediría consejo a Andrés y Óscar.

El tiempo no obró los milagros que quienes carecen de otros recursos –como yo, entonces- esperan en él. Selegna se fue y durante semanas no volvimos a saber nada el uno del otro. Siempre he ido perdiéndole respeto y miedo a las cosas que me preocupaban a medida que las he tenido cerca. A todas. La prevención de lo que percibimos como un mal es, muchas veces, precisamente su remedio y fin. En el momento en que aceptamos la posibilidad real de que algo ocurra, estamos en camino de superar lo que en realidad tal vez ni siquiera es un mal. Y eso me empezó a pasar, que lo que pensé sería el final no fue sino una liberación. Aún iba a ser cierto que lo que no te mata te hace más fuerte. Por eso, cuando me rehíce llamé a Selegna y le dije que viniera a Barcelona al fin de semana siguiente. No podía y se me hacía un poco de rogar.

Le dije que viniera cuando le fuera bien, pero sólo si le iba bien. Me llamó dos semanas después, diciéndome que estaba ya en Barcelona, por el centro y que cuando acabara de hacer unos recados podíamos vernos. Me pareció demasiada displicencia para alguien tan poco sufrido como yo. Eso de avisar a última hora y de citarte después de hacer algunas compras, como si yo fuera el que le limpiaba los zapatos, fue la puntilla. Entender mal un comentario, o interpretar al revés las cosas es otro de mis modos conocidos de cambiar la Historia. Espero que para bien: en mi caso fue para un cambio decisivo.

Cuando en diez minutos que llevábamos hablando y tomando un refresco me pareció que su lenguaje corporal venía en refrendo de una actitud altiva y arrogante, rematada en algunas frases en que daba a entender que la rondaba y aún apremiaba su antiguo novio, quien poco menos que le suplicaba que se casara con ella y que se lo perdonaba todo sin hacerle una sola pregunta, fue cuando ya pensé que eso el hijo de mi madre no lo iba a sufrir:

-Nunca te he dicho antes que, cuando vine a Barcelona estaba prometida con mi novio de siempre. Vine a Barcelona para invitar a mi boda a algunos familiares y amigas y coincidió con la celebración del Quijote. Pero te conocí y rasgué las invitaciones. Ahora me está asediando para que vuelva con él.

-Ante una prueba de incondicionalidad como esa, creo que debes corresponder sin condición alguna. Una persona así te merece verdaderamente. Hemos luchado pero algo se empeña con obstinación en

hacernos caer, en evitar que estemos juntos. Rindámonos a tiempo antes de que sea peor.

-Si tan importante fuera para ti, no te encontraría siempre con otra; y si tú fueras el hombre de mi vida, no le habría dicho a Carlos que acepto –esta vez sí- ser para él, como debería haberlo sido si no hubiera venido a Barcelona. Entiéndelo.

Si en ese momento el mundo se hubiera abierto a mis pies, nada me hubiese importado. No hizo falta que me dijera nada más. Me levanté y musité: “Suerte” o algo así. Sentí el gran alivio del final, aunque fuera la mayor derrota la que me apartaba de allí. Y precisamente, en ese partido que tan poco me gustaba ya, prefería perder que seguir jugando. Por eso, como es de etiqueta y señorío, le cedí el estoque, no fuera a pensar que era yo quien ponía punto y final, para que así, liberada en su orgullo, el adiós fuera definitivo. Soy tan firme que no necesito decir la última palabra y prefiero que sean ellas las que digan adiós. Nunca fui yo quien traté de hacerlo, porque algunas, picadas en su orgullo, insistían. Lo mejor para quien quiere dejar una relación es siempre provocar el final. De esta forma, si alguien te dice adiós se queda más tranquilo, porque un adiós nunca se dice dos veces.

Por un instante pensé que nunca conocería a nadie como Selegna. Era imposible. De la mujer de tu vida, al igual que de tu propia vida o de ti mismo, no hay duplicados, a despecho de otro genio, Don José Saramago.

Sobre las mujeres se puede tener buena voluntad, amistad o amor. El amor se supone que está en la categoría superior. Es sentir y comunicar un afecto superior e incondicional al ser amado. Pero si conservo en el archivo de mi secreto el amor que siento, sin descubrirlo jamás a la mujer que amo, ¿en qué podrá entenderse ni aprovecharle a ella que esto fuera amor? Pero no es importante. Si lo que siento no se lo quiero comunicar a ella, ¿qué me importará a mí el nombre que pueda dársele? Durante siglos ha habido luchas por la religión, cuando en el fondo todas tienen en común lo mismo: la existencia de un Ser Superior (en el que, pienso, muchos *ateos* creen, bien que

dándole a ese ser otro nombre diferente al de Dios).

No me quedaba más lugar a pensar que, o alguien me estaba sometiendo a alguna prueba –y si era así creo que ya podría darme por vencido- o definitivamente, debía buscar a mi Ángel de la Guarda. Y entonces se encendió una luz, al principio imperceptible y débil, pero que al ir acercándose era cada vez más clara y deslumbrante, que había estado siempre allí. Y yo sin darme cuenta.

## **Capítulo Catorceavo.**

*“Parecía, de bello y acidalio como era su rostro, que en él se hubieran dado campo para luchar a brazo partido todas las fuerzas celestiales y divinas*

*contra las humanas, procurando ambos ejércitos permanecer y asentarse en real tan incomparablemente hermoso. Y siéndolo hasta tal extremo, se hubiera dicho mirando su cara que cielo y tierra se habían sólo a ella rendido, dejando lo mejor y más extremo de su belleza en sus ojos de azabache, el arco de ébano de sus cejas, las endrinas de sus pestañas y sus labios rosados y el óvalo de la cara encerrando en sí en la forma más suave tanta grandeza. Tal era, es y será Laura, en quien lo bello quiso dejar huella que no pudiera ser borrada ni olvidada de cuantos hombres en ella hubieran detenido su mirada, para ejemplo de los tiempos pasados, presentes y futuros.*

*Era, para él, como Beatriz para Dante, a quién él nunca osó decir jamás palabra, más que fingidamente. Era su amor edificio seguro que no precisaba tentemozo ni arrimo alguno, viviendo exento del riesgo común a todos los avatares a venirse abajo por una mala palabra o un desafortunado suceso; un alcázar desde el que él no necesitaba descender, pues de hacerlo su ideal dejaría a su vez de serlo”.*

Este fragmento escrito por Andrés, que leí una vez que él debió olvidar en alguna parte, me convenció firmemente de que si la locura se emplea en el servicio de alabar la hermosura y ésta lo es en tal extremo como es el caso de Laura, necesariamente hay que concluir que nunca podría usarse en una causa mejor.

La superioridad de la belleza, venustez y encanto de Laura sobre cualquier otra mujer, anterior, contemporánea o futura, era tan apodíctica, que pensar siquiera que hubiera podido haber otra como ella era una aporía en sí misma. Yo no podría reconocer mientras me quedara vida esto, porque Selegna era la dueña absoluta del mundo. Tal vez debería otorgar que probablemente existían dos mundos para que pudiera tener alguna viabilidad racional el ser las dos, a la vez, tales que no pudieran existir otra Laura ni otra Selegna.

La apostura y sencillez de Laura eran sobrenaturales. Pero como digo, la celsitud de Selegna no admitió jamás en mi fuero competencia posible alguna.

Óscar y yo teníamos desde hacía muchos años una espina atravesada en nuestras carnes, y no hallábamos el modo de sacárnosla. Se trataba del tema de Andrés. Supimos meses antes que Laura venía a Barcelona a un concierto y entendimos que ese buque no volvería a recalar en nuestra dársena. Era



preciso pensar algo. Rápido. Pasamos aquellos días escurriéndonos los sesos en pos de descubrir una tronera en muro tan inaccesible.

Mi abuela nos decía muchas veces que donde haya una mujer española, que se quiten las demás. La abuela de Andrés no se lo debió decir nunca, y si se lo dijo, él no le hizo mucho caso. Y por culpa de su Abuela o de él, qué más da, ahora nos veíamos en la de Mazagatos.

-No sé si decir algo sobre Laura. Es mi única, primera y última oportunidad de sacar a plaza pública un sentimiento de años. Puede que ella no lo sepa nunca, si no lo digo ahora –me dijo Andrés una tarde de esas en que nos sentábamos junto al mar, supongo que para que él se sintiera más cercano a Roma, a Laura-

-Dulcinea nunca supo que un tal Don Quijote había estado enamorado de ella. Y a Don Quijote jamás le importó ni mucho ni poco que ella lo supiera. Recuerda que él reconoce en varios puntos del libro que eligió una Dama por el hecho de ser usanza a todo caballero andante el tener Dama.

Cuando hablaba con él sobre esto, muchas veces pensé –y ni aún como amigo podría habérselo dicho- que Don Quijote ya no me parecía el hombre que había venido a dar con la mayor locura en el mundo. Era, con diferencia, Andrés.

-Sí, pero para él, como dices, tener Dama era condición necesaria para poder ser, en toda regla y sin faltarle parte alguna para ello, caballero. Pero en mi vida Laura no es un *Deus ex machina*: es el centro y ella es real; son las demás cosas que hago todas por ella y aunque es cierto que no sueño siquiera con poder hablarle un día, aunque fuera delante de muchas otras personas, no por eso estoy seguro de que no sea mi obligación –o mi derecho- hacerle llegar el mensaje para que ella supiera que está viviendo dos vidas: la suya y la mía.

Era difícil aquietarle y contradecirle, principalmente porque yo pensaba como él: lo deseable y bello en Laura se te venía encima en ares y mares; en segundo lugar porque yo quería redimirme de la traición que, en nuestra época estudiantil, le había infligido y qué caramba, porque en la duda es preferible callarnos todos y que hable su majestad el corazón. Y lo que el suyo decía era lo mismo que daba a entender Andrés, todo corazón.

Pero al decirme aquello de hablarle delante de muchas otras personas, me dio la clave que había de llevarnos, como en una difícil partida de ajedrez, a la solución.

Le dije que dejara a mi cargo el negocio, que yo lo haría tal que no habría más que desear. Y lo decía porque con el Atalante de Óscar, todo se podía dar por hecho. El tío, después de todo, es el más listo de los tres y siempre se puede creer y esperar lo mejor de una trastienda y despejo como los suyos.

Yo creí que a Andrés, como a todo hijo de vecino, haber conocido a Laura le habría parecido un sueño. Pero también habría despertado precisamente del mismo por esa razón. La idea que él se había formado de ella podría ser una, pero la vida tiene resortes ocultos que hacen que a veces para una sensibilidad muy remarcada como la suya, el sufrimiento fuera muy superior a la ganancia. Si él hubiera sabido que Laura, a la que tenía verdaderamente por una diosa, había tenido comportamientos terrenales, o debilidades de cualquier clase, se hubiera desesperado. Y vuelvo a decir, aún así hubiera sido el hombre más feliz del mundo, seguro. Pero entre un millón de gracias, algo que no le hubiera gustado (aunque fuera saber que ella había tenido otro novio antes), habría aparecido. Y en la vida ideal, sin aspiraciones ni deseos posibles, tampoco había lugar al desengaño.

Pesaba sobre nosotros dos una notable maldición, que yo esperaba que al menos por su parte se pudiera acabar rompiendo. Él no la adoraba como un enajenado, sino como un hombre dotado de una incondicionalidad única y que no esperaba por esa misma razón nada absolutamente. Las burbujas que protegen a las situaciones ideales que las personas construimos, son tan interesadas como invisibles. Esa gran ilusión es lo que preserva el quebranto al que nos somete la realidad en cuanto desaparece la distancia que nos separa de la ambición, al verse cumplida. Pero en algunas vidas, por la fuerza del sentimiento, la situación y el tiempo que pasamos en esa vida paralela, son demasiado importantes como para no hacerles ningún caso.

Como en la nuez que dicen que contenía toda la Ilíada escrita, es milagro que cupiera tanto sentimiento en corazón de hombre.

O sea que Andrés tenía razón, y como yo era su amigo y había aceptado un envite por el que no sabía qué cabo encontrar para desmadejar el hilo de Ariadna (en este caso de Laura), pensaba una y otra vez qué podría hacer.

Debía ser discreto, pues no era razón poner en boca de nadie los amores de mi amigo. Pero por otra parte, parecería un imposible llegar a una Reina bajo capa de tener un mensaje secreto que darle, sin mayores explicaciones. Pensé durante horas y días qué podría hacer; hablé con José Luis, el Presidente del Club de Fans de Laura en España y creo que me entendió, aún sin haberle explicado del todo la historia, pero me dijo que no sería nada fácil. Hablé con Ródenas: su dinero y sus contactos podrían ser una buena palanca para dar impulso al asunto. Pero, pese a los buenos ofrecimientos del prohombre, no encontramos la manera discreta y segura de poder llegar a Laura. Aunque si salía mal, no se perdía más que la hechura.

Pero de repente ocurrió algo que vino a favorecer definitivamente nuestro propósito. Aunque las musas, a quien nunca me canso de perseguir, seguirán sin venir a honrar mi casa, la suerte de tener en el equipo a un Ulises como Ródenas, fue definitivo. Fue pues idea de Óscar entregar a Andrés un maletín, con su documentación y una suma muy importante de dinero, encargándole que dijera haberla encontrado en un taxi. En efecto, un lunes por la mañana Ródenas, maleta en mano tomó un taxi hacia una calle secundaria cercana a la Avenida del Paralelo. Andrés estaba unos metros más allá de donde el taxi se detuvo, bajando del mismo Óscar y dejando la maleta en el suelo, sin que lo viera el taxista. Inmediatamente, Andrés se subió al taxi y cuando iba a bajar le dijo al chófer que allí detrás había una maleta con una suma muy importante de dinero y documentación. Ródenas llamó a varios medios para que difundieran la noticia del héroe que encuentra una maleta llena de dinero y cuya honradez sin mácula le obliga a buscar a su dueño, pocos días antes del concierto de Laura.

Esta noticia, en un marco de noticias a diario sobre la ya cansina y consabida corrupción, dio la vuelta al mundo conocido, y seguro que Laura también lo supo, lo cual le dio a Andrés, de salida, una buena tarjeta de presentación. La chicana resultó bien.

Le dije a Ródenas que su dinero podría servir para hacer una gran justicia a nuestro amigo. La añagaza, en su segundo tramo era también sencilla: debía contactar con la Agente de Laura y decirle que donaría a la causa solidaria que ella escogiera el dinero que Andrés había encontrado, si cenábamos todos

juntos, aprovechando que venía a ofrecer un concierto a Barcelona. De un lado, y como pretexto para justificar la donación, esto daría publicidad a la firma de cavas de Ródenas; de otro, Laura colaboraría en una causa solidaria; y de otro Andrés vería cumplido su máximo sueño.

Pero aquí nos enfrentamos a una sorpresa mayúscula y es que Andrés dijo que aquello no había sido jugar limpio y que él no podía engañar ni consentir tal engaño ni ningún otro hacia Laura. Eso nos desmochaba la única línea de actuación con alguna seguridad de éxito. Estuvimos a punto de abandonar y finalmente, los tres consensuamos que se organizaría un concurso con la mejor frase a Laura, bajo capa del altruismo comprobado de Andrés, que sólo aceptaría ir a cenar con Laura si era capaz de decirle la mejor frase, en abierto desafío al que ofreceríamos participar a cualesquiera rivales. Y retaba y desafiaba a quien quisiera decir una mejor que él. Quien ganara, podría ir a cenar con ella. Habría una importante dotación económica, el dinero que Andrés había *encontrado*, para una causa solidaria. Así, Laura por sólo cenar con quien ganara, daba su apoyo a la causa solidaria.

El jurado, lógicamente, estaría formado por el propio Ródenas, Tonia –la mánager de Laura-, Carolina y yo. Mi participación en el jurado venía justificada por mi profesión de editor. Se trataría como un acto promocional de las bodegas familiares de cava de Óscar Ródenas. A él el emboque le pareció una buena idea, no por la promoción en sí, pues sus caldos eran hartamente apreciados y sobradamente conocidos en los confines del mundo como para requerir tales protocolos. Pero ver que podía ayudar a un amigo le decidió a emplear sus esfuerzos en ello. Lo merecía, porque era nuestro amigo, pero sobretudo por haber luchado todos los días desde que escuchó la voz de la diosa por la radio, allá por 1.991; por haberla querido contra todos los pronósticos e imposibles del mundo, frente a toda la desesperación de saber que nunca podría probablemente cruzar con ella una sola frase; por haber sido, en una palabra, inasequible al desaliento. Parecía que esto venía a encarnecer y envarar nuestro propósito.

La secretaria de dirección del prócer contactó con la Oficina de Laura en Milán y se propuso que, después del concierto previsto para el día 8 de Octubre, le leyera “la mejor frase que un hombre diría a una Diosa”.

Habría grandes frases, Andrés era consciente que Laura era una diosa y que

los mejores querrían florearla. Pero yo estaba seguro que el gran genio se pondría de su parte, pues lo merecía. No le hizo falta pensar mucho, llevaba los últimos veinte años de su vida pensando en lo mismo.

Reconozco, como digo, que muchas de las frases que leí, y fueron miles, hubieran derretido estatuas de bronce en Enero, como el fuego dio forma a las armas de Aquiles en la fragua de Vulcano. Las copié en mi archivo por si pudiera hacer uso de ellas para mis objetivos personales. Otras eran cursis, muchas vulgares, algunas impropias de la mujer única. No faltaron las desenfocadas del objetivo, como la que decía que *La dulce vita* debería haber esperado a que Laura pudiera aparecer en ella como actriz. De modo que hubo que hacer una previa selección. Como yo ya había errado mi camino desde muy pronto, pretendiendo que las palabras no eran un fin en sí mismas sino que servían como un vehículo, aún torticero, para obtener el favor de una persona, no se me hizo mucha cuestión de conciencia decirle a Andrés que pusiera cualquier cosa, como “Bellísima, esta noche cenaremos juntos”. Pero mi amigo se agalló y dijo que jamás consentiría de ninguna manera en tomar ventaja contra la ilusión de muchos que, como él, adorarían –pero nunca como él- a la única. Quería una justa agonal y abierta, tomando cada uno la parte de campo que hubiere menester, pero con igualdad de armas. Exigió seguridades absolutas, diciendo que sólo comparecería si, en el momento de descubrir al ganador, los candidatos finales no llevaban escrita su frase y eran capaces de completarla en la sala, leyéndosela a Laura y también y sobre todo, que Laura no fuera parte del Jurado, pero sí alguna de sus mejores amigas.

No me imaginé en aquel momento las intenciones del muy tuno, y lo vi como un acto de extremada honradez fuera de toda duda. Pero no tuve más remedio que aceptar, en parte porque yo sabía mejor que nadie que Andrés se alzaría con la victoria, no por ser el mejor, pues no siempre ganan los mejores, sino porque era quien más anhelaba la victoria y más fe tenía en ella.

A la Oficina de Ródenas llegaron a miles los sobres que contenían frases de incendio por un amor a las claras fingido en la mayoría de casos, improbable en otros, y cierto y comprobado también por qué no decirlo en algunos. El mecenas me encargó que clasificara las cartas por su calidad literaria, en tres grupos. Y dentro de cada uno, por su sinceridad sentimental aparente. No me fue difícil agalerar, aunque el volumen era considerable, pues la mayoría eran

frases manidas de siempre “*Solo he pensado en ti dos veces en la vida: una el día que te conocí, la otra el resto de mi vida*”; “*Desearía ser una lagrima tuya para nacer en tus ojos, vivir en tus mejillas, y morir en tus labios*”; o “*Si el universo tiene un sentido, está ahora frente a mí.*”

Mucho castizo. Algunas incluso citaban la fuente. Pero debo reconocer que muchos otros eran precisos y elegantes justadores y, de ser sincero lo que escribían, dignos de obtener, sino una vida junto a la diosa italiana, sí al menos poder verla de cerca. Y tuve por ello buen cuidado en ser equitativo con su causa, y asegurarme de que al menos podrían acudir los tales al certamen en el que Laura leería las primeras palabras que darían lugar a una respuesta del divino ganador. Ciertamente es que una guerra no debería ganarse por un único tiro de gracia, y esas frases lo eran. De haber pedido una composición más exigente o extensa, los candidatos se hubieran reducido drásticamente, pero también la chispa que, encomendada a unas pocas líneas, daba buena muestra del buen estado lírico de nuestros enamorados poetas locales sin laurel ni musa a quien cumplimentar.

Sea como fuere, nuestras vidas siguieron, parecía que sin novedad en los días siguientes. Llegó el siempre melancólico Octubre, tanto más para mí porque poco antes y sin yo entender nada, Selegna me había abandonado. Recé mil veces cada noche porque Andrés ganara ante la que había de ser única oportunidad de su vida.

Estuvimos en el concierto de Laura. Fue fantástico. En la primera canción, “*La soledad*”, la misma que habíamos escuchado en aquella piscina en un Julio ya lejano, que cantó vestida de una albadena rosa y pantalón negro, Andrés, Óscar y yo nos abrazamos instintivamente, en un abrazo largo, intenso. El largo camino a la Tierra Prometida que empezó con aquel primer paso alcanzaba el fin tal como había empezado.

Podríamos haber entrado a verla en su camerino, pero sólo quisimos hablar con Antonia –su representante– y dejarle un ramo de flores a cada una. Cantó con su voz única de belleza con tonos de adolescente eterna y única en su género. El concierto no acabó muy tarde, pero Andrés, Óscar y yo nos fuimos, y era un Octubre seco y algente, a donde nos quisiera llevar el coche. Nos paramos en una gasolinera a comprar cacahuets, tabaco y refrescos, y estuvimos en una de esas playas anónimas extramuros de Barcelona hasta que

empezó a albear el día. El abrazo que nunca se dieron Orestes y Píldes, ni Patroclo o Aquiles, o Anselmo y Lotario, nos lo dimos nosotros, al volver a casa, de una manera sentida e instintiva.

Al día siguiente llegamos al edificio en un acto en el que, conforme a las especificaciones de Ródenas, no podían acceder más medios que los gráficos, estando totalmente vetada la entrada de otras cámaras más allá de las fotográficas, al menos durante el momento de la lectura. Hubo un cuarto de hora de cortesía para los medios, en que se brindó por la diosa italiana. Cerraron las puertas y el silencio se hizo glacial.

Si no la hubiera visto millones de veces en los pósters de la habitación de Andrés o a una cierta distancia en el concierto el día anterior, no hubiera dado crédito alguno a que fuera ella. Una chica morenita, parecía que de ojos asustadizos, los dientes pequeñitos y no muy juntos, un vestido volado, como de premamá. Parecía tímida. Era extremadamente bella pero para darse cuenta había que hacer el gran esfuerzo de dejar de lado al menos durante un momento la arrolladora dulzura de su gran corazón. Su simpatía te distraía de todo lo demás. Era tanta su sencillez, su bondad, el calor de su corazón y el amor que emanaba –aún para los que penábamos por otras- que era la misma diosa del amor.

Fijarse sólo en la belleza de su rostro, en lo apolíneo de su perfil, hubiera sido como creer que lo mejor de un diamante fuera su nombre o su olor. Dominado por la sensación de estar delante de Venus misma acerté sólo a hacerle la idiota pregunta de si era Laura. Ella sonrió comprensiva y algo tímida aún. Me dio dos besos que me obligaron a buscar un objeto firme –fue la mesa de la antesala- en el que apoyarme para no caer. Estuve por salir de allí, arrastrar a Andrés hasta casa sin volver la mirada atrás en ningún momento y olvidarlo todo. Porque si Andrés había consagrado toda su vida a poder ver de cerca a aquella mujer, a decirle sólo que su vida era sólo esperar y pensar en ella, cuando la viera se quedaría muerto en el sitio, sin tiempo para los santos óleos ni el viático. Su voz era tan dulce, su olor ambarino, sus maneras tan suaves que, apoyado en la mesa yo ni me molestaba en saber qué decía, sólo quería oírla.

Cuando salí llevándola del brazo y la acompañé a su asiento me sentí como el hombre que nunca sería perdonado por los dioses por haberles robado, aún

sólo unos minutos, su objeto más sagrado, su fuego eterno. Ella dejó que le acomodara el asiento y me lo agradeció, llamándome por mi nombre, teniendo la prevención de retirar discretamente el micrófono que estaba en la mesa.

Ocurrió algo que yo creo que sólo debió ser uso en los tiempos de la realeza, que ninguno de los allí presentes habíamos vivido. Y es que, al verla entrar, el alegre bullicio que se escuchaba dio paso al más inquebrantable de los silencios, con todos en pie al unísono, sin que nadie hubiera dado advertencia alguna ni protocolo lo señalara. Los tiempos no son los que dicen qué debe hacerse, sino las personas que, puede que sólo una vez en la vida tenemos la suerte de ver, y la propia situación a la que sin estar preparados respondemos como si hubiéramos dedicado toda la vida a afrontar.

Así fue que lo único que se escuchó fue su hermosa voz con acento italiano, y su amabilidad. Le cabrilleaba la luz en sus dientes al sonreír. En la mesa presidencial estábamos, la astrífera y Antonia –su representante- además de Ródenas, Carolina, el Notario Don Josep Enric Fábregas y a juzgar por las fotografías que vi después –no porque sintiera que estaba allí pues me creía en el Olimpo-, yo.

El acto fue sencillo, la belleza de Laura hubiera hecho inútil todo discurso, con cien vidas rendidas a sus pies. Pero había que decir algo y atendiendo al guión agradecimos las bellas palabras de muchos, su ingenio y valor. Laura dijo que guardaría todos los manuscritos *ad perpetuam* en el archivo-museo que tenía en casa de sus padres. Fue entonces cuando pensé en la estupidez de por qué no habría yo escrito algo. Porque aunque siempre tuve presente que jamás competiría con Andrés, es verdad que, en cierta manera, sólo a la única se le podría decir sin riesgo de ofender a nadie, lo mejor que el fondo de tu alma puede inspirar al pensar en ella o verla.

Mientras hablaba me sentí un poco desazonado pero a la vez con una alegría algo melancólica ya, por haber podido estar en lo más alto, más allá de lo que era una mujer. Ródenas dirigió unas palabras encomiásticas a la amabilidad de Laura, y mostró la fascinación que todos compartíamos por verla allí.

Tuve que ser el primero en notar la premonición a flor de piel cuando escuché que el Notario, quien fue don Álvaro de Tarfe en la cena en casa de Ródenas, a mi izquierda, después de desprender el lacre y rasgar el sobre empezó a decir “Troy..” y los murmullos inmediatos de asombro hicieron que el fedatario



levantara la vista por encima de sus gafas de carey para mirar, enfrente suyo, en la cuarta fila, a Andrés, que tranquilamente se había puesto de pie.

Me quedé sobrecogido cuando le vi, valiente, mirando a los ojos a Laura y, sin azorarse, decirle en buen italiano *“Troy non aveva bruciato Vos essere presente nel mondo , perché i tre divinità - Venere , Atena e Minerva sarebbe ingiusto far finta riconosciuto discutere la vostra bellezza unica , e non c'era stato bisogno di rubare Helena a dimostrare così grande verità . Ed è per questo le cose non essere così , Ilio doveva bruciare , in modo che Roma fu fondata come città eterna ha dato al mondo l'eterno bellezza femminile e che tu sei”* . "(Troya nunca hubiera ardido de ser presente Vos en el mundo, porque las tres deidades –Venus, Atenea y Minerva- hubieran reconocido ser injusto pretender discutir vuestra belleza única, y no hubiera sido menester robar a ninguna Helena para acreditar tan gran verdad. Y es por ello que no siendo así las cosas, Ilio tuvo que arder, para que Roma fuera fundada y como ciudad eterna, diera al mundo a la gran belleza y eterno femenino que Vos sois)". De memoria, sin papel alguno. Laura estaba a mi lado y puedo jurar que se emocionó. Lloró como una niña cuando descubre que vale la pena vivir por el amor. Dijo *piu bello*. No hacía falta traducir mucho, pero aún así Antonia lo hizo en muy buen castellano, sería pero conmovida. Tuve el insólito privilegio de ver cómo cuatro perlas resbalaban por los bellísimos ojos de Laura, recreándose en el camino divino de sus mejillas, surcando la piel cercana a los labios de Tiro y perdiéndose en su propia estela. Sonreía mientras seguía llorando, ya sin poder parar, en tanto que un aplauso en honra del justo vencedor nos permitió a todos poder tomar perspectiva y asimilar ese momento.

A Andrés parecía que se le había separado el alma del cuerpo. Estaba con los ojos vidriosos y yo podía escuchar su respiración agitada. Estuvo tentado de abjurar de su propósito de siempre: creer en lo posible sobre Laura.

-No voy a ir, no puedo –me dijo, ya fuera, de vuelta a casa-. No estoy preparado ni lo podré estar jamás. Llama y da cualquier pretexto.

Tenía razón: no era un ablandabrevas, pero aquello era superior a todo, imposible de afrontar, por la resonancia que podría dejar aquel día y cualquiera de sus momentos en el resto de su vida. Los traeres de Laura se habían revelado como devastadores. Aunque sabía que cualquier cosa que le

dijera de Andrés serían meras abogaderas que ni yo mismo creería, era mi obligación porque aún precito y sin fe por lo que a mi tocaba, debía hacer de tripas corazón para que él no cayera, como yo, en el mismo Infierno, sin Beatrices, Lauras ni Selegnas.

-No lo haré. Te vas a calmar y nos vamos a ir ahora a tomar unas cazuelitas de mero al Borne y haremos que nos abran un montilla. Después te llevaré a Leo y te vas a comprar unos zapatos de este siglo y algo de ropa y tiras esos argamandijos que te pones y dejas de ir de trapillo. Por supuesto vas a pagarlo todo tú.

-¿Debo recordarte quién fue el que hace apenas unos días abjuró de los principios que hoy defiende hasta la última sangre?

-Esos son otros López, Don Andrés. Imposible por imposible es como negativo por negativo: seguro y positivo. A ti te va a salir cara.

Ni él ni yo lo creíamos, pero lo que nos mantenía la esperanza era creer, cada uno sobre el otro, que tenía una fe que en el fuero interno de cada uno había huido como el ladrón en medio de la noche.

Casi tuve que usar la fuerza para arrastrarle Ramblas abajo, pues porfiaba en meterse en la boca del metro y en desaparecer hasta que todo pasara.

En el Quino nos bebimos un vino verde oliva que lo puso en su sitio y entre vaso y vaso conseguí que Andrés comiera esa delicia que Doña Filo guisa como nadie, mero enharinado, una vuelta en aceite muy caliente con un poco de chutney de mango. También se comió dos huevos fritos con puntas y unas natillas que por sí solas congregaban a una parroquia fiel en los dominios de la patrona aragonesa que gozó la fama hasta su último día de que nadie le había dejado jamás una miga en el plato.

-Escúchame bien lo que te voy a decir y si no quieres no me vuelves a hacer caso nunca más, pero en lo de hoy nos va mucho más que la vida, a ver si lo entiendes: Ródenas se ha jugado mucho más que dinero en todo esto. No le puedes fallar. Olvídate de que te gusta, de que estás loco por ella y trata de verla como a una persona que te da igual. Si haces eso, conseguirás que no hagamos el ridículo los tres y además es posible que ella te recuerde con cariño.

Le estaba baldonando por cara de Óscar, quien tan munificente era con

nosotros, y no sólo por su dinero.

-De tanto leer el mismo libro me he vuelto igual de loco que su protagonista y vosotros queréis seguirme el juego en algo objetivamente imposible.

-¿Con imposibles me vienes, a mí, que los vendo? Andrés, no digas eso ahora y súbete las mangas verdes. ¡Habiendo tenido tantos años para pensarlo!. A más moros más ganancia. ¿Alguna vez nos ha gustado lo fácil?

En ese momento yo no era más que el confesor que visita al reo condenado a muerte en sus horas previas al amanecer en que había de ser ejecutado. Y él sabía que yo lo sabía, pero no podía decirle otra cosa. Por eso tuve que apelar a los esfuerzos de Ródenas, a su reputación; también a que yo le había leído en la lectura pública del Quijote. Pero como al *moriturus*, el pulso lo estaba abandonando, opté por abarloarle en la mayor, para hacerle caer definitivamente:

-Como estas dos tías se vuelvan a Italia sin lamentar no haber nacido en España te juro que nos mereceremos ser unos perdedores toda nuestra vida.

Reaccionó a la azagaya carpetovetónica como esperaba de él. Eso fue repicar en la piel de tambor. La vibración estremeció el coraje del soldado. Hizo dos cosas que no había hecho nunca: pagar la cuenta y darme la razón. Me alegré más por lo segundo que por lo primero, porque de todo esto se hacía cargo Ródenas. Pero esa mirada, próxima a dar un paso que cambiaría su historia sólo la vi antes en Florencia: la de David cuando se dispone a armar la mano para lanzar su honda contra Goliath.

La tarde fue la de un duelista despiritado que se hace confeccionar su mejor vestido como si fuera el último que ha de vestir y dispone las cosas para el día siguiente a su muerte. Se comportó dignamente, aunque yo lo llevara como a un zarandillo, pero en su serenidad noté que había un poso de despedida de muchas cosas. Eligió un buen traje marino, camisa blanca con cuello Mao y mocasines caoba.

Yo le había preguntado a Antonia cómo le parecía que fuéramos vestidos y nos dijo que Laura iría arreglada. Nos mintió: Laura iba de azul celeste y todo en ella lo era, como por la mañana, pero parecía una novia, con su collar de rubíes, unos aretes pequeñitos de circonios y el pelo, como siempre, cubriendo y descubriéndole los hombros como la bajamar descubre el tesoro

en la playa. Sus ojillos parecían preguntar muchas cosas, e ir mucho más allá de lo que cualquier mirada de mujer pudiera. Parecía estar algo nerviosa, pero estaba bien, apenas un suave maquillado, las uñas perfectas y una sonrisa que desmentía, como todo en conjunto, que tal ser pudiera ser mujer y no serafín.

Yo me resistí entonces y ahora, tiempo después, niego en conciencia que en los momentos en que pude verla esos días, pudiera admitir un solo segundo que fuera una mujer y no una diosa: ni en el concierto, ni en el certamen y mucho menos en la cena, y por ese orden. Cuanto más próxima estaba Laura, más imposible resultaba creer que fuera sólo una mujer. Ninguna mujer se aparece en medio de un sueño y te habla, siendo el mismo sueño, y viéndola, mirándola a los ojos, sabiendo que no puedes despertar porque ya no hace falta, pues es el único sueño que puedes vivir despierto: verla a ella. Los felices de la vida que podemos haber estado tan cerca suyo tendremos siempre una existencia única, porque las mayores desgracias de la vida vale la pena haberlas arrojado sólo por haber estado cerca suyo unos instantes.

Aunque Antonia me dijo que estuviéramos a las nueve, sabíamos que ellas llegarían al menos un cuarto de hora más tarde. El salón era un reservado del Drolma, con cortinas de damasco granate y oro, con tenues arabescos y recogidas con alzapaños de dorado envejecido junto a las columnas con una gruesa lona trenzada. Las sillas pesaban tanto que hubiera sido mejor cenar antes en otro sitio para venir con fuerzas bastantes a moverlas, de ahí que los camareros –que habrían cenado antes, supongo- ayudaban a acompañarlas. Tenían forros de cretona en beige. Todo estaba cuidado hasta el mínimo detalle.

Andrés, que siempre deambulaba como un arlote, de trapillo y arrapiezo en todas partes, iba hecho un figurín. Le habíamos dado a Francesca armadilla en el negocio, y ella nos había llevado a una buena tienda de la calle Caspe de la que salimos bastante bien pertrechados.

Ródenas y su mujer llegaron puntuales a ejercer su papel, tan secundario como necesario, de alzapuertas o introductores en la trama de Andrés y Laura. Carolina estaba imponente, con un vestido largo en tono cinzolino con gajaduras en blanco que pocas se hubieran atrevido a ceñir; sus ojos aturquesados asombraban nuevamente en el fondo del comedor.

Llevamos una colineta de flores a Carolina, a Laura –célica, cómo no- y a Tonia. Parecían diosas del Olimpo al recogerlas y acercar el ramillete a sus caras, si bien Tonia, esa noche con falda larga campera color tabaco y blusa de seda en tono cerúleo mate, como bella era entre merced y señoría, una mujer juncal de cuerpo, pero bastante normal por su semblante.

Allí les conocían de muchas otras veces, a diferencia de a Andrés y a mí, que tuvimos que preguntar en la entrada la dirección y una vez allí esperamos a que no pasara mucha gente por la calle para acceder, fijándonos en quienes nos precedían si la puerta se abriría hacia dentro o hacia afuera. No fue necesaria tanta prevención, pues un amable señor con chistera nos abrió. Y no sé si la puerta abría hacia dentro, hacia afuera o era giratoria. Qué importancia tendría eso cuando nos jugábamos tanto entonces.

Carolina Carvajal de Ródenas, la del cabello amelcochado y ojos zafirinos, nos sonrió bellamente. Atrás quedaba, aunque era algo de lo que no le gustaba hablar demasiado, que don Octavio, su padre, había hecho al parecer a espaldas del Gobierno ciertos negocios poco claros que habían dejado en descubierto a altos diplomáticos del país. Aunque nunca se probó, el padre tuvo que volverse de emergencia, saliendo del aeropuerto de Caracas por una puerta falsa, disfrazado de mujer, donde le esperaba un avión privado que el propio Ródenas le había mandado por si las cosas se ponían feas. Pero todo eso a nosotros nos daba igual, muy ajenos siempre a las cuestiones económicas del prócer y de su entorno, y preocupados sólo por el amigo que, pese a ser César de un pujante emporio, nunca pareció darle la más mínima importancia, y si no pedía sardinas en un restaurante era para no contrariar a su mujer.

Ella tocaba el piano como los ángeles. En su mansión de la calle Josep Garí, había invocado con los altos y contraaltos musicales, una concitación de sentimientos artísticos única, cada vez que sus manos casuales, acariciaban las teclas blancas y negras.

Laura y Antonia llegaron poco después. Me di cuenta en la razón que tuvo Andrés al escribir sobre su reina, pero también era justo alabar el buen aire de las otras dos mujeres, que de no andar Laura en los alcances bien habrían sido proyectil bastante a batir cualquier muralla por fuerte, alta o contenida que fuera. Si Paris, el pastor priamíada que dejó a la ninfa troyana quejándose de

su ausencia hubiera visto a aquellas tres mujeres, habría creído en la supremacía de mujeres sobre diosas, como había escrito Andrés, el ganador de la justa floral aquella mañana celebrada.

Tuvimos que hacer un gran esfuerzo para intentar hablar sin que se nos notara la violencia del momento. Laura nos ayudó mucho bajando a la tierra y mostrándose como lo que ella siempre había creído ser: una chica normal. Recordé que yo mismo le había dicho a Andrés que olvidara lo que sentía por ella, al menos esa noche, y que la viera como una mujer normal. Eso, que parecía imposible, sin saber cómo, poco a poco derivó en algo que dejamos de pensar mientras llegaban los entremeses.

La más bella mujer de todos los tiempos, si olvido que Selegna es para mí una diosa, llevaba una blusa garibaldina. Era inconcebible imaginar tan sólo que hubiera sido posible que existiera otra como ella. Pero eso no empañaba mi sentimiento único hacia la que había elegido como mujer de mi vida, porque como ya digo, por una diosa no se puede sentir amor, sino devoción. Aún así, me contrahice galán de Tonia, con vistas a poder razonablemente aflojar el dogal por el que parecía llevar a Laura, para dejarle el paso franco a Andrés. Hice tan bien mi papel, que no solamente me creyó Tonia: me lo acabé creyendo yo mismo. Pero eso sí, había que desartillar a la brava jefa de prensa, amiga y representante de Laura, de su indudable capacidad de aguarnos la fiesta. Pero la cosa quería tiento, que con tal mujer ello era gran desbazedero donde había que medir los pasos para mantener el sentido vertical.

Laura comió poquito, aunque la arenzata fue cardenalicia. Sostenía el tenedor sin presa comestible entre sus dedos y retorció nerviosamente la punta de la servilleta. Era muy amable. Tuve que pisar más de dos veces a Andrés cuando notaba que se me iba, pero enseguida vi que no era el de peor condición anímica en la cena, a juzgar porque le pidió al camarero más salsa de café de París para el salmón.

¿Cómo se dice esto en *spagnolo*?

-Sizigia, le contesté. Si te refieres a la conjunción del Sol y la Luna.

Entendió el piropo y se sonrió. No lo conservaría con los otros en el archivo de casa de sus padres, pero ése se lo llevaba puesto.

Habíamos acordado con Antonia que no habría protocolo durante la cena. Todo fue fantástico, pero me di cuenta de que aquello no podía acabar allí. Yo sabía que Ródenas y su mujer no se quedarían hasta muy tarde porque al día siguiente debían estar temprano en el Aeropuerto, destino a Marrakesch, por el viaje que yo había reservado para celebrar con ella el cumpleaños de Selegna y que se frustró por aquel malentendido que hubo con Ali. Pero ni Ródenas ni su mujer eran tan tontos como para no darse cuenta de que allí habíamos ido solo para que Andrés pudiera cenar con Laura. Lo que no me paré a pensar entonces, es qué pensarían Laura y Antonia sobre eso. Pero, después de todo, Andrés había sido merecido vencedor en una justa literaria y eso dejaba a salvo nuestro honor.

Como yo suponía, Ródenas anunció tras el postre que debían marchar. Y anticipándome a que Antonia cogiera del brazo a Laura y se la llevara para siempre, uniendo la propia despedida a la del mecenas, yo había dispuesto las cosas de manera que pudiera aislar a Andrés con Laura, fijando mucho mi conversación y haciendo un aparte con Antonia. La representante italiana era una Abogada milanesa de unos cincuenta años que pasaban por ser diez menos y con una mirada que no invitaba a preguntar las cosas una segunda vez. Era muy amable, muy correcta, pero una mujer de las que pisan fuerte, así quede el suelo. Cabello leonado, brava y decidora. Con leonería bastante como para no mantenerla a raya sin gran denuedo. Por eso no quise halagar su vanidad de una manera corriente, pues si hay mujeres que deben tener sus oídos amortiguados a toda zalamería, éstas sin duda son transalpinas, hechas a escuchar y ver las mayores rapacidades. Era, para que me entiendan, como una Mónica Belucci pero con los ojos más suaves, y en tono verdoso. Muy tranquila, muy correcta, pero en el fondo de la mirada un rayo que podía despertar si la tecla se hubiera desviado una sola nota de la partitura. Y eso, mediando diferencias idiomáticas leves –los italianos y las italianas entienden y yo nunca sabré por qué, a la perfección el castellano y en cambio, a los españoles nos cuesta entender algunas de sus palabras- llamaba a rebato a toda prudencia de mi lado.

Confraternizar entre súbditos de naciones hermanas es hecho natural; no lo es tanto entre hombre y mujer, pues es sabido que pocas cosas como esa distinguen tanto. Así que toda cuestión que ponga en liza la honorabilidad, fama y opinión de la madre patria es una cuestión que siempre estará por encima de toda etiqueta o protocolo. Yo eso lo sabía bien por habérmelas visto con alemanes en la cerveza, con franceses en el queso y aún con suizos en el chocolate. Pero ahora la guerra se presentaba como mucho más cruenta, pues de su resolución dependía que Andrés pudiera prolongar unas horas más el día más importante de cuantos había de vivir.

El capote que yo le eché vino a remedo de la carta de vinos. Antonia era muy autoritaria y hubiera sido una desconsideración llevar la contraria a una Señorita como ella. Tomó entre sus manos la carta y eligió, sin levantar la vista del listado, un Cianti negro.

-Antonia, en estos pagos no se beben estos tragos, le dije. Le tuvimos que



explicar que pagos era lugares, que nada tenía que ver con la cuenta.

-Para conquistar a una mujer italiana hay que beber vino italiano, dijo ella.

-Si fuera así, Andrés y yo nunca volveremos a beber un vino cuyas uvas no crezcan en los viñedos de vuestras calles.

Los españoles probablemente no seamos envidiados por otra cosa. En el Siglo de Oro se nos tuvo por arrogantes, hace unas décadas por bajitos y casi siempre por menos en toda cosa de alguna valía. Pero nosotros dos no teníamos que hacernos cargo de veleidades ajenas y pasadas: no fuimos nunca arrogantes, no éramos bajitos y, en ese momento, con dos mujeres –más la de Ródenas- no éramos, ni volveríamos a ser nunca, menos que nadie en ninguna cosa. Que se nos envidie por lo que podemos decirles, punto por punto y llegado el caso, a las que estaban con nosotros sentadas a la mesa. Seguramente, de no haber vivido una situación así nunca hubiéramos conocido tener esa destreza, pero bien tenían que saber estas italianas, para contarlo cuando volvieran a la bota que pateaba el balón triangular, quiénes éramos Andrés y yo. Mi plan de esquebrajar, siquiera superficialmente la resistencia lumauelina del baluarte italiano parecía ir bien encaminada.

-Bella señorita, me pliego no sólo a su gran encanto y buen decir, sino también a vuestro gusto que no puede ser otro que el mío. Pero dejadme que ponga de manifiesto lo mejor que guardo, pues las obras dirán por mí, mejor que yo mismo y mi pobre léxico. Con amor sabéis que os acogemos esta noche, quién sino guió la mano de Andrés, su entendimiento, el azar, para llegar a ustedes dos. Ródenas tiene, de su familia, miles de viñedos. A dos de ellos los más hermosos y que crecen a donde nunca nada les hace sombra, a los más queridos, rebautizamos como Antoniano y Laureano. De ellos binamos de propia mano los majuelos, apencamos los rodrigones, podamos la vid, hemos regado y vendimiado y de esa misma uva es el vino que hicimos para esta noche. El vino de toda una vida para esta noche, no nos lo habéis de negar. No mostréis ser como el corindón, piedra preciosa pero casi tan dura como el diamante. Al decir esta última palabra miré, injusto hubiera sido mirar a otra parte, a Laura.

Laura se mordió los labios, se le escapaba su ángel entre los dientes. Antonia también se emocionó. Acordamos que beberíamos Cianti, por supuesto, pero que también descorcharíamos el de la heredad de Ródenas. Así que, en tanto

planeaba Antonia sus firmezas, yo me ocupé de que bebieran un poco más y se distrajera de Andrés y Laura, que hablaban como desde otro mundo, lejos de Antonia y de mí. En cuanto Ródenas y su mujer se fueron, la conversación se dividió ya mucho más. Acerqué, sin notar su peso –todo eso habría bebido y fueran las energías del vino- tanto mi silla a la de la Abogada, que si me ladeaba me hubiera sentado ya en la suya. Me fijé en las lúnulas perfectas de sus uñas, sólo con brillo esmaltadas.

Acostumbrada a mantener su talante, y porque estábamos los cuatro solos, sacó una pitillera dorada y extrajo un cigarrillo, dejando como al descuido el mechero cerca de su copa, bien a la vista, para que yo le diera fuego, tal como hice.

El camarero, con unas formas que no podían ser mejores, le pidió que saliera a fumar a la calle. Mi caballerosidad no era encenderle el cigarrillo, sino apagar este fuego de ahora.

-“¿Cómo le parece que permita usted arder un tronco en esa chimenea y le parezca mucho que una señorita haga arder un breve fuego entre sus labios? Puesto que su servicio se cumple estando a las órdenes de estas señoritas que nos acompañan, si ellas no tienen otra cosa que mandar, le agradeceré que tenga a bien retirarse, pues ha cumplido bien, fiel y amablemente con su cometido por esta noche”.

Diciendo esto que no admitía réplica, dejé entre sus manos un billete de colores primarios y le agradecí sinceramente todas sus atenciones y su acogida por esa noche.

-Bravísimo, tú te vas a venir conmigo a Milano a trabajar en mi oficina como Advocato.

-¿Una jefa como tú? ¡Dicen que las mujeres italianas son más peligrosas que las escopetas!

-Eso se dice en El Padrino. Pero es de las sicilianas.

-Buen acervo y rapidez de reflejos. Es mi película favorita.

La rígida y encopetada Abogada milanese que fue, al principio de la cena, ya me decía que la llamara Tonia, que así la llamaban sólo las personas muy cercanas. No sé si lo diría con segunda intención, pues lo que es físicamente,

lo cierto es que casi no podía girar la cara sin tocar su pelo castaño. Era toda una mujer, de facciones duras, segura, pero yo bien veía que todo eso era su coraza, la careta que te pones para la representación de cada día, y ella, siendo el Ángel de la Guarda de Laura, había llevado tanto la careta que le costaba saber en algunos momentos si se la había quitado o no. De Milán, sí; pero ésta cualquier cosa antes que amilanarse.

Hasta tal punto hablamos de tantas cosas, de si las italianas y los españoles, sobretudo de los estereotipos que ellas –o ella- tenía de nosotros –o de mi- o de los que nosotros –mejor, yo- teníamos de las italianas –bueno, de Tonia- que ella se olvidó de Laura. Pero yo no me olvidé de Andrés, a quien veía distendido. Laura, por su parte, estaba encantadora, muy en su sitio y seguía tímida, pero muy simpática y correcta.

La partida entre la bella representante y yo iba para tablas y las que había que buscar en ese momento eran más bien las de algún buen sitio donde bailar y tomar algo. Aunque a mí no me iba mucho en el juego, sí lo era para Andrés y yo debía seguir capote delante para que él pudiera continuar hablando con Laura. Pensé en lo que estarían hablando, pero no era cosa mía, ya me diría Andrés en otro momento.

No tuve que insistirle mucho, fue más bien ella la que le dijo a Laura que, ya que el Cianti y el Ródenas habían empatado, había que buscar el desempate tomando una copa en otro sitio. Personas de escasa ocurrencia como para ocultar a la vista de una ciudad en que Laura era tan conocida, no supimos qué sitio proponer para llevarlas. Pero la Abogada no dio lugar a tanto, porque hizo una llamada de teléfono y nos ordenó que fuéramos a buscar el coche. Apenas tuve unos instantes para preguntarle a Andrés que qué tal. Me dijo que esa era la primera noche de su vida, su primer día; que su madre estaría en ese momento notando dolores de parto. Ella y Laura subieron un momento a la habitación a aluciarse y nosotros las esperamos en el hall.

A esa hora ya no había nadie, además del personal del Hotel y eso permitió que pudiéramos salir a la calle y preguntar que adónde deberíamos ir: Avenida del Tibidabo. Conducía Tonia y Andrés y Laura estaban detrás. Ya se les veía con otro aire. Escuché que ella le dijo “*nota bene*”, pero yo estaba a lo mío. Esa noche era neomenia, o primer día de la luna llena, cosa que por supuesto dos románticos empedernidos como Andrés y yo que de lleno en la

luna vivíamos, desconocíamos absolutamente. Dijeron que en Italia se consideraba un buen presagio, bajo cuya advocación no dudamos en abrigarnos.

Tras comprobar el número detuvo el coche en Avenida del Tibidabo, pocos metros más arriba de Josep Garí, al lado de la Universitat Oberta. En la trasera de la mansión un bosque precedía un enorme desgalgadero atalayado sobre Barcelona. Mujer de grandes recursos, no sé ni supe después cómo, pero hizo abrir lo que había sido la antigua discoteca Particular, que conservaba todo su equipo de sonido, y había hecho ir delante a tres o cuatro personas de su confianza que nos habían preparado de urgencia el sitio para que estuviéramos cómodos.

Era increíble, la discoteca para nosotros solos. Un DJ improvisado que nos puso una buena colección de música italiana –nada de Laura, Tonia me dijo que a ella no le gustaba escucharse- y un camarero que nos sirvió un buen champagne. Brindamos y bailamos durante no sé cuánto tiempo.

Tonia estaba acalorada, estaba siendo un Octubre caluroso; se desabrochó un botón de la blusa y dijo que iba al baño y que la acompañara. Ambos nos movíamos ya en el buhedal, que no moja aún pero es húmedo y que una vez en él, ya no te permite salir. Le dije que no sabía dónde estaba el baño porque era sólo la segunda vez que estaba allí y me contestó:

-Poco perspicaz este español, tendré que repensarme lo de que vengas a trabajar conmigo a Milano.

Entendí la malicia y lo vi como parte a dejar solos a Laura y a Andrés, así que la seguí. Con Tonia no habría *ne quid nimis*, tan mujer de todo extremo como era. Era difícil no perderse por aquella mansión, daba la sensación de ser mucho más grande porque apenas había mobiliario y estaba decorado con crespones de brunete. En el pasillo sin luces de la planta superior, la Abogada encendió su mechero y le caló fuego al pitillo, el segundo de la noche. Noté el humo acre cerca, yo no quería jugar con fuego pero me estaba quemando.

El dolor por haber perdido para siempre a Selegna había quedado arrinconado las últimas semanas, ensimismado como estaba yo en toda la cuestión laurentina. Pero curiosamente, en ese momento, cuando tenía a tan portentosa mujer delante, vi en un destello a aquella que desapareció y a la que creí que

llegaría alguna vez a ser la que podría llamar última y única. No es que no estuviera preparado para ese momento; había pensado ya muchas veces que el amor no se puede sustituir, en eso Andrés y yo éramos eminentes catedráticos. Pero que se puede vivir con otros afanes, lidiar y pasar la vida con otras mujeres, aún con algo parecido a la ilusión, eso sí era posible. Al menos, me lo estaba pareciendo a mí. Como Florentino Ariza esperó cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días a la mujer que siempre había querido, lo mío en cambio no tendría fin y yo lo sabía.

Nunca había tomado la iniciativa con una mujer desde ella, y sólo hice que ponerme una máscara y convencerme de que por mi amigo tenía que terciar con la italiana. Pero la cosa era que la chica estaba de muy buen ver y que yo no parecía desagradarle precisamente, porque me encimaba como brulote inflamado sin remedio con todos los arrestos.

Pensé que sería mejor dejar las cosas entre un hombre y una mujer, aparcar por un momento el que si tú eres italiana y yo español, o tú Abogada y yo editor. Antes de que acabara el cigarro le toqué suavemente las ondas del pelo con el anverso de los dedos, le arrojé el chicote al suelo –como en *Grease*–, cuidando de apagarlo bien con la planta del pie, calibré su lóbulo que ardía entre mis yemas y la atraje despacio hacia mí, como si pensara en tanto que la aproximaba a mí qué iba a hacer de ella. Oía deliciosamente a cáraabe. Tan suya y endurecida en su estado normal, cuando se quitó la careta se portó como una mujer candorosa y entregada, suave pero salvaje cuando le desperté el instinto al despojarla, muy despacio de los jeans que se había puesto al subir después de la cena a la habitación del Hotel.

Me dijo aquí no y otras palabras en italiano de las que sólo entendí “*Santa Madonna*” y tomándome de la mano me dijo que la llevara al Hotel. Como yo conocía al guardés de la mansión de Ródenas, que estaba justo allí mismo, le dije que a un Hotel no se iba con una Señorita como ella, y que a tal princesa tal castillo. La casa de Ródenas es especial, no sólo por su belleza y situación –como Barcelona–, sino por el halo de misterio que hace creer, mirando la fachada desde el borde de la piscina, en el jardín, que de los contrafuertes de los muros puede salir en cualquier momento el banquero que construyó aquella casa un siglo antes. La leyenda dice que fue un prohombre de Barcelona que enterró el oro recuperado a los comunistas que querían llevarlo a Moscú, bajo

sus cimientos.

Con el cielo estelífero como único testigo, dijo “éste es mi español”, con una sonrisa suave y vergonzosa, muy candorosa. Quiso ocultarse al entrar en la mansión de Ródenas. Lo dio a entender diciéndome que el frío la había dejado como un pinganillo. Le pasé la chaqueta (y el brazo) sobre el hombro, ocultándola. Pasamos entre allosos y lentiscos, urces y zaguas del jardín umbráculo que más parecía vergel. Nos zambucamos de claro, por oscura que fuera la noche a la casa de invitados cercana a la piscina, caminando despacio y guardándonos de no tropezar. Un autillo graznó y toda la niña que quedaba en Tonia se estrujó contra mí. Fue el final del tú y yo y la firmeza del nosotros en ciernes. O yo un ignorante y ese su toque de grida que ordenaba el avance de las huestes y el rendirse de dijes y atavíos. Su olor a azándar me levantó del suelo. El fámulo portero nos había abierto el portón de la casa con discreción, sin preguntar y sin mirar. Y esa fue la primera y única vez que me presenté en casa del prócer a deshoras y mucho menos en compañía femenina.

Yo conocía bien la casa por ser un habitual de la misma y era conocido por todo el servicio. Así que fui a tiro hecho y seguro de que allí encontraría una razonable cólcedra, sábanas, Cianti y todo lo necesario para que Tonia estuviera cómoda.

No puedo dar más detalles de aquella noche, pues aunque yo he leído, en la ficción y oído, en la realidad, cómo pasó entre hombre y mujer algunas veces, lo cierto es que siempre he creído que la mayoría de cosas entre ellas y nosotros, dejarían de ser tan bellas en el momento en que pertenecieran a alguien más. Y por eso sólo puedo decir que Tonia fue otra Diana salida de las aguas de la piscina. Nos bañamos a la luz de la luna, desnudos. Al salir al césped la envolví en un albornoz de rafia y yo me puse otro. Bebimos *ginger ale*, hablamos y sobretodo, construimos una noche inolvidable, para siempre.

Al día siguiente las acompañamos al aeropuerto. Sus equipos viajaban por carretera pero ellas iban hasta Valencia en avión. Laura me dio un beso en la mejilla y me dio las gracias por el recibimiento. Tonia me tiró del brazo segundos antes de embarcar y me dijo que, fuera para trabajar para ella o no, me esperaba en Milán. Le sonreí y le di un beso en la frente mientras sujetaba su rostro entre mis manos. No quedaba rastro de esmeril en aquella que era, al fin y al cabo, mujer. Después apoyé mi frente en la suya, suavemente. Cuando

abrí los ojos, segundos después, pudimos verlas aún, agitando sus manos desde la ventanilla del avión.

Andrés y yo acordamos no hablar nunca de lo que hubiera pasado. Puede parecer extraño, pero nunca hubiéramos podido imaginar que la vida tuviera guardado tanto para nosotros. Nunca he querido saber qué habló o qué pasó entre él y Laura. De lo único que estoy seguro es de que el principal imposible de su lista había dejado de serlo.

En cuanto a mí, dicho queda que desde mis primeras vueltas entendí que el amor es tan indivisible como un número primo: o lo divide todo o sólo por una puede ser dividido. Aunque sé y es razonable, que muchos creen haberse enamorado más de una vez, pienso que la mayoría de personas nunca llegan a conocer a su verdadero amor. Y no es algo triste en sí mismo; lo triste es perderlo. Y las personas que piensan que se han enamorado más de una vez es porque verdaderamente no han conocido al amor de su vida. Si hubiera sido así, lo sabrían, como lo sabía yo indudablemente.

Muchas son las llamadas, pocas las elegidas; pero el amor de tu vida sólo es una. Y yo, estaba aprendiendo a convivir con la ruina existencial de saber que el amor de mi vida existía, pero nunca estaría conmigo. En ese momento pensé que tal vez hubiera sido mejor creer que no, para poder tener la ilusión de que aún llegaría. Pero negarlo hubiera sido casi tanto como negar la llaga de Jesús en su costado, después de haberla tocado con los dedos.

Imagino que Andrés, más positivo por lo inalcanzable que siempre se le figuró todo, vio en aquella noche, no un adiós ni un final, sino el cumplimiento de todos sus sueños, como el de las novias antiguas que preparaban el día de su boda desde niñas, con todo el candor y la ilusión de su existencia, y aún con un pie en el estribo, en sus últimos alientos, recordaban ese momento único no como una pérdida, sino como el por qué y parte fundamental de sus vidas.

Un momento que, por mi parte y visto que una fuerza superior me arrastraba a su antojo como una poderosa corriente, daba toda la impresión de que yo jamás viviría.

## **Capítulo quinceavo.**

Poco a poco empezaba a darme cuenta de que mi lista de miedos a superar se había reducido a poco más que el título. De hecho, estaba mandándolo todo al traste y el miedo a la pérdida, cuando ya lo has perdido todo, en realidad es lo positivo que queda porque desaparece junto con lo último que te quedaba por perder. Se te acercan los problemas, sí. Pero estás más preparado para superarlos.

Y en cuanto a Selegna: ¿Qué podía pensar ella de mí y yo de ella cuando cada uno éramos para el otro como un mal Guadiana, que aparecíamos y desaparecíamos sin avisar y en el momento más inoportuno? Aunque había



pasado ya tiempo, la algidez de tanta distancia no dejaba que la uva pasara de agraz. Siempre fui indómito y rebelde a mansear ante una mujer, bien que ella no era sólo una mujer, ni cualquier mujer, por supuesto. El toro que empieza a mansear es el que está más próximo a morir. Y a mí los atascaderos me mantenían de tropiezo en tropiezo.

Para acabar de cerrar el peor año de mi vida, pocos días antes de su final sonó el teléfono a deshoras. Creer que las cosas pudieran mejorar para mí era esperar ver algaracear en el cielo de agosto. Era mi padre diciéndome que el Abuelo había muerto esa misma noche. Les había llamado la chica que cuidaba de él. Aunque sabía que hasta la mañana siguiente no saldríamos hacia el pueblo, sabía también que no podría dormir más esa noche, como no había podido dormir las anteriores, así que me levanté, me vestí y empecé a recordar algunas de las historias que nos contaba para que no tuviéramos miedo por las noches, cuando no podíamos dormir. Y ahora, el miedo y el no poder dormir y haberlo perdido para siempre, a él y a sus historias eran una misma cosa, que venía a unirse al desastre universal en el que parecía que todo venía a fundirse, eligiendo para ello la palma de mi mano.

Mis padres vinieron a buscarme a casa antes de las siete. Mi hermana viajaba desde París con su marido y con mis sobrinos, vía Madrid, y desde allí en coche hasta Villanueva de los Infantes. Hacía tiempo que habían dejado de preguntarme cuándo tendría novia, desde aquella vez que les dije lo de las calendas graecas. Espero que no vieran en ello alguna alusión procaz.

Mis padres estaban muy callados, supuse que habría habido alguna discusión como todas, desde que nosotros éramos pequeños, escamoteada a nuestro conocimiento para no herirnos en las verdades dolorosas de la vida. Pero sus males goteaban desde un grifo mal cerrado, en un punto de vista disonante, en pequeñas trabas conyugales sin historia aparente. Pero ellos se manejaban a su manera, y el castigo sempiterno no iba más allá de unas breves horas de silencio que se vencían con facilidad por tantos años de entendimiento y superación de pequeños conflictos intrascendentes.

Supongo que en mi cara percibieron la inconveniencia de preguntar más que por las cosas comunes, pero en ningún caso por temas personales. Yo por supuesto que no les explicaba nada a mis padres de mi vida privada, pues se hubieran escandalizado y hubieran avisado a la fuerza pública para que me

detuviera. Me tenían por un tipo raro que nunca había llevado a una sola chica a casa, siempre enfrascado en sus libretos y en sus tácticas futbolísticas. Y tenían razón: las llevaba a la mía.

El viaje se me pasó rápido porque pude dormir de puro cansancio, después de tantos días sin haber conseguido descansar dos horas seguidas.

Todo me pareció distinto al llegar a Villanueva de los Infantes. Habían pasado casi veinte años desde la última vez que había estado allí, precisamente en el último año más aciago después del presente que recordaba. Fue también la última vez que vi a mi Abuela y desde entonces el Abuelo nos venía a ver con algo más de frecuencia. Me pareció mentira que se hubiera ido así, sin una enfermedad que te dijera que se estaba marchando. Se nos fue sin más, en el sueño mientras dormía de una noche, se le apagó la luz. No recordaba así la casa, veía todo más pequeño, más íntimo. Pero estaban los mismos objetos de las fotos, un poco más viejos, pero en el mismo sitio que ocuparon siempre. Y afuera nos esperaba la extensa pomarada enlucida por las flores blancas que apuntaban aún tímidas a la primavera en el terreno somontano, en el soto junto a la ribera y que ahora el Abuelo miraría desde otra perspectiva: la de la Eternidad.

Después de la misa y del entierro fuimos a tomar un pequeño refrigerio con las personas más allegadas de la familia y los amigos, que adquieren en esos pueblos una similitud tal que, de no ser por la diferencia de los apellidos, bien se podría decir que fueran todos troncales. Paseamos por la landa de Villanueva de los Infantes. Con las últimas luces del día, nos marchamos a casa, a terminar de arreglar papeles y a preparar el día siguiente, en que vendría el Notario.

Mi hermana y mi cuñado se quedaron a dormir en casa de unos primos de mi padre. Yo le pedí que los niños se quedaran con mis padres y conmigo. Parecían dos niños franceses, rubios y pulcros. Hablaban un castellano de feria, como el que hablaría Carlos V al desembarcar en el puerto de Tazones. Nos veíamos tan pocas veces que yo no quería perderme aquello de ninguna manera.

A la mañana siguiente el Notario leyó el testamento. Como mi padre es hijo único le dejó todas las cosas de valor, pero mi sorpresa fue que a mi hermana y a mí nos dejó la casa. Yo le dije que se la quedara para que fuera de los

niños en un futuro, pues yo me conformaba con ir algunos días en verano. Ofreció pagarme de contado la parte, pero en ningún caso lo consentí, pues si todo ha de venir a ser algún día de mis sobrinos no querría venderles lo que considero suyo.

El terreno que rodeaba la casa era áspero y de herriza, deviniendo allende la acequia medianera a las tierras de cultivo, marjal pantanoso. Yo estaba a la sombra de un sobradillo del edificio viendo cómo las barderas jugaban en el cielo a crear formas de angelotes traviosos que tocaban el oboe para que a aquel idílico paisaje ni música le faltara.

Paseaba por el acirate, entre las cormieras y coronillos, llegando hasta las mugas en que acababa Villanueva de los Infantes, desde donde se dominaban las vistillas de la espléndida nava. Había olvidado, a fuerza de pasearme por parques de ríos artificiales en Barcelona en que hasta el sonido de los pájaros era mecánico, -otra cancamusa para idealizar una ciudad que no las necesitaba-, el canto de cardelina y filomela. Probé la uva cardenilla recogida de mi propia mano; manchaba tanto su líquido como el de las moras y era tan intenso que tampoco recordaba nada igual en los últimos años.

En mis reflexiones continuaba pensando y dándole vueltas a que yo seguía percibiendo las dimensiones de la cadente casa como más pequeñas de lo que eran en realidad. Salí fuera a ver la llanura de campos trigueños en barbecho, y a lo lejos los molinos mecánicos sobre el cerro alto, entreverados por algunos de los que, más por sentimentalismo que por razones prácticas, aún se conservaban de los blancos de aspa enclavados en el paisaje manchego mucho antes que cualquier otro accidente.

Entonces fue cuando, mientras fumaba apoyado en el roble, y viéndole el chueco, se me reveló una verdad que había oído como cosa legendaria cuando estudiaba Bellas Artes y era que algunos tesoros de pintura o escultura se habían descubierto en el hueco falso de un edificio. La cavidad del roble me despertó esa idea. Sin perder un segundo, medí a pasos la casa, por la parte de afuera; entré dentro al zaguán y la volví a medir, también con igual zancada, comprobando que el edificio era al menos un metro más grande por fuera que por dentro. Además, curiosamente había ventanas en tres de las cuatro paredes de la casa, pero ni una sola en uno de los laterales, a despecho del buen viso que allí se ofrecía.

Pedí una cinta métrica y exactamente el edificio por la parte exterior era 105 centímetros más grande. Pero en una casa solariega de esas dimensiones, con paredes de hormaza y adobe y con el roble y la sombra que le venía la mayor parte del día era muy difícil de apreciar. Antes de firmar nada de la casa le dije a mi hermana que mantenía mi palabra en que fuera de los niños, pero que me quería quedar todo lo que estuviera entre las paredes. Como no había nada salvo los pequeños recuerdos y fotos de familia me dijo que sí sonriendo, pero hubiera aceptado aun siendo un tesoro maya. Después de todo, mi hermana ha sido muy favorecida por la fortuna y además, como a todos en casa, el dinero jamás le importó ni lo más mínimo. Le pregunté a mi padre que de cuándo era la casa. Me dijo que en el escudo del pretil se decía que de 1.577, aunque estaba en piedra y borrado por los años.

Desde dentro golpeé en todas las paredes de la casa y aunque no había tabiques pues todo era de piedra, acabé notando que la resistencia a los golpes en uno de los lados era menor. Con una pequeña gubia descaliché con suma facilidad la pared, de poca resistencia a un mínimo esfuerzo mecánico. Separé una de las piedras sujetas con mampostería y un olor a azufre y humedad me acudió al olfato inmediatamente. Cuando logré hacer un hueco por el que pude introducir un pequeño espejo y una linterna vi que todo era hueco. Pero no era posible que alguien hubiera hecho una pared interna a tanta distancia de la pared de afuera de la casa sin una importante razón para ello. Retiré una pieza mayor hasta que pude abrir una aspillera por la que introduje la cabeza. Vi un estrecho zaquizamí vacío y oscuro y al principio recelé frente a la tenebrosidad de la espelunca. Pero al fijarme bien encontré un rimerero de papeles enlegajados y sujetos con un balduque.

Si alguien se había tomado la molestia de edificar una pared nada fácil de ejecutar en aquellos tiempos, sería para ocultar en ese cobil algo de mucho valor. En mi pesquisa descubrí un falso suelo, que había sido asotanado para ocultar en su entresuelo o bodega algunos objetos y algo de mucho valor. Habían levantado un murete, formando un pequeño tabuco en donde se habían sepultado adminículos de entonces.

Trémulo de emoción me encerré, sin decir nada a mis padres ni a mi hermana, cuñado ni sobrinos, en mi habitación y al principio creí que se trataba de una novela o de una broma, pero no podía ser cierto lo que tenía en mis manos.

Había tres cuerpos de escritura, todos con una pulcra letra en caligrafía: uno que decía “Memorias”, otro que contenía unas cartas y un tercero que estaba encabezado con la palabra “Destín”. También otros adminículos y ropas que habían empezado a aquerarse: una corbona con alhajas y arienzos de oro, carlines de plata, cequíes y algún centén; un crisuelo con una delgada vela, sin pábilo en el centro; un cuelmo de pared, duernas o artesas, una hidria o vasija grande, póculos para beber, zafras y algunos zaques y barquinos que habrían contenido vino.

Me puse a leerlo en la hora del conticinio y pasé la noche en claro sin poder detener la lectura un instante. Me limito a transcribir literalmente, adaptando algunas cosas al castellano moderno, lo que leí una y otra vez esa noche. Mientras lo leía me dominó la sensación de que los espíritus de aquella casa, encabezados por el de mi Abuelo, desfilaban delante mío.

## **MEMORIAS.**

*En Villanueva de los Infantes, en el año del Señor de Mil Seiscientos Diez.*

*Sepan cuantos aquestas leyeren que fui Alonso Quesada, conocido entre mis deudos y vecinos por el sobrenombre de el Bueno. Item, que mi fe es la católica, única válida y verdadera y que aun siendo mi vida archivo de todo infortunio y desdicha, nunca vine a parar en pedir cuentas a nadie, ni consumí mis bríos en lamentar nada, que si Dios así lo quiso no sé tanto yo como para escrutarle sus Santos Designios. Aunque pecador, es mi fe en Dios tanta que no me pudiera persuadir en ningún modo apartarse las cosas un punto de lo que las Sagradas Escrituras disponen.*

*A Dios y a vos, mi Señora, de todo corazón me encomiendo para que me insufléis el ánimo con que he de exordiar el último servicio que como*

*hombre me queda por rendir, espaladinando de la vida que recibí como candiota llena y dispuesta y en que, al cabo, sintiendo que viene a parar en su fin, sólo las escurrimbres quedan ya. Si mi brazo fue exicial –para mi daño- en el breve espacio que Dios me dé de vida ha de ser mi mano tal que pueda poner en orden y relatar cosas que no quisiera llevarme a parte donde me hubieran de pesar más aún, dejando ejemplo de cómo arrastra la flaqueza humana al hombre de poco aviso.*

*Los cellos que un día embrazaron duelas envaradas, hoy, carracos y oxidados esperan su destino fogaril. Pero lleva mi alma perfundida de vuestro pensamiento a vos misma en su esencia como las tablas de la barrica se esponjan por el dolaje del licor que toda su vida contuvieron. Sea pues, a la mano de Dios, aunque desde que os vi estoy prae manibus teas, mi Señora.*

*Es de esencia que tome la péñola para testimoniar y dar razón de cuanto viví, por mostrar como suele decirse, al león por la uña, dando ejemplo de cómo la Fortuna no se cansa de perseguir a los buenos y detener su rueda fuera de toda prevención, acabando linajes, consumiendo anhelos, descubriendo imposibles, velando luces, esparciendo ducas, sinjusticia y sufrimiento. Pero más grande es Dios que está en el Cielo y que ha de venir, en la Parusia, a juzgarnos en la última jornada. Porque son inescrutables, como dicen los Evangelios, sus Santos Caminos, caen fuera de ser comprendidos aún de la mayor inteligencia. Como cristiano me atengo a esperar en la otra, lo que ansié por mi fe y esfuerzo en esta vida. Y si merecí menos, Dios que es justo así lo dispuso y no hay más que decir. Hombre soy y moriré cual he vivido, sin quejarme, como es propio de mi estado y nobleza. Y sea lo que viniere, y como Dios fuere mejor servido, que si es designio divino no haber nada más trasmundo, como acaté todo el rigor con que la vida me ha tratado, así aceptaré no haber nada más, sin perderse en los entresijos ni un solo aliento de mi fe.*

*Quiso Dios poner linaje esclarecido en el mundo como fue, es y será el mío, mientras los hombres de mi prosapia renueven con su esfuerzo el alto compromiso que mis mayores rindieron sin condicionalidad con los primeros Reyes, de quienes fuimos siempre fidos. Porque el donadío de la nobleza, a distinción de lo que el corriente del mundo piensa, no se vierte de padres a*

*hijos por la sangre, sino por la fe y el esfuerzo, siendo noble el hijo noble, aún no siéndolo sus padres. Es obligación de todo hombre perseverar en acrecentar y adonecer lo recibido de su padre y de su madre. Lo que egua a un hombre con otro es su valor, no su riqueza, por encima de su ricahombria, de la nacencia y del solar conocido de su familia. El valor es lo que pone ex aequo a un hombre con otro. El derivio de los hombres no es su linaje, sino su valor.*

*Aunque pecador, fui muchas veces puesto en cuota y peligro por mis enemigos, y aunque algunas veces desarzonado, jamás de ninguno fui vencido, sólo de vos, mi Señora, pues siendo tan desiguales las armas no fuera mucho que pasara adelante. Son muchos los nobles sedicentes, que acrisolándose en el título viene a acabárseles la nobleza en el nombre, sin serlo más allá de las armas heráldicas, tomadas por el óxido y el verdín.*

*Mi ginea sin mangla es, como queda dicho, de las principales de España, por ejecutoria de su jamás discutido valor en los hechos de armas y en amparo de todos sus Reyes; que vale decir de la cristiandad y del mundo. Así fueron tales que desde los albores estuvieron ermuniados de tributo por sus servicios a la Corona. Aunque montañesa, tuvo llano origen, pues mis mayores no encontraron para guardar a sus hijos más bernia que el esfuerzo de sus valientes brazos. Don Benigno Quesada de Lunua fue el primero de mis mayores de quien se guarda noticia de armas. Fue reabuelo de mi anteabuelo. Nació, en nuestro solar viejuco de Santander en el año de luz de Mil y trescientos y sesenta. Aduro los dieciséis años, siéndole llano disimular la edad por ser grande y membrudo se unió a las huestes de Enrique II, militando ante el Castillo de Montiel contra Pedro I de Trastámara. Fue distinguido en el alcázar y saludado por el propio Rey, quien al preguntarle por su edad le contestó “Si fui home en aquesta batalla no lo digan mis años, sino mis redaños”. Rió el de las Mercedes y le hizo la de allegarlo a su hijo, Juan de Castilla, de quien había de ser próximo en la guerra y en la paz.*

*Aunque por origen fuimos llanos, nacidos de la tierra y del suelo, el esfuerzo de nuestros antepasados en las armas puso en valor nuestro apellido ante Reyes y grandes, siéndonos ofrecido como honra a tales virtudes, el título de nobles y tratamiento de respeto. Nuestra nobleza ha*

*tomado su origen y se ha renovado de padres a hijos, tratando éstos de aumentar y acrecentar el valor con las armas que tuvieron aquéllos. El Rey Juan I, último coronado solemnemente, tomó de mano del padre a tan fiel vasallo, a quien hizo seguir allá adonde él fuera. Las pruebas de fidelidad y valor dadas por los Quesada les valieron la entrega de tierras alodiales en Castilla, en la Vega del río Arlanzón.*

*El primer Quesada de quien se guardan anales se casó con Doña Marta, hija de Don Anselmo de Lódrego, ínclito militar en el sitio de Ciudad Rodrigo, hombre excelso, sabio y de probado valor que cayó por su Rey en la plaza salmantina. Tres hijos del matrimonio llegaron a la edad adulta: Nicasio, Santiago y Vera. Por un voto de la madre que se vio a pique de perder al infante en el parto, Santiago tomó las órdenes menores y abrazó la vida monacal aún mozo. Vera se casó con el mayorazgo de Ávila, hombre de mala vida y gran riqueza, que no le dio ningún hijo. Y Nicasio matrimonió, en el año de Gracia de Dios de 1.423 a la edad de treinta años y después de batallar en el reino nazarí de Granada, con Ana de Orduña, mujer de acendrada fe, en el Real Monasterio de San Ildefonso, bajo la advocación de un rico y valioso tesoro de una talla de Nuestra Señora de la Antigua. Por sus hechos notorios de guerra, y por la ayuda en su causa hegemónica, Don Enrique, en 1.424 dotó a Don Nicasio, maestre con la espadilla de la Orden de Santiago, con tierras libres de contribución que pasarían a ser bailío de su orden y dirigió embajada a Roma para que la talla de Nuestra Señora de la Antigua, pues Doña Ana le era muy devota y no quería vivir donde no estuviera, pudiera albergarse en una ermita que a propósito en Villanueva de los Infantes, que es esta tierra y lo fue de mis mayores, estaba.*

*En el período de Regencia en Castilla, a la espera de la mayor edad de Juan II, un incendio en la ermita de la Virgen de la Antigua causó gran espanto entre sus gentes, que no se daban a partido para sofocarlo, llegándose de las villas aledañas gran número de brazos para tratar de apagar las llamas. Lloraba Doña Ana, el Rosario entre los dedos, porque al menos se salvara su imagen de la Virgen de la Antigua. Las llamas eran vivas, el pueblo se desesperaba. Don Nicasio, despreciando el peligro y entendiendo que, de pasar adelante el fuego había de perderse la reliquia, solo y sin ayuda se adentró hasta el altar mayor y, casi exánime, con el cuerpo magullado y las manos llenas de quemaduras, salió con la talla de la Virgen incólume. La*



*antigua ermita se excidió, pero la nobleza de mi antepasado se hizo patente y le valió el privilegio único, ni siquiera al alcance de las casas más grandes de España, de tener la leyenda “Ave María” en su escudo, adralando una fortaleza en llamas, con adornos de plata y fondo gualda como el oro de su valor.*

*Llamaron Lorenzo a su único hijo, por haberse salvado la imagen en el día del Santo. Fue el padre de mi antebuelo, al decir de la historia, hombre de carácter huraño y desapacible; tanto, que Don Nicasio lo mandó a sostener los avances del portugués, con las huestes del Rey, en su temprana edad, para atemperar el carácter y alejarlo de sus dominios. Eso aguijoneó su natural racheado y disperso, al que los avatares de la guerra y verse perdido sin remedio en los lances mavorcios convirtió en un hombre de bien, que comprendió que el lustre del padre se perdería caso de no igualarlo o mejorarlo, en esfuerzo, fortuna y linaje, él mismo. Y así fue que, para mayor gloria de sus padres y de nuestro escudo, Don Lorenzo luchó a brazo del mismo Rey Juan II, de quien fue padrino de boda, en esta misma Villa en la que desde que estoy sin Vos yo espero a la muerte, el 17 de Agosto de 1.447, con Isabel de Portugal, en segundas nupcias.*

*Don Lorenzo fue el primero de todos en tratar de aunar la política a las armas, velando por una unión que había de mantener, a él y a su estirpe, próximos a la Corte más allá de los hechos de armas. Así, pidió gracia a su Rey para casarse con la hermana mayor de Isabel de Portugal, que había quedado viuda años antes. Doña Isabel fue una mujer de gran poder y carácter, y pesia los ruegos de su hermana viuda y del esposo Rey lo negó, por entrever que no le había de parar mucho bien de acrecentar y ensalzar tanto a un hombre como mi antepasado, de gran ambición y arresto militar, capaz –pensaba Doña Isabel- de volver a los ejércitos contra su Señor natural. Así que, enridado aunque sin darlo a saber, Don Lorenzo se despidió de su Rey, volviendo a sus tierras donde tuvo descendencia natural con una mujer joven cuyo nombre no se conservó, llamándose sus hijos Beatriz y Cristóbal y muriendo baldío de su carácter militar imperante, hastiado y vencido por la negativa de su Rey.*

*Don Cristóbal fue un hombre de sciencia, que mostró más interés por las estrellas, nubes, aritmética y gramática que por la espada y el broquel.*

*Dicen que apenas salió de sus dominios más que para ir a ver Toledo cuando pasó Doña Isabel la Católica, por rendirle pleitesía. Y apenas montó en un caballo más que medianamente. Su esposa, Doña Catalina, mujer afable, temerosa de Dios y en todo pareja a su marido, le cerró los ojos, a la edad de ochenta y cuatro años, después de haberle dado un solo hijo varón, Alfonso María y cuatro hijas: Mercedes, Urraca, Úrsula y Magdalena. Tuvo el dolor de saber de la muerte de su hijo, en la batalla de Villalar, emboscado por los hombres de Maldonado.*

*Mi abuelo, Alfonso María, membrado entre los hombres de su tiempo, dejó viuda a Doña Juana, con dos hijos, Rodrigo y Andrés, cayendo, como queda dicho en la guerra que Carlos I sostuvo contra los comuneros. Por temor de ver correr la misma suerte a los huérfanos Doña Juana trató, valiéndose de un hermano suyo abate, de apartarlos de la suerte militar. Pero mi padre juró por nuestro escudo renovar el lustre perdido de la familia y se embarcó, el 24 de Septiembre de 1.534, día en que cumplió los 19 años, en la carabela Concepción con Diego García de Moguer, hacia el Río de la Plata. Pasó tres años allí sin que de él se supiera nada, pero volvió hecho un nabab, entrando en Sevilla y trayéndose argén o cumquibus adunia con el que establecer a su madre y hermano en un dorado pasar.*

*A las tierras otorgadas en el alfoz, unió muchas otras adquiridas en tiempos de gran carestía popular, de manos de gente que las vendía creyendo que la huida a la ciudad les depararía mejor. Rico y auspiciado por el laurel de haber triunfado en las Américas, se casó con Leonor Sandoval, mi madre, en Mil Quinientos e Cuarenta y uno.*

*De mi único hermano y de mi, fue mi padre nuestro preceptor en los primeros años. Telmo, el mayorazgo, siempre mostró natural interés por las armas, pidiendo la bendición y el permiso a mis padres para llegarse a la Corte y desde allí buscar empleo y ponerse a las órdenes del Rey. Mi padre, por el ejemplo de su vida y de los hechos de nuestros antepasados, no hallaba razón que oponerle al terco de Telmo, quien no sabía de otra música que la de los atabales antes de entrar en guerra. Se alistó contra los herejes de Holanda y alcanzó grado de capitán de fragata. Fue fiero y bravo, mal sañudo pero leal y fiel a la fe católica, y gran combatidor de todos sus enemigos. Se casó con una mujer francesa emparentada con la casa de*

*Lorena, pasando a vivir en el Ducado de Amiens, y tuvo una hija, Antonia. En un viaje de vuelta a España, desde Italia, fueron avistados por tres naves turcas. Abretonaron los cañones contra la deriva de dos de ellas, pero la que venía a sotavento les alcanzó y dejó maltrecho el mástil. Aun pudieron ganar por la mano el abrigo de la costa balear, donde a mi hermano sólo le alcanzó la vida para confesarse y recibir la extremaunción, rindiendo el ser, y dejando a su hija de seis meses con mandado de que fuera llevada a Villanueva de los Infantes con nuestra familia. La madre murió a causa de las heridas recibidas a bordo.*

*Sin embargo, mi padre, un gran conocedor de las novedades políticas de la Corte y del carácter de nuestra familia, ajeno de todo punto a doblar la rodilla incluso ante los poderosos, y sólo ante Dios y el Rey, enemigo por tanto de muchos grandes y envidiado por los ruines, quiso que, sin perder la fe en las armas que había renovado generación a generación nuestro compromiso con la realeza que nos mantenía como nobles de solar conocido, me inculcara un amor por las letras y el cuadrivio que me permitiera valerme de un discurso más político ante los poderosos. Y lo hizo porque Don Rodrigo Quesada, mi padre, fue poderoso y valiente militar pero cayó en desgracia de otros cuyo poder derivaba de riqueza y era alimentado por la envidia. Así, él mismo fue mi preceptor en mis jóvenes años, hasta que, dominando las disciplinas que los antiguos tuvieron como principales: Astronomía, Geometría, Latín, etc, me mandó como caballero a Alcalá, en donde tuve el honor de ser discente de la muy ilustre y famosa Universidad Complutense, dándome al cuidado de una prima suya que junto a Madrid vivía.*

*Para no acedar a mi padre, aunque hubiera preferido tomar las armas y salir al mundo a empuñarlas, seguí la adarve, más alta y escarpada, de las letras y así pasé el tiempo de graduado, volviendo al solar tan sólo en las satis.*

*Sólo ese bervete quiero escoliar de mi familia, y no pase adelante, que no fulgirá más la estrella por aplicarle brillo, sino por lo que de luz lleva en sí y es bien conocida.*

*La vida de aquellos años en la Corte fue regalada. En ella no fue el estudio Señor ni Rey, poniéndole tantas veces el pie delante los paseos en carruaje,*

*las músicas, lances, requiebros, amoríos y reyertas en que con frecuencia acababan las unas y los otros. Los ergos aristotélicos no hacían sombra a la mayor premisa de una espada en tiempos tan convulsos, que adonde no llegaban razones alcanzaban los filos de una fisberta, de la que no me separaba, nobleza obliga, ni para descabezar un sueño, ni tampoco, pese a la expresa prohibición, para andar por el aulario, bien escondida y recta que la ceñía bajo la loba. Si hubiera manejado la pluma y los tratados como la espada y la rodela, buen cátedro habría habido la estirpe, pero a mi padre, sin engañarle, le halagaba la vanidad en las cartas, diciéndole que tenía a raya a los malos de todo Madrid y que en los mentideros se hablaba con respeto de nuestro nombre.*

*Solíamos tres compañeros tenernos más enhotto que otros, y los había buenos, grandes en las letras y bravos en las armas. Uno se llamaba Miguel de Cerbantes Saavedra, curioso maniego, más aficionado a las piezas teatrales y a lisonjear a mujeres en balcón, plaza e iglesia de lo que fuera prudente para no acarrear envidias ni enemigos. El otro que se nos hizo allegadizo aun con ser más áspero y de menor ánimo era Luis Suárez, pinciano de vecindad aunque todos le decíamos el cauro, por ser impetuoso y gallego, como el viento del noroeste, que ese era su origen. Se las daba de terne y de hábil en la esgrima, tanto de la espada como de la lengua española, sin parar mientes en lo desigual de algunas acometidas. Así fue que hubo que correr más de dos veces delante de los corchetes por haberse demasiado el caballero en sostener razones harto mal traídas ante fuerzas mayores a la suya. Suárez se enoyaba con facilidad si le tocaban el comijal de la heráldica. Se engolondrinaba sobre la nobleza de sus orígenes y a Miguel, que nada debía irle en aquello, se le venía toda la sangre a la azotea cuando lo escuchaba. Pero mientras vestimos sotanilla ambos guardaron las apariencias. Fue sobre todo por aquello que les vendría una gran desprivanza, que en el caso de Suárez pasaría a su hijo Cristóbal.*

*La vida de estudiantes era de andar a la sopa; son las letras y el oro como Scila y Caribdis, no pudiendo hombre alguno tener arrimo de las dos, pues quien tiene letras le es menester oro para vivir y poder sostenerlas, mientras que el oro se ufana en ser alabado por ellas. Ni del oro se hacen letras, pues el rico no se ofendería en rebajarse a escribir; ni de las letras oro, pues todas las invocaciones de letrados buscan amparo en Señor que guarde*

*sus días. Y gran fortuna fue que ésta les faltara a algunos de los principales engeños de aquel Madrid, pues no hubieran tomado la péñola de no verse obligados a pagar la fonda en que mal dormían y peor comían. Fueron, a lo que yo vi, el arte y las letras la escala de los ingenios para subvenir a lo que para la vida les era menester, no habiendo escrito de no verse en tanto estrecho. Se le dijo Siglo de Oro, pero hubiera aquél tan bueno faltado de no tener los genios necesidad de éste para atender a lo necesario de la vida. Pero aún así, las letras convienen a la república, pues no es la única riqueza ni la más importante la de los dineros, de poco valor en quien no tiene entendimiento para gastarlos y de gran daño y perjuicio al que sólo tiene cumquibus y le falta sombra de cordura en el magín.*

*Formaban en la época y como siempre entiendo hubo de ser y será, el oro y la didascalía en dos distintos bandos, viéndome yo más pertrechado para mi suerte por la verdadera pléyade de ilustres literatos de aquel entonces como jamás es de creer que pudiera repetirse. Es el hombre que lo necesita todo tan falto como el que todo lo tiene, y no hay hombre tan rico como el que lucha hasta el final, aún no alcanzando lo que ansía.*

*Sea así, nuestro acudiente se esmeraba en alatinarnos cuanto mejor podía, entendiendo ser ésa una época que nos había de allanar más adelante el camino a trances superiores, pues aspirábamos a alcanzar un buen suceso con apoyo en los esfuerzos presentes.*

*La vida militar, en el horizonte, siempre quedaba como alternativa a lo apurado de la vida de aquellos años.*

*Escribía a mis padres con frecuencia, dándoles razón de mi vida de estudiante, bien que callando ciertas cosas que no es bueno recrear entre padres e hijos, no por malas, que los padres al ser hijos las hicieron, sino por excusar el sufrimiento del mayor que olvida que la fuerza se gana luchando y moviéndose entre el peligro. No tuve ninguno de consideración, pues no me faltó buen travo que me enseñó a estricarme bien con la espada y a todo trance y dominaba en Madrid las suertes bajas del estilete y aún del puñal. Tal era menester en la capital del mayor imperio de la cristiandad, pues tantas vidas encerradas en tan poco espacio hacían que, al ser muy grande su número, se le olvidara a veces a alguno que un escudo son ocho reales.*

*Me recomendaba mi madre en sus cartas que no anduviera solo y que no me arrimara por malas calles entre la oscuridad, que fuera piadoso y cumpliera con los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia. Lo mismo en sustancia decía mi padre, pero obviando las razones de peligro por parecerle afeminado darme tales avisos. No me daba yo mucha cata dello, y gustaba de pasear, solo o en compañía, ab intestato, que así es la juventud inconsciente que no repara ni entiende de otro peligro que el que la vida le va poniendo delante.*

*Como pascasios que éramos, en los períodos de holganza, Suárez volvía a Valladolid y yo a Villanueva de los Infantes, quedando en Alcalá Miguel.*

*Eran propincuos, pero a la vez rivales. Suárez se daba humillo de noble, pero Saavedra le decía que fuera argado proseguir con el cuento de la grandeza y así, andaban el día embregándose en puntos de honor y nobleza. Una vez, en el aulario, Luis halló en el enquiridión una nota manuscrita con letra contrahecha en la que, en una silva se ponía en duda, más allá de su nobleza, también su hombría de bien y aún el origen de su sangre. Miguel reprochó a Suárez que el apéndice de Figueroa era supuesto, sólo para dar a entender que era de la casa de Alba, cosa que, visto que iba a la sopa, en ningún caso podía ser verosímil. Suárez y él estuvieron a punto de desnudar las espadas en varios puntos, y si no pasó adelante fue por estar yo entre ambos, pues si el uno era de mal conformar, el otro era escolimoso. Fue precisa una elucidación entre caballeros para volver las cosas al punto del que nunca debieran haber salido. Pero se la tenían jurada. Y además su rivalidad fue también literaria.*

*El Rétor creo que se llamaba López de Hoyos y tenía a Miguel por el mejor alumno que nunca tuvo, pues era Miguel toral en nuestro tiempo en cuestiones literarias. Las castálidas eran de Miguel, que era primicerio, no sólo entre nosotros tres, sino aún en todo Madrid. Disceptaba sobre cualquier punto o materia de modo que parecía tener razón por decirlo tan bien. En aquella época, era juego de gentes de toda principalidad buscar padre a los escritos anónimos que menudeaban como gabrieles en casa llana. No era extraño suceso ocultarse tras un pliego en el que se descueraba a conciencia, con mayor o menor donaire, estilo y acierto, a algún caballero. Y en razón de la altura del réspice, se daba por padre de la*

*catalinaria a uno u otro, siendo atribuidas a Miguel las más mordaces y sutiles, por ser su engeño único en todo Madrid.*

*La dicacidad de Miguel no tuvo jamás parangón. Pero en una diatriba que dejó bajo el sombrero de Suárez le hubiera valido más a él y al otro, no ser tan ingenioso. Fue un dicterio en que supuestamente Miguel, denigró abiertamente las pretensiones nobiliarias del gallego, burlándose descarnadamente de él. Suárez, un hombre muy corpulento, se quiso venir encima de Miguel. Tuve que sujetarme a él con gran dificultad para evitar que pasara adelante. Pero desde ese día, viendo la mirada de los dos, supe que la cortesía siendo yo delante sería lo único que podría esperar, pues ya eran grandes enemigos.*

*A Miguel se le iba la mano a la espada con suma facilidad. Puntos de nobleza mal entendidos, ponían en marcha como por máquina reacciones de mano a la espada y valían para encismar a personas que, fuera de esos negocios, eran entrañables.*

*Luis era de espada ligera y no se le daba mal escribir aunque era zocato y eso le valió algún sepancuantos del Cátedro, pero él no se arredraba y tenía la pluma con la siniestra. Cumplimentaba bien a las mocitas madrileñas, enviándoles silvas y romancillos que recibían respuesta debajo de los balcones, a nuestro paso. Tuvo muchos enemigos, pues no paraba mientes en salir adelante con sus propósitos, en una época de gran carestía y quebranto moral y material. Después de licenciarnos no supe de él, más que se casó en Valladolid donde obtuvo un buen empleo y tuvo dos hijos.*

*Cuando fuimos egresados de la Universidad, hube de pasar a Medina a agradecer a D. Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medina Sidonia, su buena valenza y ayuda para mis estudios, antigua angaria que en razón de hechos de armas a mi familia guardaban para con nosotros los de su estirpe.*

*Saliendo del abra en la que me había adentrado para refrescarme y dar agua a mi caballo, fue cuando os vi en la estepa de Vandalia, en el camino al Rocío, dando a beber a vuestro cuartago, lozana en vuestra cabalgadura, la falda campera terciada que dejaba, bajo suyo, relucir la hebilla de oro y las espuelas de lo mismo y quedé enlucernado. Al veros, paré mi caballo de tenazón.*

*Os esguardé bien y a mi sabor: la cara alta, el cabello recogido en una crespina de la que escapaban, sin querer alejarse a la caricia de la brisa, divinos pececillos, algunos de vuestros rizos rubios. Y los ojos, que al decir por bellos no tuvieron igual en el mundo y en los que como en el Imperio de Don Felipe nuestro Rey y Señor, en ellos no se ponía el sol, sólo por no palidecer su luz ante la apacible y clara de la de esotros dos soles; en lo delicado de su verde, guarnecidos bajo la defensa de sus largas abéñolas.*

*No encontrara Miguel Ángel en Carrara joya igual, y mucho menos le diera forma a sus pómulos como Dios quiso mostrar su poder en la belleza de vos, mi Reina, en el tinte rosado sobre el mármol blanco de vuestro bello rostro. El mayor avaro del mundo habría tenido en poco toda su riqueza, si hubiera visto despuntar vuestra sonrisa a esa prima hora, como yo la vi. Mármol, ni manos, fuera de las de Dios, fueran capaces de dar forma a tan egregio perfil. Vuestra belleza esplendía más que el sol. Jamás vi ni veré pucela como vos.*

*La vi y fue ver estrellas a mediodía. Era la más hermosa y dolada. Soy consciente de que ese honor ha sido disputado desde antiguo en nombre de sus amadas o pretendidas, por grandes y profundos caballeros. No estaré nunca ni a la sombra de decir mejor que Petrarca, Horacio ni Ovidio; pero ellos nunca hubieran estado a la altura de darme una satisfacción, literaria o no, a pie o a caballo, de palabra o por escrito, si la hubieran visto ahora, amazona delante de mí, los bucles de oro acariciando los hombros, enhetrados por la brisa, los rasgos de su suave rostro rematados en el hoyuelo de la barbilla como camino en el Jardín de las Delicias, el trazo de los labios único, los dientes como almendras nuevas y los ojos, de los que he hablado y hablaré, divinos, sólo uno podría competir con el otro, irisados como con puntas de oro vueltas hacia dentro; serenos, como playa en el fin del mundo. Y si, literariamente o no, alguien quiere enviarme a sus padrinos, no olvide que gran pecado es la mentira, pero aún más la envidia y que se guarde mucho de pensar que mi brazo, guiado por el ímpetu de volver a rodear su talle, haría caer si fuera necesario a reyes de su trono y aún a santos de su paraíso.*

*Después ya sabéis que me acerqué a teneros el estribo, afinojado, sin dejar de miraros a los ojos mientras bajábais del caballo. Llevábais en el*



*faldellín conchas y caracolas que habíais recogido en el marbete del río.*

*-“Quisiera preguntaros si llevo buen camino para ir a Medina, pues habiendo descabalgado tan sólo para dar agua a la montura, parece que, perdiendo la mano que llevaba debo haber dado con un bosque encantado que me ha dirigido por una senda mágica al Cielo pues sois el más bello querubín que ojos humanos contemplaran”, os dije.*

*Parecieron conturbar mis palabras la color de vuestro semblante que, rehaciéndose os hizo darme réplica:*

*-“Ved, buen caballero que, llevando la trocha que cabe al carvajal asciende, habéis de tomar a la llana la derrota de Cádiz, capital en donde podréis requebrar con el engaño que claramente mostráis tener a las mujeres más celebradas, que allí son, de toda el Andalucía”.*

*-“Fuera en vano tomar ese camino que decís, o cualquier otro, si el propósito hubiera de ser ver o aún creer que pueda haber en la redondez del mundo gallardía superior a la vuestra. Decidme que, aún siendo las doce del día, es de noche y a mí me parece haber luz; mas no neguéis la gran verdad de ser vuestra merced la más hermosa mujer que vieron días humanos”.*

*-“Tal vez os engañe el cansancio del viaje y, cuando paséis adelante, guiando el caballo entre acebuches, jaras, droseras o labiérnagos, escuchando el trino de filomela y llevando en el rostro la suave brisa campera, os desengañéis, viendo a lo claro ser hechizo los bienes con que Dios, con su mano generosa, inundó esta tierra y entendáis que, entre tales lienzos, os parezca buena la pintura”.*

*-“No me moveré jamás de donde estoy si de vuestro talante no me hacéis la merced de, dándome licencia por espacio de tres días en que por razones de noble cumplimiento allí estuviera, volviera a veros y si, como sé que no será, viera no ya a alguna que en belleza se os pudiera igualar, sino aún alcanzaros a los chapines, venid aquí a confesaros mi error”.*

*-“Mi licencia os doy de buen grado, y mi bendición, y aunque mostráis ser de buena crianza, entended que no puede el natural entendimiento humano conocer noticia alguna sin haber hecho prueba de ello, y es claro que no podéis encumbrar como algo de superior belleza sin haber visto de vuestros*

*propios ojos a todas las demás mujeres.*

*Concededme que, iguales palabras a las que me acabáis de ofrecer bien pudierais haber dicho a otras mujeres, y, siendo el caso que yo al día de hoy os pareciera más bella, en uno y otro término no habría acuerdo y conformidad entre vuestras palabras, vuestro gusto, y la realidad que ante vuestra merced se finojara”.*

*-“Tal hablara Aristóteles al paraninfo del alma mater con las vuestras razones, que a la par que hiciera sabios de hombres por simples que éstos fueran, fundiera con ellas estatuas de bronce. Y todo yo os lo habría de conceder si no es el imposible que me pedís, siéndolo tal por el propio imperativo de vuestra peregrina belleza, que cayendo muy fuera de los términos de la sciencia, no puede ésta en grado alguno compararse a aquélla, procedente como las demás cosas, del mismo Cielo.*

*Pero no queriendo que haya, como la práctica enseña, fenómeno que pueda categorizarse o repetirse, como es que el sol amanece Dios cada día indefectiblemente, verdad que no se puede negar, o que al soltar una piedra enteramente y recta cae al suelo, sin que fuera posible que el mismo aire haya de soportar su peso. Digo que, para universal conocimiento y prueba de estas razones de sciencia basta haber visto una para entender que siempre hubiera de ser igual. Aunque esa piedra que a vera de la trocha veis sea hoy el primer día que tome, no me es forzoso levantar y dejar caer para hacer prueba de ello, siendo bastante conocer por la experiencia que así ha de ser. Pero en cuanto a la belleza y a otras partes que os adornan, el corazón tiene otros ojos y el alma hace firme prueba de ellas, siendo más definitivo y real su juicio que propiamente es el de la sciencia de las estrellas y los planetas, o aún las verdades aritméticas. Son, en suma, las mayores verdades, tales por sí mismas, como la que os digo o la existencia de Dios”.*

*-“Decidme el nombre de quien con tanto denuedo quiere probar aquello que si bien como mujer quisiera creer, la razón misma me niega”.*

*-“Alonso Quesada Sandoval es el nombre de aquél a quien, no valiéndole sólo persuadiros de lo que él mismo conoce por verlo con los ojos y tocarlo casi con las manos, os besa los pies y queda a vuestro entero albedrío”.*

*Cuando me dijisteis vuestra gracia, Angélica, os despojasteis del guante de seda morado y os besé la mano derecha, me vi en el Cielo mismo como espero que sólo podrá ser tal si, llegándome a él, os he de ver. Sólo esa gracia le pido a Dios, y que me perdone por así desbarrar como hereje, y es que si vos no habéis de veros al final de la vida en donde yo sea, más quiero que me arranque el alma y con mi último aliento fina la esperanza y todo estado humano, que el Cielo sin vos no podría parecerme tal.*

*-“En el término de tres días he de venir, sin más alongamiento, a confirmaros como la más bella, si a bien lo tenéis”.*

*-“Volved en todo caso gentilhombre, que me gustará veros”.*

*Os diría que imagináseis lo que es excusado pensar y es cómo no pondrían alacridad a mí y a mi caballo las alas de vuestras palabras divinas, haciendo de él otro Pegaso, al que chacaneé con toda mi fuerza y que por el parnaso me llevó aún hacia Cádiz, donde no quise detenerme más allá de lo que la comunicación del agradecimiento al Duque fuere menester a la buena crianza.*

*Tenía el de Medina Sidonia en sus alcázares o palacios bellísimas estromas y frescas fuentes en sus jardines, que confortaban las estuosas canículas andaluzas, pero no quise allí recrearme, pues en poco tenía toda aquella grandeza y deliquo si me había de estorbar el veros.*

*No me detardé del plazo fijado y al regresar, recuerdo que entré haciendo corvetear a mi buen caballo, procurando que fuera a hora en que me hubierais de ver, desde vuestra casa que a la ermita tiene buena miranda.*

*Descabalgué y dando la jáquima al faquín os adiviné más que os vi por entre la celosía de vuestros aposentos. Me aseé y entré a escuchar la Santa Misa y a dar gracias a Dios por haber a vuestra vera vuelto.*

*Desde la parte de la nave en que estábamos los hombres miraba cómo leíais vuestro marial, pero noté que alguien me acechaba de través. Supe que era un ricohombre, lauto, godeño, noble y de los principales de vuestro alfoz: Don Fernando. Ensimismado en la lectura de la carta de Santiago, la que dice que la fe sin obras es fe muerta, y trazando a la vez el modo en poner os por obra la fe que por vos me había nacido, no masqué el veneno que aquella mirada de fuego a su vez me estaba lanzando.*

*Después, entre todas las voces sólo escuchaba vuestra bella monodia en el coro.*

*Aquellos días de moranza, como sabéis, fueron de recreo en vuestra villa, pues era la sacada a hombros de la Virgen del Rocío por los mozos a Almonte. Roscos, almíbar y vino entretenían el rasgar de las guitarras junto a las candeladas. Yo no os pude hablar más que en presencia de vuestra dueña, pues soy afuereño y vos de buena crianza y familia. Pero yo deseaba fervorosamente comunicaros durante ese breve espacio que se me hacía, a través de las rejas de vuestra ventana, en que me contasteis el hallazgo, mucho tiempo atrás, de la talla de la Virgen por un pastor que lo fue de vuestra familia; que erais hermana de la Cofradía más antigua de la Virgen y que era tradición que todas las mujeres de vuestra familia habíais hecho voto de casaros delante de la imagen de la Blanca Paloma.*

*Vuestro sutil deje andaluz en la penumbra me mantenía suspenso, vuestro aroma a almizcle me embriagaba, todo en vos me elevaba del suelo. Una ligera nota de cascabel de vuestra ancila nos advertía que debía marchar porque vuestro padre se allegaba.*

*Pasando adelante en nuestras dulces pláticas, como sabéis vine a deciros que, entendiendo que no hubiera en el mundo hombre de tal valía y partes bastantes, no ya a ser bueno para vos, sino siquiera a besar la fimbria de vuestro vestido, tanto podría valer yo como el que más y que eso me confortaba y daba ánimo a pedir os lo que, aún pareciéndome imposible alcanzar, de poderlo far, bien os lo había de pagar con mi amor y con mi vida, mi hacienda y todo mi ser.*

*Os di palabra de todo ello, que quisisteis confirmarme con la vuestra dándome un cintillo de oro que en vuestro dedo anular llevabais. Hablé a vuestro padre como se suele entre la gentilhombria, que de buen grado me abrazó como a hijo, recibíéndome promesa de volver por vos en cuanto arreglara en mi tierra aferes que no fuera de orden dejar mal concertados.*

*A prima luz de la festividad de San Andrés crucé las lindes de Villanueva de los Infantes, siendo bien recibido de los míos y encontrando bien de salud a mis padres.*

*Traté de mis negocios pendientes, comuniqué a mis mayores mi propósito de*

*unir vuestro camino al mío, que acertaron a bendecir, al hacerles relación de las virtudes y belleza que os exornan y sobretodo de verme mejorado y abierto mi corazón a las más altas esferas.*

*Resolví, antes de pasar a buscar a mi amada, a conducirme a la Corte, llevando una recomendación para el Duque de Laroza escrita de puño y letra de mi padre, para obtener un empleo en la Villa de Madrid.*

*Una vez allí fui a ver a Miguel.*

*Tanta era mi juventud e inexperiencia que poco recelé de los malos, pues los ojos de la envidia, que todo lo ven, acechaban en tanto que yo no supe oler el peligro. Don Fernando, transido de envidia y dolido porque un arribeño se había adelantado a los planes de pedir la mano de Angélica, movió cuanto pudo –que era mucho–, mandando a dos bigornios suyos a Madrid para tratar de perderme.*

*Miguel fue buen amigo y grande martagón pero innecesariamente pendenciero sin parar mientes en las razones para ello ni en quiénes fueran los rivales. Los altos engeños muchas veces son pobres en el discurrir de la conveniencia, y Miguel era un badulaque en los lances, y poco avisado en toda cuestión política.*

*De haber administrado algo su gran genio, mejor le hubiera deparado que como le acaeció, al menos hasta donde yo supe. Se gastaba en cuchilladas y en lindezas de boca lo que con el esfuerzo de su mano levantaba. Y decía que los genios sufrían persecuciones. Los genios que no sabían callar en función de la circunstancia, sí y doy fe.*

*Aunque había casos en que callar era imposible, como el que nos aconteció con unos lindos, yendo a los alcances de unas damas, como ahora referiré. Pero en otros, la prudencia y el sentido común, salvaban vidas, guardaban honras y aún sustentaban mundos.*

*Servía Miguel entonces a una muchacha de la plaza Real. Al salir de escuchar la Santa Misa ella con otra dama, por visajes nos hicieron entender que nos acercáramos, un mediodía, en el paseo de Recoletos, en el que Miguel le lanzaba miradas bastantes a fundir Vizcaya. Les íbamos a la zaga, a medio tiro de arcabuz, por guardar el respeto que al decoro de una dama debe la buena crianza de un caballero español.*

*Una de las dos hermanas, pues Sol y Almudena lo eran, en edad muy próximas y en belleza idénticas, dejó como señal caérsele un lienzo bordado para que nosotros se lo recogiéramos y entabláramos la verba. Pero en las gradas de la alameda, donde algunas tardes y todos los domingos en que hacía bueno iba allí lo más granado de los matasietes y garateros de Madrid, andaban al quite los esbirros de Don Fernando. Haciéndose de nuevas en el negocio, el que parecía principal entre los que ninguno podía serlo, se nos adelantó graciosamente, recogiendo la breve tela y queriendo requebrar a nuestras damas.*

*-“Bien os debe parecer, pues no estáis en el busilis, que el pañuelo fuera para Vos, aunque las Sagradas Escrituras dicen que no son las margaritas para los cerdos” –le dijo Miguel-*

*-“Leyes antiguas dicen que es el corzo de quien le hace la primera sangre. Pero si el lienzo os ha de valer para restañar alguna herida que pensáis llevaros, tomadlo, pues es vuestro”.*

*-“Como a corzo os pienso descuernar y sangrar si no volvéis a vuestra grada y os apartáis de nuestro camino”, contestó mi amigo.*

*Las bellas se hicieron a un lado, a verlas venir, defendidas de la vista, debatiéndose entre tomar la salida y evitarse un escándalo o ver la bravura de quienes las servían.*

*Visto que de allí no había que salir sino con las espadas acarminadas, tenté los buenos gaviones de la mía y en toda la extensión de su acero la puse fuera de sus tiros.*

*No menos de seis quisieron cercarnos, además del terne entendido en lances de montería, que acudieron creyendo ir por lana, y sacando espadines de sainete.*

*Miguel sacó su Bracamarte y procurando no darles la espalda dimos una sangre suelta en un Jesús a tres de ellos. Viendo la roja propia en el justillo, al valentón se le calentó más la que aún no se le había trasvenado y acometió con rabia pero sin hechura y Miguel lo hirió de profundidad en el hombro, cerca de la isilla.*

*Creyendo haberlo muerto, nos dimos al vuelo de los pies, dejando a damas y villanos en aparente desconcierto. Cuando las voces de “a la Justicia del*

*Rey Nuestro Señor” habían cesado de oírse, aún Saavedra y yo corriamos. No paramos hasta llegar a la Fuente del Fresno, frontera a Cristo Rey, por si había que llamarse a altana ver que no fuera posible a nadie guardarnos la puerta.*

*No hubo lugar sino a dejarse matar o a defendernos. Malas lenguas nos achacaron la culpa en la riña y se dio orden de perseguirnos. Embozado, me hice presente al Duque y le relaté lo ocurrido. Me dijo que estábamos en grave fortuna y que debíamos abandonar España mientras se aclarara lo sucedido. Fue el Duque arcaduz para concertar con altas instancias áulicas nuestro perdón, a cambio de servir y obtener mérito en la batalla contra el turco, afuciándome a ello la amistad que con mi padre guardaba. Nos dehortó que presto tomáramos la derrota de Barcelona.*

*En ese momento no lo supe, pero Don Fernando había obtenido su propósito de retardar mi llegada al Rocío para ganar tiempo y tramar la injusticia que quiso hacerme.*

*Determinamos pasar a Barcelona, pero nos faltaban los dineros. Fui a casa de mis parientes pero se veía de lejos que los durlines de justicia andaban a la mira ocultos, esperando vernos llegar.*

*Forneciéndonos el hato con nuestras ropas y bagaje, caballeros en unas mulas del convento de San Francisco que por caridad los hermanos nos dejaron, salimos a prima noche por la puerta de Madrid, con hábito talar de estudiantes. Miguel se dolía del brazo izquierdo, y por el camino visitamos a un barbero que le curó de las llagas de muy mal aspecto que tenía en el antebrazo. Llegamos a Barcelona en el día de San Juan.*

*Por el camino vi a Saavedra desesperarse, pues su familia dependía de él. Comunicó con una hermana suya, por la posta, dejando una carta de despedida para los suyos. Yo, por mi parte, excusé ante mi padre, poniéndole delante de la vista ir a alistarme con Telmo, que entonces se decía era de los hombres principales del Marqués de Santa Cruz.*

*En los días que pasamos en Barcelona, apostados en el barrio de marineros, Miguel se fascinó al ver el mar, que no conocíamos. Nos alistamos aquellos días y nos fue anticipado una parte en dinero del viático por el viaje para sustentarnos en la fonda barcelonesa desde la que casi tocábamos el puerto*

*con las manos. Prometimos volver a los méritos de Barcelona, ciudad en todo superior a cuanto vimos jamás ni habríamos de ver, a salvo del Rocío, por los prodigios que la sola presencia de Angélica allí obraban.*

*Era maravilla ver a sus gentes esforzadas, sin el género de picardía de Madrid, que no habían menester más que sus manos para valerosa y cristianamente, sustentarse con honra y provecho. No corría el vino ni la chanza como en la Corte, siendo las gentes de Barcelona más propincuas a nadar y a guardar la ropa que a tirar la pólvora en salvas. Así fue que os escribí, como conocéis, entregándoos el alma que siempre vuestra fue y rogando a Dios buen suceso al que pensaba dar para ganar fama, nombre y hacienda de mi propio valor y brazo. Antes de tomar el camino de Italia, recibí vuestra carta, que llevé siempre cosida en un entresijo de mi justillo, cerca del corazón, por donde mejor me guardaba del hierro enemigo, pues antes preferiría ser herido en cualquier parte del cuerpo que ver rasgado el papel que contenía vuestro angelical discurso y encomienda.*

*En Barcelona avelamos el foque atravesando Mallorca para, desde el Golfo de León, arribar a Mesina el 20 de Julio de 1.571.*

*La lignaria imagen de la pegáside del acrostolio tajaba el mar en dos con solemne e impávido gesto, y a mí el corazón en cada brazada de mar en que se abría paso alejándome de vos.*

*Nunca antes me había hecho a la mar y creo que más Cielo que tierra me pareció cuando, próximos a la anchurosa angra itálica, avistamos la costa a la hora antelucana, atracando por más asegurarnos, al lado opuesto a puerto de la bocana.*

*En Roma nos pusimos al servicio del tercio de Don Miguel de Moncada. Los momentos que vivimos la noche anterior a la partida circa Lepanto, eran ya los propios de la vida militar: sabíamos que Dios estaba de nuestra parte, pero aún así muchos de nosotros cenaríamos esa noche con nuestros antepasados. Un nuevo destez antes de la salida me arrancó el alma y fue conocer la muerte de mi hermano Telmo unida, en pocas semanas a la de mi madre, que por el despesar de haber perdido un hijo y creerse a pique de quedar sin el otro por haberme ido yo a Italia, se la llevó Dios antes de hora. El récipe por lo de Telmo me encalabrinó, y juré que no volvería sin vengarlo.*



*Sin engreírme, yo notaba en las mejillas el batir de vuestras angelicales alas al pensar en vos, sabiendo que no podría morir sin cumplir la palabra que os había dado de volver y haceros mía. Pese a ello, había aprendido a ser prudente y aceptar que en Dios todo puede ser, y previendo un malcaso, dejé al cónsul en Italia una carta para vos por si cayera bajo el arma enemiga, junto con vuestro cintillo, dando instrucciones de que fuera enviada a vos si yo no regresaba de la milicia.*

*Y así fue tristemente para muchos compañeros que cayeron: fue duro ver a chicos, apenas hombres, gritar el “Sálvame Cristo” al morir bajo el fuego enemigo, como acericos sin ánima; a hombretones caer degollados por el cequí del turco infiel; acordándose de la madre o el padre, de la mujer, de la hija y del hijo, que pasaban por delante de sus ojos velados ya por la muerte. A mí me ahuciaba la fuerza que me hacía en el ánimo el anhelar tanto volver a veros. El olor a sangre nos pedía acallar tanto mal con la sangre infiel y lavar el honor de los nuestros. Les dimos una descarga cerrada con nuestras espingardas de amura. De no ser por la primera de ellas en que al menos quince lembarios de nuestra galera murieron despedazados y otros resultaron maltrechos, no se nos hubiera encendido la sangre y hubiéramos caído, confiados en el avance. Pero al ver a la muerte subirse por las amuras nos engarfiamos a las potentes naves del Agá, irruimos al infiel saltando con el alma en la boca, y llevándonos por delante a calacuerda, sin Dios ni ley a todo cuanto se nos vino, desmochamos a los infieles y nos embatimos de frente con el turco, que podíamos ser inferiores en cualquier cosa menos en el ánimo, guardada la imagen de Nuestra Señora en el escandalar.*

*Miguel estaba maltrecho pero el honor era mucho más que la vida, y no consintió en jaquir a su hermano Rodrigo a quien mucho acuerpaba en todo. A pique estuvo el complutense de partirse en dos por el esfuerzo y luchaba con tanto denuedo y valor, que con justicia fue distinguido por nuestro capitán. Acabamos la jornada desmarridos, cefrados y dolidos en todas las partes del cuerpo, pero sin que el alma se nos hubiera salido por las costuras. Les cebamos la barbicana de cuerpos sin vida, despojos de guerra que ni siquiera se recuerdan en la victoria.*

*Dimos particulares gracias al Cielo por la mayor victoria de la Cristiandad*

*contra el por fin eluctable Turco y volvimos, diezmados pero locos de felicidad, aunque dolidos por la pérdida de muchos buenos de los nuestros, padres que iban a ganar el pan, hombres que luchaban por la fe a Dios y que lloraban al ver que la vida se les iba por el tajo del hierro infiel. Vengamos, llenando el báratro de infieles, baraustando a lanza, azcona y sobretudoo una broncha curva bien afilada que saqué del cinto, a mis infortunados compañeros caídos. Debelamos al infiel con todo nuestro ánimo, sin perdonar vida alguna que avergonzaría seguir diciéndolo.*

*Entré de vuelta en el consulado de España, y el Tabelión enmudeció al verse entrampillado y sin escapatoria, que no acertaba a pronunciar palabra, de que era milagro de Dios haber yo vuelto sano y salvo. En un fuego que cabe sí había arrojó un papel diciendo que hubiera sido de mal agüero conservar una carta en previsión de haber muerto, una vez alcanzada la victoria. Me devolvió la presea y no volvimos a hablar.*

*A través del Cónsul, el Duque de Laroza me dirigió por la valija una legacia en la que me pedía paciencia y me dijo que esperara aún unos meses a volver, que estaba a punto de ser perdonado y aclararse las cosas en España. Le di respuesta de que se haría como Dios fuere mejor servido, esperando en Él que me abreviara la ausencia.*

*Entretanto, no me llegaba ninguna carta de vos y empecé a encuitarme. La destricia de verme lejos de mi patria y sin vos me acuitaba grandemente. La estadía duraba ya casi un año pero todo lo sufría por Vos. Se retrechaba el Cónsul en dificultades de navegación para argüir que no llegaran noticias de España. Aleaba fervientemente volver a veros y pensaba que de poco me habría valido escapar a la muerte habiendo estado cerca como nunca de ella, si no os veía pronto.*

*La vida militar, a la espera de órdenes de España, esos días fue de algara para descubrir posiciones enemigas pero de escaso denuedo. Hicimos preda en incursiones al turco de grandes riquezas, bastantes a pagarnos de nuestra bolsa lo que ganábamos con nuestros cañones al infiel.*

*En posteriores avances, a favor de obra por lo obtenido en la victoria que fue principal desmuramos las fortalezas jazarinas, dando al infiel buena zalagarda.*

*Los meses sin vos se me hacían inacabables. No llegaban nuevas noticias y nuestra vida militar iba en avance. Mediaba el segundo año cuando tomé la determinación de volver como fuera, con perdón o sin él. Recelando de las prevenciones del Cónsul, desaferramos de noche en un bajel de mercancía a Cádiz, empleando tres días de mar para alcanzar la entrada, a donde llegué muy ufano, haciendo atabalear el alfana a la entrada del Rocío. Vi a las buenas gentes enmudecer y caer de rodillas como si vieran a un fantasma y a otros salir corriendo al grito de “Jesús”.*

*Esperé en el antuzano de vuestra casa y se allegó vuestro padre, blanco como el papel, que me abrazó y noté que le faltaba el aliento y el ánimo. Me dijo que habían llegado noticias, un año hacía, de que yo había muerto en Lepanto. Él mismo me enseñó la carta que yo escribí a vos con una nota de condolencia del Cónsul.*

*Vio a un león agigantarse delante de él y me dijo que debíamos alejarnos de allí y pronto. Me crispé y quise que me contara dónde estabais. Me dijo que os habíais casado con Don Fernando, transida de dolor pero por empeño e insistencia de su padre y que él había dado su palabra, que como hija no osasteis contrariar. Yo no podía tolerar la protervia del Conde, cuya alevosía había dado lugar a que vuestro padre me revezara por él.*

*Podéis imaginar cómo fue oír aquello, alueñarse mi esperanza y acabármeme la vida, que había durado mientras tuve esperanza de haceros mía y volver por vos, como os juré. Pero no me podría desavezar de vos, ¡cuerpo del Santo! Y no os olvidaría jamás.*

*Lamenté no haber muerto de verdad para no tener que volver a morir entonces, y cada nuevo día una y otra vez, viéndome abaldonado por el infortunio y la traición. Presto entendí la alicantina que el Cónsul y Don Fernando habían fraguado para mi mal. Había el Cónsul hecho una copia idéntica del cintillo, siendo enviada mi nota de despedida a vos, y el papel del fuego un papel que no era el que yo escribí, para hacerme creer que, volviendo vivo no fuera menester guardarlo. Cedo preparé mi equipaje, afaté la cabalgadura, indagué por Don Fernando, a quien me niego a llamar vuestro esposo y salí de Naja entia Cádiz con escaso viático.*

*Supe que había pasado a Italia con el Virrey y que en Génova lo había de encontrar. Como traía dineros, tomé seis buenos bagarinos, que en Huelva*

*tienen fama los hombres de remo como en ninguna otra parte del mundo, haciéndome acompañar circa Italia, y prometiéndoles doblar la soldada si menguaban la tardanza. Apenas descansaban y se turnaban para gandar el cuartán de pan y deslasarse lo justo para poder seguir al remo, aunque el lebeche que soplaban les iba en ayuda. Yo lanzaba los trojeles por desfardelar de peso el navío y acortar el momento de llegar a pisar Italia. Iba meditando si cargaría al Cónsul de carlangas para arrojarlo al mar, o bien lo descueraría como a un San Bartolomé, después de haberle cortado las orejas a cercén. En cuanto al despique que con Don Fernando había de tener, in pectore quedaba y prefería aguardar a tenerlo delante y hacer lo que Dios me diera a entender, sin pensarlo siquiera. La sangre de mis mayores me gritaba, entre las olas del mar, ¡vindicta!*

*El fuerte viento obligó a reforzar las relingas, aunque atravesado que fue el ponto, desembarcamos en la hora del dilúculo en la dársena de Roma y mis hombres se empanzaron sabiéndoles a gollería los mendrugos de galleta que como matalotaje encontraron a mano, de puro hambre que traían, con los buenos arienzos que les erogué por su proeza al remo. Nos esguazamos por el brazo de mar bajo para evitar ser notados en aquel descubridero, pues yo no quería que fuera pública mi llegada.*

*Quise ver al Cónsul para hacerle pagar la bacinada. Había convertido sus bienes en dinero y desaparecido de la faz de la Tierra. Hice venir al heraldo y le juré que le arrancaría la vida si en el solo membrete de la eñe mentía. El bodoque, viéndome harto aferruzado, y creyendo mis palabras y mucho más me dijo que él había traído cartas de perdón de la Corte en cuanto se aclaró el hecho de no ser Miguel y yo culpables, no habiendo muerto mi amigo a quien dijo a la Justicia ser y llamarse Antonio de Sigura, maestro de obras, al cabo de dos meses de tomar nosotros el bajel en Barcelona. Que había llevado al Cónsul varias cartas de mi padre preguntando por mi salud, así como de vos por lo mismo. Y que el Cónsul había respondido que yo había muerto. Confirmada que fue la trama entretejida entre Don Fernando y el Cónsul, puse precio a la cabeza del segundo, tomando a mis expensas al correo, gran indagador para que lo hallara y me diera noticia de él. Ni aún hoy podría repetir el anatema funesto que arrojé entonces y al que juré dedicar el resto de mi vida, si ello fuera preciso. Bien hubiera querido Dios que mis alieres, lejos de remar, me hubieran arrizado al*

*bauprés como a otro Ulises para no ser tentado de las Sirenas, como yo lo fui de una venganza que me perdió de vos.*

*Encontré al Cónsul en Siena, oculto bajo nombre y vida supuestos, haciéndose pasar por geógrafo y lo tresné por el suelo hasta gastarle los cueros y verle perder su mirada leporina y su miserable vida. Pagó el infelice su entruchada con pena de garfio. Quien nunca fue hombre en vida, no supo serlo tampoco en su última hora.*

*El Marqués de Santa Cruz, hombre conspicuo y de la mayor crianza entre las casas patrias, autor de la gran Floresta Española, a la par que avecindado del Campo de Montiel, natural del Viso del Marqués por mérito de su propio título vino en querer ayudarme por ver que la cuestión lo era de punto de honor además de por memoria de mi fallecido hermano, y a través de su vieja amistad con Don Ramón, padre de Don Fernando, llamó a éste último a su tercio so capa de luchar contra el turco en una peligrosa incursión.*

*El destino iba pintando con mano negra mi sino, como temporal en cielo oscuro, nubes de tempestad pronta a desatarse. Sabía que nada podía oponerle y nada le opuse, me enfrenté sin reparos y le di una suelta a mi ánimo. Debía manejarme, como el laertiada, entre Scila y Caribdis, pero entonces recordé, como siempre, las palabras de mi padre: “No retrocedas jamás ante un peligro que pueda herirte, pues aquél se hará mayor y vendrá a matarte”. Creyendo y deseando andar hacia una muerte segura me alisté en una incursión suicida contra el infiel. Tanto, que sólo las personas más desesperadas andábamos en aquello: desheredados, locos, desenamorados; casi todos sin familia. De ser apresados, aquellos desalmados condenados al infierno nos comerían vivos, profanarían nuestros cuerpos tras los más horribles sufrimientos. No eran soldados; eran herejes de la peor especie.*

*Eso me esperaba a la mañana siguiente, así que viéndome ya frente a una muerte segura esta vez, me acerqué a la mesa en que estaba el Conde.*

*Las saturnales de los tercios españoles en Italia eran moneda corriente y era el de pincerna de los oficios más esforzados. Así que sabía que para encontrarle debía buscar en las más hondas y perdidas tabernas y como él, en lo más abandonado de Dios.*

*Estaba acompañado de dos daifas. Vi delante de mí a un vestiglo que maltrataba al ser que yo más quería. Allí, con aquellas mujerzuelas, traicionando al bien de mis ojos.... Hubiera podido sufrir que os casarais con un buen hombre, pero no con aquél desalmado.*

*La berlandina de aquel sinvergüenza era una profanación del honor de aquella a quien yo había llamado Ángel y cuyos bellos ojos tanto había encumbrado, bien que sin llegar nunca a decir lo que nunca palabras humanas pudieran con justicia ponderar. Ver a aquel miserable haberos arrancado con engaños de mi lado, para después avilantaros de aquel modo me hizo enloquecer.*

*-“¿Es esa la fe que guardáis al Ángel que vuestras insidias apartaron de mí?”*

*-“No entiendo vuestras vizcainadas”.*

*-“¿Os queréis alfonsear, señor hideputa?”*

*Se hizo de la encorvada, haciendo ademán a los suyos para que le acuerparan. Yo, aunque iba pertrechado de mis fieles, no quería que aquello pasara a descalzaperros: debía ser algo entre él y yo. Se lo dije en italiano, aunque muchos hablaban en español, para que siendo oído de todos, no pudiera sino poner mano a la espada.*

*Estábamos embrocados, él de vino y yo de odio y venganza.*

*-“La desenvoltura que la muy puta de vuestra señora madre parece tener entre cerdos, no es tanta como la que vos demostráis entreteniéndoos con puercas italianas”.*

*El casus belli de aquel animal había sido el mismo que yo le ponía delante a él ahora: Angélica. En su caso, por yo doñearla; en el mío, por verla despreciada de un sinhonor.*

*Era atrabiliario y empezaba a acusar la vinolencia. El blasmo hizo su efecto: viéndose abaldonado se avilantó, levantándose como movido de un resorte, muy lívido y con voz temblorosa me levantó la mano, que así, torciéndosela con fuerza, pues esperaba una villanía. Le clavé las uñas en la muñeca hasta arrancarle unas gotas de su sangre ruin. Con la correa de cuero rematada en el perno de cobre le rasguñe el rostro. No había efugio*

*para él. Por poco honor que le quedara, aquello pedía sangre. Si tenía, o aún no teniéndolo, algún respeto de sí mismo, debía tomar la espada. Mas quiso eludirme y tomar las de Villadiego.*

*Pero conmigo no había vuelta atrás: le cerré el paso y con la hebilla le arranqué en medio del rostro una alforza como nublado, desrostrándole muy lindamente. Le supo mal el jabeque pero no tanto como para que se me volviera. Cuando le di un torniscón con los gavilanes de la blanca de Toledo ya los suyos le apremiaron a que pusiera mano a la espada.*

*Se devisó y convino que la lucha sería con espada y a muerte. Sin otras reglas más que las que la buena crianza y el decoro militar exigían. Aunque en Italia las liornas eran muy habituales todos sabíamos que los desafíos estaban prohibidos en Génova para los soldados españoles, castigados por el Régulo con la empicotada. Pero mi vida valía muy poco ya, y hubiera valido menos que un cobrecillo si no arrancaba a aquel miserable esa risa de la cara.*

*Todos los compañeros del tercio allí presentes se levantaron de las mesas. Me despojé de mi malla jacerina, pues si la razón estaba de mi parte, ni siquiera me podría tocar con el acero. Salimos al patio, en mangas, sabiendo que al menos uno de los dos sería enterrado en suelo italiano. Presto.*

*El desafiadero fue la misma trasera de la taberna, defendidos por unos palenques. Allí no había lugar para palinodia ni retracto posible. Sólo dos hombres y dos espadas. De poco valía la desteridad con la espada en un momento así. Concentrado sólo en matarlo era más mi instinto quien me llevaba adelante que las congruas reglas de esgrima de mi maestro en destreza.*

*Una sola idea guiaba mi mano cuando acometí a aquel bárbaro. Cerré contra él, que se defendía en terciá. Ante el vendaval de fintas, esquivos y toda suerte de esgrima que le tiraba sus piernas no sujetaban mis acometidas, pero me confié y quise florearle el camino al infierno. En mi descuido me volteó entonces el florete cerca de los ojos, tan cerca que sentí el candelizo de la muerte. Milagrosamente, sólo me tocó de plano y así me asenté bien en mi guardia, dando un paso atrás y esperándole en perfil. Pero aún en una nueva acometida el arriaz de la espada se le trabó en el*

*cíngulo de mi grado militar, de modo que al tirar, firme, me rasgó, principiando a sangrar mi aslilla levemente, pero al ser cercana al corazón creyó haberme muerto y se atonó. Reaccioné, antuviéndole de punta con la buena de acero cuando se me vino encima, furioso. Entendió que ya le quemaba el fuego del estigio, al que yo le estaba abriendo camino a cuenta de las cuchilladas que, cada vez más de punta, tocaban puntos propios a poner en fuga a aquella alma –si así podía llamársele- tan arruinada. En el calepino de su disoluta vida quería yo escribir, aún a costa de mi sangre, el fin a tanta bellaquería.*

*Se emborrachó en su propia sangre y trató desesperadamente de tocarme de nuevo, esta vez más peligroso y enfurecido. Cuando más firme y resuelto entró, rozándome con el cuerpo y casi llevándome por delante, le esquivé hurtándole el cuerpo hacia la izquierda, y en un giro preciso, teniéndole a mi merced, le atravesé de acero toledano, manchando de sangre infame la empuñadura de mi guadra y mi mano. Muy a mi sabor le estoqué con el verdugillo, una y otra vez, como a guardalfileres de costurera, acuchillándole a mojadado.*

*La vesania me cegó y se apoderó de mi ánimo.*

*Los oficiales presentes no quisieron apresarme; algunos por temor a no poder hacerlo, sin mancilla por ser tantos; otros, teniendo por segura mi muerte en el peligroso lance que, amanecido que fuera Dios, me aguardaba extramuros de Génova. Encomendé que entregaran sus pertenencias a su padre a quienes partían, licenciados, camino de España y salí de aquel averno.*

*Al amanecer el Duque de Alba, cuya sola presencia inyungía respeto y con cuyo solo nombre espantaban a los niños del Sacro Imperio, nos arengó con un fervorín en el que casi ya nos daba por muertos, pues aquel temible legionario ni a sus propios llamaba hijos cual nos decía a nosotros entonces. Había que castigar el abaldonamiento del infiel, fuera como fuese, y dejando la vida bajo la bandera que habíamos jurado defender –nos dijo-.*

*Atendados, esperando el alba, nos aprestamos a arietar con nuestros férreos bezones y grandes cameletes la fortaleza turca. Me hice enlazar al brazo la cinta que bordasteis para mí, de vuestra mano, para morir, como su*



*leyenda decía, como había yo vivido desde que os conocí, “Con todo el sentimiento”. La que vos misma me entregasteis la última vez que tuve la dicha de veros.*

*Pasé al turco y vi toda la crudeza y maldad que pueden albergarse en un ser humano. Cómo mirar a la cara alguna vez más a quienes sin ningún temor de Dios, compañeros míos, pasaban a fuego y cuchillo, ensañándose, a seres humanos, a hijos de Dios. Sin piedad. Así es la guerra, dicen algunos. Sólo mi propia locura de entonces, que creo no me abandonará ya, propició que pudiera seguir de pie ante tamaños horrores. Sólo sé que el infierno no puede ser peor que lo que allí vi.*

*Algunos de los nuestros insultaban a Dios al caer, mirando y escupiendo al suelo. Pero no vi jamás a uno solo blasfemar contra la Virgen María, en quien hasta los más ateos tenían una fe profunda y ciega. Aunque la historia dirá que un puñado de hombres fuimos héroes, ningún mérito tiene luchar cuando la Virgen estaba en nuestro escandalar, como brújula.*

*Los turcos eran miriada, y nosotros, no más de cien, les hicimos frente abandonados a nuestra propia suerte en una invectiva sin esperanza. Éramos tan pocos que tuvimos que abaluartarnos en terreno alto para poder sorprenderlos y plantear la batalla de la manera más favorable.*

*En escaramuzas de días posteriores a aquél, en que salvamos milagrosamente la vida yo me demulcía al pensar en vos, recreándome en vuestra cara deiforme, cuando nos enriscábamos en la fragosidad de las nevadas en el serrijón montañoso del Héspero, estacada habitual en nuestros duelos con el infiel, sin apenas ropa de abrigo, esperando entrarle al turco, con las armas escibadas. Muchos de los nuestros, de los cuales apenas puedo membrar el rostro, rindieron en esas jornadas la vida.*

*En las inmediaciones de Tierra Santa, dimos a los pocos herejes que aún confiaban en detener nuestras incursiones, un Santiago que no pudo sufrir la primera ringla de soldados berberís. Andábamos a la zapa para asegurar el avance. Sitiarnos Malta de modo que no podían salir a fuera por su puerto, negándoles toda posibilidad de bastimento para sus gentes, que siendo muchas nos hubieran asolado en combate, pero confinados intramuros sufrían la carestía de provisión y agua. Lo cierto es que en esos días de Gloria asolamos al turco, derruimos Argel, vencimos Malta,*

*sometimos Chipre, ermuamos Génova, rendimos Lepanto y en fin tuvimos a raya a todos los enemigos de la cristiandad. Furentes de rabia y desesperación, diezmamos al infiel sin dejar estaca en pared.*

*El halo de la victoria me hizo telendo y bien mirado de todos en el regreso a Italia. Frezaba los veintidós años, con fama de ensoberbecido, como todo español. Que fuimos mirados desde antiguo por tener mucho gallo y ser soberbios, tal vez porque teníamos mal oído y creíamos que todo el mundo se envedijaba a nosotros de palabra, tanto que nosotros nos trabábamos a las manos. Y en Italia las espadas hablaban el román o lengua española.*

*Acertó a verme la Dogaresa y mal que me pesó, pues yo doneaba con las mujeres principales por jerarlas y me traía gallardo y habillado, y les decía zalemas, como es de respeto en un soldado español, pero para mis adentros como a lamia la miraba, pues entesadamente vivía y penaba por mi amada. Intercedió por mi ante su marido por el asunto del duelo, diciéndole al Dux que si Dios me había permitido seguir con vida pese a los grandes peligros que había arrostrado frente al infiel, era ordenado del mismo Cielo dejarme seguir con vida.*

*Me hacía violencia la Mesalina y no sabía yo cómo proceder, sin desairarla, ni faltar al Dux, ni a mi señora ni a mí mismo, cosa que además nunca pretendí. Así que pedí licencia para volver a mi patria, bajo capa de consolar a mi padre, solo, enfermo y anciano.*

*Con los últimos del retén pusimos proa a nuestra tierra, de cuyos alcances el viento desfavorable parecía porfiar en mantenernos alejados. A la vista de España, y pudiendo al fin navegar a la bolina y de cabotaje, encostándonos tanto que casi tocábamos en los encalladeros de Levante, mis hombres empavesaron de gallardetes la crujía. Navegamos a la ronza hasta avistar la bahía de Cádiz.*

*Al llegar de nuevo al Rocío, dispuesto a hablaros, mi entendimiento quedó albanado y me cegué al veros desde lejos, entreluciendo por el guardainfante que vestíais la galladura que os había dejado Don Fernando, pues que estabais en estado de gracia.*

*Ver y entender aquello me abrió la puerta del érebo, porque haber dejado sin padre, aun siendo un villano, al fruto de vuestra entraña me deflagró el*

*alma con un mal que me ha acompañado siempre. Tuve un gran treno que me demedió el corazón. Iba a hablaros y me quedé sin palabras, pero no como la primera vez, en que el amor las puso al fin en mi boca; esa vez el dolor frenó mi lengua y detuvo mis pasos. Me hice de ciaboga y cabalgué a toda la fuerza de mi caballo, hasta que los dos demergimos por el suelo. Me era defeso acercarme a vos, pues os llegarían noticias de que había muerto al padre de vuestro hijo; pues me era feral, pero al fin y al cabo era el padre de vuestro hijo. Así fue que por ello vine a mi tierra y me hice latebroso.*

*Si las celadas y malos pasos que la vida me fue poniendo delante no fueron de mí superados, sólo a mi culpa debo achacarlo, pues Dios en el Cielo quiso ayudarme pero mis pecados quisieron otra cosa para mí.*

*Es el pecado exclusiva culpa de hombres, y es menester sufrir lo que la vida nos enviare, no siendo propio de hombres lamentar el acedo de la vida, pues es y debe ser propio del género humano luchar y es consustancial a la vida lo difícil. Poco agrada lo fácil al hombre de buen valer, y en mucha estima se tiene lo ganado con valor y esfuerzo. Aunque os hubiera querido con el mismo sentimiento que os quise desde que os vi, sé que el no haberos podido dar el título de mía encareció mi propósito. Pero aunque soy, casi desde el principio, réprobo y malquisto a vuestros ojos, no podréis negar que mi amor por vos ha sido puro y prístino, sin conocer un solo momento de debilidad. Aunque nadie os hizo tanto mal como yo, anteferiría la muerte a tocar en uno solo de vuestros cabellos.*

*Por el valor de mi brazo y mi esfuerzo militar bien podría haber acolado mi heraldo con las mejores casas de ricahombría de España. Pero así como con la espada en la mano fui león a quien alguandre hombre alguno pudo doblegar, el haberos visto y perdido me desarmó hasta tal punto que vivo rogando a Dios que mi ya pobre entendimiento por trabajos y adversidades sufridos en una vida no encuentre tropiezo en la flaqueza de la memoria y sea parte a permitir que ni una sola vez me queje, pues en mi pecado hallé mi penitencia y Dios Nuestro Señor, en toda su Grandeza quiso lo mejor para mí pero por mis pecados que no supe acertar a desclavar los pasos que el infortunio, mal enemigo, me tendió a cada paso.*

*Noto que, de un tiempo a esta parte, mi ya pobre discurso ha ido enflaqueciendo, viniendo a parar en que porfío sin gran convencimiento*

*sobre puntos de cosas que, desde que vivo retirado en el mundo, he dado en leer.*

*Quiero concluir las memorias in continenti, pues la desvaidura de mi entendimiento me pone en gran cuidado no ya de mi persona, que poco ha ya, sino de no poder acertar a escribir todo cuanto de importante viví. Debo decir que el infortunio me enrobreció, y he pasado la vida con un único mal, por parecerme al lado de perderos, todo otro mal cosa llevadera y yugo suave. Mi sobrina y mi ama creen que me he ensandecido pues ven a lo claro que se me va enhuerando el cerebro con mis lecturas y mi remordimiento. Camino enta la muerte y poco me importa eso ya cuando mi arrepentimiento flébil me ha dominado la mayor parte de la vida.*

*He pasado la vida esperando un imposible, creyendo que un deus ex machina volvería las cosas a su punto primero, a la Universidad, que yo no recalaría en vuestra aldea, errando el camino; he pasado la vida esperando vuestra endolencia. O que no hubiera ido a ver a Miguel a Madrid y no hubiera habido lugar al descalzaperros que me hizo pasar a Italia. O que no hubiera matado deliberadamente al padre de vuestro hijo, aún sin saber que lo esperabais. O que yo no hubiera nacido... ¡Son tantas cosas y nada hubiera sido igual si tan sólo una de ellas, cualquiera, no hubiera acaecido! Sólo ese escrúpulo me queda antes de morir, que me falte vuestro perdón.*

*Me desaino pensando en vos y mi cuerpo está débil y esperido. Llego al fin de la vida con el esplín de no haber conseguido lo único que fue importante para mí y siento la espuela del remordimiento de siempre. Si Vos no me habéis de esquitar, sea al menos que Dios me quiera parcir. Pero sabed, Señora, que hasta mi último fuelgo seré vuestro y por mi santiguada que os querré hasta el fin de la vida.*

*El tiempo fúgido ya no está, pero os he fulcido mi palabra hasta el final. Guardo vuestro retrato como lignum crucis y tantas veces lo miré que en las niñas de los ojos debo tener su marca indeleble que no se irá ya cuando sí lo haga mi pobre y lígrima vida.*

*A pique estuve cien veces de rendir esta vida, que tan poco vale, pero el peligro retrocedía ante mí como el agua en el Mar Rojo cuando el pueblo de Dios quiso cruzarlo. Y se me abría todo camino, pues nunca hubo puerta*

*que mi empuje resistiera. Me convencí de que mi castigo sería pasar con la vida adelante. Desde que supe mi mal busqué desafortadamente la muerte, me arrojé entre el fuego de arcabuces enemigos, acezando el final. Pero estoy maldito. Sé que se me van acreciendo los sesos: mi locura será legendaria y será conocida por generaciones de hombres cuyos tatarabuelos aún no han visto la luz.*

*En mi recepto de la Mancha, en el solar de mis mayores llevo treinta años recociéndome y pensando en vos y en la yactura que os hice. Mi cuerpo sólo ansía ya, desde la yacija en la que os escribo, recibir los sanctos óleos. Creo algunas noches escuchar el balamido del alma del Conde desde la gehena, como si me desafiara.*

*Deo volente, os he de explicar, fuera de los términos de la vida, pues dentro dellos no hubierais querido recibirla, que hubiera querido morirme mil veces antes que matar al miserable de vuestro esposo. No os quise nocir y diera el alma a cambio de obliterar el daño que os hice. Bien sabe Dios que, de conocer vuestro estado no hubiera dejado crecer a vuestro hijo sin su padre. Y pues Dios ordenó que no habíais de ser para mi, maldigo la hora en que los gavilanes de la espada de Don Fernando hallaron freno en mi cingulo y no encontraran el camino de mi corazón, que mejor me lo traspasara él una vez que mi remordimiento ciento cada día. Si hubo victoria pírrica en el mundo fuera ésta, que no es posible creer en mayor derrota para el vencedor, por muy abajo en el infierno que esté el desdichado a quien allí mandé. Ni el mismo Edipo pudo lamentar tanto haber dado muerte a su padre sin saber serlo como yo al de vuestro hijo. Entiendo el desdón que en silencio me habréis dirigido una y mil veces.*

*Mi sobrina cree estar mi entendimiento desequido y no debe andar desencaminada; como a orate me mira el ama. Y yo no ando por muy buenos pasos pero me quiero desencalabrinar sólo unos momentos para dar testimonio de lo que ha sido mi vida, que sólo por vos he vivido. Me hice orellano, avecindándome en Villanueva, para bien cumplir la palabra de velar por la hija de mi hermano, como prometí a mis padres. Y también para así poder rememorar la mayor felicidad por un día haberos visto y comunicado, aunque poco, con vos. Pero os sigo viendo, entre sueños, con el hermoso brial de seda que llevabais el primer día: venusta y hermosa, la*

*vera effigies de la belleza.*

*Me aparté tomando vida de celante franciscano, pues si el único bien –vos– que ansiaba tener nunca sería mío, ningún otro ambicionaría. Vivo enatiamente desde que me retiré del mundo y de la vida, desde que no os volví a ver más. No sé si en el siglo es usaje aún doñar a las hermosas, pues después que a vos a nadie llamé bella, a ninguna miré. Pero seáis o no como en el retrato os habría de adorar hasta el final.*

*Cada día voy a ver a la Virgen de la Antigua, a quien pido que no os derelinque jamás. Mi vida y mi ánima valieron para lo que yo entiendo que Dios me puso en el mundo, que fue quereros, bien que sin flor ni fruto y sólo dolor. Si tanto mal merecí hallar que ello no pudiera ser, con un pie en el estribo me encuentra ya la vida, dure o abréviase lo que los Cielos dispongan, pero sabed que derrería, os querré desde allí donde esté, sea yo quien fuere y tome la forma que sea y vos igual, convertida en el ángel que fuisteis siempre o en la forma de mujer única.*

*Miguel ha vuelto a visitarme. Verlo me lembra los años en que aún todo era posible. La universidad, vos, tener hijos a los que dar esta sangre que se pierde conmigo... Qué lueñe queda todo ya, pero malhadado estoy después de todo, qué he de hacer.*

*Le miro y no me puedo persuadir que sea el mismo que se arrojó con denuedo sobre el turco sin guardarse de sí; el que adoró a Silena en Italia, el mismo que en los corralillos de Madrid devoraba las comedias de Rueda cual rosquillas de dueñas.*

*En el final de esta vida que lucha por arrancarse de mi carranco corpachón, ha venido a consolarme grandemente el entibo de recibir su visita, pues fue Miguel uno de los pocos amigos de verdad que tuve. Me pregunta mucho sobre qué he hecho estos últimos tiempos. Le hablo de vos, Angélica, y de algunas algaradas ligeras que me he tomado con un vecino de mi aldea, que más quebranto que provecho creo que me han dejado, recibiendo más palos y pasando más trabajos en razón de la poca ganancia recibida.*

*Miguel ha prometido dejar constancia, con su pluma precisa y alatinada, de algunos episodios de mi vida para enseñanza y provecho de los jóvenes. Bien que en el siglo tal no es usaje pues el aviso del yerro ajeno poco*

*disuade el ánimo de quien sufre más la advertencia que el mal, como nos pasó a nosotros al enjergarnos en este mal negocio que es la vida.*

*Me pregunta por extenso y con detalle en qué me ocupo. Le digo que los años me han hecho mejor lector que cazador, que ando algo avisado de algunas caídas que tuve la primavera pasada con el rocín y que me han maltrecho el hombro.*

*-“¿Cómo pues, Señor, en qué andanzas os metéis?”*

*-“Miguel, en las últimas de la vida. Que he pasado en esta villa en su mayor parte y quiero darme al mundo a ver si se ofrece negocio propio para mis alcances que pueda ser parte a minorar los penares que desde que me encerré en estas cuatro paredes me arrancan el alma. No conseguiré que la vida deje de ser injusta, pero de mi cuenta queda el enderezar algún que otro entuerto y socorrer de mi brazo a quien lo hubiera menester”.*

*-“¿Y vos solo a tanto os aventuraréis?”*

*-“Un vecino mío, Sancho Panza, a quien tomé como armígero y a quien sólo le preocupaba llevar provisión gongorina en las árguenas está en coloquios con su oíslo para que le permita volver nuevamente a seguirme por estos mundos de Dios. Y bien que vendrá, pues la paga es segura y conforme, si no a su merecimiento, sí a su necesidad”.*

*-“¿‘Nuevamente’ he oído?”*

*-“Os parecerá locura cuanto voy a contaros –le dije a Miguel- pero tomado ejemplo de las vidas de otros caballeros, de cuyos noticia tendréis por haberlo leído en los libros que en este siglo circulan, me comparé y me quise ver en ellos y entendí cuán lejos estaba de alcanzarles a las suelas si no ponía remedio a tanta distancia. No me importa si vivieron o no, que no hace al caso, pues sépalo quien de su rémige los engendró, que no estoy yo para tales averiguaciones. Es el caso que, apartadas algunas cosas de su extremo y allegadas a término razonable, hubo hombres que a la desgracia y al cieno fueron arrojados, igual que yo. Pero unos pocos entre ellos se pusieron de pie. Y es de mi casta ser de los que no la dan nunca por verde, así que al mundo quise volver.*

*Tomé las viejas armas con las que como sabéis nos batimos con el turco. Embracé la divisa que bordó para mi, bien que en otra vida, Angélica. “Con*

*todo el sentimiento” –decía- y haciéndome acompañar de este vecino mío del que os he hablado, salí de noche por no despertar al ama ni a mi sobrina Antonia, que me hubieran estorbado el intento y me puse en camino hacia Vandalia, para que en el mundo se tuviera noticia de mí, bastante a desengañar a Angélica de todo cuanto pasó.*

*El caso es que, acomodado a una vida regular en esta villa, la salida se me hizo aguda y aún puntiaguda en lo tocante a salud. Los años me han hecho achacoso y los bríos se quedaron en otra parte, que ya no los encuentro.*

*Me entretuve en una venta que parecía castillo, con gente de paso chocarrera; me trabé, en una carrera a destiempo del rocín, con aspas de molino. Me senté en tierra llana a comer con pastores, duelos y queso duros como peñas; alcancé a Sierra Morena, ya próximo a donde Angélica y de allí no recuerdo bien cómo, pero volví a esta casa. Como por arte de ensalmo me dejaron sin libro que leer, diciéndome que procurara descansar y pensara en Dios”.*

*-“Es asombroso, Alonso, cuanto me decís. Yo quiero pagar vuestra amistad con un servicio que, si me permitís, pienso haceros y es pintar muy al vivo para ejemplo y gloria de los hombres como vos y aviso de quienes aspiren a parecerseos, en un libro vuestra odisea”.*

*-“Sea como quisiéredes, Miguel, si ha de ser de provecho a alguien, aunque decid, si no volviéramos a vernos, que quise ser pastor en el final de mi tiempo”.*

*Dábase a entender Miguel que como caballero me era de esencia haber Dama, mas él se engañaba en esto, pues no es de merced que yo, por ser caballero buscara Dama, si no antes al contrario, que por no haber en mi ánimo más que Angélica hube de venir en ser caballero. Igual que es la fantasma la que da a la persona en volverse loco, y no el loco el que hace en venir la sicofanta. Que es propio de todos los estados haber una causa de la que se siguen.*

*Miguel se quedó unos días en los que nos solazamos yendo algún día a cazar. Me contó sus penurias con las mujeres de la familia. Las cerbantas eran un hueso duro de roer. Las comedias no le daban para mantener a tanta familia y le di una bolsa con arienzos.*



*Puso mucho empeño en querer hablar con Sancho, hombre simple pero de gran corazón, que nos entretuvo algunas tardes recordando aventuras pasadas y diciendo a Miguel cosas que, no sé si inventó o la vejez me las sacó del magín, pero yo no las recordaba.*

*Diez años después Miguel volvió a visitarme. Vivía en Madrid y las cosas le iban mejor, aunque barrunto que nunca le fueron bien del todo, por el carácter que siempre mantuvo, que le impidió sacudirse el orgullo que tanto mal le deparó.*

*Le vi entrecano y falto de algunos dientes. Con el fuego más bajo y el decir más reposado y diplomático. Le duró poco.*

*- “¿Qué bueno os trae por aquí, Don Miguel?”*

*- “El saber de vuestra salud. Vuestra sobrina me dijo que le dabais más cuidado que un niño, siendo todo un hombretón”.*

*- “¡Quiá! Anduve fuera con Sancho, como os comuniqué, pero he prometido no volver por mis fueros durante tiempo”.*

*- “¿Cómo así, Señor?”*

*- “Bien os lo diré, pero si me contáis antes de vuestra salud”.*

*- “Estoy mayor en años y cerca del declive. El casarme con mujer joven no me traspasó su belleza ni edad; antes me hizo caer en la cuenta de que el viejo, viejo es y que el tiempo no huye, sino que huyó ya. Algunos grandes han impedido que me vea de todo en todo en la miseria, y a su costa pude imprimir el libro en que como os prometí quise dar al mundo ejemplo de vuestra fortuna y condición”.*

*- “De desdicha y desventura, querréis decir, buen Miguel. Que no hay día que no despierte creyendo ver a Angélica, pero me desengaño al mirar por la ventana y ver lo estrecho de mi prisión en este mundo. Bien le pido a Dios poderla ver una sola vez antes de morir”.*

*- “¿Qué os lo impide?”*

*- “Envié a Sancho con una embajada para ofrecer a Angélica mi vida, que siempre de ella fue. Pero me dijo no sé qué bobadas de encantamientos o disfraces”.*

-“Aguardad en Dios, Alonso, que con mano generosa os ha de enmendar vuestro mal”.

-“En su mano estéis y con ella, a vos y a mi guarde, pero tengo para mí que he de cerrar estos ojos para siempre sin volver a dorarlos con su imagen. Son ya más de treinta años sin verla, sin saber nada de ella, pero sintiéndola cada minuto de mi vida. Pero no quiero cansaros con mi pena. Habladme de vuestro libro”.

-“En él he querido encerrar, simbólicamente, como sabréis si lo leéis, el valor de la lucha por las causas nobles y elevadas. Os he pintado como hombre amante de Angélica, a quien he velado bajo el nombre de Dulcinea, si bien os parece, y por quien os partisteis de vuestras grandes comodidades y villa para probar, por vuestro valor y esfuerzo, ser hombre de mérito bastante a ser, no sólo de ella perdonado, si no aún respetado, admirado y amado”.

-“Bien os escuche Dios, amigo, y así sea algún día de los pocos creo quedan para que yo falte en el mundo”.

-“No tan aprisa, Alonso”.

-“¿Y en qué viene a parar el suceso en vuestro libro?”

-“Eso sólo vos podréis decírmelo, pues sois el caballero que mi péñola sigue. Aunque he de deciros que la envidia se entrometió, como fraile con bacinilla que se suele decir, en nuestra historia”.

-“No os entiendo, don Miguel”.

-“Recordaréis al Cauro”.

-“¿Suárez?”

-“El mismo. Tuvo dos hijos, trabajaba en la Chancillería de Valladolid. Murió hace unos años, poco después que su mujer y que el mayor de sus hijos. A los tres sobrevivió su otro hijo, de quien tal vez hayáis oído hablar, el Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa”.

-“No tal”.

-“Es Doctor por Bolonia, utrumque ius. Altanero, soberbio y mal sañudo, buen conocedor de las lenguas griega, toscana e italiana; soldado,

*pendenciero y jugador. Dicen que el demonio escribe por él, pues en poco espacio se le conocen obras que sólo trascribirlas llevarían meses y él en mucho menos las engendró y dio a la imprenta”.*

*-“No lo ha menester, que los Figueroa son de la casa de Alba”.*

*-“Recordaréis que el padre blasonaba con el origen y el hijo, yendo más allá, se hace apostilla del Figueroa por que se entienda que emparenta con grandes de España, sin serlo nemine modo”.*

*-“Seguid, os ruego”.*

*-“El tal Cristóbal pretendió ser del número de la partida que al Virrey de Nápoles, su Excelencia el Conde de Lemos, acompañaba en 1.610. Yo mismo volví a Barcelona para tratar de embarcarme con el séquito de Don Pedro Fernández de Castro. Pero por razón de ciertos asertos que, muy a los oídos de Leopoldo de Argensola llegaron, es el caso que Suárez y yo quedamos fuera de la expedición. El odio que me cobró por aquello, unido a la estima notoria que a su padre tuve y a quien él odiaba, le hizo tomar venganza no como hombre con una espada, pues allí se le acabara el odio y la vida, sino fingiendo su patria, contrahaciendo su nombre, hurtando el cuerpo y ocultando su prosapia. Esto es que firmando como Alonso Fernández de Avellaneda, Licenciado de Tordesillas, parió una segunda parte del libro que acerca de vos trata y yo escribí, para hacer en mí y en vos, un malcaso”.*

*-“¡Válame Dios, qué ruin! ¿Y qué hay que hacer, Cerbantes?”*

*-“Sacar a plaza cierta la verdad, como cumple a toda historia y vida fidedignas”.*

*-“A la mano de Dios sea”.*

*-“Contadme desde la última vez, cuando hicisteis propósito de salir”.*

*-Hice tomar de algunas camisas y dineros a mi buen vecino Sancho, acomodando el trato a señalarle soldada en dinero o cosa que lo valiera, pues mi fin es Angélica mas los suyos se llaman Teresa, Mari y Sanchico y comen pan todos los días. Dirigí el paso hacia Barcelona, pues se decía que la vida te da una segunda oportunidad, y yo quise tomar la mía de ver el mar que me llevó lejos de Angélica para siempre, al partir a Italia. Pronto*

*dimos en ver que, gracias a vuestro claro engeño, el camino se había allanado por vuestra mano: allá donde íbamos éramos conocidos y bien queridos, haciéndonos buenos ofrecimientos todos cuantos en él encontramos. Primero, un muy cristiano caballero de un Verde Gabán; luego algunos pastores; después unos muy principales Duques; en Barcelona, el mismo bandolero Roque Guinart y un tal don Antonio. Tuve noticia del tal Avellaneda, aún sin saber quién fuera, en una imprenta de Barcelona, en que vi unas obras que habían sido por él traducidas del italiano, conociendo por el editor que en Tarragona se imprimió una segunda parte del libro sobre mi vida, ficticia de todo punto por las cosas que en el mismo se contaban.*

*Un caballero de muchos bríos me desafió en singular combate, poniéndonos como condición mutua por la que justábamos, que el vencido reconocería ser, bien Angélica o bien Casilda, ambas de Vandalia, la más hermosa. Y por haber siquiera tomado como posible lo que nunca podría ser, esto es, que Angélica no fuera el ser más bello caso de que yo no venciera, fui desarzonado de mi silla por aquel caballero. Mas no confesé lo imposible, y antes hubiera querido morir que mentir sobre eso, pues es Angélica y será, mientras el mundo sea mundo, la mujer más bella de cuantas en él fueron, son y serán.*

*El caballero rebajó su exigencia a pedirme que rindiera las armas y me volviera a mi confinamiento de Villanueva, como tal hice. Y de eso tan sólo hace unos pocos días. Estoy convaleciente y siento que la vida se va, pero me ha confortado volver a veros.*

*Cuando Cerbantes marchó supe que no lo volvería a ver.*

*Noto la calentura que me hace perder la razón y me la vuelve ya tarde, cuando apenas me quedan alientos para poner en orden mis últimas disposiciones como hombre. Bien veo en el final de la vida que perderos me privó del alma misma, y que al descubrir que esperabais un hijo a cuyo padre yo arranqué la vida, me privó del entendimiento. Más de media vida he penado, deseando haber sido yo quien cayera para que vos fuerais feliz. Pero el infortunio guió mi mano para enviar al Hades a vuestro marido, a vos al retiro monacal, a vuestro hijo o hija privarle de padre y a mi dejarme sin cordura, haciéndome tomar ocupaciones y lecturas para olvidar el*

*infierno del que yo mismo fui causa, que me hicieron aún más falto de sentido por pensar que como caballero desfaría el gran mal que hice. Pero perdóneme Dios, ya cercano es el fin para mí.*

*La historia de mi vida es la historia de mi amor. Pues que tan mal galardón tuvo lo segundo a mis querencias y empeños, bien claro veo que el ser se quiere apartar de mi ya pobre y enflaquecido cuerpo, que por los trabajos y desvelos pasados ha venido a esta forma lastimosa que apenas es una sombra ya de lo que fue. Sombra de lo que fue no lo es mi ánimo, pues sé que Dios no tolera más alcabala que amor.*

*Os vi, os quise, os perdí. Mi brazo y mi sangre no han sido armas bastantes a sujetar la crueldad de la vida, que ha querido para mi toda miseria, fuera del consuelo de saber que un día, Angélica, fui el hombre principal del mundo, desdeñando toda riqueza, gloria o vanidad, fuera de miraros a los ojos mientras mis labios apenas rozaron la suavidad de vuestra diestra.*

*Cuando recuerdo nuestra fuerza y me veo, ahora, con el cuerpo deciente, me doy a pensar en que os quiero más todavía.*

**LAUS DEO**

*En otro cuerpo de escritura leí lo siguiente:*

**DESTIN DE ALONSO QUESADA SANDOVAL**

*Yo, Alonso Quesada Sandoval, siendo el anochecer del día de San Raimundo de Peñaforte de Mil Seiscientos y Doce, escuchando la llamada del Señor, mi alma a Él encomiendo, rogando me perdone todos mis pecados, el mayor de cuyos fue matar al esposo de la persona que más quise en esta vida.*

*Dispongo que mis restos descansen para siempre en el panteón de mi familia, en esta Villa.*

*Nombro heredera de todos mis bienes a mi sobrina Antonia Quesada Lorraine, hija única de mi hermano Telmo, a condición de que en plazo no superior a un año, contraiga matrimonio conforme a los esponsales celebrados en este solar dos meses ha.*

*Item, si tal no se verificara, sean entregados todos mis bienes a la Santa Madre Iglesia.*

*Impongo la manda a mi querida sobrina para que ordene celebrar tres misas en Santa María de la Antigua por el descanso eterno de mi alma.*

*Item, le ordeno envíe noticia de mi fallecimiento a la hermana Angélica, del convento de Santa Cecilia de Almonte, haciéndole entrega de una copia de mis memorias, para ella escritas.*

*Lego a Úrsula Laín, mi ama de llaves, doscientos ducados en oro y tres fanegas de tierra, pudiendo vivir en mi casa mientras sus años le permitan servir a mi sobrina y a su familia, si la tuviere.*

*Lego a mi bien querido vecino y amigo Sancho Panza tres asnos de los mejores que en mis establos se cuidan y trescientos ducados en oro, en pago de sus buenos servicios.*

*Nombro albaceas del presente a mis amigos Pedro Pérez y Sansón Carrasco, licenciado y bachiller.*

*Dios se apiade de mi alma.*

## **CARTAS A ANGELICA**

*“Reina y Señora de mi vida:*

*Es uso de la tierra de do soy natural alfombrar con pétalos de la flor más querida de la Dama, el camino por el que los enamorados pasaron. Como mi tierra para ser elegida necesita todavía ser acariciada por vuestras*

*plantas, del tiempo que de mis ocupaciones queda, dedico a cuidar la hermosura de tales flores para que cuando hayáis de ser mía vengamos sus pétalos a pisar juntos. Cuando como mi mujer paséis el limen de mis tierras vuestra sola presencia los convertirá en campos elíseos. Deliñaré la ermita de nuestra Virgen con las más bellas flores para cuando volváis, Angélica.*

*En vuestra letra conozco la emoción. De vuestro natural distinguido aspiro el aroma de la virtud que con mayor perfección Dios arrojó sobre alma humana. Nunca, estando en parte alguna me sentí vivir en la altura como cuando, ahora que os conozco y sé que habéis de venir a ser mía, me siento. Volad hacia mí, os ruego, con vuestros pies alados como los de Minerva, que adoro y beso y arrojad vuestra luz sobre este páramo que vuestra sola presencia ha de convertir en divino vergel.*

*En la hora del concubio pienso en vos, tras ver caer el atardecer sobre la Villa.*

*Ayer volví a la villa de mis mayores, encontrando bien a mis padres de salud y confortados en verme de nuevo. Pedí licencia para hablar a mi padre pues quise comunicarle mi amor por vos. Le plugo la nueva y quiso saber de las buenas partes que a tanto me movían como para ambicionar un empleo en la Corte y vestirme la toga viril. Hizo llamar a mi madre y a ambos declaré vuestro nombre y les pinté al vivo como mejor supe el cielo de vuestra belleza, que requinta en mucho la de las Lauras, Beatrices, Amarilis y otras tantas.*

*Se alegró mi padre y lloró mi madre y ambos esperan conoceros pronto.*

*No quiero entretener mis pasos más que unos pocos días en que debo ajustar mi matalotaje y prevención para volverme a Madrid y allí entregar las cartas y embajadas que mi señor padre anda disponiendo en nuestro favor.*

*Creo veros en el atardecer, cuando sobre la polvorienta loma parece que os llegáis con las últimas luces. Pero es mi deseo de sentirnos cerca, de comunicaros cuanto sois para mí, lo que os pinta a mis ojos que tanto ansían veros.*

*Cuidad de vuestra vida que es mi bien y tengo en más que la mía propia, que poco ha empezó a tener como notorio su principio y fue al veros.*

*Mirad hacia el ajolí, pues en acabando mis asuntos en la villa bien pronto me habéis de ver entrar, siguiendo la estela que adoro.*

*Vale,*

....

*Pues sóis mi aónide, sed para mi cual Beatriz para el Divino Florentino, pero sobrevividme, pues sin vos no podría mi alma seguirme y no seguiros. Ved bien que ninguna luz llega a mis ojos si no es desde los vuestros que puede ser. ¿Estaréis por ventura en una atalaya de mármol? ¿Cantaréis, haréis labor tal vez? Salid por ventura del aura prodigiosa que os envuelve.*

*Pues he arrojado por vos todo cuanto la vida de acerbo pueda tener, ya es tarde para el arredro y aquí quedaré. Ha sido en verdad, asendereada mi vida.*

*Vuestro amor me ciega como Venus nubló la vista del de los pies ligeros.*

*Maté al padre de vuestra hija. Estoy maldito para vos.*

*Pues Dios os hizo tan bella y afaccionada de rostro y tanto alongó su mano en volcar en vos todas cuantas gracias y adornos fuera deseado poseer, y a mí me dio lugar a que, viendo ser cierto lo que de no ser de ojos visto no pudiera en modo alguno creer por tomarlo de irrealizable, en un imposible quise albanarme, afirmado ya en el otro de vuestra belleza y agujoneado de mi atrevimiento tuve parte en hablaros. No duermo, dando vueltas mi magín sobre el faceruelo.*

*Siento haberos demediado el corazón.*

*Vuestro perfume almohaza mis sentidos. Os recuerdo llevándoos vuestra montura cartujana por la almártaga. Aunque os perdí, el veros un día aluzó mi vida entera, salvándome de la desconhortación. Y aunque sé que mi ama y mi sobrina me toman por loco y me dan amaestratura para tenerme entretenido, yo bien sé que por mi bien procuran. Nunca nada ameló mi ánimo fuera de perderos”.*



Relata refero. No podía dar crédito a lo que estaba leyendo, el galicinio me encontró ensimismado en lo que no podía creer que estuviera leyendo. Si no lo tocara con las manos y lo viera con los ojos bien sería otro Santo Tomás. Debía llamar ya a Andrés, esperaría a que despertara, faltaría apenas una hora. Y debía ir a hablar con Selegna y contárselo todo, evitar un final que no era el que desde hacía siglos nos estaba guardado a los dos. Éramos el final del camino. Pero sobretodo, debía hablar con Francesca, pues nuestra crónica ya estaba escrita.

Había otros documentos que probaban que la sobrina de Don Alonso se había casado y había tenido un hijo y una hija. Siguiendo la línea descendente del árbol genealógico que mi abuelo había recuperado consultando información en antiguas partidas bautismales de la parroquia, vi que acababa en 1.820, con un tal Briciano. Ese nombre lo había escuchado decir algunas veces a mi abuelo, al hablar de su bisabuelo. Si todo esto era cierto y no era ninguna broma, Don Quijote había existido y era ascendiente de nuestra familia. Tiempo después encargué pruebas acerca de la antigüedad de los documentos y es seguro que datan de las fechas en que se indica fueron escritos.

En aquel momento me quedé sobrecogido: Selegna me contó muchas veces la historia de su familia, diciéndome que uno de sus antepasados murió en la guerra en Italia y que su viuda, que tenía una hija, la dejó al cargo de unos hermanos suyos y se retiró a un convento de monjas, donde murió a los pocos años.

Por otra parte, de ser así, Don Alonso lo habría sabido, pues parecía estar bien informado. Supongo que lo llegaría a saber y la noticia le haría enloquecer. De ser así, en realidad Don Quijote sí existió y además se volvió loco no por leer libros de caballerías, sino por haber matado al marido de su amada, a la que dejó viuda y con una hija. Además, él no eligió Dama por ser Caballero, sino más bien fue que, por una Dama vino en arrojarse al mundo a ser Caballero. De otro lado, esto certificaba una verdad cuya respuesta nunca fue segura y era que Villanueva de los Infantes era ese *lugar de la Mancha* tan disputado.

Otro misterio desvelado es que Cervantes y Don Alonso eran amigos. Y otro adicional, que Alonso Fernández de Avellaneda era en realidad el escritor

vallisoletano (decía de Tordesillas) Cristóbal Suárez de Figueroa. Yo creí sobre esto último que habría sido Lope de Vega quien escribió el apócrifo, por las indicaciones que el propio Cervantes hizo, pero Andrés había acertado: el ilustre alcalaíno conocía al autor, pero no quiso dar pábulo a que fuera conocido y por eso silenció su nombre, pero sí lo conocía y sabía que era un escritor en activo. Pensaría al principio que fue aragonés, pero no lo corregiría y por la prisa de entregar la segunda parte a la imprenta es cierto que se echan de ver algunos cambios de última hora, como el encuentro al final con Alvaro de Tarfe y algunas otras rectificaciones, pero otros pasajes quedaron sin enmienda.

Si todo esto fuera cierto, Selegna era descendiente de Angélica y yo de Alonso.

Cerca de las siete de la mañana, sonó el teléfono: era Andrés.

-Vístete ahora mismo y sal corriendo hasta el Rocío. No puedo hablar ahora.

## Capítulo Dieciseisavo.

Como cada mañana, y durante los últimos treinta años en aquella casa, antes de romper el alba, se encontraba Don Dámaso ante su frugal desayuno. La misma señora, antes moza que estuvo reclusa en el hospital de mujeres, mucho tiempo atrás, ya rehabilitada, Soledad –su Menegilda, pero guapetona y andaluza- ésa que un buen rato antes que él había trajinado con sus enseres, dejándolo todo limpio y aseado en la tarbea y alcoba, le había hecho ya su café con torta de avellana.

Discreta y silenciosa, iba tomando con sus pertrechos los espacios que el rector dejaba libres y vacuos, yendo de acá para allá. Primero su dormitorio, con el breve camastro, la mesilla con el aguamanil de peltre y la esterilla de hilos gruesos y limos. Sin más adorno en la pared que el rosario secular que fuera allí dejado por quién sabe.

Abrió los batientes de la ventana hacia fuera y se le quedó fija delante, encuadrada, la marisma con los animales de tiro y arrastre escarbando con la pezuña; y las reses, mirando y despidiendo a las últimas estrellas del cielo de enero, serenas bajo el relente de la sierra.

Sus geranios eran su pasión, sus macetas de matalauva, sampedros y hierbabuena eran la admiración, sino la envidia de todas las parroquianas, que querían ver en su lozanía y realce una mano de la Virgen.

Soledad había barrido, con la escoba de cerdas de paja densas como un cepillo el suelo sobre el que nunca se asentó durante más de un minuto una sola mota de polvo; acababa de hacer la cama y ordenar los libros de Don Dámaso. Había barrido y fregado la habitación y ahora seguía en el zaguán de la planta baja, entre calderos, pucheros y demás cacharros, hasta que la altura del sol ganara la distancia hasta el patio trasero –en la casa no había cuadra por falta de vocación caballeril- donde esperaban otras labores como el cosido de las redes de pescadores o de enseñas y estandartes de las cofradías, que por amor de Dios y para ayudar a su subvenir, algunos parroquianos traían a Soledad, quien con esto redondeaba la exigua soldada que, junto a régimen

alimenticio de cama y comida, dábale la parroquia.

Ella no se quejaba, Don Dámaso era bueno y caritativo, era como un hermano con el que hablar, a quien confiarle sus más oscuros pesares, su desaliento por una vida que nunca le vio dar una a derechas y que se recreó en levantarla una y otra vez, sólo por el gusto –pensaba ella- de verla caer nuevamente. Él la consolaba, le apocopaba el nombre diciéndole Sol y haciendo juego de palabras sobre su edad, y ella levantaba la vista de la costura y sonreía, con su sonrisa triste de mujer sin tiempo y de baúl renegrido por los azares y rigores de la existencia. Nada le faltaba, eso sí.

Era el párroco madrugador y poco amigo de las sábanas después del metal de los primeros gallos. Acostumbraba a rezar sus oraciones y a preparar en el despacho parroquial las actividades pastorales. Después, cerca de las ocho volvía para pergeñar su homilía y después de cruzar unas palabras con Sole, recibía en confesión antes de la primera misa, a pocas pero inquebrantables y veteranas feligresas y atendía por su orden a las Hermandades para preparar el Pentecostés.

Pero aquella mañana después de volver de la sacristía, sin color en el rostro y sin hacer aprecio al refrigerio que le esperaba en la mesa, se encerró en la antesala pidiendo que nadie entrara.

No sabía Soledad que Don Dámaso había escuchado un leve chasquido metálico, y el rumor de la pesada puerta de madera de la Ermita cerrarse, apagándose lento como una maldición que no se va. Se había vestido rápidamente y bajado con un mal presagio que nunca pudo pensar fuera de la tonalidad desabrida que lo recibió cuando, al girar la llave y empujar el portón, encontró la verja abierta y sin la talla de la Virgen del Rocío en su peana.

Le cruzó a Don Dámaso un dolor sordo en el ánimo, le atravesó el acerbo de la ausencia como un rayo entre los párpados y se le consumió el valor, el instinto cristiano de quienes en la arena del Coloseo, dos mil años antes, cayeron mirando al Cielo que les esperaba allende los leones. La pequeña chispa de esperanza que no le había apagado el vendaval devastador de la pérdida insólita, le hizo recobrar su temperamento y volver a su casa, mientras pensaba qué haría. Improvisó una pequeña nota de suspensión de todo oficio y actividad de fieles por indisposición del párroco, con una letra apenas legible,

trazada sin aliento y cerró a cal y canto la Iglesia.

Soledad supo que algo terrible había sucedido, pero la certeza de que su concurso no mejoraría ni aliviaría siquiera las cosas la hizo estarse queda. Desempeñó su papel de gata silenciosa e invisible, recogándose en los cuarteles más lejanos a la batalla que Don Dámaso libraba solo, rezando cada uno desde un extremo: o el de la confusión o el del mayor de los desconocimientos, con la impotencia equilibrándolos en su mismo centro.

No entendió nada, no me contestó y creo que no me oyó siquiera. Hablaba con la voz perdida, como del trasmundo. Apenas le oía.

-Te iba a llamar Andrés...

-Óscar y yo estamos en el aeropuerto. Salimos a Sevilla en quince minutos. Ve de la manera más rápida que te sea posible al Rocío.

-Iba a ir hoy mismo, Andrés. He encontrado algo que no podrás creer.

-Cuéntamelo después. Cuando sepas a qué hora vas a llegar, dínoslo.

-¿Qué ocurre Andrés?

-Hace una hora Selegna ha llamado a Carolina: la Virgen del Rocío no está en su ermita. Ha desaparecido. Apéldate de ahí a mataballo.

Me quedé frío, mudo y yerto. Colgué el teléfono y envolví algunas de mis cosas. Cuidadosamente guardé el legajo de papeles en una cubierta de piel. Dispuse brevemente algunas rápidas instrucciones a mis deudos y al albacea y les rogué que me esperaran y que aseguraran todo objeto de aquella casa, pues yo debía marcharme a la cosetada. Mi padre se ofreció a llevarme al Rocío en coche, que sería lo más rápido, pero yo necesitaba pensar y estar solo y le pedí que me acompañara a Madrid. Desde allí tomé un tren rápido a Sevilla y en Santa Justa, en taxi pagado a tanto el minuto por debajo de la hora que tardase, el chófer se llevó, además de la carrera, una buena propina para la Feria.

Cuando el taxi encaraba la larga recta que sigue desde Almonte, recordé, al notar el renovado dolor, las palabras de uno de los más valiosos militares españoles de todos los tiempos, el Marqués de Santa Cruz, quien decía que un hombre, cuando estaba delante de quien le había vulnerado, sus heridas, que parece que tienen memoria, era como que le destilaban sangre. Y notando la

humedad roja y pegajosa a flor de piel, supe que Selegna estaba cerca.

En una tarbea con vago aroma a almizcle me esperaban el padre Dámaso, a quien besé la mano, Óscar, Andrés y Ana, la superiora de la Hermandad más antigua del Rocío. No habían dicho nada a nadie, fuera de Selegna. Les habían hablado de que tenían que acometer unas pequeñas obras en la nave capitular y que habían llevado la imagen de la Divina Pastora para hacer tareas de conservación. La gente andaluza, de natural desconfiada, no entendía todo aquello.

Óscar había hecho venir a un imaginero que, tomando como partida un extenso y completo catálogo fotográfico, estaba ya en Sevilla trabajando para tratar de realizar una réplica lo más exacta posible, con su manto y sus mismos colores, forma y medida, de la Señora. Eso para evitar una inmensa sanfrancia de consecuencias imprevisibles. Pero era de esencia mantener en el más escrupuloso secreto todo aquello y no sería nada fácil, pues guardar un secreto, dado el carácter natural andaluz, fuera pedir cotufas en el golfo. Porque, ¿cómo íbamos a encontrar a la Virgen cuatro hombres y dos mujeres si no pedíamos ayuda a alguien más? Se debatió sobre cómo proceder y, si bien es cierto que el tiempo jugaba muy en contra, por la cercanía de la Romería, era verdad que había que actuar con prudencia para evitar una hecatombe. El párroco sabía de personas con nombre y apellidos que antes querrían morir que ver sufrir un arañazo a la imagen de la Virgen, cuanto más saber de su desaparición. La adrolla de la imagen falsa no serviría.

Sería imprescindible comunicarlo a las autoridades porque se trataba de algo más que una cuestión de Estado. Helicópteros sobrevolando como alforres el cielo almonteño despertarían el recelo de la gente, que, entregada a la curiosidad y al ocio, acabaría comprendiendo que algo extraño estaría sucediendo y la algarada que se produciría al conocer la noticia sería superlativa. Era muy duro, pero había que decirlo y hacer causa común para buscar entre todos a la Dueña y Señora. Además, era precisa la baquía de los monteros, grandes conocedores de todos los recovecos.

Don Dámaso no pudo aportar ninguna información que fuera de interés para la búsqueda: nada fuera de lo habitual había ocurrido, ni visitantes extraños ni otra noticia o circunstancia. Tampoco ruido alguno, ni siquiera un motor o huellas de neumáticos en la arena del Rocío, y era evidente que para acarrear

una estatua como la de la Virgen era imposible hacerlo sin un vehículo. Ni en la Ermita ni en sus proximidades había cámaras de grabación de imágenes y no era prudente preguntar al vecindario, pues en las horas previas al descubrimiento de la falta, la Aldea estaba entregada al sueño de sus moradores.

-Si todo esto se sabe, se formará una behetría de consecuencias imprevisibles, no sólo en la aldea, sino en toda Andalucía, causando un problema de orden público -dijo Don Dámaso-.

Doña Ana lloraba en silencio. Dijo que había que encontrar a la Virgen como fuera y que ella no quería una igual, sino que quería a su misma Virgen.

No existía ni una sola pista de qué podía haber sucedido. Las cerraduras, así como las puertas, quicios y verjas del altana estaban incólumes. No había ni el más mínimo vestigio de fuerza o violencia y no se había encontrado a faltar absolutamente nada más, ni siquiera las limosnas de los fieles que, en el despacho parroquial paredaño a la nave de la ermita, sin llave se depositaban. El mismo párroco había escuchado un abrir y cerrar de puerta y se había acercado cerca de las seis de la mañana, quedándose de piedra al ver que su Virgen no estaba. En el abertal frontero a la ermita no había ni una sola huella, fuera de las de herradura habituales. El párroco y la superiora habían indagado en el abetal próximo, sin hallar tampoco ningún indicio que esclareciera algo las cosas. En los médanos de blanca arena nada desdecía el aspecto habitual de la aldea que pudiera dar un aire que seguir para dar con el agua clara.

Se dio aviso a la Comandancia de la Guardia Civil, quien no había observado, en el puesto de guardia, tampoco movimiento alguno que despertara sospechas. El Comandante Ramírez, junto con su adjunto, reconoció que, en efecto, la comunicación de la noticia podría suponer una nunca vista batahola en la misma proximidad de la Feria de Abril, en primer lugar y después de la Romería del Rocío.

Deliberamos y se decidió en primer lugar que mantendríamos, bajo nuestra palabra, el más estricto silencio sobre la desaparición. Nos dividimos en dos grupos: en uno, Ramírez, Óscar y Andrés. En el otro, Morales –el ayudante de Ramírez-, Don Dámaso y yo. El objetivo era examinar con ojos atentos cualquier indicio que pudiera aportar alguna luz sobre el asunto. Ellos se

ocuparían de la zona que quedaba entre el parque de Doñana y la playa; nosotros, dentro de la Aldea y hacia el Norte en Almonte y Matalascañas.

Ana y Selegna quedaban a la espera de alguna comunicación telefónica de algún hipotético secuestro.

Ramírez, Óscar y Andrés se proveyeron de perros, a los que el cansancio hacía carlear; y a ellos tres les faltaba el resuello en la busca, pese a que principalmente se movían en un jeep por el extenso latifundio del parque natural y la reserva.

Si en el mundo hubiera un incrédulo irreductible, un ateo recalcitrante, de estar allí entonces hubiera dejado de serlo. Era la devoción misma ver a aquellas personas preparar las labores finas para los mantos de la Virgen; coserse los mejores vestidos, que sólo para esos días estrenaban; adornar las calles, enlucir las casas. De saber la verdad, el desconsuelo y abatimiento les habría alebrado en el suelo como heridas por el rayo y tocadas por la más funesta maldición.

El imaginero llegó dos días después y el parecido de la Virgen era excepcional, pero ellos querían a su Virgen, a la de verdad, no una copia. Acordamos dejar a la reproducción cubierta en una galería de la casa que ocupábamos nosotros tres, para hacer pensar en la Aldea que era la auténtica y, si no aparecía la original, poder reemplazarla por aquella. Le pedí a Óscar que, si aparecía la verdadera me regalara a mí la copia.

La alegría legendaria de esa tierra, que se trasluce a toda hora y en cada uno de los recovecos idílicos de su paisaje, en la mirada de sus gentes, y en cada átomo de su universo de tierra prometida se convertiría, de saberlo, en un páramo de tristeza y dolor. Las casas cambiarían sus tiestos de celindas y escabiosas por puertas cerradas y con los postigos echados, como las que encontrara el Cid en su destierro. Los profetas entendieron poco de geografía: el centro del mundo está y ha estado siempre en el Rocío. Si alguien no lo entiende, crea o no, vaya y lo vea.

Pero lo imposible había ocurrido. Las indagaciones de nuestro somatén no daban fruto alguno, pese a buscar con desesperación, siempre la vista en el suelo, una pista, una señal. No hubo conticinio ni hora en que la noche permitiera descanso para quienes compartíamos el conocimiento de la



maldición. Andábamos a deshora por las camberas, cadenciosos y tristes, aunque sin perder la fe. Al párroco se le entrelucía alguna desesperación en las prédicas que dirigía desde el sugesto, impropias en su contenido de las fechas a las que precedía. Decía que su Virgen no abandonaría nunca el Rocío, como si quisiera ir preparando a la parroquia para la peor de las noticias.

Como una previa maldición, las alegres fogacinas en torno a las que la gente de campo se juntaba al final del día, para cenar en torno, no se vieron en unos días.

Aunque todas las casas eran parecidas, con el cielo entreclaro, reconocí el alodio de Selegna por el acebuche que había en el centro de un cuidado pensil, pues llevaba en mi cartera doblada una fotografía suya apoyada en ese árbol, simulando grabar nuestras iniciales en su corteza. El jardín era magnífico, aunque breve en su antojana o parte de recibir, inmediato a la fachada de la casa. Ocho o nueve agracejos, o acetines como dicen aquí, colocados al tresbolillo guardaban de la vista callejera, ya bien defendida por los macetones con romero y salvia que sobre algunas acroteras cerraban el muro. En la parte trasera el bosque de recreo de su casa era con justa fama el mayor y de mejores hechuras y cuidado de cuantos había en toda la Andalucía. Trepaba hasta las rejas de su ventana una virgaza que se arrizaba con el mismo rigor con el que su sitiada moradora se había alejado de mí.

Faltaban pocos meses para la festividad del Rocío y cada minuto que pasaba sin la Blanca Paloma aumentaba la desesperación de quienes conocíamos su falta.

Vi llorar lágrimas de aljófara a Selegna junto a su vestido de novia tras el ajimez indiscreto abierto al descubridor del jardín. Iba vestida con un suéter índigo y pantalones vaqueros vainilla. No cometería la infidencia de casarse de cualquier otro modo que no fuera delante de su Virgen.

En la hora queda, los aldeanegos seguían dejando junto a las verjas sus agavanzos y agératos entrelazados recogidos en sus alquerías y primorosa labor de ataujía que ni para una novia coserían, como tributo a la Virgen.

La luna cintileaba en el ajolí.

Selegna me había explicado que era una tradición en las mujeres de su familia,

desde que la Virgen había sido hallada por un pastor antepasado suyo en un abrojal, casarse ante Ella. Podía hablar con ella y decirle que una mujer de su familia –Angélica- y un hombre de la mía –Alonso- habían empezado su historia unos siglos antes también en el Rocío, pero el tiempo de decirle cosas así había pasado ya.

Guiando la rienda para apartarme de allí, salí a caballo por el oquedal de las oréades que dicen los lugareños, porque es donde creen que a los enamorados les surgen las helicónides de la inspiración.

Cada tarde, para poder pensar con claridad y entender tantas cosas de los últimos días, salía solo y me perdía por los alcorces o trochas entre las adelfas que junto a las tierras adociladas por el arado que en la época de siembra contraponen verticalidad a las ondas del campo, junto a otros aramios, cruzándome con los pastores que volvían a sus almajes o a los apriscos con las cedras repletas de manjares. Me tumbaba muchas tardes a reflexionar en el carvajal, hasta ver el lucero de Venus en el horizonte del cielo.

Andrés hizo que nos ensillaran los caballos.

Aún la claridad dejaría en suspenso el día durante al menos una hora, que era aprovechada por jinetes y carruajes para adentrarse en el parque, levantando los cascos de sus cabalgaduras una leve polvareda flotando en los umbrales de la aldea. Después, de regreso, con la arena vuelta a la arena, las primeras luces de las casitas cerca del arroyo les guiarían de nuevo a las cuadras.

Intentando buscar la superficie más firme, Roble, la buena cabalgadura de Andrés, se hacía a un lado desoyendo el ladeo que con la mano le guiaba la rienda hacia el centro. Ya dicen que sabe más el caballo que quien lo ensilla.

Adentrado en el adrado pinar, y ya apenas audible el eco de las palabras alegres del pueblo, del rasgar compacto de las guitarras, miró atrás y se hizo firme en la silla, haciéndome gesto para que le siguiera, tocando de talones en el ijar y adelantándose en dirección al arenal.

Una nube en forma de cruz parecía dividir el cielo, repartiendo el infinito en cuatro como puntos cardinales. Detrás, la noche en ciernes confundía ya las figuras y tensaba el cordel que dejaría caer sobre la bóveda el telón oscuro, con una luna viva en aquellos pagos, que devolvía las sombras a los cuerpos y

resaltaba los almácigos en las cercanas almunias.

Gobernaba el caballo a maravilla, haciéndolo poner de manos y otras mil corvetas solo tocando la crin del fuerte arco de su cerviz.

Aliento, uno de los caballos que me había dejado Ana, estaba rápido y ágil, mi mano en su cerviz crinada era un idioma de fácil intercambio y arrancó detrás gallardo y poderoso. Era argel y por eso maldito de los supersticiosos, que díganlo o no son multitud allí y nadie más que yo lo montaba porque les daba mala sombra un caballo con sólo una pata blanca. Sorteamos encinas seculares, pisando los arestines con la herradura limpia, y bayas centenarias. Torcimos a la derecha por las casas de guardeses y al fondo del camino, cerca de la marisma, acalorados los caballos por la carrera ligera dimos pies a tierra en sitio donde los bravos alazanes tuvieran qué beber, en las arnascas dispuestas para ello.

Cualquier camino, por largo o paular que sea, empieza con un solo paso. Lo mismo diríase de una conversación, pero cuando el contenido es mercancía delicada, las primeras palabras son demasiado importantes como para no sopesar el inicio. Con paso rápido o lento, firme o dubitativo, se llega a Roma; pero el mundo de las palabras encierra algunos secretos que, quienes hubieron de valerse de ellas en momentos decisivos, saben que cada una en sí puede cambiar una vida.

En el pensamiento de Andrés no tenían sin embargo cabida ninguna de tales ligerezas gramaticales. Su vista fija en la línea del horizonte, por un momento se había olvidado de los caballos, de que yo estaba detrás suyo e incluso de sí mismo. Buscar una idea o una palabra detrás de un bello paisaje es mucho más difícil, como dijo una vez Francesca, que de cualquier otro modo; con los ojos cerrados se piensa, con los ojos abiertos a una belleza deslumbrante como aquel atardecer en la marisma compartí con él que era imposible poder pensar en algo distinto al espectáculo de la noche cerrándose sobre el mar, lentamente, cayendo su oscuridad como tinta leve contra el mar silente, inmenso. Y los sonidos de los conejos revolviéndose en las madrigueras, de las ardillas brincando en las ramas y agitando las agujas de los pinos; el aroma de resina y brea, de hoja de limón y romero, todo en uno. Las primeras hogueras iban coronando, a poniente, y se oía relinchar de caballos.

Un bello paisaje tiene su propio lenguaje, acercarse a él para hacerle

preguntas que en ningún otro lugar pueden ser respondidas es una revelación. Pero el paisaje no sabe escribir, en ese alambique no se puede destilar ni una sola gota de inspiración que perfume siquiera una idea que acabe tomando forma en palabras.

Vi que se agachaba y apoyaba la palma de la mano derecha en el suelo, recogiendo un poco de la menuda arena en la cuenca, para con la otra mano como calibrar su valor, o leer un presagio como hicieran antaño los arúspides griegos para predecir el destino.

Supe que cualquier cosa que dijera le permitiría tomar distancia de aquello que pretendía contarme, pudiendo decidirse por no aflorar a la superficie de la confesión lo que tanto parecía pesarle. Parecía debatirse entre la necesidad de aliviar su carga y la codicia del avaro que teme perder su tesoro, al revelar su existencia.

Mantuve mi mirada vuelta hacia el horizonte imaginario a donde él miraba, sin tenerla a punto fijo en ningún sitio. Me dispuse a la conversación total, sabiendo que nuestros ojos compartían un mismo escenario, sin poder comunicarse emoción alguna, ciegos, inútiles al diálogo, abandonándose todo el ser a las palabras, sin otros caminos, sin otros diques que contuvieran el torrente del pensamiento. Y es que los ojos son más elocuentes, contradicen muchas veces a las palabras, el silencio sólo los párpados lo señorean. Los ojos son Catedráticos que examinan a otros ojos, a una sonrisa; saben cuándo ordenar a los labios besar y cuándo retirarse; preguntan y responden.

-No sé si lo que voy a decir es una blasfemia, pero busco a la Virgen deseando no encontrarla.

Andrés es así. Puede que le hubiera deparado mejor siendo más político, pero sencillamente no quiso serlo jamás.

-Aparezca o no la Virgen, las cosas no cambiarán mucho: que Selegna no sea para otro no significa que deba ser para mí. Todo lo que me pasa podría ser una gran lección como la del enfermo que se cerciora por haberlo estudiado y acompasado a través de la observación en su propio cuerpo, que le consume una enfermedad definitiva. Y yo tal vez no sea más que un cuerpo sin vida, esperando a que todo acabe algún día.

Ya dicen que la vida te da siempre una segunda oportunidad, aunque a mi

aunque me diera diez mil, volvería a fallar, una y otra vez. Y posiblemente sea porque no quiero esa oportunidad. Conocemos a una chica, nos gusta; hacemos por acercarnos a ella, tratamos de que se fije en nosotros. Y queremos que sea nuestra. Pero es que queremos a esa chica porque es a la que hemos visto y no porque sea la mujer que debe ser para nosotros. No sé si me entiendes, es una cuestión de oportunidad.

-Claro que te entiendo y es como dices. Por eso yo sé que nunca podría haber otra mujer como Laura.

-Exacto. En tu caso, tú has podido saber con una certeza absoluta quién es esa mujer. Pero en el mío, probablemente no. Y puede que por eso haya fallado. Selegna puede que sea la mejor chica que conozco y eso me ha hecho creer que debo aplicar el método que te he descrito de acercarme a ella, tratar de que se fije y querer que fuera para mí. Eso ya sabes que es lo que he hecho. Ahora bien, que hipotéticamente Selegna sea la mejor mujer que he conocido no significa que sea la mejor mujer posible para mí.

-¿Qué hacemos entonces? Me dijo él.

-En primer lugar, encontrar a la Virgen. Y después, cuando lleguemos a Barcelona, te hablaré de ciertos papeles que he encontrado estos días y que te van a interesar y sorprender muchísimo. En cuanto a mí, si no conozco a la mujer de mi vida, que sólo una puede ser, y con la que pueda compartirlo todo, continuaré con mis amores parciales, no queriendo ir más allá de lo posible con una mujer y por supuesto, haciéndoselo saber.

Mientras desatábamos las almartagas de los caballos, cuando ya volvíamos a poner el pie en el estribo, Andrés se giró un momento hacia mí y me hizo la pregunta clarividente:

-Oye, ¿y no puede ser que sí que conozcas a esa mujer de tu vida pero que no te hayas dado cuenta de quién es?

Miré a lo lejos, hacia la falda de los alcores jalonados de algazules, azaleas y camarinas, allá donde tanta vegetación silvana sin río se explicaba por una azanca subterránea que recorría todo el término de Almonte. Eso me hizo pensar que, por debajo de lo visible y más allá de lo evidente, también podría haber algo que sin yo saberlo, sujetaba a mi cuerpo sin vida a la existencia, de una forma invisible, como el agua que debajo de la tierra alimentaba a todo

aquel paraje.

En la mañana espejada del Rocío, la restinga arenosa de la algaida llena de carlancos, corcos y flamencos en aquella época del año había sido, poco a poco, derrubida por el mar. Me hizo pensar la imagen en lo que creía ser yo mismo dentro de Selegna y ella envolviéndome a mí, como el mar a aquel accidente geográfico. Aunque más bien era nuestro infortunio un viento altano, que soplaba alternativamente de mar a tierra y de tierra a mar, faltando la ocasión cuando había amor y no habiendo pasión cuando el momento era propicio. O llegar tarde, mal o no llegar. O, en otras palabras, saber quién es la persona y ver que no puede ser. De otro lado, tanto que había fustigado a Andrés, ahora resultaba que mi esperanza era diminuta como arveja, que siendo verde no lo era como sinónimo de esperanza, sino de imposible.

Las semanas iban apurando la fe en encontrar a la Virgen para quienes la buscábamos. El cura y Ana no sabían qué disculpa oponer a la impaciencia de los fieles por ver de nuevo a su Virgen. Y seguíamos sin saber nada, después de haber rastrillado cada palmo del alfoz, sin éxito, sin hallar la más mínima de las pistas. La tesis del robo era la única creíble y nuestra busca se había localizado únicamente en la zona próxima a la ermita, cuando cualquiera que la hubiera sustraído habría tratado precisamente de llevarla lo más lejos posible de donde sería buscada.

Óscar había contactado con importantes marchantes de arte tratando de conocer algún dato u oferta que nos llevara al mercado negro de obras de arte robadas que son puestas a la venta, pero tampoco la pesquisa arrojó resultado alguno.

Carolina y las niñas vinieron desde Barcelona a pasar unos días en el Rocío. A los lugareños hacía tiempo que les estaba pareciendo extraño que tres afuereños como nosotros permaneciéramos tanto tiempo allí sin objeto conocido y que además alguien viniera de lejos a visitarnos. También que los coches de la patrulla de la Guardia Civil frecuentaran tanto una zona que el orden y la concordia mantenían fuera de todo peligro. Tomó de nuevo fuerza, ante la confirmación de la inutilidad de todo esfuerzo, colocar en la peana la talla que el imaginero sevillano había fabricado al principio de la desaparición.

Las hijas de Óscar y Carolina no conocían el parque nacional de Doñana y

planeamos salir de excursión; ellas tres en un coche de caballos y nosotros tres en nuestras buenas cabalgaduras andaluzas.

Dejamos atrás la aldea con el sol en mitad del cielo y tras pasar el ajolí llevamos los caballos al paso por la zona del arenal entreverada de los primeros pinos. El cochero iba diciendo a las niñas el nombre y propiedades de todos los árboles, plantas y arbustos, que allí son legión: alismas, camarinas, galabarderas, resedas, saucillos, berreras, tártagos, zahínas y otras mil cuyos nombres me fueron ininteligibles.

Camino adelante, las niñas creyeron ver a una pareja de lincec ocultarse en los troncos desecados donde cría su especie. La carestía de agua extremaba su instinto en busca de gazapos en un ecosistema erial de vida animal. Nos detuvimos en el otero de los caballos asilvestrados del común, extrañamente quietos, en un llano dominado por las centauros, perantones y zamarrillas, para que las niñas merendaran y diéramos agua a las monturas.

La jira prosiguió hasta una quinta cercana a la marisma de aves palmípedas de los humedales. Allí nos solazamos un breve espacio para estirar las piernas, llevando las cabalgaduras por la almártaga, y entreteniéndose las niñas y Carolina en darles terroncillos de azúcar que a propósito traían en los bolsillos.

El cochero explicó a las niñas que el Rocío era la aldea de los caballos. También les habló de la romería del Rocío y de la vida en la aldea. Les dijo que, si alguna vez visitaban el Rocío en mayo nunca más podrían faltar a la Romería. Ya dirigiéndose a todos, el mozo dijo que en el cielo se estaba empezando a traslucir una panza de burra, signo inequívoco de lluvia inminente. Volvieron las chicas y Carolina al carruaje guiado por el mozo, y los tres de a caballo nos aprestamos a la vuelta, ante las apremiantes indicaciones vertidas por el lugareño.

A la vista de la aldea, en la loma esmaltada de cardenchas y carrizos, empezó a jarrear de gota fina de manera que no la hubo de ponerse a cubierto, y no faltando ya mucho trecho para arribar a la aldea, convinimos que los pasaguados jinetes tomáramos la delantera para buscar resguardo a la que encima se nos venía. Así hicimos, picando a los buenos bayos, que no se lo hicieron repetir por saberse próximos a su establo y en una buena carrera tendida pasamos a la raya real.

Pero el agua iba a mayores hasta el punto que los propios animales zozobraban y al filo de doblársele las patas delanteras andó el mío. Así que decidimos darnos abrigo bajo la copa de un buen aznacho hasta que amainara.

Algo extraño pasaba y no supimos, atendiendo a acogernos a cubierto y a guardar las monturas, qué fuera. La cortina de agua nos cercaba, no alcanzando la vista a vislumbrar más allá de la vaguada en que el diluvio estaba convirtiendo el camino de tierra que, de puro seco, se cuarteaba cediendo a la fuerza de su empuje. En efecto, detrás del portentoso tronco del pino una luz como la de un sol que no podía ser verdad que con ese tiempo alumbrara, casi nos cegaba la vista. Los tres rodeamos hacia el fulgor y vimos aquello para lo que nada en la vida te puede preparar jamás: en hábito de cazadora, enjuto el cabello moreno y con una luz en los ojos zafirinos, la Virgen del Rocío, en forma humana nos miraba.

Apareció la Virgen en el algaba en el que tantas veces lloré a Selegna, un barzal donde nadie hubiera creído que pudiera estar, entre zarzas y maleza, junto a una hornachuela de pastores como quiere la leyenda que fue hallada *ab initio*. Me quedaba como añojal, pues después de tanto tiempo luchando contra mí mismo por ella, me daba cuenta de que yo estaba, era y no había dejado de ser en ningún momento, erial. Sólo que ella me hizo creer que había dejado de serlo.

Habíamos esperado semanas a encontrar, como el pastor del Rocío, a la talla de la Virgen oculta entre zarzas, en un tremedal. Lo que nunca pudimos pensar es que la misma Virgen había salido por su propio pie de la ermita y que estaba allí en aquel momento. Pero en aquel instante, que fue tan breve que nos durará toda la vida -como el beso en la poesía de Pedro Salinas, *tan corto que duró más que un milagro*- vimos el prodigio mayor que vida humana presencié un día. A quienes tienen en el centro de sus vidas la fama, el poder o el dinero la sola contemplación del rostro de la Blanca Paloma les habría cambiado la vida, como nos la cambió a nosotros, que nunca ambicionamos ninguna de las tres cosas.

Los tres nos arrodillamos ante la Señora, con gran devoción. La luz divina de su semblante no quedaba empañada por una amortiguada melancolía, una genuina pero leve contrariedad, confirmada por sus palabras:

- *“El Padre está triste por sus hijos. El Amor es el camino más difícil, el más*



*sacrificado. Como el suyo hasta la Cruz. Y Él ve que cada día, cada uno dentro de sí mismo, procurando para sí, se olvida de los demás y les niega hasta lo que les sobra, ambicionándolo todo para sí. Ese es el anuncio del final de los tiempos, está escrito. El mundo es ahora una carrera de cada uno por su propia complacencia, sin importarle en ello si para atesorar lo que la ambición señala se deba privar al hermano de lo que le es imprescindible para vivir. Y eso es el odio: el extremo de la ambición en uno mismo. Eso despertará la envidia, el sufrimiento y la muerte eterna. Sólo un Amor como el del Pastor por sus ovejas salvará a éstas de la muerte, no dejando que cada una sea un lobo encarnizado para las demás.*

*La inteligencia de las personas, encaminada a fines únicamente materiales, encarniza y endurece aún más la ambición y el odio, sembrando la envidia y el dolor en quien nada tiene y el egoísmo y el vacío para quien está atesorando lo de sus hermanos.*

*La vida puede estar acabando, en pocas décadas, en las que las formas posibles de destruirla, son cada vez más sofisticadas y devastadoras. El odio y la ambición son destrucción y fin. A los ojos del Padre sólo puede servir el Amor auténtico, el desinteresado, el del padre por el hijo, el de los hermanos, el de los buenos compañeros y amigos. No el de los malhechores que se unen para saquear una ciudad y después traicionarse entre ellos. El fuego está cerca y las ramas cada vez más secas y quebradizas. Rezad, amad. Volved a lo sencillo y todo será fácil. La ambición cada vez busca una montaña más alta que le hace ver más pequeñas e insignificantes las cosas que de verdad importan. Queréd sin saber por qué. Luchad por conseguir el perdón del Padre, que cada vez está más lejos”.*

Escuchamos mudos, entregados y transportados la profecía. Había dejado de llover. La Virgen dijo que volvería a su ermita pero que la abandonaría para siempre si alguien buscaba en Ella una bendición, faltándole la fe o el amor. Nos dio un mensaje para Selegna: dijo que ya antes bajo su advocación una mujer de su familia, Angélica, se había casado con Don Fernando faltándole el amor y una maldición los siguió siempre. No volvería a ocurrir porque la Virgen no podría bendecir ninguna otra farsa.

Después nos pidió que mirásemos hacia el horizonte, en dirección a la aldea del Rocío. Vimos unas imágenes inquietantes sobre las que nada puedo

explicar. Nos dijo que en San Pablo extramuros, en 2.030 habría dos nuevos retratos de pontífices y que juntos se dirigirían desde la Basílica al Pueblo, revelando el significado de las imágenes que a nosotros tres acababa de anticiparnos.

Con toda sencillez la Virgen extendió sus dedos hacia nosotros sin moverse de donde estaba y una luz incorpórea nos acarició hasta lo más hondo. Nos volvió a recomendar que difundiéramos la primera parte del mensaje y que entregáramos a la Curia Romana la segunda parte describiendo las imágenes.

En su mismo hábito de cazadora comenzó a caminar por el arenal, sin que sus pies dejaran a su paso huella alguna y se fue alejando de nosotros....

Estábamos atónitos pero alentados por lo que acabábamos de vivir.

Apenas tuvimos unos minutos para tratar de poner orden en nuestra mente, cuando un leve chasquido trasero nos anunció que el carruaje de Carolina y las niñas, girando hacia la raya real, se acercaba a donde estábamos.

Montamos y volamos más que cabalgamos hasta llegar a la Aldea. Entramos y allí estaba la Virgen. Ana y Don Dámaso se unieron a nosotros arrodillándose junto a la verja. Los fieles fueron llegando y como no habían visto faltar a su Virgen, lo tomaron como una muestra de devoción y se arrodillaron también junto a nosotros, colmando la nave de cientos de fieles de hinojos admirando la hermosura incomparable de la Blanca Paloma.

Nada dijimos de la desaparición y regreso a las personas de la Aldea. Pero bajo capa de haber remozado la ermita y hecho obras de reparación en la imagen, las Hermandades organizaron una pequeña romería durante un día. Los mozos y los que no lo eran tanto, porfiaron por ponerse como siempre bajo los bayartes. *Ad honorem* nos permitieron a Andrés, Óscar y a mí llevarla el trecho de la entrada. Iba de ensueño, envuelta en un manto de rica labor de cadeneta.

Ya cerrada la puerta, y todos en la nava corrió el barquino de cuero de mano en mano, sin dejar perder una gota de aquel vino ligero. En el magosto ardieron castañas y otros frutos de bosque como niscalos.

Llegó el véspero con el rasgar de las guitarras y el baile de las mozas con sus trajes de lunares blancos y volantes verdes. La noche lo fue, como es usado, de serano y sevillanas improvisadas en la calle. Se dio tinelo de lo fino, dulce

y salado, sacando como siempre lo mejor, donde todo era bueno. Las candeladas iluminaron la noche rociera. Sonaron las cantinelas, pastorelas y alegres deblas que la voz popular ha fijado en el imaginario andaluz. Incluso se vio en la Aldea por vez primera, sobre el hocino, bailar a Soledad. La tristeza secreta de seis personas se volvió en alegría de todos, y lo que fue secarral devino zubia, por la que corría más vino que agua.

Y yo que había ido al Rocío con idea de volar la santabárbara y ahora en lo único que pensaba era cuándo iba a volver a ver a Francesca.

Con la imagen deípara de nuevo en la ermita, el grano recogido en la cilla, y el ganado guardado en la cija, se acercaba el desenlace. Andrés y sobretudo Óscar debían decampar porque sus obligaciones les llamaban a Barcelona. Como despedida, la Hermandad nos organizó una jira a la Quinta de Santo Mauro cuya asistencia no quisimos excusar. Fue a caballo y nos lucimos bien llevando los nuestros con gualdrapas tan ricas como no se vieron nunca antes. En la misa mayor, sonó el Tedeum como una sola voz. La infinidad de ramos de flores, ex votos y otros objetos cubrían totalmente la vista del alizar de la ermita, en que no cabía un alma.

Ellos se fueron pero a mí me quedaba una conversación pendiente con Selegna. Y sólo fue entonces que entendí que ya no éramos tres, no podríamos serlo hasta que yo no comprendiera que algunas cosas se deben afrontar solo. Ese había sido mi principal error y a la vez mi mayor acierto: entender que mi vida y la de Ródenas y Andrés estaban entrelazadas hasta el punto en que no había vida más allá de nosotros tres. Pero este momento, como el de la muerte, debía afrontarlo yo solo para crecer. Por eso les pedí que se fueran y les dije que pronto estaría con ellos.

Fue inevitable pensar en la mejor despedida que no fue de la Literatura Universal, aquella que don Luis de Vargas y Pepita Jiménez protagonizaron en casa de la bellísima viudita andaluza, en la verbena de San Juan. Faltándome la mística de Don Luis, pero viéndome más resuelto, a caballo me quise apartar con Selegna, hasta el cerro. Mientras equitábamos le resumí mis últimas semanas sin ella. También lo que hacía unos días había leído de mi antepasado, Don Alonso. Una vez en el arenal, en mitad de la raya, le dije:

-Tu vida está aquí, junto a tu Virgen y a tu hospital. Sé que una parte de mi y otra de ti se querrán siempre, pero tenemos la obligación de dejar que esa

parte nos deje continuar viviendo, a todo lo demás que somos, tú y yo, y no nos aparte de todo lo demás.

-Pensaba que nos queríamos. Ninguna fuerza humana y ahora veo que divina es capaz de acabar con nuestro amor.

-El amor no lucha, Selegna. Si tuviera que hacerlo, perdería. Somos nosotros los que luchamos. A Cupido se le pinta con flechas, pero sin escudo, pues es mucho lo que puede herir, pero sus carnes no soportarían daño alguno. Y nosotros no podemos luchar.

-Di que no quieres luchar tú, pero no hables por los dos.

-Mi vida siempre ha sido, desde el principio, enfrentarme a aquello con lo que no estaba de acuerdo y poner el alma en todo lo que me importaba. Y en ti como con ninguna otra, porque eres a la que más quise, quiero y querré. Pero me ha desengañado ver que soy una parte de tu vida, cuando tú eres mi vida misma. Mal servicio te haría si consintiera que toda tu grandeza se quedara encerrada para ti en una parte de tu vida, pudiendo dar alcance tu amor a esferas superiores. Yo te he tendido un amor como el de la amante de Petronio, que al ser condenado por Nerón a morir, quiso unir su suerte a la del árbitro de la elegancia y se desangró con él en la bañera. O como el de Píramo por Tisbe, atravesándose con la espada cuando mientras ella dormía, la creyó muerta.

-Entonces ¿es definitivo que te vas?

-Es lo mejor. Ibas a casarte con otro hombre.

-La verdad es que te entiendo.

-Que no te cases con él no debe suponer que debas hacerlo conmigo.

-Que Dios te bendiga.

-Lo hizo, convirtiéndote en mía durante un tiempo. Ahora debo marchar. Siempre te querré.

Nos despedimos llorando. Le pedí que me acompañara a ver a la Virgen por última vez. Si no había sido posible que bajo su advocación Selegna fuera para mí, al menos quería darle las gracias por todo lo que fue. Y con eso, que era mucho ya, me propuse vivir el resto de mi vida.

## **Capítulo final.**

Con mi dolor acompañándome de vuelta a Sevilla traté de eludir la animosa conversación que el amable taxista se resistía a dejar perder. No ocultaba el hombre sus principios, pues llevaba colgado del espejo retrovisor el escudo del Real Betis Balompié, una estampa del Cristo del Gran Poder y una foto firmada, de él con Curro Romero. Y hubiera sido un franco modo de entender la belleza de la simplicidad, de lo auténtico, de lo importante. Pero estaba yo aún intentando asumir mi propia situación que era lo más importante y auténtico, aunque nada simple y no sé si bello. En cualquier caso le di la

razón en que como en Andalucía no se está en ningún sitio... si se está. Pero como yo no estaba y él no podría estar una hora callado, traté de reconducir nuestras mutuas pretensiones y le dije:

-Buen hombre, si Usted tuviera que elegir entre dos amores, uno el de una mujer que le haría feliz pero que Usted no le haría feliz a ella y otro, el de una mujer a la que haría feliz sin serlo Usted, ¿qué haría?

-Mire, joven, como se dice por aquí, sabe más el caballo que el que lo monta. Y aunque Eva se hizo de una costilla de Adán, puede que precisamente por eso la inteligencia misma estuviera guardada en esa costilla y no en el cerebro como se piensa. Dígame de una sola mujer que no sepa, antes de abrir la boca un hombre, qué va éste a decir. ¿No se da cuenta de que en lo importante están de vuelta antes de que nosotros nos enlacemos los zapatos? A mí me pasó con mi Juani. Cuando la conocí era la niña más guapa de Triana. Años después fue la mejor moza y ahora es la mujer más hermosa de Triana y del mundo entero. Y la más lista. ¿Cómo no había de serlo si supo, al primer golpe de vista, que yo haría por ella lo que hiciera falta y más?

Y eso es lo que espera una mujer y también lo que quiere un hombre. Si yo hubiera pensado que era mucha mujer para mí –que lo era, es y será- y por eso hubiera abandonado, ahora estaría peleando en la vida con alguien que la querría menos que yo. Si Usted piensa que hará feliz a una mujer y que ella no le dará a Usted la felicidad, eso no es amor, sino compasión. Y si piensa al revés, que Usted no la podrá hacer feliz pero ella sí a Usted, está más cerca porque sólo le falta la confianza. Pero no me diga entre dos amores, porque el primero, al menos desde el punto de vista de Usted, que es el que debe valorar, no lo es.

El amor es una fuerza capaz de allanar montañas y derribar muros. Si se detiene delante de una mota de polvo, ¿Cómo habría de ser amor? ¿Cree Usted que sus padres no le querrían porque no es el mejor estudiante? Se quiere sin condiciones y eso da fuerza para vencerlo y superarlo todo.

No sé todavía cómo el mundo puede habernos barajado tanto como para tener asnos en política o judicatura y sabios conduciendo un taxi. Sin duda será la muerte la que nos iguale, porque el nacimiento y la vida bien que dispusieron con gran injusticia y pérdida las cosas para menoscabo de la república. Puede que el contacto con el mundo y la vida real sea, como dijo una vez Don

Ramón Areces, la mejor Universidad posible. In vino veritas, que se dice; pero es en lo que se considera entendimientos simples donde está lo cierto. Muchas vueltas, pasos y elucubraciones enmarañan tanto las cosas que no las conocen ni sus padres. Y así debía andarme yo, bien por lo derecho, poniendo un poco de orden y saboreando el pan con tomate en vez de engullir manjares.

-Tiene razón en todo lo que dice, Caballero.

El hombre, reconfortado por el reconocimiento, se me vino arriba y me dijo que le contara cómo era ella.

Le hablé por extenso, silenciando aquellas partes que hubieran resultado increíbles o no entendidas.

-Piense en una palabra que sea muy importante para Usted y no la olvide, en especial cuando esté con ella. De este modo, si le ocurre como me ha dicho que otras veces, que se queda sin palabras cuando debe hablar, al sacar esa que Usted recuerda, verá cómo no viene sola y otras le acompañan.

-¿Y qué palabra puede ser esa?

-Para mí, que aquí donde me ve, hablo a tontas y a locas, pero cuando tuve que declararme a mi Juani no sabía por dónde empezar, me acordé de las campanas. Y cuando estuve con ella delante, le dije que el repicar de Santa Ana me recordaba que mi Juani estaría escuchando, a la vez que yo, su sonido y que mi amor hecho música no dejaría de sonar nunca, y las campanas toda la vida se lo recordarían.

Al llegar a Sevilla, cambié de planes. Me iba a Barcelona y llamé a mis padres para decirles que ya volvería a Villanueva más adelante. Mi conversación con el taxista me había regenerado las perspectivas de toda mi vida.

El buen hombre me dio su teléfono y me rogó que le diera razón del buen suceso que esperaba tuviera. Se quedó conmigo hasta la salida del vuelo, que con tanta cháchara a punto estuve de perder. Porfió en regalarme la foto de Curro Romero, donde firmaba "*Valor y al toro*". Le dije que me llevaba lo más importante, que era la frase para no olvidarla jamás. No quiso cobrarme la carrera pero le dejé todo el dinero que llevaba, haciéndole entender que con eso no le podría pagar ni una parte de los buenos consejos que me había dado. Le dije que con el dinero se viniera con los niños y la Juani a Barcelona,

donde tendría el mejor recibimiento.

-Suerte, compañero. Haz valer lo que te he dicho.

-Lo haré. Cuídate, Maestro.

El vuelo 4732 con destino a Barcelona había cerrado sus puertas. Eso dijo la voz con deje andaluz de la sobrecargo. Después vinieron las indicaciones habituales, que a mí me hallaron dándole vueltas a lo que con el taxista había hablado aquella tarde.

El vacío en el estómago, el potente empuje en el respaldo y el fiero rugido me dijeron que ya estábamos en el aire. Como todas las veces que vuelo, pensé en la fragilidad de las cosas y en la gran dependencia de la vida humana de tanto. Un solo fallo del comandante podría acabar con mi historia sin resolver y con la vida de todas las personas que volábamos. Pensaba constantemente en Francesca y en la conversación con el taxista: la primera vez que la vi con su suéter rojo cuando me sujetó para que no cayera mientras patinaba; cuando apenas rocé sus dedos simulando ver un cometa desde su habitación; en la mañana en la quinta de Don Vicente en que me explicó su historia y una sola palabra mía habría cambiado el mundo, nuestro mundo; el beso que apenas durante un segundo le di. En todos los momentos decisivos entendí que Francesca había estado allí como si unos hilos invisibles desde una cruceta dirigida por ella guiaran mis movimientos. Como si fuera ella quien desde esferas superiores a mí dirigiera mi vida entera. Me di en recordar también en las cuartillas que vi en su dormitorio en que hablaba de mí, en que a veces cuando entraba en el despacho Ella ocultaba su libreta como si escribiera sobre mí, como si fuera la autora de un libro en el que yo fuera el protagonista: el libro de mi vida... Era una idea bastante desesperante.

Para ahuyentar mi aprensión a percibir la vida a salvo a 10.000 metros de altura trataba de seguir la película *El Padrino II*, que proyectaban en las pantallas del avión. Entonces pensé en algo en que, incomprensiblemente, no había pensado antes: Francesca y Selegna nunca habían coincidido, del mismo modo que Al Pacino y Robert de Niro, protagonistas de la película que estaba viendo, tampoco habían compartido plano jamás. Era también inquietante y a la vez incomprensible.

Abstraído en mi mundo, no lo había percibido hasta entonces y se me empezó



a revelar en un minuto y de forma muy rápida, como en el sueño que precede a la muerte, que mis amigos conocían a Selegna, pero que nadie conocía a Francesca, sólo los editores y escritores que fuimos a la quinta de Don Vicente. Había muchos más enigmas por resolver junto con aquél. Selegna llamaba por teléfono al despacho y ambas hablaban, o eso creía yo, pero nunca las vi juntas. ¿Cómo era posible que mi alma mater no hubiera estado en la lectura del Quijote?. Y además, y en otro orden de cosas: ¿cómo podía yo haber encontrado, como por arte de ensalmo, unas memorias escritas nada menos que por Don Alonso Quijano, más conocido como Don Quijote? ¿Cómo me había elegido Dios para conocer a Laura Pausini? ¿Por qué había venido a mi mente, como por arte de ensalmo el auténtico relato de la Creación y de los orígenes del hombre y de la vida misma en la primera cena de nazarenos? ¿Qué grandeza ni mérito en mi vida me habían llevado a ver, en hábito de cazadora y hablado con la misma Virgen del Rocío? Demasiadas preguntas a las que yo solo no podría dar respuesta.

Entonces una imagen me heló, como un fognazo: como si estuviera de nuevo el día que firmamos el contrato con Don Vicente, el día del cumpleaños de Francesca, me vi a mí mismo poniéndole en la muñeca la pulsera que le regalé. Y fijándome bien, en el recuerdo mismo vi una pequeña cicatriz, igual que la que tenía yo, en su muñeca. Recordé el final del relato sobre los preadamíticos, cuando en la última noche en el paraíso terrenal ella y él se hacen una marca en la muñeca para reconocerse, si se encuentran, en la tierra: o todo era una gran broma o yo... No podía ser. No puede ser. Descartes decía que lo que le aseguraba que existía era la conciencia misma de pensar. Y yo no era Descartes. Y aún podría ser que no fuera nada.

El avión está a punto de tocar tierra. En el asiento de al lado, una chica lee la supuesta carta de despedida de García Márquez: *“Si supiera que éstos son los últimos minutos que te veo, te diría ‘te quiero’ y no asumiría tontamente que lo sabes. Siempre hay un mañana, la vida te da siempre otra oportunidad de hacer las cosas bien. Pero si me equivoco y hoy es todo lo que nos queda, me gustaría decirte cuánto te quiero y que nunca te olvidaré”*. ¿Podría yo también tener esa segunda oportunidad?

Ya me he quitado el cinturón, no pienso en mi bolsa ni en la talla de mi Virgen del Rocío que me han guardado en la bodega del avión y casi salgo del pasillo

saltando por encima de los asientos y de los demás pasajeros.

Estoy por fin cerca de las puertas de salida, veo que Francesca está allí, al final del vestíbulo, esperándome de pie y sonriente. Me mira con sus ojos verdes llenos de comprensión y cariño. Tengo que preguntarle si Ella es Selegna y a la vez Francesca, si todo esto lo ha hecho para ponerme a prueba. En todo caso, para Francesca seré y Ella para mí, pues para ella nací, sea en lo real o en la ficción y Ella para mí vino al mundo.

Por fin se me hace patente y dejo decir a esa voz que habla en mí, pocas pero decisivas veces, lo que siento por Ella. Siento la punzada de tristeza del muñeco de trapo al volver al cajón del niño que ha jugado con él.

Si Francesca es también escritora, puede que yo sea sólo un personaje suyo; puede que Selegna sea un personaje con el que Francesca misma querría ponerme a prueba. Pero un personaje que quiere es un hombre porque el amor que siento es más real que toda la suma de casualidades e imposibles que desfilan delante de mí. Y si no soy más que una ficción, una elucidación mental de la imaginación de Francesca, me resigno a eso. Y sólo pido ya con todo el fervor, aún si me faltara el alma como al Hombre de Hojalata del Mago de Oz, que aunque mi vida acabe a la vez que su novela, que Dios salve a mi Reina, a Francesca.

Pero en los escasos segundos que me quedan para llegar a Ella y preguntárselo, sólo le ruego a Dios que todo esto sea verdad y yo no sea un personaje de una novela escrita por Francesca, porque en ese caso, si le digo que la quise desde el primer momento en que la vi, no seré yo, sino Ella, quien se diga las palabras que siempre he querido decirle.

Barcelona, día de Santa Mónica de 2.019.

